

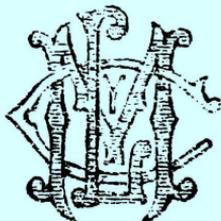
DRAMAS CÓMICOS

CARLO LANZA

EPISODIOS CURIOSOS

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

Casa editora, LUIS MAUCCI y Ca., General Lavalle, 1276

1893

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Un aventurero.

Pocos hombres habrán alcanzado entre nosotros la celebridad de Carlo Lanza, el aventurero mas audaz é inteligente que haya llegado á América.

El vicio de la estafa y el hecho de enriquecerse á costillas del prójimo habia sido elevado por este hombre extraordinario á la categoría de arte, que practicaba con una sagacidad asombrosa y con un profundo conocimiento de los hombres y las cosas.

Generalmente se cree que las víctimas de Carlo Lanza han sido pobres napolitanos ignorantes, que engañados hábilmente por el aventurero, le entregaban sus ahorros, halagados por el interés crecido que les pagaba.

Pero esto no es exacto, porque personas ilustradas é inteligentes como el doctor Cimone, por ejemplo, cayéron tambien entre las redes hábilmente tendidas por Lanza, cuya explotacion asombrosa no se habia dedicado solamente á estafar el dinero de los infelices ignorantes, á los que no podria despojar sino de cantidades cortas.

El habia puesto los puntos tambien á gente mas rica de la colonia italiana, que podia engrosar sus cajas con sumas fuertes y dándole á ganar uno solo, lo que no le daban diez ó quince infelices reunidos.

Así se vé que á su casa caían todos, desde el pobre infeliz que iba á depositarle el fruto de veinte años de trabajo, el hombre acomodado que le daba dinero para remitir á la familia, con encargo de hacerla venir, y hasta el médico inteligente que, como el doctor Cimone, iba por su intermedio gruesas sumas para atender sus compromisos en Europa.

Es que Carlo Lanza era una especialidad en el arte de inspirar confianza.

Cualquiera que hablaba con un cuarto de hora, salia creyendo que Lanza era el hombre mas honrado é inteligente de este mundo, y el banquero mas fuerte de Buenos Aires.

Los corresponsales eran las personas mas importantes del comercio europeo, y su crédito era ilimitado en los Bancos de Europa y sobre todo de Italia.

Así Carlo Lanza estaba relacionado con toda la sociedad italiana de Buenos Aires, desde su miembro mas espectable hasta el mas infeliz lustrabotas.

Y con todos ellos tenia negocios de mayor ó menor importancia, pero negocios que iban preparándole el terreno que habia de pisar mas tarde.

De un exterior sumamente simpático, de una conversacion fácil y atrayente, con el aire de una persona nacida entre los millones y habituada á derrocharlos, con una fisonomía hermosa é inteligente, se insinuaba de tal manera que era muy difícil defenderse de su influencia.

El estudiaba rápidamente, pero con una seguridad admirable, el espíritu y modo de ser de la persona con la que se ponía en contacto, y solo despues de conocerle lo que él llamaba su lado flaco, recién le tendía las redes en que debía hacerla caer.

Y las tendía con tal habilidad, con tal seguridad, que á las dos ó tres veces de hablar con él, aquella persona se le habia entregado en cuerpo y alma.

¿Quién iba á dudar de la integridad y la fortuna de aquel banquero, que llevaba una vida opulenta y cumplía todos sus compromisos aun ántes de vencerse, que adelantaba dinero bajo la sola palabra del que lo recibía?

Es que Carló Lanza prestaba realmente con la mayor facilidad y confianza, sabiendo á quién le prestaba y calculando que aquel préstamo era el cebo con que habia de atraer á sus cajas el dinero de su deudor.

Comerciante de menudeo, apretado por algun vencimiento, propietario apurado por alguna hipoteca, cliente que queria girar dinero que no tenia inmediatamente, acudia á Carlo Lanza en la seguridad de que habia de sacarlo de apuros.

Y ninguno salió de su casa con las manos vacías ni sin jurar que en su vida no haria jamas ningun negocio sinó por intermedio de aquel gran banquero.

Lanza podia caer muchas veces en prestar dinero á quien no se lo habia de volver en mucho tiempo, ó tal vez nunca.

Pero no era porqué no supiese de antemano que aquel dinero que prestaba no volveria á su poder, sinó porqué bien sabia que su deudor, en cambio, le traeria clientes que podian dejar entre sus manos ávidas de dinero, doscientas veces mas de lo que perdía en el préstamo.

Los napolitanos y la gente infeliz que iban á depositarle sus ahorros ó á hacer por su intermedio remesas á Europa, creian en Carlo Lanza con tanta fé como se cree en Dios.

Le hubieran depositado la vida si Carlo Lanza les hubiera ofrecido pagarles interés por ella.

Es que Lanza, con una sagacidad suprema, se habia apoderado de un elemento estupendo para el logro de sus fines, pues que no eran otros que apropiarse todo el dinero de aquella clientela que, entre toda, podia entregarle una gran fortuna.

Carlo Lanza se habia hecho amigo de cuanto cura y fraile italiano habia en la ciudad y en la campaña, haciéndose por medio de ellos un doble y famoso servicio.

Porqué estos, no solo depositaban en manos de Lanza su dinero reunido á fuerza de misas y estipendios de costumbre, sino que aconsejaban á sus devotos y á la gente que los escuchaban como á verdaderos ministros de Dios, que hicieran lo mismo, entregando á Lanza todo el fruto de sus economías, reunidas á costa de todo género de privaciones.

¿Y cómo iban ellos á desconfiar, cuando era el mismo párroco quien se lo aconsejaba y quien depositaba en su poder hasta el último medio?

Caian sin vacilar á casa del banquero y le entregaban su dinero, sin mas constancia que el asiento de sus libros y sin siquiera exigirle recibo.

Y Lanza dominaba á aquellos curas y frailes, tanto como ellos mismos dominaban á sus parroquianos y feligreses.

Lanza se habia apoderado de ellos, invitándolos á comer continuamente y preparándoles grandes farras con mujeres de la vida airada, á las que asistian asiduamente los buenos ministros de Dios, asombrados del ascendiente fabuloso que tenia Lanza entre las bellas de vida tormentosa.

Estas, hábilmente aleccionadas por Carlo Lanza, trastornaban de tal manera la cabeza de los estimables curas, que no hacian sinó mandar á un amigo pidiéndole la repetición de aquellas fabulosas farras.

En el curso de esta curiosísima historia nos hemos de ocupar debidamente de estas verdaderas borrascas sacerdotales, donde campea todo el genio travieso y emprendedor del famoso Lanza.

Pagadas y amaestradas por Lanza, aquellas bellas, léjos de admitir regalos de los sacerdotes, les daban en prenda de su amor largos y sedosos rizos comprados en las peluquerías, y otras prendas por las cuales ellos las creian locas de amor.

Así la casa particular de Carlo Lanza parecia una cofradía, pues continuamente tenia curas á su mesa y curas atorrando en camas y catres armados con aquel exclusivo objeto.

Cura italiano que llegaba de la campaña paraba en su casa, donde el amigo lo alojaba sin dejarlo carecer de la menor cosa.

Y como siempre, los que llegaban traian dinero á depositar ó á girar; él se reia de todas las incomodidades que podian causarle y siempre les rogaba que permanecieran una quincena mas en su compañía.

No podia darse un procedimiento mas hábil y mas sagaz, porqué teniendo contentos y confiaños á los curas, no solo tenia el dinero de estos sinó el de toda aquella gente infeliz que de ellas dependia.

Y esta táctica que en la ciudad le habia dado resultados famosos, en la campaña constituia para él una verdadera fuente de recursos y de riquezas.

Allí la gente de trabajo ahorra todo el dinero que gana para remitirlo á Europa, hacer traer sus familias ó colocarlo á interes.

En nadie tienen mas confianza que en el cura, cuyos consejos siguen ciegamente, y mas cuando lo ven prestigiado por el ejemplo.

¿Qué banquero mas seguro para ellos que el banquero del cura?

Así fué pues como Carlo Lanza dió un gran impulso á su casa de comercio y labró la fortuna inmensa que hizo tan ruidosa su caida.

Por esto es que la fuga de Carlo Lanza hizo aquel estrépito asombroso que repercutió hasta los puntos mas apartados de nuestra campaña, donde quedaban sus víctimas entregadas á la mayor desesperacion, porqué á muchos de ellas el famoso banquero les llevaba el fruto de veinte años de trabajo asiduo y constante.

Hombres que habian hecho el sacrificio de toda su vida para labrarse un porvenir, se encontraban de la noche á la mañana tan pobres y miserables como cuando recién viniéron.

Es fácil recordar que en los primeros dias de la fuga de Lanza, la cuadra donde estaba su casa, en la calle Tacuarí, parecia un barrio en revolucion.

Habia allí mas de mil personas entregadas á todos los excesos de la desesperacion y de la ira, presentando escenas de lo mas conmovedor y risueño.

Y cada una referia su desventura en alta voz, con todos los episodios que lá habian precedido.

Pocas historias tan ricas en episodios como la que hoy ofrecemos á la curiosidad de nuestros lectores, pues no habrá un segundo tipo que, como Lanza, haya recorrido con mayor éxito la escala que separa á un peon de fondin, de un banquero opulento y de fabuloso crédito.

Nada mas curioso y ameno, nada mas risueño y cómico que la historia de Carlo Lanza, desconocida hasta hoy de sus mismas víctimas.

Mucho trabajo nos ha costado reunir la riqueza de datos que poseemos, pero él está harto compensado con el éxito que tiene que alcanzar su publicacion.

¿Quién era este Carlo Lanza, y de dónde venia?

Nadie sabia esto con certeza, pues solo se conocia lo que él mismo queria contar, que no debia ser la verdad, seguramente.

Para unos, Carlo Lanza era un jóven de familia rica, que habilitado por su padre habia venido á América á aumentar su fortuna con un fuerte Banco de giros, y á pasear por estos paises.

Y esto no era mas que el pretexto de que se habia valido su señor padre para hacerle romper un compromiso de matrimonio que habia tenido y que no le convenia bajo ningun punto de vista.

Esta version habia sido muy fácil de hacer circular aun entre los mismos italianos que no lo conocian y que no tenían de él ningun antecedente europeo.

En el Club Italiano, donde se juntaba todas las noches con

las personas mas conocidas, habia sido aceptada la version porqué no habia ningun motivo para dudar de ella.

Carlo Lanza tenia una linda figura, vestia con elegancia lujosa, era buen mozo y sumamente simpático, no habiendo en su exterior nada que pudiera contradecir aquella fábula.

¿Por qué dudar de ella tampoco, cuando no habia ninguna prevencion contra su persona?

Su aspecto y su modo de vestir eran los de un hombre habituado desde jóven á la buena vida.

Lanza gastaba mucho dinero porqué era amigo de las comodidades y de los placeres.

Pero, ¿qué habia que extrañar en él? ¿no era rico? ¿no trabajaba con éxito en sus negocios de giros y descuentos?

Era natural que un hombre jóven, rico y que trabajaba con ahinco y dedicacion, pudiera gastar con holgura.

Sus farras y su vida licenciosa no autorizaban tampoco á dirigirle la menor recriminacion, porqué aunque se hubiera pasado la noche de claro en claro, desde las primeras horas de la mañana estaba al frente de su escritorio, de donde no se movia hasta la hora de cerrarlo.

Algunos le criticaban su amistad con los frailes y curas, tratándolo de clerical.

Pero él aseguraba que era mas liberal que Garibaldi mismo, pero que los negocios nada tenian que ver con las opiniones religiosas.

—Esos diablos de curas y frailes mandan á Europa sendas cantidades, y me dejan utilidades cuantiosas.

¿Por qué los voy á rechazar? ¿qué tiene que ver el Papa con mis negocios?

¡Lo único que yo siento es no poderlos apretar como un limon y hacerles soltar todo el jugo!

Con estas explicaciones Carlo Lanza hacia frente á toda crítica, saliendo siempre airoso.

—¿Cómo se vá á pelear uno con sus comitentes porqué piensan que el Papa manda mas que Dios, si se les ocurre pensar este como cualquier otro descalabro?

Yo pienso que los giros valen un tanto por ciento y que con este tanto por ciento vivo y me divierto sin tocar un centavo de mis capitales, que aumento diariamente.

Era tal la religiosidad con que este jóven cumplia sus compromisos de dinero, que, para muchos, valia su palabra tanto como una letra de cambio á la vista.

Así, cuando Carlo Lanza decia en un negocio «ya está», palabra habitual en él para cerrarlo, no se hablaba mas del asunto, el negocio era hecho.

¿Por qué dudar entónces que fuera hijo de la rica familia de Lanza y que hubiera sido enviado por su padre para hacerle romper sus compromisos amorosos?

No tenia esto nada de asombroso ni de extraño, y como á nadie interesaraba tampoco, nadie habia tratado de adquirir mejores detalles.

Para otros, Carlo Lanza no era mas que Carlo Lanza, un jóven rico y trabajador, leal á su palabra y á sus compromisos, y esto les bastaba.

Sus depositantes recibian puntualmente sus buenos intereses ó los acumulaban al capital que creian en las manos mas seguras del mundo.

¿Qué les importaba que el depositario fuese amigo de los curas ó amigo del diablo mismo?

La cuestion era la seguridad y ganancia de sus depósitos, y nada mas.

Carlo Lanza entre tanto no era tal hijo de ricos, ni tal capitalista, ni tal enamorado.

El era natural de Biela, importante ciudad del Piamonte, patria del famoso Quintin Sella, estadista distinguido y ministro del reino de Italia en varias ocasiones.

Allí habia pasado su primera juventud, juventud borrascosa y traviesa, donde habia aguzado su natural ingenio en todo género de travesuras.

Su familia no era muy acomodada y apenas habia podido darle una mediana educacion primaria que Lanza habia aprovechado bien, porque era naturalmente inteligente y apto para todo.

Con una educacion completa y con un buen teatro para desarrollarla, Lanza habria hecho una figura notable y distinguida.

Pero sus inclinaciones lo llevaban como con un vértigo por otro camino diverso.

En vano el padre trataba de corregirlo por todos los medios á su alcance, Carlo no tenia cura ni compostura.

Quisiéron dedicarlo á la carrera eclesiástica, porque un hijo clérigo era un honor para muchas familias italianas.

Pero tales fuéron las farras y titeos que armaba á sus profesores y en los seminarios, que fué expulsado de todos por sus ideas diabólicamente liberales.

Lanza, á los quince años, se juntaba con la primera juventud de Biela, que lo buscaba por su genio travieso y lleno de inventiva.

El no tenia dinero, pero esto poco le importaba, pues lo tenian sus amigos, y esto bastaba.

Algunas veces sus amigos tenian que hacerlo á un lado, porque sus catadura no era de lo mas famoso.

Pero él, de un modo ó de otro, se arreglaba de manera á poder alternar con sus amigos y volvía á su sociedad y sus parrandas.

Para adquirir dinero se valia de todos los medios á su alcance, sirviéndose de toda clase de artimañas, jugadas y travesuras.

Llegó un momento en que Carlo Lanza se hizo verdaderamente insoportable para los que tenian la responsabilidad de su porvenir.

Lo habian colocado á mérito primero, y á sueldo despues que estuvo mas práctico, en algunas casas de comercio.

Pero de todas partes habia salido por su conducta incorregible y poco escrupulosa.

Todo el tiempo se lo absorbían las calaveradas con sus amigos, elegidos entre los mas truhanes y calaveras.

Sus patrones lo despedían con sentimiento, porqué el jóven tenia insuperables condiciones de talento para los negocios, pero siempre era mayor el daño que el provecho que reportaba á la casa.

Discutía siempre con los clientes y concluía por pelearse con ellos á consecuencia de alguna trastada que les habia hecho ó habia intentado hacerles.

Y como con él peligraba así la existencia de la clientela, tenían que despedirlo á su pesar.

Carlo Lanza se encontró á los veinte años sin mas capital que el de sus travesuras y su inteligencia, que en ellas se habia refinado y aguzado.

Así no se podia vivir, y el jóven empezó á pensar seriamente en su porvenir, para atender al cual era necesario sentar el juicio.

¿Qué esperanzas podia tener en Italia?

Vejetar de dependiente en algun escritorio ó casa de comercio, lo que no estaba en armonia con sus aspiraciones.

Y para otra cosa era necesario un capital que él no tenia y que no le sería fácil conseguir, por sus mismos antecedentes borrascosos.

Entónces la América golpeó al pensamiento de Lanza como algo de tierra prometida.

¿Cuántos miserables habia conocido él, que no valian una uña suya, que habian venido á América y vuelto á los pocos años cargados de dinero?

¿Por qué no podia hacer él lo mismo, cuando tenia precisamente aquello de que habian carecido los otros?

Un capital de inteligencia, que bien manejado podia darle una inmensa fortuna en un país como la América, dónde se decia que el dinero se ganaba con una facilidad inmensa!

Desde que Lanza tuvo esta idea, no descansó un momento para buscar los medios de ponerla en práctica.

Era necesario juntar los elementos necesarios para emprender el viage.

Pero, ¿de dónde sacar el dinero?

¡Oh! ¡la América! pensaba; ¿cómo no se me habrá ocurrido esto ántes?

Allí se gana el dinero á manos llenas, sin necesidad de capital ni cosa que se le parezca.

Y pasaba en su memoria la lista de todas aquellas personas que habian venido á América en otros años, y se habian enriquecido y hecho unos señores hechos y derechos, cuando no habian pasado nunca de ser unos miserables sin recursos de ninguna clase.

Esta creencia de Lanza era general en todos los hombres del pueblo, por las fortunas que habian visto levantar á los

que habian venido y por los grandes bolazos que contaban los agentes de inmigracion para atraerlos y ganar la comision que les pagaba el gobierno.

Por esto la gente ignorante creia que no habia mas que venir á América y recoger las onzas de oro que andaban tiradas por la calle.

Personas que hacia apénas un año que habian salido de allí, ya habian enviado algunos miles de francos y noticiado de que aquí estaban ganando cien ó doscientos francos al mes, lo que allí representaba cinco veces lo que se podia ganar.

Es que tambien en aquellos buenos tiempos aquí se ganaba el dinero con mucha mas facilidad, porqué el dinero abundaba y habia trabajo con exceso.

Cualquier changador se ganaba cómodamente cincuenta pesos al dia, lo que para un infeliz de aquellos, que vivia con dos ó tres, representaba una renta fabulosa de tres mil francos al año.

Cualquier trabajador honrado y vivo que abria un boliche ó un bodegon, á la vuelta de dos años era dueño de un almacen ó de una fonda que representaba un capital.

Estas noticias iban á su tierra con la exageracion consiguiente, aumentadas por los agentes de inmigracion, y de allí resultaba la creencia general de que en América se encontraba el dinero por la calle, ó que con solo conchabarse de sirviente se ganaba una fortuna en pocos años, pues todo cuanto se ganaba podia guardarse, puesto que el patron se encargaba de llenar con largueza todas las necesidades de la vida.

Pero ya aquellas facilidades no eran las mismas, y el que venia lleno de sueños de fortuna rápida, se encontraba con que realmente podia hacerse una fortuna, pero á fuerza de trabajo, de economías y de sacrificios.

Carlo Lanza desde que pensó en venir á América no descansó ya un momento, pensando en los medios con los que podria proporcionarse el dinero necesario.

Inteligente y vivo, desde el primer momento rechazó la idea de venir como inmigrante, comprendiendo que esto non podia convenirle bajo ningun punto de vista.

Si los que venian como inmigrantes adquirian posicion y fortuna en poco tiempo ¿qué no sucederia con los que llegaban como pasajeros y aparentando desde su llegada un capital de dinero y de posicion?

Pero entónces los pasages de Europa eran mucho mas caros, y su importe allí era de difícil adquisicion para un hombre que, como Lanza, nada tenia ni nada valia en su ciudad natal.

El no tenia oficio, ni sabia hacer nada mas que gastar dinero, y con esto en Europa no se consigue sinó miseria y hambre.

Carlo, lleno de fé en el éxito de su empresa, vió á su familia para que le proporcionase el dinero que necesitaba, explicándole su idea y prometiendo devolvérselo multiplicado al poco tiempo.

Pero aquí halló su primer tropiezo.

En primer lugar, su familia no tenía de donde sacar la suma que necesitaba, y en segundo lugar no quería consentir que un calavera del calibre de Carlo viniese á América, donde sabe Dios la suerte que le deparaba el destino.

¿Qué podía hacer en América un jóven sin oficio, que no sabía trabajar y cuyas inclinaciones de holganza eran tan conocidas?

Morir en la miseria sin ninguna clase de amparo, puesto que en América no tenía ninguna clase de parientes ni de conocidos siquiera.

Por todas estas razones la familia negó á Carlo no solo las remesas que este le pedía y que no tenía de donde sacar, ella que vivía con lo necesario, sino que le negó redondamente su consentimiento, declarándole que no quería que se moviera de Biela.

—Cambia de conducta, le decía, cambia de conducta y asienta el juicio; trabaja un poco aquí, demostrando que eres capaz de hacerlo y te daremos todo cuanto necesites para el viaje.

Carlo Lanza no se descorazonó por esto.

Se había resuelto venir á América á toda costa y estaba decidido á hacerlo de todos modos, aun viniéndose como inmigrante en último caso, sino podía reunir la suma necesaria.

Pero su gran idea era reunirla, consecuente con su pensamiento de la importancia que tendría para su porvenir el simple hecho de venirse como pasajero.

Carlo Lanza no descansó desde entónces, pensando en el medio que emplearía para hacerse del dinero necesario, pero no pudo hallarlo por mas que aguzó su inventiva siempre fecunda.

Pidió prestado á sus amigos, pero era una suma muy grande para que los amigos la tuvieran, y aun en el caso de tenerla para prestarla á un calavera como Lanza.

Luego había el temor de que el viaje á América no fuese mas que un pretexto para hacerse de dinero y triunfarlo en alguna jugada ú otra calaverada por el estilo.

Carlo Lanza se convenció en fin que en Biela no se haría nunca de los recursos que necesitaba, y el tiempo pasaba para él con una lentitud aterradora.

A fuerza de pensar y pensar, Lanza creyó de haber resuelto el problema.

De todos modos para embarcarse con rumbo á América necesitaba irse á Génova.

—Pues me iré allí, pensó, nadie me conoce y tal vez encuentre lo que aquí me niegan.

Es preciso que yo vaya á América y que vaya como pasajero; no hay remedio: los resultados al fin me darán la razón.

Juntao los pocos recursos que tenía y vendiendo algunas alhajas que se habían salvado de sus calaveradas, Carlo juntó unos tres marengos, con los que una buena noche desapareció de su casa y de Biela, sin dejar el menor escrito que tranquilizase á su familia y explicase su ausencia y el punto adonde se dirigía.

En vano fueron todas las pesquisas, inútiles las preguntas que dirigieron á los jóvenes que con él se juntaban, nadie sabía lo que habia sido de Carlo Lanza.

Felizmente no habia ningun motivo de alarma, porque no podia pensarse en suicidio ni en cosa parecida.

Desde el primer momento y viendo que no podia obtenerse ninguna noticia, supusieron que la ausencia de Lanza se relacionaba con su viaje á América, y aunque sumamente afligidos, se encontró mas prudente resignarse á la determinacion que habia adoptado el joven calavera.

Carlo Lanza entre tanto se habia ido á Génova, donde desconocido, le sería fácil tal vez conseguir lo que buscaba.

Allí empezó por buscar colocacion como sirviente de algun joven rico, lo que no le fué difícil hallar.

Como era natural, un servidor de aquella sutileza tenia que hacerse imprescindible para un joven de mundo, y esto sucedió con Lanza.

¿Qué podia desear su joven patron que Lanza no se apresurase á complacerlo con rara delicadeza?

Al cabo de todo, él trataba de adivinarle el pensamiento, presentándole las cosas ántes que se le ocurriese pedir las.

Lanza era su servidor de confianza y mas que servidor su secretario, al extremo que cuando salia á sus aventuras amorosas, era Carlo Lanza quien guiaba la volante.

En gratificaciones y regalos, á los dos meses Carlo Lanza tenia no solo la suma necesaria sino que se habia hecho una provision de buena ropa.

Ya no le faltaba sino hacerse á la mar, con cierto recato para que su patron no entrara en sospechas, y por no perderlo le estorbaba el viaje.

Lanza mató los dos pájaros que necesitaba, con un habilísimo tiro.

Manifestó á su patron que necesitaba remitir doscientos francos á su familia y que esperaba no solo que le adelantase esta suma, sino que le diese una licencia de cuatro ó seis dias, para llevarla él mismo.

El patron no tuvo inconveniente en acordar ambas cosas, y así Carlo Lanza tuvo tiempo y dinero de sobra para realizar aquel viaje que constituia su bello ideal.

Y como él habia hecho su operacion la víspera de la salida del paquete, al siguiente dia tomaba pasaje y se embarcaba en el último momento.

El viaje á América.

¡Qué mundo inmenso llenaba la fantasia de Carlo Lanza en aquel momento del embarco!

¡En América, realizando su sueño dorado de inmensas riquezas!

Aquella imaginacion febril y activa se trazaba los mayores planes de riquezas, los negocios mas fabulosos y enredados, cuyo resultado era siempre una fortuna inmensa y una posicion espectable y fabulosa.

Sus condiciones de pasajero de primera clase y su buen fisico vestido con buenas ropas, le granjearon desde el primer momento la consideracion del Capitan y de los empleados del vapor, que no vieron en él mas que lo que él quiso decirles: un jóven rico que hacia un viaje de placer por América.

Lanza empezó á tomar á bordo lenguas de lo que era la América, hallando plenamente comprobados los datos que anteriormente habia recojido.

Habia á bordo pasajeros que ya habian estado en Buenos Aires, que se habian enriquecido aquí, y que habian ido á dar un paseo por Italia.

A estos se prendió Carlo Lanza como sanguijuela, averiguándoles qué clase de negocios habia aquí y cuales eran los mas productivos.

Las casas de giros y de remision de dinero era las que mas llamaban su atencion, golpeando su fantasía y despertando mil diversos proyectos.

Pero esto sería mas adelante, pues tendria que estudiar su organizacion, su modo de operar y la manera de atraerse una numerosa clientela.

Esto era preciso resolverlo sobre el terreno, estudiando bien el teatro de sus operaciones y la clase de gente con que tendria que luchar.

Lo que sentia Lanza profundamente era la escasez de dinero, pues aunque él contaba con trabajar desde el primer dia de su llegada, apenas tenia el dinero que calculaba suficiente para vivir un mes, conservando el tono del rango que queria representar.

Respecto á los demas negocios no les hacia el honor ni siquiera de detenerse á pensar en ellos.

¿Qué le importaba que en almacenes y fondines se hiciese gran negocio, si sus proyectos estaban basados en las grandes empresas y en las casas bancarias?

El idioma nunca sería un inconveniente, puesto que aquí habia mucha poblacion italiana y sería con ella con la que él debía entenderse.

Se manejaría con italianos, puesto que aquí la colonia italiana era inmensa, hasta que aprendiese el idioma y demas cosas necesarias á los grandes proyectos que tenia ya en estado de gestacion.

Viendo la riqueza y los aires del capitalista paseante que traia el jóven, sus informadores se entretenian en meterle cada macanazo mas grande que el mismo vapor que los conducia.

Y él tragaba todo, no sospechando ni por un momento que todo aquello pudiera ser una broma.

—Los americanos son una especie de salvages á medio civilizar, le decian, sin malicia alguna y con una gran facilidad para soltar el dinero.

No hay mas que ganarles un poco el lado de la confianza y todo está hecho.

Jamas se preocupan de averiguar quien es uno y de donde viene, ni cuales son sus pensamientos para lo futuro.

Creen sencillamente lo que uno quiere contarles y se acabó.

Ma cuando se tiene un fisico como el suyo y es uno un hombre jóven y de buena familia, hasta se puede casar con una americana millonaria, como ha sucedido ya con una infinidad de extranjeros que podríamos contar a usted por los dedos.

Lanza tragaba todo esto con una facilidad estupenda, no dudando un segundo que todo fuera la mas acabada verdad.

Y para hacerlos hablar y para mantener el rango que él mismo se habia dado, no trepidaba en pagar sendas botellas de vino, lo que disminuía poderosamente su capital.

—La América tiene entrañas de oro, pensaba, poco me importa llegar allí sin un medio, puesto que el crédito es tan fácil de adquirir.

Se inventa cualquier patraña de pérdida de equipage, y se sale airoso del mal paso durante el tiempo necesario para empezar los negocios.

Las mas fuertes casas italianas estaban apuntadas en la cartera del jóven, pensando que en ellas hallaria recursos para atenderse en los primeros tiempos.

—Un italiano llega allí como á país italiano, le decian los que le chupaban el vino, porque casi todos los negocios son allí italianos, desde los hoteles hasta los bodegones.

Así el que llega no tropieza con la menor dificultad, aunque no tenga relaciones ni traiga cartas de recomendacion.

¡Ya verá usted qué bien se siente tan solo á la semana de estar allí!

Y como las conversaciones eran largas y Lanza tenia un gran interés en las informaciones que pedia, el vino se bebia en grande, disminuyendo notablemente el capital del jóven, que no recapacitaba en que aquellos recursos eran los únicos con que podia contar positivamente.

El mar lo encantaba en aquella larga travesía.

Habia tenido la suerte de traer uno de los viages mas felices, sin el menor peligro.

El mar habia estado tranquilo todo el tiempo, lo que habia acentuado mas el buen humor de la tripulacion y de los inmigrantes que venian tambien á probar fortuna, aunque en distinto camino que el insigne Lanza.

Así llegaron á Rio Janeiro sin haber tenido el menor motivo de disgusto.

Lanza quiso tomar informes sobre este espléndido pedazo de la tierra americana, pero nadie se los supo dar.

A bordo no venia nadie que hubiera estado en la capital prasilera, con excepcion del Capitan, que solo la conocia muy bor encima y solo las pocas veces que allí habia bajado mientras su barco cargaba y descargaba.

Sin embargo siempre podia darle una idea general del país.

Allí habia mas fortunas, mas riqueza que en Buenos Aires, y por consiguiente mayor facilidad para ganar el dinero.

En poco tiempo un hombre inteligente y emprendedor podia ganarse una gran fortuna.

Pero en Rio se respiraba un ambiente de muerte que ni los mismos naturales podian soportar.

La fiebre amarilla reinaba allí todo el año, atacando, como es natural, con mayor facilidad al extranjero que no estaba habituado al veneno de su clima.

—Me gusta el oro, pero no tanto como para desear volverme amarillo yo mismo, pensó Carlo Lanza, rechazando toda idea de bajar en el Brasil.

He venido á América para enriquecerme y no para morir.

Si no, no valia la pena de haber dejado Biela y haberme decidido á emprender tan largo viage.

—Por eso no vienen al Brasil las compañías líricas, decian á Lanza, pues han muerto ya tantos artistas de fiebre amarilla, que ninguno quiere arriesgarse á correr la misma suerte.

Fué tal el terror que causáron estas informaciones á Carlo Lanza, que cuando el Capitan le propuso bajar á dar un paseo por la ciudad y regresar á dormir á bordo, no quiso ni acercarse á las escaleras de embarque.

—Estimo mucho mi juventud y mi pellejo, dijo traviesamente, para dejarlo en el camino: no me hablen pues de bajar en donde los puedo perder.

Buenos Aires llenaba por completo su fantasía.

Era de donde tenia mayor abundancia de datos y donde ya habia puesto sus puntos para sus grandes negocios y operaciones.

Podia decirse que ya en Buenos Aires tenia tambien sus relaciones, puesto que todos aquellos pasajeros con quienes habia hecho el viage, eran otros tantos amigos con quienes podia contar en cualquier apuro.

Así se lo habian manifestado ellos mismos dándole sus domicilios.

Pero Lanza no contaba con que todas aquellas ofertas habian sido hechas bajo la base de que él era un hombre de posicion y de dinero, que no llegaria á necesitar de ellos otra cosa que informaciones y datos.

Ofertas hechas á bordo y en la travesía de un largo viage, que el que las hace se mide despues mucho para cumplirlas, en el caso que le sean reclamadas.

Lanza miró con un placer infinito el momento en que leváron anclas y saliéron de Rio Janeiro.

Pero riéndose de su miedo y su credulidad, los pasajeros se habian entretenido en hacerle creer que las epidemias de fiebre amarilla venian á bordo mismo, envueltas en las ráfagas de viento que partian de la ciudad.

Durante la navegacion de Rio á Montevideo, no cesó un momento de tomar sus últimos datos y apuntes, inquiriendo de paso algunos sobre Montevideo, dónde debian permanecer un dia.

Lanza quedó tan encantado con lo que le decían de la capital oriental, que resolvió bajarse allí á pasar unos días para darse bien cuenta de ello.

Sería además una especie de idea que podría tomar allí de lo que eran allí estos países.

—Es mas chico que Buenos Aires, hay ménos comercio y ménos facilidades, pero es una ciudad espléndida.

—¡Y^a sobre todo una ciudad de mujeres soberbias! añadía el Capitan, con ese entusiasmo franco que despierta la belleza magnífica de las damas de Montevideo.

Como á usted nada lo apura, puesto que viene de paseo, añadió el alegre marino, quédese unos quince días en Montevideo, y sabe Dios si no modifica todos sus planes.

—¡Dio birbonel exclamó el jóven dejándose entusiasmar fácilmente: pues me quedo en Montevideo á ver cómo pinta la cosa.

Es la misma raza y las mismas costumbres; así podré tomar una idea de lo que es Buenos Aires, porque por lo que ustedes me dicen, no sera mas que un Montevideo mas grande y mas rico.

Y Carlo Lanza, aunque habia tomado su pasaje hasta Buenos Aires, que tendria que comprar despues nuevamente, decidió bajar en Montevideo y pasar allí unos quince días.

Así pensaba ponerse al cabo de las costumbres de estos países y sus necesidades sobre todo.

Tal vez en el mismo Montevideo se le ocurriese alguna idea nueva, que fuese su salvacion.

Era preciso pensar en el alojamiento por aquellos quince días, pues los gastos de á bordo habian disminuido fuertemente su capital, y no era negocio de quedarse sin un centavo aun ántes de llegar á su destino.

No podia preguntar directamente al Capitan cual era el hotel mas barato, porque esto hubiera sido revelar el pobre estado de sus rentas, así es que se limitó á preguntar los precios de los hoteles en general y su situacion.

—Eso no le ha de faltar, pues hay para todos los gustos y para todos los bolsillos, respondió el Capitan sin vacilar.

Tiene usted desde el Hotel Oriental que es dónde se aloja la gente de copete y dónde se paga unos diez francos por día, hasta el Hotel de Washington, cerca del Fuerte, donde se paga una miseria.

Si usted quiere vivir con tono, pero privado de ciertas diversiones y libertades, vaya derecho al Hotel Oriental y aun al de la Paz.

Pero si usted quiere gozar de todas aquellas diversiones inherentes á un hombre soltero, váyase al Washington, y aun á la Universal, situada en la Plaza Independencia, dónde se vive en casa de uno mismo, y se pagamas que en el Washington, lo que significa un poco mas de tono.

Carlo Lanza, que consultaba ante todo las necesidades de su bolsillo, apuntó en un carton las señas que se le daban del Hotel Washington.

Montevideo, allá en el año 69 y 70, tenía un aspecto bien distinto al de hoy día.

La ciudad nueva recién empezaba á diseñarse entónces; la casa de gobierno era aquel antiguo covachon del Fuerte que casi hizo volar con su mina aquel bravo Eduardo Beltran, y no se habian levantado los numerosos edificios que la embellecen hoy.

Montevideo acababa de salir de la revolucion de Aparicio, y la ciudad tenía ese aspecto triste y muerto de una ciudad sitiada

En el Porton, en la Aguada, en la Gallinita y en todas partes existía el rastro de las trincheras y de las balas que habian picado en puertas y paredes.

Los soldados orientales, con esa alegría franca á ellos peculiar, recorrían las calles aún, dando á la ciudad el raro aspecto de un campamento militar.

Aunque la paz se habia hecho, aún quedaban los resentimientos caseros de los enemigos que acababan de medir sus armas, y todo se resentía de este estado de cosas.

El aspecto de la ciudad no era pues muy tentador para el extranjero que recién llegaba á América y que no tenía idea de la manera como aquí nos quebramos las costillas durante un mes para despues estrecharnos las manos durante veinte ó treinta años, para volver despues á rompérmolas con mas fé y con mas ganas.

En Montevideo sobre todo, esto era muy frecuente entónces, dónde por un quitame allá esas pajas ó por una simple eleccion de alcalde se pegaban cada paliza espantosa que terminaba siempre en una revolucion ó una guerra.

Carlo Lanza habia sido impuesto de este modo de ser de los orientales, pero estaba conforme porqué el Capitan habia concluido sus informes diciéndole:

—Ahora acaban de salir de una sacudida gruesa, en la que se les ha acabado la gana de pelear, porqué se han arrimado duro y parejo.

Probablemente por un par de años no se moverá en Montevideo un paja en son de guerra, y como de todos modos usted no vá á permanecer mas que unos dias, poco le importa lo que haya de suceder despues.

Montevideo estaba pobre entónces, sumamente pobre.

El gobierno pagaba en notas ó soles, que eran descontados por los prestamistas y usureros con un cincuenta y hasta un sesenta por ciento de pérdida.

Y esto se lograba con mucho trabajo y gastando una gran cantidad de saliva con los usureros, pues estos decían que sabe Dios cuando llegarían á cobrar su dinero.

Así la necesidad de dinero se habia hecho sentir fuertemente con gran alegría de los montepieros que vendían su plateja á á veces hasta á un ochenta por ciento.

Esta situacion fué mirada por Carlo Lanza con una avaricia inapoderable.

Carlo Lanza.

Con un millon de duros y haberlos empleado en créditos del gobierno, en un año habria levantado una fortuna colosal.

—No importa, pensó, piano piano si va lontano é sano, ya descubriremos vetas mejores.

Lanza enderezó al Hotel Washington, cuyo exterior lo encantó por completo.

Aquel famoso hotel, teatro de mas de una aventura grotesca y cómica, estaba situado en un recodo de la ciudad.

Aquello, por la noche era solitario, al extremo de que solo pasaban por alli las personas que al hotel se dirigian en busca de sus mas famosas aventuras.

Montevideo no estaba entónces tan desprovisto de diversiones.

Estaba alli el Alcázar en todo su apogeo.

Acababa de debutar la Rosse Marie y alli puede decirse que caia de noche todo Montevideo alegre y bullicioso, que se desparramaba por toda la ciudad, invadiendo las casas donde se da de cenar.

¡Un Alcázar lírico en América! no se esperaba Lanza semejante espectáculo.

Si el exterior del Hotel Washington, por su soledad lo habia encantado, no le sucedió lo mismo con su interior.

Aquello era un covachon espantable, en cuyas escaleras temblantes y desportilladas daba tentaciones de sacar el revólver por temor de encontrarse con un Juan Palomo.

Las ratas pasaban por pisos y escaleras dando chillidos, como una invasion de indios; los pisos de las piezas, á consecuencia de sus portillos parecian pedazos robados á nuestro antiguo muelle de pasajeros.

No hay hoy nada comparable al Hotel Washington, de feliz memoria, ni la misma fonda y posada del Descubridor Colon, actual fonda de Pavon.

En honor del precio que se cobraba por la pension diaria, Carlo Lanza se resolvió á ser cliente de aquella gatera, haciéndose conducir á la pieza que le habia sido destinada.

La primera noche la pasó en vela.

El escándalo de aquellas enormes y desesperadas ratas por un lado, y por otro el temor de ver asaltado su alojamiento de un momento á otro, le hiciéron pasar la noche sin desnudarse siquiera y sentado sobre su equipaje, que podia muy bien ser objeto de la codicia de algun huésped importuno.

Decididamente esto no es para mi, pensaba, y mañana sigo viaje á Buenos Aires; aquí no voy á poder vivir ni un par de dias.

Al otro dia temprano, despues de asegurarse que su equipaje no corria peligro de ser robado, Carlo Lanza se decidió á salir á dar un paseo y estudiar algo la ciudad y sobre todo sus habitantes.

Y se encontró con que no habia tal poblacion italiana como le habian hecho entender al principio.

La poblacion de Montevideo era en su mayoría española,

desde la gente de mar que desembarcaba los pasajeros hasta los peones que los conducían á los hoteles respectivos.

No solamente los negocios sino las industrias y las profesiones estaban en manos de españoles.

Españoles eran los médicos, los boticarios, los abogados, los redactores de diarios y hasta en los empleados públicos había gran mayoría de españoles.

Y los mismos orientales, en contacto con la raza española, le parecían americanos españolizados ó españoles americanizados, lo que era mas exacto.

—No entiendo esta raza, pensaba Lanza; me gusta mas Buenos Aires, donde todo está en manos de italianos, donde todos nos entendemos y donde no hay que hacer esfuerzos de imaginación para comprender lo que á uno quieren decirle.

Lanza hizo una larga recorrida por la ciudad, sin encontrar un solo italiano que valiera la pena.

Españoles por todas partes y como una excepcion, un frances que de cuando en cuando rompía la monotonía del idioma.

Cansado y con un hambre de todos los demonios, Carlo Lanza regresó á la ratonera de Washington, donde la comida le pareció lo ménos detestable de todo.

El hombre es un indulgente de primera fuerza, capaz de declarar un manjar al bodrio mas nauseabundo del mas detestable fondin.

Carlo Lanza devoró cuanto le presentáron por delante, teniendo apenas el tiempo de decir «¡magnífico!» entre plato y plato.

Y comió al extremo de hacer pensar al patron que si aquel apetito se reproducía todos los días con igual fuerza, tendría que subirle la pensión.

Carlo Lanza volvió á salir á la calle una vez concluido su almuerzo y se fué á pasear por la parte sud de la ciudad, no sacando en limpio nada mas de lo que había observado por la mañana.

Lo único que lo encantaba de una manera estupenda, eran las mujeres de Montevideo, aquellas espléndidas mujeres, capaces de trastornar el juicio mejor sentado.

Aquellos ojos llenos de vida y que miran de una manera incomparable, le hacían soltar quinientos «Dio cane» en cada cuadra.

Y el aire gracioso y el cuerpo artístico y bien modelado, le hacían abrir la boca como si hubiera ido á comulgar con una puerta cochera.

Montevideo podía carecer de comercio, de dinero y de italianos.

Pero en cambio tenía mujeres de una belleza estupenda y cuya sola contemplación le compensaba su estadía allí.

Y no era una, ni dos, ni tres.

En cada cuadra hallaba diez ó quince jóvenes que le hacían abrir tamaña boca, y dos ó tres damas de una belleza imponderable.

Carlo Lanza llegó á su cueva despues de haber cerrado la noche.

Pero habia almorzado de tal manera, que no tenia ganas de comer.

Venia además lleno de los semblantes femetinos que habia encontrado en la calle.

Apénas probó la comida, que, como no tenia el hambre de por la mañana, le pareció detestable, y le sirvió mas bien de descomponedor de estómago.

Si hubiera comido mas, el bálsamo de Fierabrás no hubiera surtido mayor efecto.

Carlo Lanza se vistió con un esmero esquisito aquella noche.

Se puso las mejores piezas de ropa que habia traído y se echó á la calle en tono de conquista.

El Alcázar lo arrastró con el encanto de sus francesas y su concurrencia alegre y bulliciosa.

Así conoceria la juventud borrascosa y las mujeres de vida alegre, pues ya en el hotel le habian dicho que no iban allí sinó mujeres de vida airada y de fácil aventura.

Carlo Lanza se acomodó en una tertulia de primera fila y se olvidó de Biela, de Italia y del mundo entero.

Rosse Marie en la escena y otras que no eran ménos Rosse ni ménos Marie, diseminadas por las aposentaduras, lo atraian de una manera poderosa.

Jóven, elegante, risueño y paquete, **Carlo Lanza** tenia que hacer efecto entre aquella gente aventurera, que no veía en él mas que un hombre jóven, buen mozo y de dinero.

Lanza se encontraba en su elemento, rodeado de una juventud alegre y de mujeres alcaceras; se frotaba las manos empezando á modificar la opinion que habia formado de Montevideo.

Lo único que lamentaba era no tener ninguna relacion con quien conversar y tomar datos sobre mas de una bella que habia flechado.

Pero, ¿á quién iba á dirigirse cuando no hablaba ni una palabra?

Como uno de tantos otarios, á la salida del Alcázar se estuvo viendo desfilar las parejas, hasta que no quedó en el teatro un alma.

Carlo Lanza se dirigió entónces al célebre casino de don Bernardo, situado frente al Alcázar, donde habia visto entrar varias parejas.

Y se arrellenó en una mesa, pidiendo tambien algo para cenar.

La vista de la funcion y de las damas, le habia abierto el apetito de una manera formidable.

Generalmente á aqu-1 cafecito acudian las mujeres á la pesca de una invitación á cenar, hasta que caía el candidato esperado.

Muy poco tardaron en rodearlo tres ó cuatro de aquellas aventureras, que se sentaron á su mesa sin mas preámbulo y pidieron qué cenar.

A Lanza le temblaron las carnes de desesperacion.

Aquello era una amenaza formidable á su capital ya notablemente disminuido y amenazando dar fondo.

¿Cómo iba á rehusar aquella invitacion forzosa, cuando no habia querido otra cosa desde el principio de la noche?

Con heroicidad italiana soportó aquel avance formidable de personas que no habian pensado en otra cosa durante la noche, que en la lista de la cena que álguien les habia de pagar.

Pero para Lanza aquello podia ser el pié de relaciones mejores, y era preciso soportar aquel primer golpe en honor de lo que vendria atrás.

Olvidado alfin de todo, hasta del poco consolador estado de sus faltriqueras, Carlo Lanza entabló conversacion alegre y decidora, luciendo su conocimiento del mundo y su práctica en aquel género de aventuras.

Aquella relacion fué el punto de partida de muchas otras mas, y el domicilio de Carlo Lanza, es decir, su covacha del Hotel Washington, se volvió lo que hoy se hubiera llamado un atorradero.

Allí iban amigos á todas horas del dia y de la noche, amigos que comian y almorzaban sin preguntar jamás al mozo cuánto se debía, y gente de todo pelaje y catadura.

Y el dueño del hotel no decia una palabra, porque harto crédito le merecia un pasajero del aspecto de Lanza, que tenia un equipage tan bien surtido.

Quince dias pasó Carlo Lanza en Montevideo, en cuyos quince dias gastó mas de quinientos patacones en el hotel, es decir, hizo en el hotel una cuenta de quinientos patacones.

Durante aquellos quince dias se convenció que en Montevideo, respecto á negocios, nada se podia hacer, puesto que no habia poblacion italiana, que era la veta que él se proponia explotar.

Montevideo no podia ofrecerle otra cosa que unos dias de buena diversion.

Así fué que se entregó sin reserva á todo lo que pudiera importar un momento de placer.

Relacionado intimamente con la crema de aquel mundo alegre y bochinchero, ya Lanza no pensó sino en exprimir á la vida todo el jugo posible.

Quebrado por quebrado ya habia llegado al último extremo, y lo mismo lo habian de ahorcar por quinientos que por mil duros.

Era cuestion de un poco de maña para sacarle el cuerpo y nada mas.

No se habia de encontrar en mayores ó menores apuros para salir del pantano.

La cuestion era llegar al fin del mes, porque ántes, el tondero no habia de pasarle la cuenta; solemne momento que Lanza esperaba no lo tomaria en Montevideo.

Por su parte el dueño del hotel Washington, no abrigaba la menor desconfianza por un jóven que gastaba de aquella manera; si le hubiera pedido todo el hotel, todo se lo hubiera dado sin la menor reserva.

¿Cómo desconfiar de una persona que vestia con tanta elegancia y cuyo equipage debía valer una fortuna?

Se le servía con el mayor interés en cuanto pedía y aun se ponía á su disposicion un servicio especial para cuando estaba de farra nocturna, lo que sucedía la mayor parte de las noches, en que se retiraba acompañado de amigos de ambos sexos.

Carlo Lanza, decidido á echar la casa por la ventana, casa agena, pues de suyo nada arriesgaba, invitaba á cenar con él á las parejas conocidas que hallaba en el Alcázar, muchas de las cuales tenían que quedarse á dormir tambien, porqué puestos en la calle no hubieran atinado con la direccion de sus casas, si es que tenían casa aquellos verdaderos atorrantes de la vida.

Alguno que otro de éstos conocía Buenos Aires y daba los datos que con avidez verdadera recogía Lanza.

Cada dia Lanza se convencía mas de que su fortuna estaba en Buenos Aires y que este era el gran país de los países, en cuanto á las especulaciones que él quería emprender.

Su posicion era ahora mas embarazosa, porqué ni siquiera tenía el dinero que habia traído consigo y se vería en figurillas para pasar los primeros tiempos.

—Pero, ¡qué diablo! de ménos nos hizo Dios, pensaba, y de todos modos, en peor situacion que la presente, sin un medio y en país extraño no he de verme nunca.

El 25 de Enero ya Lanza empezó á hacer el plan de la manera mas curiosa que podría salir del pantano donde se habia metido.

Y recién se le ocurrió dar balance en sus bolsillos para poder apreciar bien sus fuerzas metálicas.

Solo tenía seis libras esterlinas y un par de pesos fuertes.

El fin del mes se venía encima y junto con el fin del mes la cuenta del hotel y sus amargos tragos.

Aquel mismo dia Lanza averiguó cuanto valía un pasaje para Buenos Aires, y en qué dia salían los vapores.

Pasaje y bote pago, le quedarían cinco libras esterlinas para maniobrar en Buenos Aires hasta que hallase colocacion momentánea, lo que creía sumamente fácil obtener en una casa de comercio italiana, sobre todo en una casa de giros, para ir tomando los datos que necesitaba y poniéndose al corriente de los negocios.

Pero, ¿como salía de Montevideo?

El hecho material del viaje no era nada, porqué todo quedaba reducido á embarcarse sin decirlo á nadie y así no se enterarían de la cosa.

Es que la cuestion para él era embarcarse con todo su equipage, y esto era lo que Lanza no hallaba el modo de hacer.

En cuanto hubiera intentado mover una paja estaba perdido, porqué en el acto en el hotel se habrían apercebido de todo y lo hubieran hecho acoger por la policia.

He aquí lo que mas importaba á Lanza, no por el hecho de caer á la policia, sinó porqué esto hubiera sido un golpe de muerte para todos sus proyectos de especulacion en el alto comercio.

El no habia tenido la precaucion de dar en el hotel un nom

bre falso y esto era lo que mas lo mortificaba, porque comprendia que el crédito debia ser la base de todas sus operaciones en lo futuro.

Entre tanto solo faltaban cinco dias para terminar el mes, lo que queria decir que solo tenia tres dias para efectuar su viaje.

Diablo de viaje que tanto le preocupaba.

Despues de pensar mil veces en la cosa y volver á pensar á cada momento, se resolvió por fin á perder el equipaje, único medio de verse libre del hotel y de su cuenta.

Lanza tomó pasage el 26 para salir en el vapor del 27, y esa noche armó el trueno del siglo.

Jamas el hotel Washington sirvió una cena mas succulenta ni mas admirablemente rociada.

Los vinos generosos eran generosamente vaciados en el estómago, á la salud de todos los santos, despues de haber agotado el número de todos los personajes conocidos.

Carlo Lanza tuvo muy buen cuidado de dejar de beber, cuando sintió colmada la buena medida.

Una indiscrecion podia costarle cara, y era preciso tener bien despejada la cabeza para no cometerla.

Así es que troncó cuando sintió llena la medida, sin que hubiera nadie capaz de hacerle beber un trago mas.

Las parejas siguiéron bebiendo á la salud de la humanidad y de la divinidad, hasta que fuéron cayendo rendidas por la fuerza magnética de Baco, que á nadie respeta.

Carlo Lanza, seguro de que aquella noche seria recordada con placer íntimo por sus flamantes amigos, se acostó á la madrugada.

Pero á las dos de la tarde estaba ya en pié, perfectamente lavado y peinado, é ideando el medio de llevar consigo la mayor cantidad de efectos posible.

Podia fingir un paseo al campo y llevar en una balija chica su mejor ropa.

Pero le parecia que esto seria hacer entrar en desconfianzas al dueño de casa, lo que no era ni diplomático ni conveniente.

Al fin se resolvió á abandonarlo todo á la buena de Dios, y salvar siquiera dos trages.

Al efecto, se perfumó y vistió como tenia de costumbre, con la sola diferencia que en vez de ponerse una camisa, se puso tres, dos pantalones, dos jaqués y un paltó delgadito.

Envolvió en un papel un par de botines rellenos de medias y pañuelos de mano, paquete de que nadie podia desconfiar, pues entrar ó salir con un paquete era cosa habitual en él.

Y sin mas bagaje, salió del célebre covachon Washington á las cuatro de la tarde.

El vapor salia á las cinco y media, lo que lo dejaba libre una hora y cuarto, pues él no queria embarcarse sinó en el último momento.

Carlo Lanza compró papel y sobres en una librería y se entró á un café, donde con letra clara y segura escribió la siguiente carta:

«Amigo dueño del hotel Washington:

«El individuo que tiene usted alojado como Carlo Lanza, no se llama Carlo Lanza, siendo este un nombre que se ha puesto para entrar á su casa.

«Hoy se ha ido con unos amigos á pasear á la Colonia, de donde no ha de volver hasta el fin del mes.

«Cuando venga haga que le confiese su verdadero nombre, que es Luis Repetto.

«*Un amigo.*»

Con esta carta, Lanza salvaba su propio nombre que era lo que le interesaba.

Cerró la carta, le puso sobre y se fué con ella al correo.

Y cuando ya iban á cerrar el establecimiento, la franqueó y entregó, rogando la incluyeran al día siguiente en el primer reparto.

De este modo quedaba seguro de que la carta en que salvaba su nombre, no llegaría á poder del dueño del hotel hasta despues de haber desembarcado él en Buenos Aires.

Lanza hizo tiempo hasta las cinco, paseando las calles, y á esa hora recién se dirigió al muelle, algo asustado, porque habia cometido la chabonada de tomar su pasaje también á nombre de Carlo Lanza, lo que podia muy bien revelar á la Policía su viaje á Buenos Aires.

Pero ya el barro estaba hecho y no tenia lugar á enmienda, siendo forzoso aguantar las consecuencias que vinieran.

A las cinco y cuarto Carlo Lanza tomó un bote y sin atreverse á mirar atrás se dirigió en él hácia el *Rio de la Plata*, que habia hecho ya su primera señal de partida.

El bote cortaba con gran rapidez las tranquilas aguas del mar, que aquel día estaba tranquilo como nunca, y á Lanza le parecia sin embargo que iban á paso de carreta de bueyes.

Al fin y cuando el vapor daba la segunda pitada, Lanza subia á bordo, precisamente al mismo tiempo que subia la visita de la Capitania.

Tal fué el susto de Lanza al encontrarse con la autoridad marítima, que las carnes le temblaron como si fueran á desprendérsele de los huesos.

Preguntó inmediatamente por el comisario de á bordo, á quien exhibió su boleto de pasaje, reclamándole el camarote correspondiente, porque tenia un dolor de cabeza espantoso y queria su recostarse.

Es que Lanza queria evitar que fuera á notarse la cargazon de ropa que tenia encima, que podia dar á sospechar algo de persona.

El comisario señaló á Lanza un camarote, donde este entró á gran prisa, siendo su primera operacion desnudarse, quitándose la ropa que llevaba de mas, y quedando en un traje mas liviano y elegante.

Si el oficial de visita traia alguna orden de demorarle el viaje y bajarlo á tierra, Lanza estaba perdido, pero resuelto á afrontar la situacion.

De todos modos tenia siempre el derecho de decir que iba á Buenos Aires y volvía inmediatamente, dejando en el hotel y en efectos de su uso, algo mas de lo que importaba su cuenta.

Pero entonces su carta dirigida al dueño del hotel en su nombre venia á ser su perdicion, aunque siempre le hubiera quedado el derecho de alegar que era una broma.

De todos modos hubiera quedado perdido, pues tarde ó temprano se hubiera averiguado que no era mas que un aventurero, sin medios de vida conocidos.

El cuarto de hora que pasó la visita á bordo, fué el cuarto de hora mas amargo que pasó en toda su vida.

Recien cuando sintió que el vapor levaba anclas dando su tercer pitada, Carlo Lanza suspiró con entera libertad, pues calculó que la visita de la Capitanía se habia ido.

Cuando el vapor concluyó su maniobra de virar etc., y se puso en marcha, habia ya oscurecido, y fué recien entonces que Carlo Lanza se atrevió á salir del camarote á respirar el aire libre.

Ya no tenia que temer; al dia siguiente se hallaria en Buenos Aires y el dueño del hotel se quedaria esperando al supuesto Lanza hasta fin de mes, en cuyo tiempo recien se pondria á hacer diligencias para averiguar el paradero de Luis Repetto, el defraudador de sus comestibles y bebidas.

Nadie habia sospechado la salida de Carlo Lanza de Montevideo.

Los flamantes amigos, y sus amigos habituales extrañaron de no verlo aparecer en su tertulia del Alcázar, y sospecharon que estaria entretenido en alguna aventura amorosa.

Pero en vano lo esperaron durante la funcion y un buen rato en el café de enfrente; Carlo Lanza no apareció.

—¿No se habrá enfermado ese cachafaz? preguntó entonces uno de los que esperaban.

La cena de anoche fué muy borrascosa, fué horriblemente borrascosa y no seria extraño que estuviera enfermo.

Se hizo la mocion de ir á su casa, y aprobaba por unanimidad, todos se dirigieron al hotel Washington.

La salud de su amigo Lanza importaba la salud de los bifes con papas y otros buenos platos, siendo preciso no descuidar al uno para conservar los otros.

Todos salieron del casino y enderezaron al hotel Washington donde llamaron como acostumbraba á hacerlo Lanza.

El mozo, que esperaba como siempre, abrió la puerta, y sin fijarse en quienes entraban, dejó pasar á todos y se fué á encender luz.

Los amigos y amigas se largaron al cuarto de Carlo, mientras el mozo, habituado á aquellas borrascas, preparaba todo lo concerniente á la cena.

Lanza tenia todo el aspecto de dar buena propina á fin de mes, y era preciso tenerlo contento para que la añajara en buena cantidad.

Los visitantes quedaron sorprendidos al no hallar alli al visitado.

La cama estaba intacta y no habia que pensar ni un momento en ninguna clase de enfermedad.

Preguntáron entónces al mozo y este quedó tan sorprendido como ellos mismos.

—Salió esta tarde, dijo, y aun no ha vuelto.

¡Oh! el señor es muy amigo de los buenos momentos y no es extraño, que ande en algun paseo ó aventura.

Ya volverá, tal vez de un momento á otro ande por aquí.

Los amigos resolvieron esperarlo, porque no era propio cenar sin él en su casa, y armáron alegre farra con copas mientras el anfitrión pegaba la vuelta.

Pero toda espera fué inútil; se pasó la noche y se pasaron las primeras horas de la madrugada sin que hubiese vuelto.

Los que mas confianza tenían con el amigo, se hicieron servir chocolate con tostadas y se retiraron despues de decir al mozo:

—Cuando vuelva ese calavera hágale presente hasta que hora lo hemos esperado.

Para todos ellos era indudable que Carlo Lanza andaria entregado en alguna aventura amorosa á domicilio, y se proponian volverlo loco esa noche, haciéndole quemar el nombre de la santa.

Pero aquella noche sucedió lo que la anterior; el amigo Carlo no pareció por ninguna parte, ni en el hotel tenían la menor noticia.

Lo carta dejada por Lanza en el correo no habia sido entregada aun, de modo que nada podia saberse.

Ademas nada tenia de extraño la ausencia del jóven, conocidas sus tendencias á la buena vida.

Allí estaba su espléndido equipaje intacto, como una muda pero elocuente garantía de su vuelta.

El correo, recién á los dos dias despues de haber salido Lanza, llevó al hotel Washington la carta que habia dejado y que cayó allí como una bomba sin hacer grandes estragos, puesto que en ella se anunciaba la vuelta segura de Lanza y no se amenazaba en nada la cuenta enorme de gastos hechos en el hotel.

—Esto debe ser una simple calaverada, pensaba el dueño del Washington; solo por una calaverada ese jóven debe haber cambiado de nombre, pues no tiene ni aspecto ni facha de un criminal que lo hace para evadir la accion de la justicia.

Á su vuelta nos haremos explicar la cosa, y si no lo hace de una manera satisfactoria, daremos cuenta á la Policía y salvaremos nuestra responsabilidad.

Respecto al pago de la cuenta, el dueño del hotel estaba tranquilo.

Era natural que anduviese en algun paseo, donde se habia entretenido mas de lo que pensó.

Allí estaba su equipaje del que no habia sacado una hilacha y que debia contener tambien dinero.

Pero llegó el fin de mes y pasaron los primeros dias del si-

guiente sin que el cliente volviera ni se tuviese de él la menor noticia.

¿No le habria sucedido alguna desgracia?

Montevideo no era muy seguro entonces; se habian producido algunos hechos criminales y no era imposible que Luis Repetto, ya el hotelero no lo llamaba de otro modo, hubiera sido victima de una asechanza criminal.

El dueño del hotel dió entonces cuenta á la Policía de la desaparicion del cliente, y se hicieron diligencias para averiguar su paradero.

Entonces la Policía se ocupaba mas en hacer política que en la averiguacion de crímenes.

Montevideo pasaba por una mala época y poco le importaba que un cliente extranjero se hubiese ido de un hotel sin pagar su cuenta de gastos.

Los nocturnos amigos de Lanza se aburríeron de ir al hotel á preguntar si se tenia alguna noticia y no se ocupáron mas de la cosa.

Solo el dueño del hotel recordaba á su cliente con la fuerza de los novecientos y tantos nacionales que le habia gastado y cuyo pago no obtendria jamas.

Y convencido que el cliente era un estafador que se habria vuelto á Europa ó ido al diablo, concluyó por no preocuparse mas de la cosa.

A los tres meses se resolvió á violentar el equipaje, encontrando en él ropas de valor realmente para su dueño, pero que vendidas por él no alcanzarian á producirle cincuenta nacionales.

Y guardó aquellas ropas en la esperanza lejana de que Luis Repetto habria sido victima de algun secuestro ó alguna desgracia y que no tardaria en aparecer, aunque la falta de dinero que él creia hallar en el equipaje, le dió malísima espina.

Pero toda espera fué vana: en el hotel Washington no se volvió á tener mas noticias del tal Luis Repetto.

En Buenos Aires.

Una vez en camino y seguro de que el único interesado en su viaje, el dueño del hotel, ni siquiera lo habria sospechado,

Carlo Lanza recobró todo el buen humor que habia perdido momentáneamente y se trasladó al comedor, donde ya estaban reunidos los demas pasajeros.

Vestido correctamente el jóven y con su presencia simpática, al momento trabó relacion con los pasajeros que le parecieron mas respetables y de mejor posicion.

Y volvió á resucitar su historia de grandezas, diciendo que era un capitalista italiano que venia á estudiar á Buenos Aires para ver si se podia establecer algo de notable respecto á comercio.

Y con este motivo volvió á su fiebre de adquirir informes

respecto á todas las cosas, obteniéndolos magníficos para los planes que llenaban su cabeza.

Buenos Aires presentaba una oportunidad brillante, según le decían, para las empresas de gran capital.

Acababa de salir de una epidemia tremenda que había prostrado su comercio, el dinero andaba escaso y no había quien se arriesgara á una especulación seria.

—Yo me hubiera establecido en Montevideo, donde he pasado unos pocos días, decía Lanza, pero no es ese el país que yo he pensado ni el que me conviene.

Aquí la mayoría de la población extranjera es española y la mayor parte de su comercio se hace con la España.

La base de mis operaciones está en Italia, y entonces necesito fijarme en un punto donde el comercio con Italia sea relativamente fuerte.

—Pues entonces nada mejor que Buenos Aires, le dijeron, allí el comercio con Italia es muy fuerte, porque en Buenos Aires tiene usted cien mil extranjeros, de los cuales sesenta mil son Italianos, estando la mayor parte de estos dedicados al comercio en pequeña y grande escala.

Fácilmente encontrará usted con quienes entenderse respecto á negocios, porque hay casas italianas muy fuertes y muy bien tenidas.

Carlo Lanza encontraba comprobados ventajosamente todos los datos que tenía respecto á Buenos Aires y alentadas todas las esperanzas que había concebido.

Decididamente su fortuna estaba en Buenos Aires, aunque su situación respecto á fondos era sumamente precaria.

Toda aquella noche pasó Carlo Lanza en gran conversación con unos cuantos pasajeros que venían encantados con su persona y su trato.

A la madrugada fondeaba en Buenos Aires el «Rio de la Plata,» y Carlo Lanza llegaba al tan ansiado punto de su destino.

Hizo un paquete con las ropas que se había quitado á bordo y que constituían todo su equipaje y esperó tranquilo la visita, pues le previniéron á bordo que antes que la Capitanía del Puerto pasara su visita, ningún pasajero podía bajar.

Aquí volvió á asaltarle un nuevo temor que lo puso en el más amargo desasosiego.

Podrían haber avisado su viaje por telégrafo pidiendo le echaran el guante á la llegada, y esto era un peligro en el que no había pensado y que no por esto era menos real.

Peró llegó la visita y se volvió sin haberlo molestado ni nombrado para nada, por lo que se dió por feliz, desechando toda clase de temores.

No pudo ser más agradable la primera impresión que recibió Carlo Lanza ante aquel enjambre de boteros y dueños de embarcaciones que le hablaban á un tiempo todos los dialectos que posee la Italia.

Se le figuraba hallarse en el puerto de Génova.

Lanza no pudo ménos que estremecerse de placer cuando se encontró en el bote que debia traerlo á tierra, reconociendo en el patron y marineros no solo gente italiana sinó de su propia provincia.

Estos á su vez al reconocerlo en el acento, no quisieron cobrarle el viaje, lo que era ya la mas estupenda prueba de afecto y desprendimiento en honor de un paisano.

—¿Es esto realmente América ó es una provincia italiana? preguntó Lanza al pisar el muelle.

El paquete famoso donde traia el único equipaje salvado en el naufragio del hotel Washington, era solicitado en toda especie de dialectos conocidos y desconocidos para él.

Desde el genovés hasta el veneciano y desde el lombardo hasta el boloñés, que es el mas enredado de todos, en todos ellos se le pedia la changuita del equipaje, preguntándole á qué hotel se dirijia.

A qué hotel; este era el problema que Lanza tendria que resolver en el momento, pues era preciso que á algun hotel fuera á parar.

Entre aquel mundo de caras italianas, despues de recorrerlas á todas con una mirada rápida y concedora, eligió entre ellas la que le pareció mas inteligente.

A ese le entregó el paquete diciéndole que lo llevara á un hotel italiano, pero que no fuera un hotel de lujo, porque no queria hacer aparato.

—No necesita decir mas, respondió el peon, que era uno de aquellos bachichines andariegos y concedores de toda la ciudad.

Todo el trayecto del muelle y Paseo de Julio, Lanza lo recorrió con placer infinito.

Le parecia que andaba entre un pueblo italiano.

En los negocios, en los cafés, en la calle, en todas partes en fin, no oia sino hablar italiano y no veia sino costumbres italianas, hasta en la haraganería clásica de uno que otro lazaron tendido cómodamente en los bancos del paseo.

En uno de los fondines por donde pasaba, sintió jugar á la morra y no pudo ménos que detenerse á escuchar las voces del juego y los clásicos juramentos que lo acompañaban.

—Si no supiera que estoy en Buenos Aires, dijo el changador, juraria que estoy en Génova y aun estoy por jurar que allí me encuentro, porque esto y Génova es lo mismo.

—¡Ya lo creo que es lo mismo! exclamaba alegremente el changador, aquí por el bajo vivimos como en Italia; hay muchos compatriotas!

Lanza estuvo mucho tiempo entretenido en oír las conversaciones y vocingleria de los cafés, hasta que mandó á su peon que siguiera adelante.

—¡Ya tendremos tiempo de pasear la ciudad y conocer sus costumbres!

El peon tomó la calle Corrientes, que pareció á Lanza otro barrio italiano y enfiló hácia el Hotel Marítimo.

El Hotel Marítimo situado en la calle Corrientes y á cargo

de su propietaria la señora Nina, era un hotel de segundo orden, pero bueno y de excelente trato.

Allí paraban y comían gran cantidad de capitanes de buques de ultramar y gente de mar de aquella que le gusta la buena vida y que no se fija jamás en cuanto gasta.

Solo exigen que se les dé de comer bien y succulentamente y que el servicio sea de un aseo irreprochable.

Como tenía buena clientela, la señora Nina había surtido bien sus bodegas y el cocinero allí era de primera fuerza.

La cuestión para ella era tener conformes á sus clientes y que no cambiaran de alojamiento.

Era la señora Nina una mujer afable, de un carácter franco y desprendido, que vivía de la renta que le proporcionaba su hotel, renta que hubiera bastado á contentar al mas exigente.

Habituada á tratar con la gente de mar, honrada é íntegra sobre toda ponderación, creía que todo el mundo era lo mismo y jamás abrigaba la menor desconfianza del que llegaba á su casa, por mas mala facha que tuviera, pues bajo la peor capa puede muy bien esconderse el mejor bebedor.

Allí se cuidaba y se atendía á los huéspedes de manera que ninguno tuviera de qué quejarse, para lo cual Nina les andaba adivinando el gusto en la manera de mirar.

Las piezas eran sumamente cuidadas, sin lujo, pero con un confortable completo y con todo lo necesario para pasar la noche de una manera agradable.

Comparado con el inolvidable hotel Washington, aquello era el cielo comparado con un pesebre de tambó.

—Cuando yo lo traigo aquí, dijo á Lanza su peon cicerone, es porqué puede alojarse el mismo Victor Manuel, sin extrañar ni su mesa ni su aposento de Palacio.

¡Qué sacramento!

La Nina trata á sus clientes á cuerpo de rey, y el que de aquí salga descontento, lo hará de puro vicioso.

—Me parece bien, respondió Lanza, me parece muy bien; de todos modos si me has alojado mal, peor para ti, porqué cambiaría de hotel sin ocuparte para la mudanza.

—No tenga miedo, ya verá usted como nunca ha comido ni dormido en un hotel de una manera mas famosa.

La señora Nina, sin malicia alguna, como lo hemos dicho ántes, quedó encantada no solo de la persona sinó del trato de Carlo Lanza.

El jóven tenía el don especial de preveni. en su favor á cuantos hablaban con él, mas si su interlocutor era una mujer.

El jóven habia hecho un estudio especial del lado flaco en las mujeres, al extremo de descubrirlo á primera vista y explotarlo en su beneficio.

En cuanto cambió cuatro palabras con la señora Nina, le vió la pierna de que cojeaba y se le durmió de ese lado.

Nina era sumamente afecta al buen trato, le gustaban las galanterías y los modales finos y atentos.

Y Lanza, de lanza se convirtió en un merengue, viendo que este era el modo de agradar á la señora Nina.

—¿Y los otros peones? preguntó esta, pensando que ningún joven de aquel aspecto podía venir desde Europa con solo aquel miserable paquete que había traído el peon.

Aquí tuvo Carlo Lanza que improvisar una de aquellas famosas fábulas para cuya fabricación parecía nacido.

—Me ha sucedido una desventura, dijo, que no sé como la voy á remediar, porqué me parece ya tarde para hacerlo.

Yo me bajé del paquete en Montevideo, pues tenía ganas de conocer la ciudad, y de todos modos hasta el día siguiente no seguíamos para Buenos Aires.

Tomé de mi equipaje la ropa necesaria para vestirme ese día y esa noche, y bajé á tierra.

Con algunas relaciones que tengo en Montevideo, paseamos todo aquel día y gran parte de la noche.

Al día siguiente por la mañana nos fuimos á un pueblo vecino de la campaña, á almorzar en la quinta de un compatriota y amigo y pasamos tan agradablemente el día, que se nos fué el tiempo.

Cuando acordamos, era tan tarde que apenas tendríamos el tiempo necesario para llegar á la ciudad.

Tomamos las volantas á gran prisa y emprendimos la vuelta.

Pero estaba de Dios que algún fracaso debía sucedernos.

La señora Nina estaba encantada de la fina jovialidad con que hablaba Lanza y de sus aflagidas gesticulaciones.

Le parecía estarlo viendo en el momento de sus apuros.

—En vano apuramos á los pobres caballos, continuó Lanza, en vano ofrecimos al cochero doble paga, todo fué inútil.

Cuando llegamos á la ciudad era demasiado tarde y el paquete había seguido viaje.

Nada me importaba la pérdida del tiempo ni del pasaje.

Lo que me mortificaba sumamente era que en el paquete iba mi dinero.

Yo había bajado á tierra con unos pocos cientos de francos, mas que lo suficiente para pasar allí un día y una noche, aunque hubiera tenido que hacer grandes extras.

No es que yo pensara que á bordo pudieran robarme, sino que no podía calcular el rumbo que iba á tomar mi equipaje abandonado.

Mis amigos me tranquilizaron á este respecto.

Escribiremos á amigos de Buenos Aires, me dijeron, sin perjuicio de hacerles un telégrama ahora mismo, y ellos se encargarán de recoger tu equipaje.

A este respecto no tengas el mas mínimo cuidado.

Aquella manifestacion de mis amigos me dejó tranquilo y no pensé mas en mi equipaje.

Como ya estaba allí, aquellos diablos se empeñaron en hacerme pasear y conocer la ciudad por completo.

Es una lástima, me decian, que habiendo bajado no te quedés una semana, un par de días ó tres.

¡Ya verás qué momentos te vamos á hacer pasar!

Aquellos demonios me tentaron de una manera poderosa.

Yo, que no necesito mucho para esta clase de diversiones me encontré en mi elemento y acepté la propuesta.

Me quedé en Montevideo con el propósito de pasar dos dias alegres.

Confieso que aquellos traviesos me hicieron perder la cabeza y la memoria, al extremo de que yo no pensaba mas ni en mi equipaje ni en mi dinero.

Y tan perdi la memoria y tan me quedé allí á mi gusto, que hasta se me olvidaron las fechas, y los dos dias se me volviéron ocho.

La falta de ropa era subsanada por ellos, que me daban ropa para cambiarme.

¿Qué mas necesitaba entónces?

Ellos habian recibido contestacion de sus amigos, cuyas señas traigo apuntadas en la cartera, diciéndoles que mi equipaje estaba seguro.

La farra continuó un par de dias mas, hasta que les declaré terminantemente que me venia á Buenos Aires.

En vano aquellos diablos quisieron detenerme aún mas; tuve que ser firme, porque si no, era negocio de quedarme en Montevideo todo el año.

Y como el punto de mi destino era Buenos Aires, donde debo abrir inmediatamente mi casa de comercio, no era posible ni juicioso demorarme más.

Demasiado me habia divertido ya y era necesario que aquello terminara de una vez.

Pedí las señas de las personas que se habian hecho cargo de mi equipaje, pues el paquete en que yo vine ya habia pasado por Montevideo de regreso, y aquí me tiene usted, mi señora, apto para el trabajo, porque con la calaverada hecha en Montevideo tengo ya para un año.

Esta historia inventada al minuto, dejó encantada á la señora Nina, que vió en Lanza un jóven alegre y travieso, pero que no perdía el rumbo en la senda del trabajo ni se dejaba seducir por tentaciones endemoniadas.

Y no e traño ya la falta de equipaje en aquel pasajero que tenia todo el pelage de ser un hombre rico y que hablaba como uno para quien el dinero es la última cosa de la vida.

Carlo Lanza fué alojado en una pieza de balcon á la calle, alegre y bella y donde tenia toda la independenciam que podia apetecer.

— Como yo aquí no tengo familia, dijo él á la señora Nina, no vale la pena que amueble casa para un hombre solo; cuando abra mis negocios, si en caso me gusta, seguiré alojándome aquí.

Es mucho más cómoda la vida del hotel para el que, como yo, no tiene quien lo cuide.

Y Lanza, que habia observado que la señora Nina era algo sensible, hizo una larga tirada sobre el amor materno, lo que él adoraba á su buena vieja, y lo que iba á extrañarla mientras estuviera en América. Cada vez la hotelera estaba mas enamorada de aquel jóven de tan nobles sentimientos y de corazon tan sencillo.

—Yo trataré de reemplazar su familia en lo que sea posible, le dijo, y en cuanto á trato, espero en Dios que no ha de tener por qué quejarse.

La buena mujer arregló la pieza de Lanza como si se tratara de un hijo, diciéndole:

—Esto es por hoy; pero ya mañana podrá disponer de la salita de al lado para recibir sus amigos y tratar de sus negocios.

Una casa de comercio no se improvisa á dos tirones y mientras usted abra la suya, necesita una pieza que no sea dormitorio, para recibir á las personas que han de venir á verlo.

Con sus fábulas y sus cuentos Carlo Lanza se habia echado al bolsillo á la señora Nina y estaba seguro que seria tratado á cuerpo de rey.

—Preciso es confesar que he andado con suerte, aquí y en Montevideo.

Ese diablo de changador parece que hubiera adivinado mis necesidades del momento, trayéndome á una casa instalada para que yo la ocupe.

¡Qué patrona! ¡qué patrona me ha tocado en suerte!

Creo que al lado de ésta mi mismo patron del Washington quedará eclipsado.

Ahora es preciso que me reponga algo de tanta mala noche pasada, para quedar con el cuerpo descansado y entregarme á mis asuntos.

Lanza no habia dormido la noche anterior á bordo.

El jabon sufrido al salir de Montevideo y al llegar á Buenos Aires por temor á las auto idades, lo habia fatigado mas que todo.

Así es que apenas almorzó, se metió á la cama y se durmió profundamente.

Y sueño fué aquel que duró hasta el dia siguiente.

Varias veces subió la señora Nina á ver si algo se le ofrecia, pero viéndolo dormido tan plácidamente, se retiró sin querer turbar aquel sueño y murmurando:

—¡Como se conoce el sueño de un hombre justo y bueno! ¡duerme como un ángel!

A la hora de comer, la señora Nina volvió al cuarto de Lanza para despertarlo.

Pero dormia tan bien y tan plácidamente, que juzgó un crimen recordarlo, y despues de estarlo contemplando un buen rato, resolvió dejarlo dormir.

Cuando volvió á subir á la pieza ántes de recogerse y ya tarde de la noche, lo halló durmiendo en la misma posicion que lo habia dejado.

Se conocia que el jóven no habia hecho ningun movimiento.

Esto y la profundidad é insistencia de aquel sueño, la alarmaron mucho, hasta el extremo de acercar su oído á la cara de Lanza para cerciorarse de que no estaba muerto.

Y no pudo ménos que sonreír maternalmente al escuchar aquella respiracion tranquila y cadenciosa.

Y por tercera vez renunció á despertarlo, calculando que aquel sueño le haria mas bien que la mejor comida.

Carlo Lanza.

Y á aquella hora, ¿para qué iba á despertarlo?

Le echó una manta sobre los pies y se retiró á acostar.

Al dia siguiente Lanza se habria repuesto de las fatigas del viage y estaba segura que le agradecería de no haberlo despertado

Recien al otro dia temprano despertó Lanza de su profundo sueño.

Habia durmido tan sin sentirlo, que al despertar pensó que estaba en el mismo dia que se habia acostado y que dentro de poco lo llamarían á comer.

Grande fué su sorpresa cuando vino la señora Nina con una gran taza de café con leche, haciéndole burla por el sueñazo que habia echado.

—Dormir un dia entero con su noche, le dijo, es algo de enorme y que no sucede á todos los clientes!

—¿Cómo un dia y una noche? exclamó Lanza asombrado: ¿quiere decir que yo he venido ayer y que me he dormido hasta hoy?

—Tan es así, que aquí venia á despertarlo con una buena taza de café con leche y á recordarle el asunto de su equipage para que haga las diligencias del caso.

Apesar de la seriedad con que hablaba la señora Nina, Lanza se resistia á creer que su sueño hubiera sido tan largo.

Fué necesario que ella le abriese el balcon y le mostrase prácticamente que estaban en las primeras horas de la mañana.

Lanza no dudó ya un segundo, pues el movimiento de la ciudad era el mismo que habia observado cuando desembarcó.

—Debo haber dormido mucho y muy bien, porque me siento el cuerpo perfectamente descansado y el espíritu alegre.

—Yo estuve ayer varias veces y sentí una fuerte tentacion de despertarlo, pero dormia tan bien que me dió pena el hacerlo.

De todos modos no tenia nada urgente que hacer.

¿Para qué iba á turbar entónces un sueño tan apacible?

Lo dejé dormir y no me arrepiento, puesto que tan bien le ha aprovechado el sueño.

Carlo Lanza agradeció afanosamente á la señora Nina todas las atenciones que le habia dispensado.

—Se me figura que estoy en mi casa y al lado de mi vieja, cuando siento el cariño con que usted me trata.

Francamente nunca soñé hallar en tierra extranjera una persona tan buena y tan amable.

La señora Nina estaba con esto en el bolsillo de Lanza; y el bribon, que sentia el mágico efecto que producian sus palabras, apretaba la mano y se le descolgaba con mil cariños y zalamerías.

Engulló el café con su buen apetito de veinte y cuatro horas que hacia no tomaba nada y empezó á hacer sus planes para pasear la ciudad.

Para darle mayor confianza y concluir de ganársela, Lanza llamó á consulta á la señora Nina, para resolver ambos el problema del paseo.

—Yo no conozco la ciudad ni siquiera tengo idea de las diversiones, le dije, temo perderme y no se me ocurre con quien salir.

Si usted quisiera prestarme un mozo á horas en las que no tuviera qué hacer, me prestaria un señalado servicio.

—Algo mejor, mucho mejor que eso, respondió la señora Nina.

Después de almorzar yo lo pondré en contacto con un capitán de buque que pára aquí actualmente.

Es un hombre muy jovial y paseadero.

No tiene nada que hacer durante el día, se pasea toda la ciudad entera, de la que conoce hasta el último rincón.

Ni mandándolo hacer encontraría usted un compañero mas á propósito.

Carlo Lanza se empaquetó perfectamente.

La ropa salvada era la mejor que tenia, de modo que á su traje no habia reproche que hacerle.

Tomó asiento en la mesa redonda, y allí la señora Nina lo puso en contacto con el capitán Pietro Caraccio, que era la persona de quien le habia hablado.

Caraccio era un hombre de mas de cincuenta años, pero jovial y alegre al extremo de parecer un muchacho.

El venia á Buenos Aires una vez al año, y el mes ó mes y medio que tardaba su buque en la carga y descarga, lo empleaba en pasear y divertirse de todos modos.

En las reuniones alegres, en los cafés, en los teatros, en todas partes donde podia pasarse alegremente el rato, estaba siempre presente.

Sus amigos los Italianos mas acriollados lo llamaban Caracho, y él aceptaba el juego alegremente.

Caraccio era íntimo amigo de un ingeniero Caporale, veneciano tan alegre y travieso como él mismo, que andaba siempre exprimiendo á la vida todo el jugo que le podia sacar.

Caporale conocia cuadra por cuadra el Buenos Aires alegre, de modo que cuando se juntaba con el amigo Caracho no dejaban vericueto que no recorrieran.

Si Carlo Lanza hubiera mandado fabricar dos cicerones, no los hubiera hecho tan completos ni tan á su conveniencia.

Caraccio lo pondria en contacto con Caporale, Caporale con Moretti, este con el ciego Maggi, y en un momento, entre todos, lo pondrian al corriente de lo que era Buenos Aires, y lo que se podia hacer en negocios nuevos.

Tanto el capitán Caraccio, como los demas marinos que habia en la mesa, simpatizaron en el acto con aquel jóven tan espiritual y tan franco, que los trataba como si toda la vida los hubiera conocido.

El marino no desconfia nunca del hombre que tiene al frente, mientras este no le dé un motivo notorio de desconfianza.

Juzga á los demas por sí mismo y se abre pronto á las impresiones de la buena amistad.

¿Por qué habian de desconfiar de Lanza, cuya juventud y exterior simpático tanto prevenia en su favor?

Luego la señora Nina lo habia recomendado tan cariñosamente, que Caracio le dijo:

—El jóven corre de mi cuenta; déjenos no mas que ya nos entenderemos perfectamente.

Carlo Lanza vió en el capitan Caraccio un nuevo filon que explotar; y estudiándole el lado flaco durante el almuerzo, le inventó un par de historias que dejáron encantado al viejo lobo marino, pues empezó por decirle:

—Mi vocacion era la mar, pero mis padres que me quieren con exceso, me la contrariáron desde el principio, dándome una colocacion comercial, que ellos estimaban ménos peligrosa.

Con una buena educacion comercial, me decia mi buen viejo, y dinero que, gracias á Dios, no ha de faltarte, tienes tu porvenir perfectamente asegurado.

La mejor marina son los escudos, muchacho, con la diferencia que estos no naufragan, y aun en el caso de naufragar, nunca comprometen la vida.

Y aqui tienen á un hombre que, nacido para la mar, se vé obligado á convertirse en ponton de una casa de comercio que para él no tiene ningun encanto.

Pero en fin, puesto que mis padres lo han querido, mandaremos un banco en vez de mandar un barco; cuestion de una letra cambiada y nada mas.

Con estos discursos Lanza se ganó á los buenos y francos marinos, al extremo que, cuando concluyéron de almorzar, hablaba con Caracio como podia haberlo hecho con un amigo de veinte años.

La señora Nina vino á informarse de como les habia parecido el compañero, quedando sumamente complacida al oír decir á Caracio:

—Es el mejor jóven con que he tropezado en mi vida.

Corre de mi cuenta enseñarle la ciudad y todo lo que le dé la gana de aprender en ella; por eso no ha de haber inconveniente.

Es un jóven que me gusta de alma y que tomo bajo mi amistad por todo el tiempo que me queda de estar en Buenos Aires.

—Yo no se hacer cumplimientos, respondió la señora Nina, pero le aseguro, jóven, que no podia caer en mejores manos.

Va á conocer cuanto necesita y divirtiéndose en toda regla

Despues de tomarse una buena taza de café con una mejor copa de grappa, el capitan Caraccio declaró que estaba á disposicion de Lanza desde aquel momento, puesto que no tenia nada mejor que hacer.

Lanza subió á su pieza, dió un repaso á su traje y peinado, y acompañado del insigne Caracio salió del hotel Maritimo.

Excursiones y estudios.

Caracio acompañaba á Lanza simplemente á visitar la ciudad, porqué en aquellas horas de ocupacion para todos, no se podia hacer otra cosa mejor.

Lo trajo al centro, mostrándole los mejores edificios y establecimientos públicos y los barrios comerciales, que era lo que mayor interés despertaba en Lanza.

Aquellas vidrieras de las casas de cambio donde habia una fortuna en monedas de oro, tenian positivamente fascinado á Lanza.

Una ciudad donde el simple cambio de dinero constituia un negocio, debia ser una ciudad sumamente rica.

Y Caracio completaba los datos con informes preciosos para Lanza.

Aquellas vidrieras donde se anunciaba que se daban giros sobre Europa, llenas de monedas de todos los cuños, le hacian abrir tamaño ojo, mas cuando Caracio le daba la explicacion siguiente:

—Estos son escritorios por cuyo intermedio se puede mandar á Europa dinero en letras de cambio.

Son hombres de entera confianza, que se encargan de enviar dinero y de todo género de comisiones.

Esto es muy cómodo y muy útil, pues no hay comision de que no se encarguen.

Supóngase que uno de estos infelices que no tiene ningun género de relaciones ni sabe siquiera escribir una carta y tiene necesidad de hacer pagos ó mandar traer á su familia.

Pues no tiene mas que venir á uno de estos escritorios de crédito y hacer el encargo.

Aquí encuentra todas las comodidades posibles, mediante una moderada retribucion.

Carlo Lanza escuchaba todos estos datos con un placer infinito.

Lo estaban hiriendo sobre la llaga, y dándole precisamente datos que no habia querido pedir todavía.

—¿Pero estas casas tendrán capitales enormes? preguntaba fingiendo indiferencia.

—Capital de relaciones y crédito, nada mas.

¿Para qué necesitan capital, si el dinero que mandan es el mismo que reciben?

No hay mas que tener buen crédito y basta, y así mismo hay muchos de estos diablos á quienes yo no les fiaria cien pesos papel.

Carlo Lanza estaba sobre espinas.

Ya le parecia que se hallaba al frente de una de aquellas grandes casas de giros, embolsando gruesas sumas de dinero.

Pero para llegar á aquel pináculo de felicidad era necesario

conocer admirablemente la gente con que habia de maniobrar y explotar.

—Pero aquí no hay bancos que giren? preguntaba asombrado de que en un país tan rico no hubiera bancos de giros.

—Si hay bancos, respondia Caraccio, pero estas casas son mas cómodas y familiares.

No se necesita tanta formalidad, y luego que ningun banco quiere encargarse de escribir una carta á la mujer y á los hijos.

Entre tanto hay casas de crédito como la de Caprile y Picasso, donde se encargan de todo, sin el menor trabajo para el cliente.

Casi todos los compatriotas prefieren depositar su dinero aquí, que llevarlo al Banco, porque ademas de las comodidades que he mencionado, hay la ventaja de que se paga mayor interés.

Y como toda esta es gente de trabajo que no piensa mas que en sacar el mayor provecho á trabajo y dinero, tiene el suyo aquí con preferencia á cualquier banco.

Carlo Lanza quedó deslumbrado ante tan fabuloso negocio. Habia tropezado precisamente con lo que buscaba.

Conocido el negocio, no faltaba mas que conocer los clientes y ponerse en situacion de plantearlo.

Pero esto no podia ser sinó obra del tiempo y del conocimiento de las personas y del país.

Aquel primer paseo que llamaremos paseo sério, duró hasta el entrar de la noche, hora en que regresáron á comer, pero no al hotel Maritimo, sinó á una guarida de gente alegre que conocia Caraccio.

Esta guarida era el famoso café de la Cruz de Malta, sitio de reunion de aquella célebre sociedad de la Maledicenza, compuesta de gente alegre y jóven, perteneciente al comercio, á las bellas artes y á las letras.

A la hora que llegáron Caraccio y Lanza, estaba el cenáculo en plena y formidable reunion.

El pintor escenógrafo Ferrari, aquel gran diablo de tanto talento, tenia la palabra, sosteniendo con un elocuente discurso que los curas no eran tales ministros de Dios, porque Dios no los habia nombrado ni les pagaba sueldo.

Luego, que todos eran ministros en el mismo ramo, lo que probaba que en los ministerios celestes habia mas ministros que asuntos y que todos los asuntos se referian á una sola cartera.

Los oyentes aplaudian de una manera espantable el discurso de Ferrari, pues en el colmo del entusiasmo habia tratado de simple Federico á monseñor Aneiros.

Caraccio se detuvo en la puerta por no interrumpir el discurso de Ferrari y solo cuando este gran travieso dejó de hablar, entró y presentó á la reunion á su protegido Carlo Lanza, de quien se decia padrino.

Bastaba que fuera presentado por Caraccio para que Lanza fuera recibido con todos los honores requeridos.

Ferrari se paró sobre la silla y echó un nuevo discurso saludando al recién llegado, mientras el bueno y noble Strazza lo bautizaba mojándole el pelo con un poco de oporto.

Lanza estaba en su elemento.

Aquella gente le parecía la revelación de un mundo desconocido pero presentido por él.

Y tomó asiento al lado del venerable presidente de la Maledicenza, que encontró en Lanza un neófito de primera fuerza.

Allí se encontraba el joven en contacto con gente buena que podía ayudarlo de todas maneras, pues allí había personas bien colocadas en el comercio rico italiano.

Y bendijo desde el fondo de su alma al changador que lo había llevado al Hotel Marítimo, y á la señora Nina que lo había puesto en contacto con aquel diablo de capitán Caraccio que, sin saberlo, se había erigido en su providencia.

Como era natural, entre aquella gente y en festejo del recién presentado, la comida fué mas borrascosa de lo acostumbrado.

Algunos de los maldicientes se fueron un poco al otro lado de la alforja, mientras la mayoría saludaba á Lanza con un trigésimo brindis.

Aquella comida no terminó hasta las diez de la noche, y sabe Dios hasta que hora se hubiera prolongado, si Caraccio no hubiera hecho mocion de levantar campamento, porque queria mostrar á su protegido lo que en Buenos Aires asombra.

¿A dónde ir á aquellas horas y en el estado en que se hallaba la mayoría?

Fué Lanza quien dió el derrotero con esta simple pregunta:

—¿Y en Buenos Aires no hay Alcázar?

Allí se dirigieron todos aquellos cachafaces.

Si los maldicientes habían sido simpáticos al joven desde el primer momento, este les había caído en gracia sobre tablas, porque habían visto en él un joven alegre y despreocupado, que sería con el tiempo un digno maldiciente.

Con dinero, como aparecía, y dueño exclusivo de su voluntad, aquel joven podría seguirlos en todas sus aventuras y ayudarlos con su alegría y buen humor.

El Alcázar de Buenos Aires que él había juzgado igual desde Montevideo, fué la revelación de un mundo nuevo para él.

Nuestros lectores no habrán olvidado aun lo que era el Alcázar de Buenos Aires en aquellas épocas inolvidables.

Allí iba toda la juventud alegre y bulliciosa de Buenos Aires, armando cada jaleo que parecía una revolución.

Había un círculo de jóvenes que se había impuesto á concurrencia y artistas, de tal manera, que era su voluntad la que allí imperaba, sin la menor contradicción de una y otros.

Los programas de la función se alteraban por aquel público bullicioso con una facilidad tal, que el mismo Colombet había concluido por aparecer en las tablas preguntando qué querían que cantara.

Aquella era una concurrencia de hombres solos, que iban á

matar la noche del modo que á cada cual le diera la gana; no habia que hacer.

A veces las opiniones andaban encontradas entre el «público espectador» y el público actor, y era entónces que se armaban aquellos memorables escándalos que requerian la mediacion del mismo jefe de policia.

La Gooz no habia querido alterar el programa cantando lo que se le pedia, y era recibida con una tormenta tal de silbidos, que aquello parecia un concurso de locomotoras.

El público espectador aplaudia porqué la artista le gustaba y él nada tenia que hacer con los cambios de programa, y aquí se armaba la grande á los gritos de «¡fuera Gooz!» «¡bravo la Gooz!»

Los jarros de chop cruzaban de un extremo á otro buscando cabezas donde estrellarse; las sillas crugian al ser azotadas contra las mesas, y las piedras de mármol que á estas cubrian, saltaban bajo todo género de golpes.

El teatro se convertia en una lluvia de verduras, pedazos de sillas, botellas vacías y puchos encendidos.

Y el telon caia rápidamente en medio de un tumulto fabuloso.

Los artistas, aterrados, ganaban á sus camarines ó se escondian entre las bambolinas, creyendo que el final lógico de aquel bochinche monstruoso seria que pegarian fuego al teatro.

Y este temor se acentuaba mas, porqué en la sala se hacia la proposicion á grandes voces.

Los concurrentes á las mesas de la platea eran los que salian peor parados, porqué de los palcos les llovía toda clase de proyectiles de grueso calibre, que caian no solo con su propio peso, sino impulsados por toda la fuerza de los que los lanzaban.

Aquí mediaba siempre la Policía, pero obteniendo un resultado negativo.

Tratándose de los jóvenes mas distinguidos de Buenos Aires, los vigilantes no se atrevian á proceder con toda la severidad necesaria.

El oficial ó el comisario de servicio temia se produjese un conflicto sangriento, y la presencia del jefe de Policía se hacia inevitable.

El señor O'Gorman, con aquel tino y aquella suavidad que le era característica, se presentaba en el sitio del conflicto y el tumulto cesaba como por encanto.

La concurrencia se calmaba, los contusos enfilaban á la botica mas cercana, el telon se alzaba, y la representacion continuaba como si nada hubiera sucedido.

Así seguia la funcion en medio de aplausos, silbidos y papas arrojadas á la escena, quedando siempre triunfante y airoso aquel grupo de traviesos jóvenes que lo habian producido, por no querer alterar el programa.

Noche llegó en que los artistas tuvieron que salir en corporacion al escenario y pedir disculpa á aquellos traviesos por no haber hecho caso de sus pedidos, prometiendo la mayor sumision para en lo futuro.

Aunque los artistas se esmeraran en complacerlos, desobediendo ciegamente á sus órdenes y alterando los programas á satisfaccion de todos, no por esto se lograba una representacion en órden.

Nunca faltaba un motivo para provocar un conflicto ni dejaba de haber su tormenta.

Es que aquella concurrencia especial iba con el espíritu preparado á tormenta, y era preciso que la tormenta se produjera.

Un mozo de café que servia mal y obtenia en retribucion un tazazo; un artista que no representaba con el comedimiento exigido; algun espectador á quien el punch ó la limonada se le subia á la cabeza; todos estos eran motivos para que se renovara el escándalo, cuyas proporciones solian alarmar á la Policia, que creia que aquellos diablos llegaran hasta desacatar las órdenes del señor O'Gorman.

Pero esto no sucedia jamas.

En cuanto O'Gorman se presentaba en el Alcázar, el escándalo cesaba como por encanto y aquellos de cabeza mas pesada consentian en retirarse á sus casas á dormir los bríos que les hubiera comunicado el alcohol.

Es que el señor O'Gorman tenia un tino único, que nacia en el profundo conocimiento de aquella juventud borrascosa.

Sabia que los que no hubieran cedido ante todos los machetes de la Policia, no se resistirian á una súplica bondadosa, y era este el medio que siempre empleaba con éxito para obtener cuanto queria.

El escándalo de la funcion continuaba despues en el café, donde iban á cenar público y artistas, juntos ó separados.

Porqué allí se dirigian las recriminaciones á qué habian dado lugar las escenas de la noche, recriminaciones que solo servian para provocar nuevos conflictos.

Y como estos mismos conflictos corregidos y aumentados se reproducian de dia durante los ensayos, con ménos concurrencia porqué á ellos solo entraban los preferidos, resultaba que el Alcázar era un teatro de público bochinche, donde el telon no se bajaba jamas, y donde la Policia tenia que hacer perpétuo servicio.

Carlo Lanza quedó maravillado ante esta descripcion del Alcázar de Buenos Aires, que se le hacia sobre el mismo teatro de los sucesos y miéntras se desarrollaba el cuarto ó quinto conflicto de aquella noche.

Y veia que allí no habia la menor exageracion, puesto que él presenciaba las mismas ó parecidas escenas á las que se le describian.

Caraccio y los cuatro ó cinco amigos que lo acompañaban se habian colocado en puntos estratégicos, desde donde podian presenciarlo todo, sin quedar expuestos á un golpe por equivocacion.

Así es que Carlo Lanza podia mirarlo todo á su entera satisfaccion, exclamando de cuando en cuando:

—¡Por Dios! ¡que este espectáculo es único en el mundo!

No existe ningun otro teatro igual á este, porque es imposible encontrar otra sociedad tan vivaz y tan ardiente en todas sus manifestaciones.

—Ya verá usted, amigo, lo que es esta mozada! le decia el ingeniero Caporale, que estaba muy bien relacionado entre ella.

Yo le voy á presentar unos cuantos de los cabecillas que lo pondrán en contacto con los demas y verá entónces lo que valen esos muchachos!

Alternar con aquellos jóvenes, ser su amigo, importaba para él grandes ventajas para el futuro, porque aquellos jóvenes le harian alternar con la mejor sociedad en general, así es que tomó á Caporale la palabra, haciéndole presente que la cumpliera á la brevedad posible.

A la una de la madrugada Lanza y sus protectores salian del Alcázar, tomaban su último café en el Restaurant de Bonheur, de feliz memoria, y se dirijian, Caraccio y Lanza, al hotel Marítimo, y Caporale y comparsa á seguir la farra probablemente.

Cuando padrino y ahijado llegaron al hotel Marítimo, apenas estaba en pié el mozo que debía abrirles la puerta.

Lanza se acostó aquella noche y se durmió mecido por las mas gratas ilusiones.

En Caraccio habia encontrado al hombre imprescindible en su situacion, y en los amigos que este le habia presentado, la gente que necesitaba.

Estos le proporcionarían nuevas é importantes relaciones para él y le ayudarian á estudiar el pais y sus costumbres.

Una cosa sola afligia á Lanza enormemente: la falta de dinero y de medios para proporcionárselo.

Era necesario buscar en qué ocuparse, en qué ganar algo, bajo cualquier pretexto que no le faltaria.

De otro modo iba á naufragar bien pronto, por mejores que fuesen las mentiras que echara para salir del paso.

Por lo tanto la falta de su equipage, segun la historia que contó á la señora Niña, era una historia perfectamente lógica, cuyo final no era dudoso.

El paquete habia regresado llevándose de nuevo su equipage, de modo que hasta dentro de tres meses, por lo ménos, no podria contar con él.

En tres meses podian suceder tantas cosas, que cuando el paquete regresara, tal vez ya no lo necesitaria para nada.

Así, mecido por mil esperanzas de pronta fortuna, Lanza se durmió plácidamente.

Tenia asegurado lo principal, casa y comida, lo demás vendria por sí solo.

Al dia siguiente la señora Nina se le presentó en su cuarto, regañandolo cariñosamente por la hora avanzada á qué habia vuelto.

—Veo que Caraccio ha sabido entretenerlo de manera que no se ha acordado ni siquiera de venir á comer.

—¡Oh! el capitán Caraccio es un excelente compañero, respondió Lanza: con él no se pasan momentos tristes.

Comimos con unos amigos suyos y de allí nos fuimos al Alcázar donde hemos estado hasta la hora en que volvimos.

—Este Caraccio es un calavera incurable, ahora que tiene compañero no va á parar un momento en casa.

Así sucedió en efecto.

Aquella mañana en cuanto se levantaron, ya Caraccio lo vino á invitar á caminar para abrir el apetito, saliendo juntos á pasear la ciudad, pero regresando á almorzar al Maritimo, de donde salieron en seguida á continuar la parranda del dia anterior, con el mismo itinerario: la Croce di Malta y el Alcázar.

Todo el dia lo habian empleado en pasear la ciudad, de la que Lanza empezaba ya á darse cuenta y á conocer bien.

En dos dias mas va podia salir solo, que era cuanto necesitaba para inventar su historia del equipaje.

Y esto lo preparó al pasar por la calle de Cuyo, diciendo á Caraccio: allí vive la persona que ha recogido mi equipaje; mañana lo he de venir á ver.

Lanza estaba encantado con Buenos Aires, su comercio y sus negocios, cuya mayor parte pertenecian á Italianos.

Todo lo que era vendedor ambulante: naranjeros, merceros y hasta los changadores eran italianos, de quienes Caraccio le daba los siguientes informes:

—Todos esos que usted vé ahí son gente rica, trabajan de sol á sol con una constancia y una fé asombrosa.

Viven con una miseria, lo necesario para no morir de hambre, así es que cuanto ganan lo guardan, y al cabo de diez años se encuentran con una suma reunida que para ellos es una fortuna.

—Y ese dinero ¿no lo emplean en algo para sacarle un buen interés? preguntaba Lanza asombrado.

—Ellos no exponen su dinero por nada de este mundo.

Conforme lo ganan lo depositan en las casas de crédito italianas que les pagan interés ó lo mandan á Italia por intermedio de las mismas.

Muchos se han quedado aquí y son dueños hoy de grandes fortunas que tienen empleadas en buenas fincas de renta.

Si en algun país puede decirse que la economía es riqueza, es fuera de duda en Buenos Aires.

Lanza estaba extasiado ante estos datos que concordaban admirablemente con sus proyectos.

Si todos aquellos pequeños negociantes, depositaban su dinero en una sola casa, esta podia llegar á tener un capital fabuloso y hacer operaciones en grandísima escala, nada mas que girando el dinero que le depositaban.

No habia mas que establecerla y atraerse toda aquella clientela con la promesa de un buen interés.

Pero para establecer la casa necesitaba empaparse bien en los hábitos de las otras casas del mismo género y tener algun dinero para los primeros tiempos.

¿De dónde sacar este dinero? ¿cómo conservarse hasta tenerlo, sin que su conducta hiciera descubrir que no era mas que un aventurero sin mas capital que su audacia y su inteligencia?

La tarea era improba, pero para Carlo Lanza, teniendo voluntad, no habia nada imposible ni nada dificil.

Las relaciones eran la base de todo, y empezó á hacerlas con verdadera pasion é interés.

Haciéndose conocer como capitalista tendria siempre andada la mitad del camino.

Aquellos diablos de maldicentes, tambien relacionados entre sus compatriotas podian serle de una utilidad inmensa, y trató de ganárselos por medio de la amistad y siéndoles agradable de todos modos.

Era esa una excelente base de operaciones, á no dudarlo. Todos aquellos almaceneros y tenderos enviaban fuertes letras á Italia, por medio de casas como la de Caprile y Picasso, y esto solo representaba una fortuna que, bien manejada, podia dar resultados de primer orden.

Entre tanto él trataba por todos los medios posibles de ser agradable á sus nuevos amigos, base de la posicion que pensaba formarse.

Imitando con gran talento á su patron en Génova, se habia asimilado á él de tal manera, que parecia un hombre nacido entre la riqueza y habituado á despreciar el dinero.

A lo primero que habia que atender era la cuestion de su equipage, pues sentaba muy mal en la clase de hombre que el queria aparentar vestir siempre el mismo traje y no tener dinero que gastar.

Era preciso apurar la inventiva para salir del pantano y Lanza puso en prensa su rica imaginacion.

Aquel dia y el siguiente comió en la Cruz de Malta, en el sagrado recinto de la sociedad Maledicenza y asistió al Alcázar, el teatro de las grandes calaveradas.

Y como habia paseado gran parte de la ciudad, ya pudo salir del hotel Marítimo sin miedo de perderse.

Caraccio estaba encantado con su protegido y no hacia sino hablar de él y ponderar sus condiciones de carácter.

—Es el mejor pensionista que usted habrá tenido en su vida, decia á la señora Nina, que se encontraba cada vez mas orgullosa del joven.

Me vá á costar gran trabajo dejarlo cuando yo me vaya, ya me he acostumbrado á andar con él como podia haber me acostumbrado con un hijo.

Es un muchacho que vale lo que pesa y que hará una gran fortuna, porqué tiene una cabeza de primer orden.

A fuerza de oir tantos elogios, los demas capitanes que vivian en el Hotel Marítimo, se habian encariñado con Lanza, invitándolo á todos sus paseos.

La señora Nina le habia tomado un gran cariño, cariño que Lanza hacia aumentar continuamente, porqué como hemos dicho le habia ganado el lado débil, y sabia contentarla y hacerle el gusto en todo.

Nina no se preocupó jamas ni un momento por el pago de su pension, y si alguna vez le preguntó si no hacia diligencias

por su equipaje, fué únicamente por el interés que el jóven le inspiraba.

Conocedor de la ciudad, como para lanzarse solo en el laberinto de sus calles, una mañana muy temprano nuestro héroe salió del Hotel Marítimo, diciendo á la señora Nina:

—Hoy salgo únicamente en busca de mi equipaje: ya no puedo estar más tiempo con esta ropa.

—¡Al fin se acordó de sus asuntos! respondió sonriendo la buena patrona.

Ya empezaba á arrepentirme de haberlo puesto en contacto con Caraccio, porque veía que todo lo olvidaba por sus paseos.

—Ya vé que no me olvido del todo, contestó.

Y salió del hotel fingiendo gran prisa.

Quando Caraccio fué al cuarto de Lanza creyendo agarrarlo en la cama, se encontró con que su amigo habia volado y se-gun la señora Nina, no lo vería hasta la hora de almorzar.

Un golpe de ingenio.

Carlo Lanza salió del hotel Marítimo dió media vuelta por la calle de Cuyo y enfiló hácia Oeste, camino que conocia bien porque era por donde todas las tardes iba á la Cruz de Malta.

Era preciso irse soltado solo por la ciudad y fijándose en todas las cosas para no necesitar de la ayuda de Coraccio á quien no le convenia mucho interioriza en sus pensamientos, porque era imponerlo de la verdad de su persona y de su miserable pobreza.

Caraccio era un hombre franco y noble, que le habia cobrado un gran cariño.

Pero, ¿sucederia lo mismo si llegaba á saber que él no era mas que un impostor que se habia fingido lo que no era?

Lo que mas mortificaba á Lanza era la chamonada de haber dado su verdadero nombre en Montevideo, porque no era dificil que su aventura del hotel viniera á conocerse en Buenos Aires, lo que lo inutilizaria por completo para los vastos planes que desarrollaba en su majin.

Aquella habia sido una chamonada imperdonable, que tal vez vendria á pagar demasiado cara.

Aquello no tenia ya remedio, y era mejor no pensar para no mortificarse inútilmente.

Por el momento lo que mas le urgía era salvar la situacion presente, es decir, desenredar la cuestion del equipaje y hacerse de algun dinero para seguir manteniendo la falsa posicion en que se habia colocado. No creyó que hubiera nada mejor que decir que el paquete habia regresado á Europa re-conduciendo su equipaje y el dinero que con traia.

Esto ademas de salvar aquella dificultad inmediata, tal vez le diera pretexto para hacerse de algun dinero y aqui el

capitan Caraccio podia serle de una utilidad extrema, dadas sus condiciones de generosidad y franqueza.

Caraccio, á juzgar por lo que le veia gastar, debia ser un hombre rico y por consiguiente debia tener dinero consigo.

Despues de pensar mucho sobre la historia que habia de contar, para no caer en una contradiccion y vagar por algunas cañes, Carlo Lanza regresó á su hotel, llegando precisamente en el momento en que se sentaban á almorzar sus compañeros de mesa.

El jóven habia tenido muy buen cuidado de tomar el aire de contrariedad y tristeza que convenia á la historia que debia narrar.

Tan bien fingida era aquella actitud, que en el acto de verlo a señora Nina le preguntó qué le habia sucedido que volvía an triste

—Una contrariedad tan séria, respondió Lanza, que ella me atrasa por lo ménos de tres meses en mis negocios.

—Figúrense ustedes que las personas encargadas por mis amigos de Montevideo para recoger mi equipaje, se han olvidado ó descuidado, y cuando han querido cumplir el encargo, se han encontrado con que el paquete ya se habia ido llevándose otra vez.

Alimentando una vaga esperanza, les supliqué fueran conmigo á la Agencia del paquete, porqué estando mi equipage rotulado para Buenos Aires, no era dificil que lo hubieran dejado allí.

Pero en la Agencia no saben nada y suponen tambien que lo hayan llevado de regreso.

Una sola esperanza me queda entónces, pero esta es muy vaga.

Como el capitan sabe que yo me quedé en Montevideo, tal vez al pasar haya dejado allí mi equipaje, asi es que hoy mismo voy á escribir á mis amigos de allá para que lo recojan y me lo remitan en caso que mi sospecha sea fundada, ó me avisen para irlo á buscar.

Era tal la tristeza que aparentaba el jóven, que la señora Nina y el capitan Caraccio trataron de consolarlo.

—No hay que afligirse tanto, le decia Caraccio, al fin y al cabo todo se reduce á una pérdida de tres meses, y esto que en un hombre de mi edad sería mucho, en un jóven como usted es una pequeñez.

El equipage le perjudicará en la ropa, pero esto nada significa, porqué ropa no ha de faltarle; por lo pronto la mia está á su disposicion.

Esta oferta se la hicieron tambien los otros capitanes, añadiendo: no será tan buena y fina como la suya, amigo mio, pero siempre será ropa que se pueda poner.

Lanza agradeció aquella oferta sonriendo tristemente.

—No es la ropa lo que me aflije, dijo, mal ó bien siempre tengo conmigo dos trajes que me servirán durante tres meses.

Esto no es lo que me aflije.

Lo que me mortifica de un modo incalculable es el disparate que he cometido al dejar en mi equipage el dinero que tenia.

trescientas libras esterlinas, que era lo que pensaba gastar mientras me llegaban las letras de cambio que han de constituir mi capital.

¿Qué quieren ustedes que haga en un país desconocido, sin dinero ni esperanza de tenerlo ántes de tres meses?

Es preciso convenir en que la situacion es apurada y que pago bien cara la imprevision de haber dejado el dinero en mis balijas.

Lanza hablaba sin almorzar, fingiendo un desgano que estaba muy leíos de tener.

Y todos se afligian al ver su mortificacion y su tristeza.

—Bueno, por ahora coma, amigo, que es lo principal, le decia Caraccio, porqué el estómago lleno es un buen consejero.

Ya se pensará como se sale del paso.

—No se aflija tanto, le decia la señora Nina, que experimentaba una profunda pena al ver el estado del jóven.

Tiene usted asegurada la pension en mi hotel por todo el tiempo que tarde en recibir dinero y esto es lo principal.

—Nunca olvidaré su generosidad maternal, señora, exclamó fingiendo que se secaba una lágrima.

He encontrado á una madre en América, cosa que seguramente no me esperaba; así es que nunca dejaré de bendecir al peon que me guió á este hotel.

Concluido el almuerzo en que Lanza apénas probó unos bocados, se subió á su cuarto, donde se sentó tristemente.

Media hora despues, el capitán Caraccio iba á buscarlo para que salieran á pasear como acostumbraban á hacerlo diariamente.

Pero Lanza se negó á salir aquel día.

—No hay que dejarse dominar por la tristeza cuando las cosas no tienen remedio, decia Caraccio alegremente, que todo se remedia en esta vida.

El que se deja ganar por la tristeza es hombre perdido, porqué se mortifica sin conseguir remediar nada.

Esto es cuestion de tiempo, resuélvase á tener paciencia y á esperar tranquilo á que se pasen los tres meses necesarios.

—Resuelto estoy, puesto que no tengo mas remedio, pero no puedo ménos que mortificarme, porqué francamente esta es una situacion muy mortificante.

—Bueno, vamos á pasear entónces, que es la mejor manera de distraerse; los amigos maldicentes se encargarán de no dejarlo pensar en cosas tristes.

—Es esto precisamente lo que no puedo, respondió Lanza con profunda melancolía, porqué no puedo hacer frente á esas relaciones.

Yo saldré á pasear con usted siempre, porqué á su lado me encuentro bien, pero no vuelvo mas á la Croce di Malta.

—Pero ¿qué motivo hay para esto? ¿lo ha ofendido alguno? ¿hay allí alguna persona que no le convenga?

—¡Libreme Dios de semejante pesimismo! respondió apresuradamente el jóven, pero tengo para ello una razon suficientemente poderosa.

Yo ahora notengo dinero y ni de donde sacarlo, por consiguiente no puedo ir á un parage donde todos me obsequian y pagan, no pudiendo yo hacer lo mismo.

Usted comprende que esto mortifica mi amor propio y me deja humillado de cierto modo.

—Ta, ta, ta, ta, respondió alegremente Caraccio; ¿usted cree que aquellos amigos piensan en semejantes miserias?

No diga esas cosas, amigo, que me ofende in directamente, pues yo soy quien lo lleva y que no me quedo corto en pagar.

—No se ofenda, amigo mio, ni tome á mal lo que digo, porque tengo razon y esta es una resolucion firme que he adoptado.

Yo quedo inhibido para frecuentar aquel buen círculo donde á cada momento me sentiria humillado y no vuelvo allí hasta que no tenga dinero.

En vano quiso insistir Caraccio, se convenció al fin que el jóven no cederia y guardando silencio como si pensase en el medio de allanar aquella dificultad, desapareció de pronto.

La cara de Lanza se iluminó entónces por algo como un relámpago que partia de su mirada inteligente.

Acababa de triunfar en el hábil plan que habia desarrollado tan rápidamente.

Pocos momentos despues regresaba Caraccio al cuarto de Lanza, trayendo dinero en la mano.

No me dirá ahora que no viene mas á la *Croce di Malta* y á donde yo quiera llevarlo.

Aquí tiene dos mil francos que me devolverá cuando reciba dinero y que yo le facilito con todo gusto.

Lanza se levantó de la silla donde estaba sentado, y abrazó efusivamente á Caraccio.

Sabia que era usted un noble marino, porque he vivido ya una semana con usted y esto basta para conocer á fondo un hombre.

Pero usted comprende que yo no puedo aceptar este préstamo, porque yo no tengo de donde sacar dinero para devolverlo sinó de Europa, y usted puede necesitar irse ántes que yo lo reciba.

—Esto poco se me importa, respondió Caraccio tratando de meter en el bolsillo de Lanza los billetes de Banco que tenia en la mano.

El dinero que yo tengo, lo tengo para gastarlo, así es que no me hace falta; me hago de cuenta que lo dejo en un banco para mi vuelta y hemos concluido.

Déjese de embromar que á usted le hace falta y conmigo no use cumplimientos, pues por lo ménos tiene que tratarme como á su hermano mayor, y respetar mis órdenes, por lo tanto.

Lanza que vió á Caraccio dispuesto á hacerle tomar el dinero á toda costa, se resistió todavia.

—Yo lo quiero y lo respeto como á un hermano, capitán Caraccio, pero no puedo recibir un dinero que no sé cuando voy á poder devolver.

—Pues no lo devuelve nunca y en paz, terminó el noble marino.

Le prevengo que si usted no toma este dinero, creeré que usted no me estima, y como yo no puedo ser amigo de un hombre que no me estima, dejaremos de vernos y de tratarnos desde hoy.

Poco vale mi amistad para un jóven como usted, pero en fin, una afeccion leal no está demas, y usted habrá perdido la mia, Lanza estaba radiante de alegría, alegría que no trataba de disimular.

—Si usted lo toma por ese lado, le dijo, acepto, no me queda mas remedio, pues creo estimar su amistad en todo lo que vale.

Tomaré pues esos dos mil francos y los apuntaré en mi cartera, no como crédito de dinero sino como crédito de nobleza de espíritu impagable, porque esto no se paga,

Bendigo las ideas que me han sacado de mi hogar y de mi patria, capitan Caraccio, pues he tenido la ocasion de conocer hombres como usted.

Y se dejó introducir en el bolsillo aquella suma de dinero que importaba su salvacion, puesto que importaba la salvacion del rango que pretendia ocupar entre sus flamantes relaciones.

—Ahora, dijo Caraccio, supongo que usted no se negará á venir conmigo á la Cruz de Malta y á donde yo lo quiera llevar.

—Usted dispone de mi como de cosa propia, respondió Lanza; mande no mas, que en usted no miro á un hermano sino á un padre.

Caraccio y Lanza salieron juntos, se fuéron á comer á la Cruz de Malta y de allí enderezáron al Alcázar.

Nunca se habia visto á Lanza tan jovial y tan ocurrente como aquella noche.

Se conocia que su espíritu se habia libertado de un gran peso y el capitan Caraccio que lo observaba se felicitó intimamente de la idea de haberle facilitado aquel dinero.

—¡Pobre jóven! pensaba; ha estado mortificado por un pucho de dinero, y su delicadeza le ha impedido hablar; he sido un bellaco en no haberle ofrecido ántes esos dos mil francos!

Lanza pedia con libertad, puesto que pensaba pagar, así es que se bebia sin reserva de ningun género.

Pero pensar en pagar nada ménos que en el asiento de la Maledicenza, era un descalabro.

Cuando Lanza pidió la cuenta le contestáron que estaba pago.

Inútil fué su enojo con el mozo y la pretension de que le dijera quien habia pagado.

El pagano habia sido Caraccio y buen cuidado habia tenido de encargar que no dijera el mozo quien habia sido.

De la Cruz de Malta se dirigieron al Alcázar, pero prévia una condicion que impuso Lanza.

—Amigos míos, les dijo, hace una semana que yo soy el obsequiado, y es preciso que alguna vez se me permita ser el obsequiante.

Yo voy al Alcázar esta noche, pero con la condicion de que nadie mas que yo ha de pagar.

De otro modo me declaro enfermo y pido permiso para retirarme á la honorable asamblea.

Carlo Lanza.

Esto fué dicho con tanta gracia, que todos prorumpieron en un coro de aplausos, aceptando por unanimidad la proposición de Lanza.

En el Alcázar pasaron una noche como pocas, porque parecia que todos se habian hablado para estar de un humor impagable.

Es que Lanza habia comunicado su buen humor á todos y al extremo que el mismo Caraccio se sentia rejuvenecido de veinte años.

Veia que Lanza habia estado coartado los dias anteriores por la falta de dinero y no cesaba de felicitarse por la idea de facilitárselo.

Concluido el Alcázar, nada tenian que hacer allí.

Era para ellos un sitio demasiado público para armar una farra á toda orquesta y se fueron á buscar otro mas conveniente.

El ingeniero Caporale que conocia todos los recovecos de la ciudad, se declaró tambor mayor y rompió la marcha, siendo aquello para Lanza una nueva revelacion, pues se trataba nada ménos que de una cena en compañía de damas alegres y pernoctantes.

—Se entiende que yo pago, ratificó Lanza ántes de entrar al hotel donde Caporale los llevaba.

—No hay que hacer, dijo este, lo convenido es convenido.

Ya que el amigo se empeña en pagar, no hemos de reñir por eso, ya pagaremos nosotros otra noche.

Aquella noche fué famosa en los recuerdos de Carlo Lanza.

Caporale los habia llevado á casa de una familia alegre, donde se solian armar bailes que duraban hasta la madrugada.

Se hacia traer que cenar y que beber de un fondin vecino y se pasaban así las noches mas saladas de la tierra.

Lanza tenia que hacer impresion entre las amigas de Caporale por sus tres condiciones de jóven, buen mozo y rico, de modo que fué el héroe de la noche.

Concluido el baile y la jarana se fué él mismo al hotel del lado, donde pidió una cena abundante y mas abundante vino todavia, lo que le mereció verdaderas aclamaciones por parte de los maldicentes.

El capitán Caraccio se sentia rejuvenecido de veinte años y orgulloso de su protegido.

No cesaba de felicitarse del préstamo que habia hecho á Lanza, en vista del talento con que este lo empleaba.

Y tan entretenidos pasaron aquella inolvidable noche, que el dia los sorprendió con su luz indiscreta, destripando las últimas botellas de barbera.

Lanza hubiera querido continuar la farra, porque se encontraba allí perfectamente, pero era preciso retirarse y dejar descansar á los amigos por si acaso al otro dia se les ocurria repetir la jarana.

Y unos en cuatro, otros en tres y uno ó dos en dos piés, se retiraron de aquel palacio encantado para Lanza, tomando cada cual el camino de su casa.

Caraccio dando formidables bordadas en plena calle y Lanza tan fresco como si nada hubiera bebido, se encaminaron al Hotel Marítimo.

Ahora era Lanza quien guiaba á Caraccio y lo sostenia del brazo.

Felizmente conocia el camino y no habia miedo de perderse.

Lanza se apuraba para llegar cuanto ántes al Marítimo, porque en la calle empezaba ya á circular mucha gente y no queria que vieran á su compañero en aquel estado poco diplomático.

Caraccio no tenia una de aquellas trancas de no poderse llevar, ni de perder por completo la cabeza.

Era uno de aquellos peluditos que hacen dar de cuando en cuando un traspicó formidable, y turban la cabeza lo suficiente para decir un descalabro de cuando en cuando tambien.

Lanza tenia una cabeza de cura, habia bebido aquella noche de una manera famosa, pero el vino no habia logrado hacerle perder la firmeza de las piernas ni la ilacion del juicio.

Le hacia una gracia profunda ver al capitán Caraccio en aquel estado, que le hacia parecer andando sobre la cubierta de un buque navegando en marejada y no en tierra firme.

Lo que es á él, mas efecto le habian hecho las invitadas que el vino,

Riando él y bordejeando su compañero, llegaron por fin al Hotel Marítimo.

Todos los empleados del hotel estaban ya de pié, y en aquel momento precisamente, la señora Nina salía al mercado á hacer sus compras.

Así es que Caraccio no pudo ocultar el estado navegador en que volvía.

En vano quiso disimular y ponerse sério, este mismo esfuerzo lo hizo con tal gracia báquica, que arrancó una carcajada á cuantos lo veían.

La señora Nina era una mujer de buen juicio, que comprendia y disculpaba todos los accidentes de la vida, y era incapaz de enojarse porqué un pensionista volviera en semejante estado.

Aquello no era mas que una señal de que habian pasado alegremente la noche, y como al fin y al cabo uno no tenia la cabeza de palo, era natural que el vino bebido con exceso jugase al consumidor una mala pasada.

El estado intacto en que volvía Lanza, lo habia hecho crecer poderosamente ante la consideracion de la señora Nina.

Volver fresco y en el pleno dominio de sus facultades cuando el mismo capitán Caraccio venia perdido, era una prueba de juicio en aquel jóven, pues para Nina aquella no era prueba de fortaleza de cabeza, sinó de que el jóven sabia dominarse y que no habia bebido mas de lo que buenamente podia resistir.

Fué preciso ayudar á Caraccio á subir hasta su dormitorio, y ayudarlo en regla, porqué á medida que pasaba el tiempo se habia puesto cada vez mas pesado.

La señora Nina no pudo contener la risa y siguió su viaje al mercado, mientras Lanza se encargaba de ayudar á su protector y sacarlo de brazos de Baco para entregarlo en los de Morfeo.

El peludo con que habia vuelto Caraccio, fué aquel dia el tema de las bromas de todos sus compañeros y de la señora Nina quien le decia que se habian trocado los papeles y que era Lanza quien lo habia tenido que guiar hasta el hotel.

—¿Y qué le vamos á hacer? respondia alegremente Caraccio; este diablo tiene una cabeza de fierro, porque yo lo he visto beber mas que yo mismo.

Todos hemos salido con las piernas mas ó menos flojas, menos él, que venia mas derecho que un palo mayor.

Eso vá tal vez en costumbres, porque cada uno es capitán en su elemento.

En el agua, por ejemplo, mientras todos echan las entrañas de puro borrachos, yo estaré mas fresco que una lechuga.

En el vino ya es otra cosa; confieso que este es mas capitán que yo y que muchos otros á quienes yo tenia por comandantes.

Es lo mismo, el hecho es que nos hemos divertido como unos condenados.

Caraccio estaba mas jovial que nunca las bromas de sus amigos y de la señora Nina no lograban hacerlo enojar ni disminuir su buen humor, aunque le dijeran que era una vergüenza que un hombre viejo anduviera en aquellas aventuras, solo perdonables en la juventud.

—Eso sí que no, respondia Caraccio riendo siempre; yo podré tener medio siglo, un siglo, siglo y medio si se quiere, pero yo no soy viejo.

No soy viejo, sacramento, aunque tenga el pelo mas blanco que las velas de mi barco y la cara mas arrugada que una pasa de higo.

No es en los años sino en el buen humor que se envejece y el mio todavia está en los veinte y cinco.

Si yo fuera viejo, no habria podido levantarme de la cama, ni podria salir esta noche; ya ven pues que esta broma viene muy mal hoy.

El volver á salir aquella noche fué un nuevo motivo para que volvieran á dar bromas á Caraccio.

Pero estas no hicieron en el capitán mas efecto que las anteriores.

—Es que si sigue usted así, decia Nina, me vá á echar á perder á este jóven, cuyo juicio debia servirle de ejemplo.

Me parece que voy á tener que quitárselo de su proteccion y mas bien recomendar á él que me lo cuide á usted y no me lo deje hacer locuras como la de anoche.

—No hay cuidado, que ese es mas maestro que yo, respondia Caraccio; es mucho mas maestro que yo; lo que hay es que tiene una cabeza asombrosamente fuerte; es un bebedor que no hay pero que ponerle.

A pesar de las bromas de todos y de las prevenciones de la señora Nina, los dos compañeros de parranda volviéron á salir aquella tarde.

—Con una advertencia, dijo entónces la señora Nina, viendo que no le hacian caso, y es que si vuelven como hoy á la madrugada no los deajo juntarse mas.

—No tenga cuidado, señora, le dijo Lanza, lo de anoche ha sido casual; yo me encargo de que volvamos temprano.

El sueño es muy buen consejero, y hoy hemos dormido bastante mal para que andemos mucho de pié esta noche.

—Confío en el juicio de usted solamente, dijo Nina, porque lo que es á este gran calavera no le tengo ya ni un átomo de fé; ha perdido el juicio, y está como un muchacho principiante.

Caraccio y Lanza saliéron del Marítimo riendo alegremente.

—Pero ¿no se ha figurado la patrona que puede manejarnos como á hijos ó cosa suya? dijo el capitán á Lanza; seria curioso vernos á esta edad con una gobernadora.

—Es preciso disculpar y disimular estas cosas, por el móvil que las dicta, decia Lanza, temiendo que Caraccio fuese á tomar adersion á Nina.

Ella dice todo eso porque se conoce que tiene por usted mucha estimacion y cariño.

Yo estoy muy agradecido á sus bondades y creo que difícilmente se encontrará una mujer mas buena que esta.

Y hablando risueñamente llegáron á la Cruz de Malta, estando los amigos ya en los postres de la comida.

La conducta de Lanza en la noche anterior habia hecho crecer la estimacion que todos le tenian.

Un jóven que bebia de aquella manera formidable sin emborracharse y que cuando le tocaba pagar lo hacia de una manera tan generosa y larga, no podia merecerles sinó la mayor consideracion posible.

Era un compañero digno de aquellos grandes calaveras, jubilados ya en la vida alegre.

Caraccio y Lanza se pusieron á comer con gran apetito, porque aquel dia no habian almorzado y los comentarios de la noche anterior empezáron á hacerse en un tono de envidiable alegría.

Lanza estaba ya tan aclimatado entre sus nuevos amigos, que parecia el mas viejo en compañerismo de todos ellos.

Aquella noche estuviéron tambien de Alcázar, pero no se repitió la parranda de la noche anterior, y Lanza calculadamente no quiso decir la menor palabra para que no fueran á pensar que aquellas cosas lo tomaban de nuevo.

Tenia muchas ganas de haber vuelto á la casa de las amigas de Caporal, pero aquello no hubiera sido diplomático: lo hubieran tomado por un novaton en aquella vida y ésto no le convenia.

Así es que terminado el Alcázar tomáron la última copa de la noche, retirándose cada cual á su casa á horas irreprochables, puesto que apenas era la media noche.

Todos estaban ya recogidos en el hotel, cuando Lanza y Caraccio llegaron; pero Nina, que supo por el portero á qué hora habían vuelto, quedó encantada de la buena comportamiento de Lanza.

—Estoy segura que ha sido él quien ha querido venir, dije al otro día á Caraccio, porque usted, mientras mas se vá entrando en años, vá perdiendo mas el juicio; lo que hizo reir como siempre al capitán Caraccio.

Jabon en el piso.

Aquel dinero que le facilitara Caraccio, no podia haber sido para él de mayor utilidad.

Con él no solo se habia podido mantener lucidamente en su posicion de grandeza, sino que habia podido comprarse un poco de ropa blanca y perfumes que tanta falta le hacian.

¿Qué diablos podia hacer con las dos mudas de ropa que habia traído de Montevideo?

Ya habia empezado á tomar un aspecto de dejadez poco agradable.

Empilchado de nuevo y perfumado, habia vuelto á su aspecto gentil y paqueton.

Pero al paso que iba, aquel dinero no podia durarle mucho, puesto que no tenia como reponerlo.

Sin embargo allí estaba Caraccio que no lo dejaria en ningun mal paso.

Pero es que Caraccio al fin y al cabo tendria que irse, y de todos modos aquello no podia ser eterno: tarde ó temprano tendria que concluir.

Y esto lo consideraba Lanza tan inevitable, que ya iba habituando su espíritu á este final, mas ó ménos cercano.

Apénas habia transcurrido un mes de su llegada á Buenos Aires, cuando Caraccio anunció su partida.

Su buque estaba ya cargado y no podia demorarse mas sin sufrir sérios perjuicios.

—Me voy, dijo, y declaro que nunca me ha costado mas que ahora separarme de este pedazo de tierra donde tanto me he divertido.

Aquella noticia hizo á Lanza un efecto de todos los diablos.

¿Qué seria de él sin aquel hombre que tanto lo habia protegido?

¿Cómo hacer frente á su situacion desesperante?

Todavía le quedaba la señora Nina, pero ésta al fin se cansaria, exigiria el pago de su cuenta, viendo que el dinero nunca llegaba y quedaria él en medio de la calle, esto si no iba á la Policía.

Hasta entónces todo iba bien, pues en uno ni en dos meses era explicable que no recibiera cartas de Italia, pero no seria explicable que toda la vida sucediera lo mismo.

Lanza dió cartas para su familia á Caraccio, quien se comprometió á hacerlas llegar á su destino.

El no podria entregarlas personalmente, porqué no podria pasar hasta Biela, pero tenia con quien remitirlas de manera que llegaran con seguridad á su destino.

En aquellas cartas Lanza se limitaba á dar noticias de su salud y asegurar que estaba en camino de hacer fortuna.

Pero á Caraccio le encarecia su entrega manifestándole que en ellas recomendaba la mayor premura en los giros, porqué estaba sin recursos.

—Bueno le dijo Caraccio ántes de irse, yo en viage para nada necesito dinero, miéntras que usted se queda en Buenos Aires sin dinero, y esto no es posible aquí.

Hágame el servicio de quedarse con estos diez mil pesos, que para nada necesito, y que á usted vendrán como llovidos del cielo.

Me hago de cuenta que los dejo depositados en un banco y asi en eso ménos tendré que pensar á mi vuelta, puesto que de aquí á entónces ya usted estará en otras condiciones.

Lanza hizo el aparato de no quererlos aceptar diciéndole que demasiado le debia ya, pero Caraccio tenia un modo de ofrecer que no dejaba lugar á negativa alguna.

—Si yo me perjudicara en algo al dejarle el dinero, decia, santo y bueno.

Pero, como tenerlos aquí en su poder ó en mi camarote viene á ser lo mismo, déjese de tonteras y quédese con ellos.

—Y si cuando usted vuelva me he muerto yo, decia sonriendo Lanza, ¿quién le devolverá su dinero?

—Harto sentimiento tendria con el suceso para pensar en esos pocos francos.

Eso mismo debe resolverlo á aceptar mi dinero.

Puede usted enfermarse, puede sucederle cualquier desgracia, y sin dinero su situacion seria desesperante.

Vamos, tome el dinero, porqué si no, de todos modos se lo dejaré á Nina ó á algun otro para que se lo entregue cuando yo me vaya.

—A usted no se le puede decir que no, exclamó Lanza abrazando á su amigo y tomando el dinero lleno de emocion.

Usted ha sido mi providencia en América, capitan, mi verdadera providencia, pues sin su amparo, sabe Dios lo que habria sido de mí.

—Dejémonos de paradas, si el dinero no sirviera para hacer gozar tambien al espíritu, bien podria irse al diablo, y yo demasiado pago estoy con el placer que experimento de haber podido servirlo; lo que siento es no tener cien mil francos en vez de la porquería que le he dejado.

La víspera de la partida de Caraccio tuvo lugar una verdadera fiesta en el Marítimo, á la que asistieron todos los capitanes de buque amigos de Caraccio y aquellos grandes traviesos de la Maledicenza, que entre brindis y brindis le deseáron toda suerte de calamidades.

Caraccio estaba en el colmo de la alegría y de la íntima satisfacción.

Rodeado de sus buenos amigos y de botellas llenas, el viejo marino aseguraba que no podía haber en la vida satisfacción mayor.

Y á todos les recomendó que atendieran á Carlo Lanza en todo lo que pudiera necesitar, pues era un jóven acreedor á toda fineza y á todo género de atenciones.

La comida duró hasta las diez de la noche, hora en que se levantáron todos, dispuestos á seguir la parranda en otra parte, pues la fiesta no podía terminar hasta el momento del embarco, que era la madrugada siguiente.

Todos, ménos Lanza, salieron del Marítimo algo envinados, por lo que la señora Nina recomendó al jóven que no dejara beber mucho á Caraccio, pues se iba á embarcar y no era prudente que andara con la cabeza pesada.

Pero esta recomendacion estaba de mas con un hombre de tal carácter.

El capitán Caraccio tenia una voluntad á prueba de toda tentacion, y ya al salir del Marítimo les habia dicho:

—Siento mucho no poderlos acompañar como yo quisiera, pues mañana necesito tener el pleno dominio de la cabeza, lo que me impedirá beber á mi antojo.

Si yo llegase borracho á bordo, no habria medio de hacerme á la vela, y aquellos sacramentos de marineros, ántes de salir, serian capaces de hacer cualquier descabro que me costara mas caro de lo que pueda imaginarse.

En tierra todo anda bien, pero una vez á bordo todo cambia ya; es preciso ser el capitán y tener el pleno comando del buque y de la canalla que lo tripula.

A pesar de esta declaracion, todos se divirtieron enormemente.

Caporale mandaba la parada desde que salieron del Marítimo y no habia mas que decir para que la farra fuera tal y en toda regla.

Los habia llevado á casa de sus amigos donde se armó la cena, ó mejor dicho el beberaje, pues ellos habian comido de tal manera, que no les cabia ni un bocado mas.

Caraccio, haciendo el lujo de fuerza de voluntad cuando le pareció que habia bebido bastante, declaró que cerraba registro porqué tenia su carga completa, y no hubo forma ni ruego que le hiciera beber un trago mas.

Solo á la madrugada y cuando se levantáron para irse, tomó una copa de viejo barbera y se la echó al buche de un trago, á la salud de aquellos buenos amigos.

No habia ya tiempo que perder: Caraccio ya pertenecia á su barco donde se estarían haciendo los preparativos de la partida y apenas tenían el necesario para trasladarse á bordo.

Solo Lanza y dos amigos mas pudieron seguirlo acompañando, y estos dos no muy firmes.

Los demas habian agarrado un peludo que no los dejaba mover de su asiento.

¡Habian bebido como tinaja!

Fuéron al Marítimo á buscar el equipaje de Caraccio, y allí la señora Nina dió muestras de buena afección cuando vió el estado sereno en que regresaban el capitán y Lanza.

—Los demas han naufragado, le dijo alegriamente el capitán; las borrascas no son para todos y no se corren así no mas.

En fin, el mal momento ha llegado y no hay mas remedio que resignarse.

Es el viage que hago con mas pesar; no sé qué diablos tenga, que hubiera preferido quedarme en Buenos Aires un tiempo mas.

En fin, fuera tristeza que la vuelta no ha de tardar; en cuatro ó cinco meses mas, me vuelven á tener por acá.

Despedido de todos y habiendo hecho cargar su equipaje, ya Caraccio nada tenia que hacer en tierra y al fin se dirigió á bordo, acompañado por Lanza.

Este quiso acompañarlo hasta su barco mismo, pero Caraccio no se lo permitió, despidiéndose en la punta del muelle.

Carlo Lanza se estuvo parado en la punta del muelle hasta que el botecito que llevaba á Caraccio se le perdió, de vista confundido en el enjambre de embarcaciones que habia en el rio.

Estaba allí triste é inmóvil, pensando que la partida de aquel hombre iba á precipitar el desenlace de su situacion, que no podia sostenerse mucho tiempo mas.

¡Demasiado la habia sostenido todo aquel tiempo!

Así regresó tristemente al Marítimo, pensando una vez mas en el nebuloso porvenir que lo esperaba.

Y se recogió despues de dar un minucioso balance en el dinero que poseia.

No tenia mas que once mil pesos, ni esperanzas de poder tener un centavo mas.

Era preciso hacer durar aquel dinero todo el tiempo posible para retardar el descalabro que le vendria encima á pasos de gigante.

¿Qué diablos podria hacer él para ganarse la vida en Buenos Aires?

Y no era esto solo lo desesperante, sinó que cualquier empleo que tomase, lo haria descender en la posicion que él mismo se habia adjudicado.

Y adios entónces esperanzas de grandes negocios y de rápida fortuna.

Sus propios pensamientos lo acobardáron y se durmió agitadamente.

Montevideo, donde podia haberse empleado ó trabajado humildemente hasta conseguir algunos medios de vida, era país muerto para él, porque no podia ir allí sin jugar hasta su libertad personal.

Lanza durmió hasta el otro dia, en que fué la señora Nina á recordarlo y darle el pésame por la partida de su compañero.

Felizmente ya puedo manejarme solo por la ciudad, dijo el jóven, y cuento ya con algunas relaciones que él me ha dejado, y que en lo futuro me serán de alguna utilidad.

Desde que se fué Caraccio, Lanza cambió por completo su sistema de vida.

Con aquel, siempre tenia que andar disimulando y privándose de muchas cosas para no mostrarse ante su protector como una persona disipada.

No hubiera sido prudente entregarse á cierto género de cavalcadas, no teniendo para gastar mas dinero que el facturado por Caraccio.

Cuando ménos, aquel se hubiera acobardado y habria cerrado su bolsillo.

Ahora podia entregarse sin restriccion de ninguna especie á su vida disipada, y disfrutar el dinero que le quedaba, del mejor modo posible.

Siquiera en su caída le quedaria el recuerdo de los goces que habia disfrutado.

Pagando él unas veces y dejando pagar otras á los amigos, con los que Caraccio le habia presentado, tenia de sobra para divertirse y exprimir á la vida de Buenos Aires todo el jugo que le pudiera sacar.

La señora Nina empezó á notar el cambio que se operaba en la vida de su jóven pensionista, alarmándose por las malas consecuencias que aquello podia tener para el jóven.

Todas las noches se retiraba muy tarde, cuando se retiraba, pues lo general para él era venir á la madrugada.

Esto no podia ser sinó efecto de malas juntas y habia que prevenirlo para que no fuera á sufrir algun fracaso.

—Usted está cambiando en sus costumbres, le dijo, y yo quiero cumplir con un deber haciéndole una prevencion.

Tal vez usted diga que no tengo que meterme en sus cosas, pero yo habré cumplido con un deber de conciencia.

Yo no pretendo imponerle que lleve una vida mas arreglada, ni que deje de ir á tal parte para ir á aquella, pues usted tiene bastante juicio para comprender lo que le conviene.

Lo que yo quiero decirle es que es preciso tener mucho cuidado con la gente con quien se hace amistad, porque aquí hay muchos explotadores, muchos haraganes malos que pueden hacerlo caer en algun mal paso.

No se fie de cuanta persona se le acerque y mírese mucho en las personas con quienes se junte.

Lanza trató de tranquilizar á la señora Nina, dándole una explicacion que la satisficiera.

No le convenia que aquella mujer lo tomara entre ojos ni tuviera con él el menor motivo de resentimiento.

Así es que se apresuró á decirle:

—Yo le agradezco mucho su fina atencion, señora Nina, atencion que me demuestra el bondadoso interés que le inspiro, y la encuentro muy razonada.

Pero debo prevenirle que la gente con que yo me junto es gente buena, que me ha sido presentada por el capitán Caraccio, que hubiera sido incapaz de ponerme en relacion con mala gente.

—Ya lo creo, en los amigos que le haya presentado Caraccio, puede tener ciega confianza.

Pero estos le presentarán otros y estos otros á otros y ya no es lo mismo, porqué sabe Dios entre qué clase de perdidos andará á horas avanzadas de la noche.

A altas horas de la noche no anda sinó la gente que no trabaja de día y semejantes amigos no pueden convenir á un jóven como usted, porqué el solo hecho de andar con ellos lo desacreditará ante las personas que lo vean y no lo conozcan.

—Tiene usted mucha razon, señora Nina, dijo Lanza, resolviéndose á estar de acuerdo con su patrona por la cuenta que le tenia, tiene usted mucha razon y poco á poco me voy á ir alejando de ellos.

Sucede que tratando de serme agradable, me invitan á ir á una parte ó á otra y como no tengo un buen motivo para escusarme, muchas veces acepto, ó mejor dicho siempre acepto, y ahí tiene usted como en conversacion y en jarana, se me pasa la noche.

—Pues precisamente es en las partes donde se vá que hay que tener mas cuidado.

—Tiene usted siempre razon, concluyó Lanza, voy á empezar á retraerme con diferentes pretextos.

Esta vida así no me conviene bajo ningun punto de vista y es preciso cambiarla.

De esta manera Lanza quedó bien con su patrona, destruyendo la alarma que esta empezaba á tener.

Pero aquellas eran promesas que no habia de cumplir.

Ya se habia enviciado en aquella vida desordenada, además que en algo habia de distraerse quien como él no tenia nada que hacer.

¿Cómo iba á someterse así á la voluntad de la señora Nina y vivir amarrado en un hotel como un menor de edad?

Lanza supo conciliarlo todo de manera de no faltar á sus parrandas y tener contenta á la señora Nina.

Todas las noches se recogia temprano, pero apénas notaba que todos dormian en la casa, se vestia y salia sigilosamente sin que nadie lo sintiera.

Los mozos que eran los únicos que podian verlo entrar ó salir, estaban ganados á fuerza de propinas.

Una noche al fin sucedió á Lanza un descalabro con el que no habia contado y que lo puso en una posicion desesperante, apresurando el percance que tanto temia y dando la razon á la señora Nina de cuanto le habia dicho ántes.

Existia entónces una casa de juego, al lado de la Bolsa de Comercio, sin duda para que los que interrumpian sus jugadas de día, pudieran seguir las de noche, aunque en menor escala.

Esta casa de juego estaba establecida en el entresuelo del mismo casino que existe aun, de modo que miéntras unos cenaban y se paseaban abajo, otros arriba se peleaban y acaloraban de lo lindo.

Allí caían á desplumarse y á desplumar, todo ese enjambre de jugadores que viven para la carpeta y en la carpeta.

Tambien concurría allí esa última camada de calaveras que hacen de noche una tanteada á la suerte, buscando en las jugadas el puchero del dia siguiente.

Este es un tipo original de jugador criollo, curioso y digno de estudio.

Sin oficio y sin ambicion alguna de trabajo, pasan el dia durmiendo y vagando en las calles, segun ellos, en busca de *conchabo*, conchabo que nunca encuentran porqué la desgracia los persigue por todas partes.

Toda mision en la vida la reducen á conquistar el puchero de cada dia, considerándola llena una vez que lo han conseguido.

Y como no pueden conseguirlo de otro modo, van á las casas de juego, donde infaliblemente y tentando la suerte agena, ganan los pocos pesos que para el puchero necesitan.

Esta clase de jugadores nunca se guia por su propia suerte, convencida tal vez de que no tiene ninguna.

Se acerca á la jugada y observa atentamente lo que en ella sucede entre los jugadores.

Es del lado del que gana que se recuestan y siguen observando el juego.

Y cuando ven que la suerte está decidida por uno, le siguen en su jugada, apuntando á su mano los pocos pesos que han llevado con aquel único objeto.

Una vez que han ganado los veinte ó treinta pesos que necesitan, ponen estos á un lado, y juegan al sobrante con el mismo tino y prevision.

Si pierden este pucho, se retiran satisfechos é indiferentes, porqué su exclusivo objeto ha quedado llenado.

Si ganan, siguen las peripecias de la jugada, apuntando siempre con el que está de suerte y guardando lo quevan ganando, porqué son estos otros tantos pucheros que tienen adelantados.

Aunque gane toda la noche y sin errar un solo apunte, su ganancia nunca es famosa, porqué sus apuntes son siempre moderados y hechos de modo que los golpes de desgracia no puedan hacer honda brecha en su capital.

Y aumenta siempre su capital á la salida, pidiendo al jugador que ha ganado mucho, un diez ó un veinte para el puchero, porqué ha perdido cuanto tenia.

Este diez ó veinte que siempre con siguen, es el capital con que han de tentar la suerte al siguiente dia.

El *sencillo* es otro tipo conocido de estas casas de juego, digno de algun estudio.

El sencillero es el prestamista de la desesperacion, á quien acude el que ha perdido cuanto dinero llevó encima.

El sencillero no toma parte en el juego, ni en sus peripecias. Qualquiera que lo vea tendido largo á largo en una banca y entregado al mas profundo sueño, al parecer, ó recostado con abandono en la mesa como quien dormita, pensaria que es un calavera desventurado, sin hogar ni cosa que se le parezca, y que atorra allí plácidamente porqué está seguro que nadie ha de venir á turbárselo.

Ni la maldición ni la blasfemia del que pierde, ni el estruendo producido por un golpe de suerte imprevisto, ni el tumulto de una discusión acalorada, logran distraerlo de su posición ni de su sueño.

Un tiro de cañón disparado á su oído, no haría mayor efecto en él que el canto de un mosquito.

Parece ajeno á todo, un hombre á quien solo puede preocuparlo el hecho de que lo dejen dormir tranquilo.

De pronto un jugador se separa de la carpeta, lanzando una blasfemia formidable.

Las dos manos hacen presa en su propio pelo, que sacude con ademán desesperado y mira á todas partes con desesperación suprema.

De pronto sus ojos se dilatan y su semblante lívido adquiere una expresión de sonriente esperanza, que lo contrae con un gesto inimitable.

Ese es un jugador que ha perdido cuanto tenía y que vá al sencillero, como única esperanza de desquite.

Y sacudiéndolo con una mano, le muestra en la otra un puñado de alhajas.

Son los botones de brillantes de su pechera, un reloj y su cadena, y hasta su anillo de casamiento de que se ha despojado en un movimiento de desesperación.

El sencillero se despereza como quien sale recién de un profundo sueño, mira al jugador, mira las alhajas como quien no comprende lo que sucede, y al fin exclama sordamente:

—Bueno, quinientos pesos.

Esa es la cantidad que ofrece sobre los diez ó veinte mil que representan aquellas alhajas.

—Deme más, necesito más, exclama el jugador con voz sofocada.

—Bueno, seiscientos pesos, agrega el sencillero, como quien dice su última palabra.

Y viendo que el jugador vacila, se acucurra nuevamente á seguir su sueño, dando un bostezo tremendo.

El jugador mira con desesperación la carpeta, le parece que allí está su desquite y entrega por seiscientos pesos aquel capital de alhajas donde van hasta los recuerdos de su cariño.

Y se acerca á la carpeta con aquel dinero, mientras el sencillero guarda tranquilamente aquellas alhajas, cuyo valor ha calculado ya en su justo precio.

Y vuelve á su fijido sueño, mientras el jugador pone todo el dinero á una carta.

Si el jugador ha cambiado de suerte y gana, recupera sus alhajas, dando por ellas cuatro veces lo que recibió, porque ese es el interés que el sencillero cobra por su préstamo.

Si pierde, no le queda más remedio que salir desesperado, pensando tal vez en pegarse un tiro cuando llegue á su casa, mientras el sencillero que no lo ha perdido de vista un solo momento, se frota las manos al verlo salir, pues ha comprado por seiscientos el valor de veinte mil.

Otras veces el sueño del sencillero es turbado por otra clase de jugador que pone á contribucion sus bolsillos.

Este no viene como el de las alhajas.

Ha perdido cuanto llevaba, y otro tanto mas sobre su palabra, pero esto no lo aflige en lo mas minimo.

Ni la suerte ni la desgracia puede traslucirse en aquel semblante, donde estas dos emociones han borrado toda expresion.

Este jugador dá una palmada sobre el hombro del sencillero y le dice llanamente:

— Dame mil pesos, ó dame cinco mil pesos á sencillas.

El sencillero lo mira, y esta vez no hace el aparato de desesperarse como quien sale de un sueño; está delante de un marchante que conoce todos los «golpes.»

Y saca del bolsillo el dinero que se le pide y lo entrega sin el menor inconveniente.

Y vuelve á su fingido sueño como si nada hubiera pasado.

Es que aquel jugador es un conocido, á quien se le puede abrir crédito sin limitacion.

Si gana, devuelve al sencillero dos veces mas de lo que recibió.

Si pierde, el sencillero sabe que al otro dia, infaliblemente, tiene su dinero.

Aquel usurero espantable, que no prestaria igual suma á Anchorena, con un simple pagaré, presta al jugador, bajo su sola palabra, todo el dinero que le ha pedido, sin imaginarse siquiera, por ser cosa imposible, que pueda dejarle de pagar.

Es que aquellos jugadores de profesion tienen un modo estupendo de entender el honor,

Ellos, que ponen sobre la carpeta el porvenir y la tranquilidad de sus familias; ellos que sin inconveniente alguno son capaces de jugar entre un puñado de dinero el honor de su mujer y de sus hijas, no dejarian por nada de este mundo, de pagar una deuda de juego: por ese solo hecho se considerarían deshonorados.

Y el sencillero tiene así mas fé en la palabra de aquel mismo jugador á quien ya no queda nada que perder, que en una letra de cambio girada por la mejor firma del comercio y que no le ofrece otra ganancia que el simple interés de plaza.

Este es el sencillero, que se encuentra presente y representado por diversos tipos, en todas las casas de juego de Buenos Aires.

A esta casa de juego, reunion de jugadores y de verdaderos atorrantes de jugada, de especuladores y pescadores de puchero, habia acudido Carlo Lanza, llevado por ciertos amigos con quienes habia hecho relacion en la Cruz de Malta.

Le habian olido dinero y juzgándolo un inocente, lo habian llevado con la intencion de desplumarlo.

Uno de estos amigos, jugador de profesion y calavera en toda regla, pasaba ante Lanza por un hombre rico y de posicion.

El jóven se habia acercado á él, estrechando relacion y cre

yendo que podia explotarlo en su buena fé como habia explotado al capitan Caraccio.

Era una buena veta que no debia dejar de mano.

Junto con este y otros mas, habia ido Lanza al Casino de la Bolsa, asombrándose de la frescura é indiferencia con que aquel jugador perdia ó ganaba gruesas sumas.

Tentado por él, Lanza jugó una ó dos veces, pero jugó flojo, como podia hacerlo un hombre de su prevision, un hombre que no queria arriesgarse á perder demasiado.

La primera noche Lanza hizo dos ó tres jugadas desgraciadas, en las que perdió sus apuntes, felicitándose de haber sido tan prudente para apuntar solo de á cincuenta pesos, diciendo:

—Voy á jugar para no estar de miron y nada mas, porque yo no entiendo estas cosas, y ni sé siquiera donde se coloca un apunte.

En cambio su amigo jugaba con una magnificencia espléndida.

Si ganaba recogia su dinero impassiblemente, y si perdia se limitaba á sonreir y á sacar de su cartera mas dinero.

Por eso Lanza se habia convencido de que su amigo debia ser muy rico, poniéndole los puntos para explotarlo en su beneficio.

La segunda noche que Lanza jugó, ganó, pero apenas lo que habia perdido la noche anterior, porque aunque su amigo lo tentaba, nunca habia querido hacer un apunte mayor de cien pesos.

El amigo á su vez se habia figurado que Lanza era muy rico, y trataba de «amansarlo» para hacerlo su victima á la fija.

Aquella noche su amigo ganó bastante dinero, retirándose con unos treinta mil pesos.

¿Qué emocion puede hacer esto en un jugador que sabe que, si esta noche gana cincuenta, á la siguiente puede perder quinientos?

Lanza se retiró con su amigo que lo habia invitado á cenar, hallándolo tan impassible como si nada hubiera ganado.

Así siguiéron asistiendo al Casino de la Bolsa, jugando siempre su amigo, que ganaba unas noches para perder otras.

Una noche, y esta fué la del fracaso de Lanza, su amigo le dijo que aquella noche iba dispuesto á alzarse con todo el dinero de la jugada.

—Siento que estoy de una suerte loca, le dijo, y pienso aprovecharla en toda regla.

Si quiere ganar dinero, no tiene mas que jugar á mi mano.

—Vamos á ver si su presentimiento es exacto, respondió Lanza, porque en estas cosas de presentimientos uno se equivoca siempre de la manera mas famosa.

—¡Oh! yo no me equivoco nunca! podré perder al principio, pero despues gano y gano hasta que me canso.

No hay sinó tener constancia y no dejarse acobardar por lo que se pierda.

Ya me ha sucedido una noche; habia venido con la misma inspiracion y traia como cincuenta mil pesos.

Diez jugadas despues habia perdido hasta el último centavo.

• Jugué sobre mi palabra y perdí tambien.

Iba ya á retirarme, cuando un amigo me alcanzó cinco mil pesos, diciéndome:

—Ha perdido tanto que al fin tiene que empezar á ganar.

Tomé el dinero y lo jugué de un golpe, con la intencion de retirarme en seguida si lo perdía.

Habia jugado á la peor carta, una sota contra un rey, y ya confieso que habia perdido toda esperanza de desquite, no ya de ganancia.

Y salió la sota, quebrando aquella corriente de adversidad que me habia azotado toda la noche.

Diez y siete veces salió la sota contra diversas cartas: diez y siete veces apunté duro á la sota, y las diez y siete veces gané.

Los jugadores estaban asombrados, pues nunca habian visto ganar tan seguido, y muchos se habian puesto las botas jugando á mi carta.

El tallador estaba desesperado y solo se mantenía en la banca porque como yo jugaba tan grueso, tenia esperanzas de desquitarse en un solo golpe.

En la jugada número diez y ocho, volvió á salir la sota, pero esta vez contra un rey, como en la jugada primera.

No sé que ráfaga me sopló y puse al rey un puñado de billetes, calculando que era la mitad de lo que tenía.

Aquello se llamaba quebrar la suerte; la sota no podia ganar toda la noche y alguna vez habia de perder.

Era cuestion de adivinar el momento y nada más.

Habia tal emocion entre los jugadores, que todos suspendieron el apunte no atreviéndose á seguirme en aquella deslealtad contra la sota, pero sin animarse á apuntar contra mi suerte.

El tallador corrió las cartas y no tardó en aparecer el rey.

Era el décimo octavo apunte que ganaba sin haber perdido uno solo.

El banquero concluyó por declararse vencido y no tuve ya quien me hiciera frente.

Mi inspiracion habia sido buena y mi presentimiento exacto.

Entregué veinte mil pesos al amigo que me prestó los cinco con que me rehice, y cuando llegué a casa y conté el dinero, me encontré con que no solo me habia desquitado de lo perdido, sino que estaba ganando sesenta mil pesos.

Desde entónces nunca he dudado un momento cuando me he sentido con el mismo presentimiento.

He persistido en el juego aun teniendo que recurrir al sencillero, y siempre me ha ido bien.

Carlo Lanza escuchaba maravillado á su amigo, envidiando su suerte y su decision.

Aquello no habia sido sino un tejido de embustes hecho con el único objeto de preparar el terreno de una estafa en grande escala.

Pensaba que Lanza era rico, muy rico, y queria darle un golpe en regla.

—Si la suerte lo empieza á ayudar como en la famosa jugada de la sota, pensaba Lanza, juego cuanto tengo, no hay remedio.

Puede ser que la suerte me proteja y salga así de un golpe é impensadamente de mi situacion crítica.

Ambos se dirigieron al Casino y cuando las jugadas empezaron á tomar cuerpo, el amigo de Lanza se acercó á la carpeta y empezó á jugar con la misma esplendidez de siempre.

Pero empezó tambien á perder con una insistencia aterradora.

Lanza, pálido y conmovido, estaba al lado de su amigo, siguiendo todas las peripecias del juego y asombrándose de la frialdad con que este jugaba á pesar de lo que perdía.

—Me gusta así, me gusta mucho mas así, exclamaba el amigo á su oido á cada nuevo golpe de desgracia: como en la jugada de las sotas.

Si hubiera empezado ganando no estaria tan contento.

Lo único que temo es que á lo mejor me falte el dinero y nada mas, por eso estoy jugando con cierto método.

Efectivamente, no apuntaba en todas las jugadas.

Siempre dejaba pasar algunas jugadas, y cuando le gustaban las cartas salidas apuntaba, y apuntaba fuerte.

Pero perdía siempre; aquella noche en vez de estar de suerte estaba de una desgracia insuperable.

Muchos jugadores estaban especulando con su desgracia y jugaban á favor de la banca, ganando siempre.

Era tan constante su adversidad, que Lanza mismo estuvo tentado muchas veces de jugar en su contra, no haciéndolo porqué no quiso desagradar á su amigo.

La desgracia de este siguió así constantemente hasta que se separó de la carpeta en completo estado de fundicion.

Habia perdido todo su dinero, á no quedarle ni un medio mas.

—Voy á aventar un poco esta mala suerte, dijo, y pidió al mozo dos copas de rom, invitando á Lanza á que lo acompañara.

—Poca suerte, poca suerte, le dijo Lanza, parece que esta noche anda en la mala.

—Lo mismo que en la jugada de las sotas; esto para mí es andar con suerte; ya verá como me compongo y gano ahora hasta que me aburra.

Lo que siento será tener que ir á casa á buscar mas dinero.

Voy á esperar que venga una persona que pueda prestarme con comodidad.

Si usted por casualidad trajera dinero, podia hacerme ese pequeño servicio.

¿Cómo negarse á ese pedido, tratándose de una persona como aquella, que siempre andaba con gruesas sumas de dinero que perdía ó ganaba con la mayor indiferencia?

Aquello para Lanza era como una bolada, porqué recordaba que en la jugada de las sotas, aquella famosa jugada de que

tanto hablaba su compañero, al que le habia prestado cinco le devolvió veinte.

Si perdía, su dinero estaba seguro y le sería devuelto el día siguiente.

Nada perdía entónces con prestárselo y tal vez ganara mucho.

Lanza se echó rápidamente estas cuentas y sin la menor vacilacion repuso:

—Yo traigo dinero, pero es poca cosa para usted, porque apénas le alcanzará para un par de jugadas.

—Con una me basta, la suerte es cuestion de una sola jugada, que no quiero hacer sobre mi palabra, sinó en un último caso.

Présteme entónces todo lo que tenga, que tal vez en un momento logremos desquitarnos del todo.

Lanza andaba siempre con todo su dinero sobre sí, porque así lo tenia mas seguro que en ninguna otra otra parte.

Sacó su cartera del bolsillo del pecho, y sin inconveniente de ningun género, entregó á su amigo ocho mil pesos, no quedándose sinó con el pico de seiscientos y tantos.

Su amigo se acercó á la carpeta y Lanza lo siguió lleno de una emocion extraña, pues en la suerte de su amigo iba la suya propia.

El jugador estuvo mirando un momento las alternativas del juego, hasta que se decidió y puso cinco mil pesos sobre un siete.

Y ganó, mirando á Lanza de reojo como si quisiera decirle: ¡ya ves que yo tenia razon!

Dejó pasar dos jugadas, y volvió á poner los diez mil pesos sobre otro siete que apareció en la tercera.

Y volvió á ganar, recogiendo su dinero con la misma indiferencia que lo habia perdido momentos ántes.

Lanza pasaba por una angustia suprema y desconocida para él.

Tenia deseos de pedir á su amigo la devolucion del dinero, pero no se atrevia, aunque el jugador lo habia doblado ya.

Hubiera sido un rasgo de desconfianza, una ofensa que le hubiera inferido, ademas de que estaba seguro de que se lo devolveria doblado.

Su amigo espío todavía algunas jugadas, y puso en seguida un monton de billetes sobre otra carta, que volvió á ganar.

Contados aquellos billetes para ser pagados, resultáron ser doce mil pesos.

—Es una locura seguir, dijo Lanza, puede dársele vuelta la suerte otra vez y perderlo todo.

—¡Qué esperanzas! ¡estoy en la buena veta, ahora tengo que ganar hasta que los deje á todos sin un medio!

Lanza, absorto en el juego y dominado por la emocion, no habia notado una operacion del jugador afortunado.

A medida que ganaba y con todo disimulo, iba echándose al bolsillo los billetes mas gruesos.

Un nuevo siete salió sobre la carpeta, y el jugador, ávido de ganancia y para aprovechar la buena suerte, puso en esa carta un puñado de billetes, mayor que el que le quedaba delante.

Y perdió, haciendo experimentar á Lanza un estremecimiento en todo su cuerpo.

Aquellas emociones eran fuertísimas para Lanza, que se sentía con fiebre y con dolor de cabeza.

La suerte se ha dado vuelta, murmuró á su oído y fingiendo una gran indiferencia; mire que una buena retirada es equivalente á una victoria.

—¡Qué esperanzas! respondió su amigo; estoy sobre la veta y esto no vale nada.

Y volvió á jugar con mas fé que nunca, y volvió á perder tambien una suma que hizo disminuir de una manera notable el monton de billetes que tenía por delante.

—¡Todavía es tiempo! murmuraba á su oído, ¡todavía es tiempo!

—Ahora no vale la pena, ó lo pierdo todo ó me rehago, ¡qué diablos! esta mala veta no puede durar mucho.

Lanza estaba tembloroso y lívido, cualquiera que lo hubiese visto habria dicho que él era el jugador, y su amigo el que miraba indiferente.

Se movía á todos lados y paseaba su mirada ávida y nerviosa de la banca cargada de dinero á la baraja y de la baraja á la banca.

Le parecia mentira que su amigo despues de haber tenido tanto dinero fuera á quedarse sin un medio.

Lanza tenía tentaciones de agarrar de un brazo á su amigo y levantarlo de la mesa.

Apénas se veía ya entre el dinero que tenía por delante, un solo papel azulado de mil pesos y dos ó tres de quinientos.

El amigo esperó dos ó tres jugadas, como si espicara la segura, y puso al fin sobre una carta todo el dinero que tenía por delante.

Y de pié y con las dos manos apoyadas sobre la mesa, clavó en el naípe una mirada expresiva.

Lanza pasó entónces por el momento mas amargo de aquella noche.

Se sintió enfermo y un enfriamiento raro circuló por todo su cuerpo.

Una palidez cadavérica envolvía su semblante y la agitacion de su cuerpo era tal, que tuvo que retirarse porqué movía la mesa.

Aquel momento de suprema angustia, aunque á él le pareció que se prolongaba una hora larga, apénas duró medio minuto.

La carta vencedora cayó al fin sobre la mesa y el banquero estiró la mano recogiendo el dinero que estaba al lado de la carta.

El jugador habia perdido hasta el último peso en aquella infame jugada.

Y se levantó frio é indiferente como la vez primera, yendo seguido de Lanza á pedir otra copa de rom.

—¡Si se hubiera levantado cuando yo le dije! murmuró Carlo ¡qué buena suma habia ganado ya!

—¿Y qué diablos se pierde con esto? es cuestion de dos jugadas mas y ya está.

¡Ahora verá como me compongo y dejo á todos sin ni un medio!

Lo único que siento es la incomodidad de tener que ir á casa á buscar dinero, porqué quiebro la suerte y pierdo un tiempo que es positivamente dinero.

Pero no importa: me bastan cinco minutos para alzarme con todo el dinero que hay aqui

Espéreme unos minutos, amigo mio, y vuelvo.

Era tal la seguridad absoluta con que hablaba y la tranquilidad de que hacia gala, que Lanza se sintió mas calmado.

Y se sentó á esperar á su amigo, concluyendo de tomar su copa de rom.

Para él era indudable que su amigo se compondria y ganaria todo lo perdido, proponiéndose hacerlo levantar de la mesa en cuanto le viera una buena ganancia, para que no volviera á sucederle lo mismo.

Pero el tiempo pasaba de una manera desesperante y su amigo no volvía.

Ya algunos de los jugadores mas fuertes empezaban á separarse de la mesa, contando sus utilidades y retirándose en seguida, sin que el jugador volviera.

Si tardaba mucho mas, ya no llegaria á tiempo de poder jugar.

Uno de aquellos jugadores que tenia costumbre de verlo allí siempre, pidió tambien una copa y se sentó á su lado á tomarla, y calculando que habria perdido, le preguntó cuanto.

—Yo no he jugado, respondió Lanza, acompañaba á Scotto que ha perdido cuanto tenia y se ha ido á traer mas dinero: yo me he quedado á esperarle.

—Scotto no vuelve mas ya ¿qué vá á hacer á estas horas? no sabia que ya eran tan tarde.

Ya los puntos empiezan á retirarse, como que son las tres y media y dentro de cinco minutos no queda nadie.

Lanza miró á la carpeta principal y vió que efectivamente los jugadores gruesos se habian ido.

No quedaban mas que los picholeadores que liquidan su puchero de á cinco y de á diez pesos.

—Es extraño, dijo Lanza, hace mas de una hora que el amigo se ha ido y ya podia estar de vuelta: ¡tal vez le haya sucedido algo!

—¡No crea! Scotto siempre es asi, cuando pierde su último peso se vá y no vuelve mas.

Es un jugador que trae lo que tiene y no se vá mientras no le conviene.

Ademas que no lo ha perdido todo, porqué yo recuerdo ahora que mientras ganaba iba apartando dinero en sus bolsillos.

—¡Si ha perdido hasta el último centavo! exclamó Lanza, ¡como que yo mismo he tenido que prestarle dinero!

Y Lanza refirió como habia prestado á Scotto los ocho mil pesos con que empezó á ganar.

—Ta, ta, ta, exclamó el jugador con aire zumbon; entónces, amigo mio, no lo espere mas, porqué no solamente no vuelve aqui, sinó que no usted volverá á verle la cara.

Esa es costumbre veterana en Scotto; el que le presta plata no vuelve á verlo en la vida; lo que me asombra es que usted que es su amigo y debe conocerlo, le haya aflojado los ocho mil pesos.

Lanza refirió entónces que su relacion con Scotto era una relacion de poco tiempo, y manifestó que le habia prestado el dinero porqué lo creia un hombre rico y leal, lo que hizo soltar á su interlocutor una sonora carcajada.

—Scotto es un diablo, le dijo; lo que ha hecho á usted es lo que ha hecho ya á muchos novatones.

Se dá con ellos un poco de tiempo, los amansa, cuando les vé plata, como decimos nosotros, y una vez que les ha dado el golpe, no lo vuelven á ver en la vida.

Ahora me explico el aparte de dinero que estaba haciendo el muy bribon; cada vez que ganaba ponía en sus bolsillos los billetes mas grandes.

Usted cree que lo ha perdido todo, y sin embargo yo estoy persuadido que se ha retirado ganando y ganando mucho; no tenga duda.

—Entónces, ¿quiere decir que me ha robado? ¿quiere decir que me he dejado saquear como un imbécil?

—Es un abuso de confianza como los que se ven todos los dias.

Yo le aconsejo que no lo espere mas, porqué será inútil; Scotto no vuelve mas, ni usted le vuelve á ver la cara.

Aquello fué para Lanza un golpe tremendo.

La pérdida de su dinero era para él un acontecimiento terrible que lo sumía en una situacion espantosa.

El que le habia hecho aquellas tremendas revelaciones se retiró con los demas y Lanza quedó alli todavía, alimentando la esperanza de verlo llegar de un momento á otro.

No podia creer que aquel jugador tan caballeresco fuera un estafador miserable, un estafador que lo habia estado estudiando para robarle y dejarlo en la calle.

—Tal vez él se figure que esos ocho mil pesos no me hacen la menor falta y por eso no se ha apurado en volvérmelos, pensaba.

Todo lo que me ha dicho este hombre ha de ser mentira.

Enemistades de juego le han hecho hablar asi de Scotto, para hacerle daño.

Esta gente viciosa es mala por naturaleza; mala y pequeña, pues por mas que me lo juró yo no puedo creer que Scotto sea un estafador.

Y si lo fuera no lo admitirian aquí á jugar ni se darian con él.

Pero el tiempo pasaba; ya todos se habian retirado del Casino y su amigo no habia vuelto.

No habia ya la menor duda; ó á su amigo le habia sucedido

algo, ó era realmente un estafador que, una vez cometido el robo, huía de la víctima.

Aquel detalle sobre el dinero que habia ido apartando mientras jugaba, tenia que ser una solemne mentira.

¿Cómo no lo habia de haber visto él que habia estado á su lado toda la noche?

Lanza decidió no creer nada por el momento y esperar hasta la noche en que veria á Scotto y sabria á qué atenerse,

Era preciso retirarse de allí, porqué ya habia amanecido y no quedaban mas que los mozos de dia, que acababan de reemplazar á los de la noche.

Lanza se retiró del Casino, pálido y desencajado por todas las emociones que habia experimentado aquella noche, y que lo habian fatigado como el mas rudo ejercicio.

—¿Hemos andado de jarana? le preguntó la señora Nina al verlo entrar á aquella hora y con aquel semblante.

—Lo hubiera preferido, respondió Lanza, que ahora mas que nunca iba á necesitar del amparo de la señora Nina.

Hemos estado cuidando á un pobre amigo que se ha enfermado y que estaba en un sério peligro.

Por la mañana hemos sido relevados por los que han de acompañarlo todo el dia; esta ha sido la jarana de anoche.

Nina tragó inocentemente la mentira y mandó al jóven una taza de café con leche para que se repusiera de la mala noche.

A pesar de su cansancio, Lanza no podia conciliar el sueño.

¿Cómo iba á poder dormir cuando estaba amenazado de un cataclismo formidable?

¿Qué sería de él cuando no tenia mas dinero que aquellos seiscientos pesos con que se habia quedado, porqué á Scotto no le dió la gana de pedirselos?

En fin, no faltaba ya mucho para salir de dudas, pues era imposible que aquella noche no lo viera.

Lanza no sabia donde vivia Scotto, pero esto poco importaba, porqué no faltaria quien se lo dijera en la Cruz de Malta.

Todo aquel dia lo pasó Lanza en la mayor angustia.

Por momentos se quedaba dormitando, pero en seguida se despertaba y se sentaba en la cama lleno de agitacion; se sentia con fiebre y hasta tuvo miedo de caer enfermo.

Nunca se habia visto tan impresionado.

Cuando fuéron á llamarlo para almorzar, creyendo que dormiria, dijo que no almorzaba porqué no se sentia bien, pero que lo recordaran á la hora de comer.

La señora Nina se sentia de algunos dias atras algo preocupada respecto á su jóven huésped.

A ella le constaba mejor que á nadie que Lanza no tenia dinero ni de donde sacarlo.

Y sin embargo sabia que gastaba porqué le veia comprar ropas y perfumes, y sabia que daba á los mozos del hotel fuertes propinas.

¿Habria encontrado quien le prestara dinero? y si tenia para aquellas superfluidades, ¿cómo no le pagaba á ella, con quien tenia tan sérios deberes?

Jugaria acaso Lanza y la procedencia de su dinero seria acaso de las carpetas?

Nina se propuso observar mas atentamente al jóven y guardó silencio sobre sus sospechas.

Fuera del juego ó de otra parte, si tenia dinero era justo que le pagara á ella ántes que nada, puesto que ya llevaba tres meses de pension sin haber soldado un cobre, siendo aquel el primer deber que tenia que atender.

A la hora de comer se levantó Lanza y bajó al comedor.

Espíritu fuerte en medio de todo, se habia repuesto ya de todas sus fatigas, al extremo que nadie hubiera conocido en su semblante las tremendas impresiones porqué habia pasado.

Despues de comer se vistió con el esmero de costumbre y se dirigió á la Cruz de Malta.

Al volverse á poner sobre la pista de Scotto, al acercarse el momento en que habia de aclarar todas sus dudas, la agitacion de la noche anterior volvia á apoderarse de su espíritu.

Por fin iba á saber á qué atenerse.

En la Cruz de Malta, como siempre, halló reunidos á sus concurrentes habituales, pero allí no estaba Scotto.

Lanza disimuló admirablemente su angustia y estuvo conversando de cosas alegres é indiferentes.

Preguntó por Scotto, pero incidentalmente, como si no tuviera mayor interés en verlo.

—No ha de tardar en caer, le dijéron, y ante esta seguridad Lanza se sintió mas tranquilo.

Era para él indudable que aquella noche su amigo le traeria los ocho mil pesos.

Pero le sucedió como la noche anterior en el Casino.

Estuvo esperando hasta que se retiró el último de los concurrentes sin que Scotto hubiera aparecido.

Lanza, como la noche anterior, empezó á sentirse ganado por una agitacion suprema.

Pero disimuló todavia, se disimuló á sí mismo cuanto le fué posible, porqué tenia miedo de dejarse ganar por el descon-suelo.

Y se fué al Alcázar para lograr distraerse un poco y en la esperanza de hallar allí á su amigo.

Pero nada; allí no estaba Scotto y la funcion le fastidiaba de una manera invencible.

—Todo es cuestion de paciencia, pensó, y con agitarme nada gano.

El ha de estar en el Casino, calculando que allí ha de verme. ¿Cómo se ha de figurar que yo desconfie de una manera tan bárbara? él no me ha dado el menor motivo para ello y entónces no lo puede pensar.

Lanza, despues de la funcion del Alcázar estuvo haciendo tiempo y solo á la una de la mañana se dirigió al Casino, en la esperanza de llegar mucho despues que su amigo y disimular su desconfianza.

Cuando llegó al Casino, estaban en lo mas entretenido de la

jugada y pudo acercarse á la carpeta general donde solia jugar Scotto, sin que nadie lo notara.

Y recorrió los jugadores con mirada ávida, pero entre ellos no estaba su amigo.

Preguntó al mozo que los servia habitualmente, pero este contestó que no habia ido todavía.

El jóven empezó recién á perder toda esperanza de recuperar su dinero.

Es claro que no habiendo ido ya, Scotto no iria en el resto de la noche, porqué lo fuerte de la jugada era desde la una hasta las tres de la mañana.

Entre los jugadores estaba el que la noche anterior le habia dado aquellos terribles informes de su amigo, pero este, absorto en el juego no lo habia visto.

Lanza pidió una copa de rom y se sentó á esperar á su amigo, pero presa del mayor desaliento.

Y pasó aquella noche como la anterior, sin que Scotto hubiera vuelto.

No podia dudar ya ni un momento de que habia sido víctima de una estafa consumada con la mayor habilidad.

Una vez concluida la jugada, se le acercó el jugador de la noche anterior, sonriendo y acompañado de dos jugadores mas.

—¡He! le dijo amigablemente apenas lo vió, ¿no ha tenido noticias de ese hombre?

—No, contestó Lanza disimulando su agitacion.

He venido á buscarlo, por lo que calculo, como le dije anoche, que algo le habia sucedido.

El interlocutor de Lanza soltó una gran carcajada y volviéndose á los que con él estaban les dijo:

—El señor ha cometido la inocentada de prestar anoche á Scotto ocho mil pesos y lo anda buscando para que se los devuelva.

Los que oyéron esto, como movidos por una misma cosquilla, soltáron una carcajada y miráron á Lanza como una cosa curiosa.

—Scotto, dijo uno de ellos, no lo vuelve á ver usted en su vida; y aunque lo vea á él, lo que es á sus ocho mil pesos, no alimente esperanzas; son sus tiros habituales.

¿Cómo dudar ya, si aquellas palabras estaban plenamente confirmadas por la conducta de su amigo?

—¿Y dónde vive? preguntó Lanza ya dejándose ganar por la desesperacion.

—Ese es un problema indescifrable, le dijéron, porqué nadie le ha conocido jamas su domicilio.

Siga nuestro consejo y no se preocupe mas de su dinero si quiere vivir tranquilo; haga de cuenta que lo ha puesto á una mala carta y nada mas.

—No son los ocho mil pesos lo que me mortifica, exclamó entónces Lanza, tratando como siempre de disimular su necesidad de dinero.

Es esta una suma que no vale la pena de mortificarme.

Lo que á mí me irrita hasta la desesperacion es que ese hombre me haya hecho pasar la plaza de un imbécil.

Si yo llego á agarrarlo entre mis manos puedo asegurar á ustedes que lo hago ocho mil pedazos.

Lanza se hallaba presa de profunda irritacion.

Estaba convencido que no veria mas su dinero, y no podia conformarse con haber caido tan buenamente en la trampa que se le habia tendido.

—Pero ¿quien lo manda prestar dinero á una persona que no conoce bien, que no sabe cuáles son sus antecedentes?

—Lo veia jugar aquí noche á noche, y perder ó ganar el dinero con una indiferencia tan suprema, que jamas hubiera creido habérmelas con un estafador.

El ha jugado aquí hasta sobre su palabra y se lo han permitido; ¿cómo quieren que me figure que es un pillo?

—Entre los jugadores hay sus costumbres que tienen siempre una razon de ser.

A un jugador se le puede tomar siempre sobre su palabra un apunte al que puede responder, por mala que sea su conducta.

No es que uno esté seguro que pagará por que sea un hombre de honor.

Pero uno está seguro que pagará porque así le conviene.

Un jugador que no paga lo que ha perdido sobre su palabra, se expone á que nadie le tome un solo apunte, lo que no le conviene, y á ser espulsado de la casa donde cometió la fea accion.

Por eso es que, aunque uno sepa que particularmente es un estafador, se le toma una parada de boca, pues si la pierde esta en su propia conveniencia pagarla.

Lo que Scotto ha hecho con usted, lo ha hecho ya con cincuenta, y lo hará con todos los que pueda.

Pero si pierde dinero sobre su palabra, no lo dejará de pagar por nada de este mundo.

Si esos ocho mil pesos usted se los hubiera ganado bajo palabra, ya se los habria pagado.

Pero prestados así, yo le aconsejo que no se mortifique y no piense mas en ellos.

Ya Scotto no vuelve aquí hasta que no calcule que usted se ha aburrido de venir: irá á otras casas, porque no puede vivir sin jugar, pero irá donde usted no pueda hallarlo.

--Es que yo lo agarraré del pescuezo y lo obligaré á pagarme, respondió Lanza dejándose dominar por la ira.

—Es lo que él querría, porque así daría por cancelada la deuda, respondió el jugador.

Muchos de los estafados como usted han tentado hacerse pagar á puñetazos, y él ha recibido los golpes, dando así por cancelada la deuda.

Lanza, con semejantes informes, quedó sumido en la mayor desesperacion.

Aquel golpe venia á dejarlo en condiciones tremendas, y en la mayor miseria.

Pero no era cosa de darlo á entender, porqué un hombre que perdía ocho mil pesos sin dar á la pérdida mayor importancia, demostraba que era una persona rica á quien esa suma poco importaba.

Así es que mirando á sus interlocutores con frialdad, les dijo: —Ocho mil pesos no valen la pena de lo que he hablado, pero por la insolencia de haberme tomado por zongo, el primer día que yo agarre á Scotto, le rompo el alma.

Un hombre que miraba con tal desprecio esa suma, es porqué era rico, y un hombre que tan fácilmente se había dejado estafar, era una bolada.

Así es que los jugadores creyendo ganarle impunemente otro tanto, invitaron á Lanza á jugar.

—Yo no juego porqué no sé ni he jugado nunca, respondió Carlo, además aunque juegue, tengo muy poco dinero sobre mí.

—Eso poco importa, le respondieron tentándolo, su palabra es dinero para nosotros, así olvidará el mal rato que le ha dado Scotto.

Los jugadores se habían entendido con una rápida mirada para pelar á Lanza.

Este pensó que aquella era una brillante ocasión de desquite.

Podía ganar una buena suma, y si perdía, con no volver mas allí estaba saldado.

Sin embargo, y creyendo engañarlos mejor, se resistió un momento.

—No me gusta jugar sin dinero en el bolsillo, dijo, porqué no me gusta quedar debiendo; aunque no sé jugar, otra vez tendré el gusto de hacerlo.

No nos haga la ofensa de decir eso, le replicaron; juegue lo que trae, y si pierde, pagará mañana ó cuando le dé la gana.

Lanza se dejó tentar por el negocio que se le presentaba y sacó quinientos pesos, dejando cien como único fondo de reserva.

Los jugadores echaron cartas y empezaron á jugar flojito y familiarmente.

Convenidos con una sola mirada para desplumar á Lanza, empezaron á dejarse ganar para entusiasmarlo, y hacerle perder toda prudencia.

—Pues para no saber, le decían, no lo hace mal; si nos descuidamos nos va á poner en apuros.

Lanza se dejó engañar, mordió el anzuelo, se vió con unos cinco mil pesos por delante y empezó á jugar mas grueso.

El que tallaba tenía unos diez mil pesos de banca.

Otro jugador invitó entonces á Lanza para copar aquella banca en sociedad.

—Está de suerte, le dijo, no la deje perder y cope la banca en sociedad conmigo.

Cinco mil pesos cada uno, apúntelos copando á la carta que le guste mas.

Tremulo de emoción y de deseo, Lanza aceptó la invitación y copó sobre la primera carta que salió.

Y en medio minuto mas, Lanza se encontró sin un centavo por delante; habia perdido el copo y la banca quedó aumentada á veinte mil pesos.

Aquel golpe medio desconcertó á Lanza.

—Eso es natural, le dijo el nuevo socio que le habia salido; no todos los golpes se ganan, pero usted está de suerte.

Copemos á medias la otra banca, con veinte mil pesos, y así lograremos rehacernos.

—Es que no tengo mas dinero, respondió Lanza vacilante, y es mucho para jugar bajo palabra.

—No importa, ¡caramba! no quiebre la suerte, cope no mas que yo respondo si perdemos, pero cope á su inspiracion, que la suerte está con usted.

Lanza copó; copó y perdió como en la jugada anterior, quedando empeñado en diez mil pesos que le correspondian.

Su adversario ni siquiera pareció conmoverse.

Su socio pagó los diez mil pesos que le correspondian y los que correspondian á Lanza, con la mayor frescura, y le dijo:

—Hay cuarenta mil pesos de banca, cópelos en sociedad; se el último golpe, es el último golpe y es seguro que lo ganaremos, no tenga duda.

—Puede copar, agregó el banquero, pero no necesita que nadie ponga por usted.

Si pierde, tendré el honor de ser su acreedor.

Lanza se sintió poseído de un vértigo de ambicion.

Miró aquel monton de billetes de banco, pensó que todo aquello podia ser suyo en un solo golpe de fortuna, y aceptó.

Su socio copó la banca á un siete, que salió primero, y todos clavaron la vista en el naípe, de donde empezaron á caer las cartas.

Nunca habia pasado Lanza por una emocion tan fuerte.

Aunque queria disimularlo, temblaba todo de una manera nerviosa.

El deseo de ganar era inmenso y el vértigo de los jugadores lo habia acometido.

El banquero suspendió el tallo y miró sonriente á los jugadores.

—¿Quieren retirarse? les dijo, si quieren retirarse lo permito.

—Por mi parte no consiento, dijo el socio de Lanza, ese copo es ganado por nosotros: ¿qué dice compañero?

—No me retiro tampoco, respondió Lanza sordamente, no me retiro, tengo fé en la jugada y en la buena mano de mi compañero; siga pasando las cartas.

El banquero sonrió é hizo á sus compañeros una seña que no fué perceptible para Lanza, aunque fué comprendida por aquellos.

Aquel cambio de señal habia querido decir:

—¿Le caemos?

—Cáigale.

A las cinco cartas corridas la partida habia terminado y Lanza habia perdido.

Su socio manifestó que no le alcanzaba el dinero para pagar el todo.

—Pague por su parte no mas, que el señor se entenderá conmigo, dijo el banquero, por lo perdido y por todo lo mas que quiera jugar.

—¡Oh! no juego mas, respondió Lanza, cuya palidez era intensa.

• Me parece que para un debut es bastante.

Habia perdido treinta mil pesos y no tenia mas que cien para responder á su deuda.

—Puede jugar todo lo que quiera, respondió el banquero, no se acobarde, que en un solo golpe de suerte puede desquitarse de lo que ha perdido.

Lanza fijó en diez mil pesos mas lo que iba á jugar y los puso en una sola carta, volviéndolos á perder como habia perdido lo demas.

—Ahora sí me retiro, dijo, porque si sigo jugando voy á perder todo cuanto tengo.

No estoy de suerte.

Y se levantó de su asiento, pero siempre aparentando la mayor indiferencia, aunque en su cabeza sentia el estallido de un volcan.

—Treinta mil pésos que usted me pagará cuando le dé la gana, murmuró el banquero, guardando los billetes que tenia delante.

—Diez á mí, añadió su socio, que tampoco me corren prisa.

—Luego los tendrán aquí, respondió Lanza, han hecho ustedes demasiado honor á mi palabra para que no me apure en pagarles.

Tomaron juntos una nueva copa y se retiraron cada uno por su lado como los mejores y mas viejos amigos.

—¡Cuarenta mil pesos! pensaba Lanza, ¿y de dónde los voy á sacar?

Y aunque los tuviera, confieso que no los pagaria, porque á mí me han ganado en combinacion, no me cabe duda.

Me dejaron ganar al principio para confiarme y darme despues el golpe con seguridad: ¡se van á divertir con el resultado! ¡el zonzo les ha salido mas vivo que ellos!

Lanza entró á su hotel ya muy entrado el dia.

Estaba enfermo, febril, no por los cuarenta mil pesos que habia perdido sobre su palabra, que poco le suponian, desde que no los habia de pagar, sino por los quinientos pesos que habia distraido de su capital y que lo reducian á una condicion miserable.

¿Cómo atenderia en adelante á sus necesidades?

¿Qué sería de él cuando hubiera gastado el último peso de los cien que le quedaban?

¡Aquel maldito Scottó! y ahora que no podria ir mas á la casa de juego donde podria encontrarlo!

Lanza ganó la cama muy enfermo.

La impresion de todo lo que le habia sucedido aquellos dos dias concluyó por tumbarlo.

Felizmente cuando él entró, la señora Nina no estaba en casa, porque ya se había ido al mercado.

Y se recogió, encargando al mozo que lo llamase cuando ella viniera.

Se sentía tan enfermo, que creyó que si no se ponía en asistencia, podía muy bien llevárselo la trampa.

El descalabro.

La señora Nina tuvo un sério disgusto cuando vió enfermo á su jóven huésped.

En el acto mandó llamar á un médico y lo puso bajo la mas cariñosa asistencia.

Lanza tenía una fiebre terrible, y en el delirio que ella le producía, no hacía sinó hablar de jugadas, de ocho mil pesos y de espantosa miseria.

—Esta fiebre es producida por una gran impresion que ha sufrido el jóven, decía el médico; no tiene mal carácter, pero tardará algo en curar, pues la impresion dura en su espíritu; se ve esto en el delirio.

Y la señora Nina trataba de distraer al jóven cuanto le era posible, aunque el delirio de este la había puesto en el secreto de muchas cosas que la llenaron de sorpresa.

Lanza deliraba con que el dueño del hotel Washington lo perseguía por todas partes con su equipaje y su cuenta, refería los préstamos de Caraccio y sus jugadas en el Casino de la Bo'sa, pidiendo que no fueran á decirle nada á ella, para no perder su pension.

Con un corazon sumamente bondadoso, no quiso decir la menor palabra; se convenció que aquel Lanza á quien tantas consideraciones había tenido, era un simple pillo, pero resolvió atenderlo hasta que estuviera bueno, reservándose hasta entonces el derecho de tener con él una explicacion terminante.

Lanza fué mejorando poco á poco, hasta que ocho dias despues, si no bueno absolutamente, estaba notablemente mejor.

Cuando supo que durante la fiebre había delirado, sintió una amargura infinita.

Si había delirado era imposible que no hubiera hablado de lo que tanto interés tenía en ocultar.

Solo la señora Nina le había escuchado, y como esta nada le decía, Lanza empezó á experimentar una vaga esperanza que no tardó en desvanecerse.

Cuando estuvo radicalmente bueno, Nina provocó entonces una explicacion, explicacion tanto mas interesante para ella, cuanto que hacia ya mas de tres meses que Lanza estaba alojado allí.

—Es preciso, amigo mio, que usted me aclare ciertos puntos, le dijo bruscamente y ya perdida toda consideracion.

¿Cuándo piensa usted recibir dinero y cuándo piensa saldar a cuenta que tiene en el hotel?

—Señora, respondió Lanza con grande aplomo, de un momento á otro espero recibir cartas, ya hace tres meses que estoy aquí, y mi equipaje, por lo ménos, no puede tardar en llegar.

Allí tengo dinero de sobra para atender mis compromisos.

—Dejémosnos de embrollas, que demasiado las hemos hecho. Su equipaje ha quedado en el hotel Washington de Montevideo, de donde usted ha huido por no poder pagar lo que debía.

Es inútil entónces que usted quiera engañarme mas.

Usted ha tenido dinero, mucho dinero, y en vez de pagarme á mí, que es lo primero que debía haber hecho, ha preferido tirarlo en el juego ó dejárselo comer con los borrachones con quienes se junta.

Si el techo de la pieza se le hubiera caido encima á Lanza, no le habria producido mayor efecto.

Presas del mayor espanto, preguntó á la señora Nina quien le habia contado tal tejido de embrollas y embustes.

—No puedo tenerlos por mejor conducto, contestó ella, puesto que es usted mismo quien en medio de su delirio me lo ha contado todo,

Con la mayor audacia quiso engañar á su patrona, demostrándole que bajo el delirio se hablaba toda clase de barbaridades.

Pero aquella mujer, mas viva de lo que él se imaginaba, le cortó toda embrolla con la siguiente proposicion:

—Está bueno, si estos son sueños del delirio, le dijo, es muy fácil de aclararlo.

Vamos á escribir á Montevideo preguntando al dueño del hotel Washington si lo conoce á usted y si él contesta que nó, quedaré convencida.

Lanza estaba cazado del pico, como se dice.

Una averiguacion de aquel género lo hacia temblar, por las consecuencias que ella podria tener.

Desde que todo se sabia, era mejor hablar claro, que así siempre se encontraria algun remedio, sin necesidad de provocar peligros mucho mayores y que podian complicar su asunto haciendo intervenir en él á la policia.

No hay necesidad de ello, señora, dijo, apresuradamente y lleno de agitacion.

Desde que usted no tiene ya confianza en mí, yo le pagaré lo que le debo y me buscaré otro alojamiento.

—¡Le pagaré lo que le debo! eso se dice fácilmente; pero ¿de dónde sacará usted para pagarme lo que me debe, si usted no cuenta aquí con ningun género de recursos y de Europa no los ha de recibir tampoco?

Esto no es juguete, es preciso que usted me pague y se busque donde estar, porqué no lo quiero mas en casa, si nó yo voy á dar parte á la policia y usted se entenderá con ella.

Al oír hablar de policia, Lanza se echó á temblar, con un julepe de todos los demonios.

El se atrevía á afrontar todos los peligros y todos los sinsabores, pero con la policia no queria saber nada.

Conociendo la rigidez y astucia de la policia europea, se figuraba que la nuestra sería lo mismo, y de aquí su temor.

Ademas, que si se veia envuelto en algun proceso de Policia, calculaba que como negociante quedaria muerto en Buenos Aires.

Así es que en cuanto la señora Nina empezó á hablarle en este sentido, Lanza se aterró y cortándole la palabra se apresuró á decirle:

—Pero, si ni esta es cuestion de policia, ni hay porqué hacerla participe de nada.

Yo le pagaré á usted lo que le debo y quedaremos en paz y tan amigos como ántes.

—Yo le pagaré se dice muy fácilmente, pero ¿cuáles son los recursos con que usted cuenta para pagarme? esto es lo que yo quiero saber, porqué ya estoy cansada de promesas y de mentiras.

—Bueno, dijo Lanza, batiéndose ya en sus últimos atrincheramientos; usted sabe, conforme ha sabido lo demás, que ese maldecido de Scotto me debe ocho mil pesos, que es mas de lo que yo le debo á usted.

Yo voy á hacer todo lo posible por cobrárselos, y en cuanto me los pague se los entregaré á usted y quedará cancelada mi deuda.

—Dificil me parece que usted consiga ese pago, pues segun lo que el tal Scotto ha hecho, no es persona en quien se puede confiar.

—De todos modos es preciso que tenga paciencia, pues ya por Scotto, ya por cualquier otra persona, yo conseguiré los medios de pagarle, no se aflija; ¿quien le dice á usted que Scotto, como yo, no haya podido estar enfermø?

—Sí, pero como usted debe tambien cuarenta mil pesos de juego, no será extraño que aquellos á quienes usted debe se hagan entregar aquella suma por Scotto.

—De cualquier manera tenga paciencia, terminó Lanza, que usted será paga hasta el último medio; á mí me ha sucedido todo esto de aturrido y nada mas; bien caro empiezo á pagarlo.

—Esa no es cuenta mia, respondió la señora Nina.

Ahora y para su gobierno, es bueno que yo le haga una prevencion.

Como no quiero que á mí me suceda lo que al dueño del hotel Washington, porqué aunque usted me vea mujer, yo sé gobernar bien mis negocios, le aviso que el primer dia que usted deje de venir á casa á su hora habitual, doy parte á la policia y pido su captura.

No crea que á mí se me vá á ir dejándome clavada.

Y sobre esta morruda prevencion, Nina se retiró á atender sus quehaceres.

Lanza se hallaba en una situacion mas apretada de lo que se habia imaginado, pues tenia que hacer con un enemigo que habia empezado por ganarle todas las salidas.

Lo que es al Casino, en busca de Scottó, no podia ni siquiera pensar en ir, porqué allí le habrian salido sus acreedores, lo que era peor que todo.

—¿Qué hacer en situacion semejante?

¿Confesarlo todo á la señora Nina y pedirle que lo perdonase desde que no le podia pagar?

¿Y si esta daba parte á la policia?

¿Podia huir á la campaña? ¿meterse de marinero en cualquier buque?

Para todo esto necesitaba tiempo y ya aquella le habia notificado que en cuanto faltase al hotel mas tiempo que el habitual, daria parte á la policia.

¡Oh! la policia! esta era la única cosa á la que tenia un miedo positivo, porqué lo podia hacer desbariancar por completo.

En la esperanza de hallar á Scottó y pedirle el pago de sus ocho mil pesos, Lanza se fué á la Cruz de Malta aquella noche.

Pero allí halló á todos sus amigos menos á Scottó.

Como hacia ya diez dias que no lo veian, fué cordialmente recibido, dándole todos pruebas de gran interés al saber que habia estado enfermo, lo que desde el primer momento se adivinaba en su semblante pálido y enflaquecido por la fiebre.

Pasados los primeros cumplimientos y despues de conversar de cosas alegres, Lanza pidió á sus amigos le indicaran el domicilio de Scottó, á quien tenia necesidad de ver.

Pero ninguno pudo indicárselo.

Nadie sabia donde vivia aquel diablo de Scottó, como le llamaban familiarmente, lo que le hacia perder toda esperanza de dar con él.

No habia mas remedio que ir al Casino de la Bolsa, y esto no era posible dada su deuda; lo habrian puesto en una situacion diez veces mas peluda.

¿Qué hacer en tan apurado trance?

Confesarlo todo lealmente á la señora Nina, y ofrecerle pagar con su trabajo lo que le debia, para que no le diera tanta rabia.

Era la suya una situacion verdaderamente desesperante.

Si dejaba de ir á la casa y huia de ella, Nina daba parte á la policia, y la prision que era su muerte comercial, vendria inmediatamente.

Si se presentaba al Casino de la Bolsa y hablaba á Scottó por casualidad, le saldrian al momento sus acreedores de los cuarenta mil pesos, obligándole á soltar los ocho mil pesos que podia cobrar.

Lanza se retiró temprano, y se acostó á meditar lo que mas le convenia hacer.

Pero no hallaba salida á su situacion desesperante.

Cuanto se le ocurría era malo, ó súmamente peligroso, pues por todas partes le salia al encuentro la señora Nina acompañada de la policia.

Y sin embargo aquello era preciso resolverlo, pues no podia seguirse de tal manera.

Lanza se durmió á la madrugada sin haber resuelto nada en definitiva.

Al otro día á la hora de almorzar, le cayó de nuevo la señora Nina apurándolo para que le diera una respuesta definitiva.

—Señora de mi alma, yo no me puedo volver dinero, dijo Lanza, y anoche no he podido hallar al hombre que me debe los ocho mil pesos.

Le pido que tenga paciencia siquiera por un día mas; yo encontraré solución al problema.

Aquella tarde Lanza se vistió y se fué á la Cruz de Malta, decidido á encontrar el domicilio de Scotto.

Permanecié allí un buen rato conversando alegremente, y cuando estuvo reunida la mayor parte de sus amigos, les suplicó que le indicaran donde vivia.

Ninguno de ellos pudo satisfacer su pregunta.

—Es inútil que busques su domicilio, le dijo Caporale alegremente, porque Scotto nunca lo ha tenido y hasta me atrevo á decir que no lo tendrá jamás.

El duerme donde lo agarra el día, porque la noche la pasa en sus aventuras y sus jugadas.

Si no lo encuentras casualmente, pierde la esperanza de verlo.

Lanza contó inocentemente como habia prestado á Scotto ocho mil pesos y como lo buscaba para que se los devolviera, porque los necesitaba.

Y en la risa de sus amigos comprendió que aquel era dinero positivamente perdido y que no debia contar mas con él.

—Ese es tiro viejo en Scotto, le dijo Caporale.

Si ese diablo fuera á pagar todo el dinero que debe de esa misma manera, no le bastaria una fortuna.

Por eso es que los que le han prestado una vez, no le han vuelto á ver la cara en su vida.

Renuncia á tus ocho mil pesos, Lanza, y renuncia tambien á verle la cara á Scotto en un año mas; es demasiado fino para exponerse á que le cobres.

Ademas, como él duerme de día, solo de noche puede vérselo, y de noche, que averigüe el diablo donde se mete.

Lanza estaba perdido; la falta de aquellos ocho mil pesos iba á ser la causa de su may r descalabro.

Tentado estuvo de mandarse mudar tomando pasage en uno de los trenes de la madrugada y desafiando la accion de la policia provocada por la misma señora Nina.

Pero de todos modos, ¿dónde podia ir con un capital de cien pesos en el bolsillo?

Perdido por perdido, resolvió entenderse bienamente con su patrona de hotel y hacerle reflexiones de peso.

Finalmente, con hacerlo poner preso nada habia de ganar, puesto que él no tenia de donde sacar un centavo.

Mas conveniente seria para ella cualquier arreglo, que pudiera darle por resultado el pago de lo que le debia.

A fuerza de esperarlo, habia concluido por mirar con calma

Carlo Lanza.

y tranquilidad el descalabro que le iba á venir encima y no le causaba ya tanta impresion como al principio.

¿Qué diablo iba á remediar con aflijirse y mortificarse adelantado?

Ya tendria tiempo de aflijirse demasiado cuando le sucediera la desventura que esperaba.

Resuelto así á aguantarlo todo con paciencia y resignacion y sacarle el cuerpo al hecho de ir preso que era lo que mas le imponia, siguió alegremente en conversacion con sus amigos.

Aquella noche fué al Alcázar y anduvo con ellos de alegre calaverada.

Sabe Dios cuando podria volver á pasar momentos como aquellos, y era preciso sacar el jugo á los últimos que se le ofrecian.

Como con aquellos cien pesos que le quedaban nada podia hacer para remediar su desventura, pagó con ellos una botella de champagne que se bebió á la salud del diablo.

A la madrugada y lleno de los alegres recuerdos de aquella noche, última noche de alegre farra, Lanza se retiró al Hotel Maritimo.

Ni siquiera se dignó pensar en lo que podria contestar á la señora Nina cuando esta viniese á interrogarlo.

—Las mejores resoluciones son las que se toman en el momento, pensó, porqué la inteligencia se aguza en los apuros.

Cuando ella me cargue firme, ya veremos el modo de salir del paso.

Antes, no quiero mortificarme por nadie ni por nada.

Resuelto así por el momento el problema de su tranquilidad, se metió en su cuarto.

Tenia sueño, pero no se quiso acostar.

Despues que hable con la señora Nina, pensó, tendré mas sueño y así dormiré el mal rato que ella me cause y me será mas llevadero.

Si Lanza hubiera conocido las leyes del país, como las conoció despues, ¡cuan distinta habria sido su conducta!

Si él hubiera sabido que entre nosotros no existia la prision por deudas; si él hubiera sabido que la señora Nina para cobrarle y echarlo de su casa, hubiese tenido que entablarle una demanda ante un Juzgado de Paz, demanda que un procurador habria hecho durar seis meses; si él hubiera sabido todo esto, se habria reido buenamente de las exigencias de la patrona, y la hubiera echado al diablo cada vez que le hubiese ido á cobrar.

Pero Lanza no conocia todas estas camandulerías, pensaba que aquí las cosas se pasarían como en Europa, y de aquí partia su miedo y su afliccion.

Por confesar su estado de pobreza extrema y sus apuros, no habia querido consultar la cosa con sus amigos mas prácticos en las cosas del país, prefiriendo correr la carabana como Dios se lo diese á entender.

—Si uno se ha de ahogar, pensaba, es inútil andar eligiendo el sitio: lo mismo es el rio que la mar.

La cuestión sería no ahogarse, pero como de todos modos yo he naufragado y no tengo salvavida, me agarraré á la primer tabla que encuentre boyando.

Estaba sentado tranquilamente esperando el momento crítico, cuando se le presentó la señora Nina.

Esta venia de un humor de todos los demonios, y como entónces no la habia visto ni sospechado siquiera.

Aquella mañana se le habia ido el mejor mozo del hotel, un mozo que con su servicio esmerado le atraia clientela, y esto la habia puesto de un humor tremendo.

En vano habia querido retenerlo ofreciéndole mas sueldo y otras ventajas; el mozo no habia querido quedarse.

Habia reunido en el Marítimo un buen capitalito entre sueldo y propinas, y se iba á establecer por su cuenta.

Esto era lo que aquella mañana tenia á la señora Nina de un humor espantable.

Ella que conocia las leyes del país como no las conocia Lanza, sabia que nada podria hacer para que este le pagará lo que le debia, puesto que no tenia mas que un miserable equipage.

Así es que á pesar de su mal humor, iba dispuesta á hacerle todas las concesiones posibles, explotando la ignorancia de aquel.

Y cualquier cosa que le sacase sería para ella una ganancia positiva.

Y como era la impresion que dominaba en su espíritu, refirió á Lanza la salida de su mejor mozo que ponía en sério conflicto á su hotel.

—Ahora, añadió, yo necesito saber que piensa usted hacer para pagarme.

Lo que es yo, desde hoy en adelante no puedo tenerlo mas á pension gratuita.

Apénas gano para sostener el negocio y no puedo tener clientes que me causan gastos y perjuicios de toda especie.

Lanza reflexionó un momento.

La salida de aquel mozo, el mejor del hotel, le habia inspirado una idea luminosa.

Después de reflexionar un momento, se acercó á la señora Nina y le dijo:

—Vamos á hablar un momento, no como cliente y patrona sino como dos negociantes: yo quiero proponerle un negocio para ambos, que salve la situación sin recurrir á violencias.

Yo por el momento no tengo con que pagarle lo que le debo, ni de donde sacarlo, que es mucho peor.

Si usted me hace poner preso, con esto no logra el pago de su cuenta, que es lo que le interesa.

Si usted me echa á la calle, me pone en una situación tremenda, sir lograr tampoco por este medio cobrarse lo que yo le debo.

Hé aquí ahora el negocio que yo le propongo y que todo lo allana.

A usted se le ha ido el mejor mozo del hotel, cuyo buen envicio era el crédito de este.

Yo, una vez que me ponga á ello, soy un mozo como usted si siquiera puede sospechárselo.

Me comprometo á hacer el servicio de tres, adivinando el deseo de sus clientes.

Si usted quiere, yo me quedo á reemplazar el mozo que se ha ido, por el mismo sueldo que este ganaba, con una diferencia sola:

Usted, de ese sueldo se cobra lo que yo le debo, hasta que está saldada nuestra cuenta, que viene á ser lo mismo que si solo le sirviera yo por la casa y la comida.

De este modo usted cobra su cuenta de la única manera que puede hacerlo, y yo tengo como vivir hasta que encuentre otra cosa mejor que hacer.

Puede ser muy bien que me convenga seguirme quedando, y usted habrá ganado un mozo como no ha soñado tenerlo en la vida.

Para la señora Nina aquella era una excelente proposición, pues no solo ganaba un mozo que debía ser realmente bueno, sino que se cobraba la deuda de Lanza de la única manera que podía cobrársela: con el trabajo de este.

Si Lanza se apercibía que podía irse del hotel sin que nadie lo retuviera ¿cuándo cobraría su dinero?

La proposición de Lanza venía á ser así sumamente ventajosa para ambos.

Para él, porque mientras Dios le deparaba otra cosa, aseguraba la casa y la comida.

Para ella, porque el sueldo de Lanza se iba cobrando la deuda de este, y ganaba además un buen mozo.

Para que Lanza no se apercibiera de que aquello era una concesión que él hacía, puso ella algunas dificultades para aceptarlo, diciendo al fin:

—No quiero que diga que despues de haberlo atendido como lo he hecho, lo he abandonado en el momento crítico.

No quiero tomar ninguna medida violenta con la justicia ni con la policía y voy á aceptar el temperamento que usted propone, para darle esa facilidad de saldar su cuenta conmigo y de seguir viviendo en mi casa.

De todos modos, aunque yo no necesitase ese dinero y le perdonase lo que usted me debe, ¿dónde iría usted á alojarse? ¿Dónde iría usted á comer y á dormir?

Quiero ser buena con usted hasta el último extremo, para que no tenga de que acusarme; quedamos convenidos en lo siguiente:

Usted se queda de mozo en el hotel y en lugar del que se me ha ido.

El sueldo que usted gane por este servicio, yo lo voy reteniendo para cobrarme lo que me debe, y no tengo mas obligación que darle casa y comida.

Para sus otras necesidades y vicios, usted tendrá bastante con las propinas que le den los clientes.

Cuando un mozo sirve bien y al gusto de las personas, tiene propinas por mas valor que su mismo sueldo.

No tiene necesidad de mas dinero que ese, y si lo guarda, verá que pronto reúne una buena suma.

Lanza escuchó con un placer infinito lo que le decia la señora Nina, porqué esta le aseguraba la subsistencia gratuita, lo que era para él de un interés vital.

¿Dónde habria ido á buscar pension, una vez echado del Hotel Marítimo?

En ningun hotel se la habrian dado al verlo tan desprovisto de equipaje, y sabe Dios lo que hubiera sido de él.

—El único inconveniente que yo podria tener, dijo, es que los mismos que me han visto como pasajero me vean ahora como mozo.

Pero esto está compensado con las ventajas que obtengo.

Usted tratará de disculparme con ellos de cualquier modo, y yo tendré una fineza mas que agradecerle.

Y como los malos caminos deben andarse pronto, yo quedo ahora mismo hecho cargo de mi nueva posicion y no se hable mas de eso.

—Bueno, traiga sus cosas á la habitacion que tendrá desde hoy y no hablemos mas.

Lanza, sin el menor inconveniente, cargó con sus pocas pilchas, y las llevó al cuarto que iba á habitar como mozo, un cuartujo en el fondo de la casa, y pidió á su patrona le indicase los departamentos que tendria que atender y las mesas que le correspondieran servir.

Lo demas del servicio corre de mi cuenta; ya verá como todos, léjos de quejarse del nuevo mozo, no tendrán para él mas que elogios.

—Tanto mejor para usted y tanto mejor para mí, respondió la señora Nina.

Ahora, no tiene mas que entregarse á su servicio, y cumplirlo de la mejor manera posible, pues si los pasajeros y clientes se quejan, nuestro convenio queda nulo, porqué yo saldria perjudicada.

La señora Nina vió con asombro que el nuevo mozo era insuperable en su servicio y buena voluntad.

Nunca la mesa de pasajeros se vió tan bien y rápidamente servida.

Los pasajeros que conocian á Lanza, reian alegremente al verlo entregado á sus funciones de mozo, pareciéndoles que aquello no era sinó una broma.

Lanza las desempeñaba de una manera admirable y como si jamas hubiese hecho otra cosa.

Acudia alegremente al primer llamado y servia con una lijereza asombrosa.

Por la mañana y en cuanto los clientes salian de los aposentos, Lanza se apoderaba de ellos y en un momento los acomodaba perfectamente bien.

Los clientes se reian y le daban propinas, propinas que e e

cibia él seriamente, pues desde que se decidió á ser mozo, tomó el cargo con todos sus inconvenientes y todos sus goces.

Se habia arreglado una chaquetilla cortando los faldones á un jacquet y se habia puesto un delantal que le dió la señora Nina.

Esta estaba asombrada de la actividad de Lanza.

El solo era capaz de darse vuelta todo el hotel y acomodar todas las piezas.

A la semana de estar de mozo, todos los que comian y almorzaban allí, querian ser servidos por Lanza solamente, al extremo que Nina comprendió que habia hecho un gran negocio.

Aquel mozo convenia enormemente á sus intereses y si algo sentia era que su deuda no fuese tres veces mayor para tenerlo asegurado una buena temporada.

Lanza estuvo sirviendo en el hotel el primer mes, sin intentar siquiera salir á lá calle.

En cuanto concluia su trabajo, se acostaba á dormir y á penas amanecía el dia, ya estaba levantado atendiendo á sus obligaciones.

Al mes, en que Lanza habia juntado ya unos doscientos pesos de propina, quiso salir un domingo á dar una vuelta.

La señora Nina no miró con mucho agrado esta salida.

Lanza podria encontrar quien lo aconsejara, quien se lo echara á perder, y quien lo sonsacase del hotel proporcionándole una colocacoin mejor y mas en armonía con su persona.

Pero por el momento las sospechas de la señora Nina eran infundadas.

Lanza era el primero en ocultarse de sus antiguas relaciones, para que no lo vieran en su situacion triste y aporreada.

Y así empezó á buscar y hacer relaciones en la misma esfera que él ocupaba.

Esto le serviría para ir conociendo aquella sociedad vulgar pero utilísima para sus aspiraciones de comercio.

A la otra cuádra del Hotel Maritimo habia una especie de casino, de aquellos atendidos por mujeres, que tanto abundaban entónces en Buenos Aires.

Allí se pasaba abundantemente el rato, y allí iba Lanza todos los domingos á fundir la propina de la semana.

Era un casinito de tercera categoría, frecuentado por gente de trabajo y de pocos medios, entre la cual Lanza venia á ser algo como un señor.

Buen mozo, jóven y chacoton incansable, bien pronto hizo roncha entre las mujeres, destronando á los mas viejos marchantes.

A cierta hora de la noche, el Domingo, se hallaba en el Casinito, á echar la casa por la ventana, y se armaban unos jaleos monumentales.

La dueña de la casa habia tomado un gran cariño á Lanza, al extremo que cuando este fundia su último centavo, ella era la que pagaba sirviendo al jóven cuanto éste pedia y no pedia.

Para disculpar su profesion transitoria de mozo de hotel,

Lanza les habia contado una historia romántica de primera fuerza.

Segun les decia, él habia venido de Europa á Rio Janeiro, hacia unos tres años.

Alli se habia establecido con una casa de giros, invirtiendo en ella todo el capital que habia traído.

Y le habia ido tan bien, que en poco tiempo se habia hecho de una posicion desahogada.

Como andaba entre la primera sociedad, habia tenido sus lances amorosos, entre ellos, el que habia motivado su ruina.

La hija de un baron brasílerico se habia enamorado de él de una manera apasionada, y queria casarse á todo trance.

Pero por el momento aquel matrimonio no le convenia, y hacia todo lo posible por no dar á entender sus amores.

Se entendia con su amante por medio de cartas y solo la veia en el teatro ó en las grandes reuniones donde concurrían con frecuencia.

La niña seguia cada vez mas apasionada y queria provocar un enlace á toda costa.

Pero él seguia entreteniéndola y diciéndole que necesitaba romper ciertos compromisos que habia dejado en Europa y que ya habia escrito en ese sentido.

Los amores llegaron al extremo que, á ocultas de su familia, la niña venia á visitarlo á su casa de comercio.

Estas imprudencias diéron al diablo con todas sus reservas, y al fin el baron se impuso de lo que pasaba y quiso hacerle contraer matrimonio á la fuerza.

Hombre de gran influencia en el gobierno, si no se casaba, lo iba á hacer secar en un presidio.

¿Qué podia hacer él, extrangero y solo, contra aquel personaje soberbio y pudiente?

No le quedaba mas remedio que huir, y huir de una manera que nadie lo sospechara, pues de otro modo la policia se le echaria encima.

Habia entónces en Rio un capitan de buque de cabotaje que se hacia á la vela para Buenos Aires en aquellos días, y que le debia muchos buenos servicios.

Lanza le refirió lo amargo de su trance, y concertó con él su fuga.

La noche ántes del dia de su viaje se disfrazaria con el traje de marinero, y se metria á bordo como uno de los hombres de la tripulacion.

Un sábado era la noche fijada para el enlace y como el buque debia salir el viernes, fijó su fuga para el juéves á la noche.

En las primeras horas de la noche del juéves, Lanza, que habia realizado todo el dinero que pudo, envió á su novia un regalo de valor.

No era creible que un hombre que tales gastos hacia, estuviera pensando en su fuga.

A las diez de la noche, disfrazado con un traje de marinero

y acompañado del capitán, se embarcó en una ballenera y se trasladó á bordo.

Allí mismo su presencia no podia ser sospechada, porqué el capitán les habia dicho ya que en Rio contrató otro marinero, de modo que cayó entre los del buque como un compañero de tareas.

—Yo no sé lo que pasaria en tierra, añadió Lanza de una manera picaresca; lo que yo sé es que al dia siguiente levábamos anclas y nos hacíamos á la vela libres de todo temor.

Pero la felicidad no habia sido completa.

Al salir de Rio Janeiro, me apercibí que un paquete de libras esterlinas que habia preparado con anticipacion, con el apuro de la fuga lo habia olvidado sobre el escritorio.

Aquello era una verdadera desgracia, pues fuera de seis ú ocho libras esterlinas que en prevision de cualquier evento habia echado en mis bolsillos, no tenia un centavo mas.

Mi reloj y cadena, que bien valian unos quinientos patacones, los regalé al capitán á quien debia mi salvacion y quien no habia querido cobrarme ni un centavo.

Así salí de Rio Janeiro, abandonando mi fortuna y mis cuantiosos negocios.

Llegué pues á Buenos Aires sin un peso en el bolsillo y sin conocer á nadie, que era lo peor.

¿Qué podia hacer en un país desconocido, sin dinero y sin un solo amigo?

Se me proporcionó ese empleo de mozo en el Hotel Marítimo y yo, ¿qué habia de hacer? lo acepté lleno de agradecimiento á la persona que me lo proporcionó.

De esta manera aseguraba siquiera mi subsistencia y mi vida hasta que se me presentase otra cosa mejor que hacer.

Por eso sigo allí, continuó, aseguro casa, comida y un sueldo.

Mi profesion accidental de mozo de hotel, la miro y la ejerzo como una diversion pasajera.

Así me voy haciendo de relaciones y voy conociendo el país hasta que se me presente algo mejor y mas decente que hacer.

Esta historia narrada con un profundo acento de verdad, fué tragada y dijerida por las damas del Casino.

Aquella aventura no tenia nada de extraordinario, era perfectamente verosímil y aceptable.

¿Qué tenia de extraño que la hija de un baron se enamorase de un hombre jóven, rico y tan buen mozo como Lanza?

Las muchachas se quedaron maravilladas de la historia y cada vez mas enamoradas de Lanza.

—¡Lo que es una lástima, decian, es haber tenido que abandonar su dinero y sus negocios!

—¡Que me importa todo esto! exclamaba Lanza con infinita soberbia; si conservo mi libertad.

Lo que es dinero no puede faltarle nunca á un hombre de mis condiciones.

En cuanto me sople una ráfaga de buen viento, reanudo mis

relaciones comerciales y me hago aquí de una posición tan buena y famosa como la que tenía en Río Janeiro.

—Por eso mismo es necesario concluir con eso de mozo de hotel, le decía la amorosa dueña del Casino.

Allí tiene que estar sirviendo como un criado á cuanto rñoso llega á comer, sin contar con que todo el mundo lo vá conociendo como mozo de fonda, lo que puede perjudicarlo en el porvenir.

¿Y qué quiere que haga sin relaciones y sin dinero?

Por lo pronto allí no gasto en casa y comida y voy economizando un sueldo.

—¡Una propuesta!—le dijo una noche la dueña del Casino; véngase con nosotros el buen mozo, en las mismas condiciones.

Yo te doy la casa, la comida y el mismo sueldo.

Siempre ganas en la independencia del empleo, en el quehacer que es mucho ménos y en la posición misma, que es hacer ménos servil y ménos aperreada.

Aquello por lo ménos merecía consultarse con la almohada y Lanza prometió meditarlo y contestar.

La cosa le halagaba mucho, no solo por el sueldo sinó por la explotación á que se prestaba.

Dominando á aquellas mujeres y enamorándolas, sobre todo á la dueña del negocio, Lanza podía concluir con apoderarse de él y declararlo suyo.

Luego, aquel negocio se prestaba á mil especulaciones en que las mujeres no podían haber caído, en la compra á plazos de la bebida que se necesitaba para el despacho.

Un negocio abierto representaba siempre un capital, por pequeño que fuera, y con un capital en efectivo bien podía girarse por diez veces su valor.

Lanza se decidió inmediatamente á abandonar el hotel y probar fortuna por este otro lado, en la seguridad de que debía de irle mejor.

La posición de mozo de un casino de aquel género, le iba á hacer perder mucho personalmente, pues no era aquel un empleo ni digno ni decente.

Pero Lanza no estaba al cabo de ciertas cosas y no había pensado sinó en lo que ganaba; no se le había ocurrido pensar en lo que perdía.

Hacia ya mas de dos meses que estaba de mozo en el Marítimo y poco había de faltarle para la cancelación de su deuda.

Carlo Lanza decidido á probar fortuna en aquel nuevo camino, preguntó á la señora Nina cómo andaba de cuenta.

—Si yo le digo para qué quiero saberlo, pensó, es capaz de decirme que me falta otro tanto para concluir de pagar con mi trabajo.

Disimulemos, que por las buenas se ha de sacar mejor ventaja.

—Quiero saber como estamos de cuentas, dijo á su patrona, para ver cuando quedo libre y desde cuando puedo disponer de algun dinero.

Así, sabiendo desde cuando empiezo á ganar mi sueldo, me

arreglo en mis gastos y puedo mandarme hacer alguna ropa que necesito.

La señora Nina, que estaba contentísima con el servicio de Lanza, le dijo que al fin de aquel mes quedaban cancelados, y que desde entónces empezaria á entregarle su sueldo.

Así, en cuanto se cumplió su mes, Lanza vino á arreglar su cuenta y se hizo dar el correspondiente recibo por cancelacion de su deuda.

Solamente así se creia libre de la accion policial que creia pudiese ejercer sobre él la señora Nina.

Solo cuando tuvo en su poder el recibo que consideraba salvador, le notificó que se iba de su casa, porqué habia encontrado una colocacion mas provechosa.

La señora Nina sintió profundamente la ida de su aristocrático mozo, como ella lo llamaba, persuadida que no iba á encontrar otro que con él pudiera compararse.

Y le rógó que se quedase en su casa con mayores ventajas, empezando por subirle el sueldo y demostrándole que con lo que ella le pagaba y con las propinas que consiguiese, podia ir reuniendo un buen capitalito.

—¿Qué quiere que haga de mozo de hotel? observaba Lanza con cierta picardia.

Ni es este mi ofi io ni para desempeñarlo me he costado yo á América.

Yo he venido aquí á hacerme una fortuna, y á pesar de todos los contratiempos y dificultades con que he tropezado, he de hacerme una posicion y una fortuna.

Nina insistió en que se quedase, trató de ofrecerle todo género de ventajas, pero fué inútil, como era natural.

Lanza estaba decidido á irse y no hubo forma de hacerlo consentir.

Era preciso ser razonable y al fin la señora Nina cedió y se conformó con la ida de su mozo, ante esta promesa que espontáneamente este le hizo:

—Si en la nueva ocupacion que me ofrecen no encuentro las ventajas que espero hallar, no crea que he de perder tiempo ni he de consentir en que me engañen.

En el acto los mando al diablo y me vuelvo aquí, donde tantas consideraciones y buenos tratos he recibido.

Con esta esperanza, Nina trató de que Lanza se fuera contento y hasta le ofreció algun dinero si lo necesitaba.

—No lo necesito por ahora, contestó Lanza sin soberbia alguna, porqué voy de dependiente á una casa de comercio, donde me dan casa y comida, y cuanto pueda necesitar, ademas de mi sueldo que irá aumentando progresivamente y á medida que lo vaya mereciendo.

Ademas, yo le prometo de la manera mas formal que á la primera condicion que me falten, no me quedo ni un momento mas, volviendo á mi casa donde no saldré en mucho tiempo.

Era preciso de todos modos resignarse á aquella separacion.

Lanza estaba de mozo contra su voluntad y aquello no podia ser eterno.

Demasiado habia durado ya.

Si la señora Nina sintió la ida de Lanza, no la sintieron ménos sus clientes, que se habian acostumbrado á su excelente servicio.

Y dieron al jóven todo género de buenos consejos.

—Aquí hay algunos explotadores del trabajo ageno, le decian, y no es bueno confiarse mucho.

Exija siempre que le cumplan, para que vean que no es tonto, y en cualquier emergencia recuerde que aquí tiene amigos que lo han de aconsejar.

Lanza ni siquiera quiso dar á entender la clase de empleo que iba á tomar, presintiendo que le iban á aconsejar que no lo hiciera.

Y como él no podia confesar los propósitos que lo llevaban al Casino, era bueno no decir ni una palabra.

Respecto á sus ocho mil pesos, ya los habia olvidado por completo, convencido que no los volveria á ver en su vida.

Y como si pensaba en los ocho mil pesos que le debian, por fuerza tenia que pensar en los cuarenta mil que debia él, concluyó por olvidar una y otra cosa.

—Al fin, decía, yo debo una suma que me han ganado con fraude, no tengo duda, mientras que lo que Scotto me debe es dinero que le he prestado peso sobre peso y que está obligado á volverme de la misma manera.

¡Quien sabe! puede ser que algun dia lo agarre á tiro y lo obligue á pagarme ese dinero; es cuestion de oportunidad y nada mas.

Lanza acomodó los pocos efectos que constituian su equipage, y abandonando el hotel Marítimo con cierto pesar, puesto que allí no lo habia pasado tan mal, se trasladó al Casino, que llamó cuna de su porvenir.

La mala estrella.

Desde el primer dia que ocupó su nuevo empleo, Lanza, ántes de atender á las obligaciones que se le habian señalado, empezó á observar atentamente el manejo de la casa, que era lo interesante para él, puesto que de allí pensaba sacar su porvenir.

Por la mañana tenia que levantarse temprano á abrir la casa y limpiarlo todo, puesto que allí no habia mas mozo que él, ni le convenia que lo hubiera.

En cambio tenia el derecho de acostarse mas temprano, dejando todo el quehacer á cargo de su patrona, de la que pensaba, con paciencia y maña llegar á ser socio.

Esto constituia la primera parte de su plan.

Por eso es que desde el primer momento se presentaba perfectamente paquete y perfumado.

Era preciso que el mozo no destruyese la impresion que odia haber hecho el marchante.

Y los dos primeros días no se ocupó sino de conversar y ayudar en sus quehaceres á las mujeres que hasta entónces estaban á cargo de la casa, en los que él debía reemplazarlas.

Así es que hasta el fin de la semana, lo pasó sumamente divertido.

El Lunes, que fué el primer día que se hizo cargo de su obligación, observó una fuente de recursos que hasta entónces no había sospechado.

El abría temprano el Casino, miéntras la mujeres, que habían estado levantadas hasta tarde, dormían profundamente.

Siendo la dueña de la casa la última en irse á acostar, era también la última en levantarse.

De modo que, desde las siete de la mañana hasta las doce del día, era Lanza el dueño de casa, pudiendo hacer lo que le diera la gana, sin que nadie se impusiese de ello.

Como los precios en estas casas eran generalmente subidos, poco se hacía durante el día en el despacho de bebidas.

El negocio se desenvolvía á la noche, con la concurrencia de los calaveras que poco miran el precio que les hacen pagar con tal de pasar un buen rato.

Calle sumamente pasagera y frecuentada por gentes de trabajo en las primeras horas de la mañana, bajando los precios tenía que hacerse negocio.

Y esto fué lo que Lanza hizo desde el primer día, cobrando un precio arreglado al pelaje del consumidor.

De las copas que despachase por la mañana nadie podría tomarle cuenta, porque él solo estaba á cargo del negocio.

De modo que podía guardarse impunemente la mitad de su importe.

Descubierto el plan, el jóven empezó á explotarlo desde el primer día.

Así es que los primeros clientes que cayéron áquella mañana, gente de trabajo que pasaba para el río, no pagaron sino el precio moderado que se paga en todas partes.

Estos fuéron muy pocos, serian muy pocos tal vez en la primera semana, pero ellos pasarian la palabra de los precios moderados, y en un mes la clientela de la mañana, que en ningún caso podía ser la de la noche, aumentaria considerablemente.

El primero y segundo día que Lanza estuvo al mostrador por la mañana, solo vendió cinco ó seis copas de diferentes bebidas, que al precio que él las había puesto, solo produjéron unos seis ó siete pesos, que entregó religiosamente á la dueña de aquel boliche espantable y sui generis.

Desde el tercer día la clientela de por la mañana empezó á aumentar sensiblemente.

A las doce, las mujeres se levantaron, porque era la hora en que les llevaban el almuerzo de un fondin del barrio.

Y se sentaban á almorzar, guardando su parte á la patrona, que jamas se permitía levantarse ántes de las dos de la tarde.

Era esta una italiana buena mozona, pero bastante vieja ya, mas desconfiada que un tuerto y tan brava como un agí cumbarí.

Las cuatro muchachas que tenia allí para el despacho, le temblaban, y vivian pendientes de su menor indicacion, sin atreverse jamas á contradecirla ni por broma.

Este modo de ser, naturalmente tenia que provocar una alianza defensiva y ofensiva de las muchachas con Lanza, aunque á este lo trataba con otro género de consideraciones y con bastante amabilidad.

Es que la vieja se sentia amorosamente inclinada al jóven y queria hacerse amar por él.

Lanza comprendia todo el juego y aspiraciones de la vieja, y haciéndose el zonzo trataba de aumentar aquella pasion cuanto le era posible.

—Gracias á Dios, exclamaba doña Emilia, que así se llamaba la patrona, gracias á Dios que tendre una persona que mire por mis intereses, agregaba mirando á Lanza lánguidamente.

Y podré salir sin cuidado de ningun género, porque quedando tú en la casa, será lo mismo que si yo hubiese quedado.

Como era natural, Lanza se inclinaba á una tal Anita, la mas jóven de las muchachas, que lo miraba á su vez con ojos tiernos y querendones.

Anita se levantaba mas temprano que sus compañeras, y así se daba tiempo de conversar con Lanza todas las mañanas, sin que nadie pudiera apercibirse de ello.

Habia que ocultarse de doña Emilia y de las compañeras, porque si la patrona llegaba á oler esta aventura, los plantaria en la calle sin mas trámite.

Y esto, si nada importaba á Anita, para Lanza sería sumamente perjudicial, porque lo pondria en su situacion mas violenta.

Así los dos jóvenes conviniéron en amarse sin que doña Emilia lo pudiera sospechar siquiera, mientras Lanza se ponía al corriente del negocio, lo suficiente para abrir una casa igual, que podia quedar á cargo de Anita.

En poder de doña Emilia, aquel negocio no podia ser mas productivo.

Las mercaderías de que estaba surtido el Casino, y que eran solo bebidas, las compraba ella á plazos, dando pagarés que iban garantidos por una buena firma; la firma de unos parroquianos muy asiduos de la casa en altas horas de la noche.

A su vencimiento, los pagarés no eran cubiertos por doña Emilia, que nunca estaba en fondos, pero los pagaba el que habia dado la firma, sin decir una palabra.

De modo que doña Emilia ni llevaba libros, ni se preocupaba en saber cuanto ganaba en las bebidas.

Su única ocupacion era recoger de noche el dinero que se habia hecho, y darle el empleo que se le antojaba.

Lanza podia así distraer el importe de todas las copitas que quisiera, sin que nadie lo sospechara.

De noche engañaba á la vieja haciendo un gasto formidable de amorosa elocuencia y por la mañana recreaba su espíritu en el fresco amor de Anita, que le queria con locura.

Con la rebaja de los precios, la clientela de por la mañana y aun la del día, habia aumentado muchísimo, con gran alegría de doña Emilia que se echaba al bolsillo unos cincuenta pesos diarios, sin perjuicio de los otros cincuenta que Lanza guardaba para sí.

Lanza no podia pasar una vida mas regalada y mas productiva.

Los amores de doña Emilia le proporcionaban todo género de atenciones, cuidados y regalos.

Un día una docena de pañuelos, otro una corbata y otro una orden para mandarse hacer un traje en tal ó cual sastrería.

La vieja queria que su amante anduviera bien paquete y hasta solia regalarle una que otra alhaja.

—Ya ves que el amor de la vieja nos conviene, decia él á Anita, y que vale la pena de soportarle sus impertinencias amorosas.

Porqué Anita solia darle famosas quejas sobre preferencia, y era necesario tenerla contenta.

Una gresca entre ambas, hubiera podido producir un cataclismo de primera fuerza que no le tenia cuenta afrontar.

Así es que enjugándole las lágrimas, le decia:

—Es preciso que tengas paciencia, en bien de nuestra felicidad futura.

Con hacerle creer á la vieja que la quiero, en nada te perjudico, desde que te pertenezco en cuerpo y alma.

Ten paciencia, y verás qué bien nos vá.

Y con tal cautela procedian los dos jóvenes, que ni las otras muchachas llegaron á sospechase lo que se pasaba.

Nunca la casa habia marchado en mayor orden y producido mas dinero, llegando doña Emilia á confesarle que estaba tan contenta, que si no habria sido por el que garantia los pagarés, que al fin y al cabo era quien los pagaba, lo habria hecho su sócio.

Lanza pasaba una vida sumamente tranquila, lo que concluia de persuadir á doña Emilia que estaba enamorado de ella.

No salia á la calle sinó por comisiones de la casa, y empleaba para ellas el menor tiempo posible.

Se pasó el primer mes, y Lanza recibió como sueldo cuanto dinero quiso.

—No te apures por sueldo, le dijo doña Emilia un día, alucinando su espíritu con una promesa formidable.

--En cuanto juntemos lo necesario para podernos manejar solos, vá al diablo el de los pagarés y planteamos un negocio como á ti te dé la gana.

Cuanto yo tengo es tuyo, y puedes disponer de ello como quieras, ¿á qué te has de afligir por sueldos entónces?

Aquella revelacion fué para Lanza el colmo de la buena estrella.

Con la garantía de aquel imbécil haria comprar á doña Emilia partidas grandes que hasta podria revender al contado y se iria haciendo de un capital fuerte.

Todos estos eran gajes que su amor le proporcionaba, sin contar con sus sueldos que serian la mitad ó el total de los haberes de doña Emilia.

Lo importante era seguirla engañando, porque así poco á poco, podia rehacer su perdido equipaje, sin desprenderse de un solo centavo.

Anita sabia todo esto, conocia todos los planes de Lanza, y aunque ello algunas cosquillas le hacia, lo soportaba por la cuenta que le tenia.

Doña Emilia, confiaba en el amor de Lanza; por su propia conveniencia ni siquiera se preocupaba de que pudiera engañarla.

Como lo veia tan tranquilo en casa, sin salir á parte alguna, lo que ménos se figuraba era que pudiera engañarla en la misma casa, porque ninguna de las muchachas se habia de arriesgar á ser echada á la calle, por hacerle traicion con su amante.

Lanza empezó á trabajar en el ánimo de doña Emilia, su proyecto de grandes compras de bebidas, no solo para tener un buen depósito en la casa sinó para revenderlas á su vez al contado á los hoteles y demas casas que pudieran necesitarlas.

Como él se encargaria de la venta y la cobranza, sería le sumamente fácil retener el dinero y hacerse fuerte con él, en el caso que la situacion apurara.

Cuando doña Emilia salia á sus paseos, Lanza quedaba encargado de la casa y comprometidas las muchachas á obedecerle como á ella misma en todas sus disposiciones.

Para el caso en que si algo sabian de sus amores con Anita no le fueran á avisar á doña Emilia, por conveniencia propia, cuando esta faltaba, Lanza las trataba á cuerpo de princesas.

Abria para invitarlas, las mejores botellas de vino y compra para ellas mil golosinas.

Así las muchachas eran las primeras defensoras de Lanza y en un caso de apuro ya hubieran ellas encontrado razones para justificarlo.

A los dos meses de estar en la casa, Lanza estaba apoderado por completo de la confianza de doña Emilia, que no tenia mas voluntad que la suya.

Fuera de los regalos que de ella recibia, habia hecho un aparte como de diez mil pesos y solo esperaba el momento oportuno para dar el gran golpe, el golpe á que aspiraba, para abrir una casa en sociedad con Anita.

Pero el amor de esta jóven, amor resignado é intimo, debia ser el enemigo que habia de dar en tierra con todos sus planes en el momento mas crítico.

Veamos como sucedió aquel descalabro.

Su amor por Lanza habia aumentado de tal manera, que aquella situacion se le hacia insostenible.

Si no hubiera sido porque pensaba que pronto terminaria aquello, y por no echar á perder los planes que con tanto trabajo habia formado Lanza, la jóven Anita habria estallado cincuenta veces ya.

Las miradas apasionadas que lanzaba doña Emilia sobre su Carlos, la irritaban de una manera profunda.

Y aunque supiera que estaban hablando de negocios, cada vez que los veía juntos no podía dominar sus celos.

Sus compañeras, á consecuencia de sus lamentos y sus frecuentes llantos, llegaron á imponerse de sus amores, pero le guardaron secreto no solo por una contemplacion hácia ella, sino porqué no les convenia que Lanza saliera del Casino.

Sola doña Emilia en el Casino, volveria á su vigilancia insoportable y no tendrian ya el menor momento de expansion.

Todas ellas tenian su amor y su simpatia, que Lanza les permitia recibir y aun invitar gratuitamente con la copa, á horas en que doña Emilia no podia imponerse de ello, ya por estar durmiendo, ya por andar de paseo.

Así en el interés de todas estaba sostener á Lanza y ocultar cualquier cosa que pudiera hacerle quebrar platos con la patrona.

Así todos estaban confabulados para dar contra los intereses de doña Emilia, que nunca los creyó mejor garantidos.

Es que doña Emilia hábilmente engañada por el jóven, habia concluido por perder los estribos completamente, dejándose dominar en absoluto por el jóven.

Ya no pensaba mas que en él, al extremo de que no salia á la calle sin traerle un regalo, por insignificante que fuera, porqué lo que ella queria era demostrarle que nunca habia dejado de pensar en él.

Apurada Anita y llena de celos, queria precipitar siempre el desenlace de todo aquello, pero él la contenia siempre mostrándole que aun no era tiempo.

—Es que tú la quieres á doña Emilia, le decia llorando, y no te resuelves á separarte de ella.

—No seas niña, respondia Lanza, yo no puedo querer á una vieja que puede ser mi madre, ménos cuando mi cariño está lleno por una jóven hermosa como tú.

Lo que hay es que no me conviene precipitar los sucesos, ni te conviene á ti misma.

Precipitándose á esta altura de mi trabajo, se echaria todo á perder y nos llevaria el diablo.

Pero Anita lloraba y seguia sosteniendo que el jóven queria á doña Emilia.

¿Quién convence á una mujer celosa?

Era inútil toda argumentacion en ese sentido, y Lanza tenia que concluir por enojarse con Anita, cuyas últimas palabras eran siempre estas:

—Tú quieres á doña Emilia y no te atreves á separarte de ella.

Si no la quisieras ya te habrias apurado á concluir todo y á irte conmigo sin que ella se apercibiese del engaño.

Tanto para complacer á Anita como para estar preparado á todo evento, Lanza habia alquilado una pieza en la calle del Parque, una de aquellas piezas que se alquilan bajo el honesto Pviso de «para hombres solos.»

Un rompimiento de golpe podia traerle sérios trastornos para sacar de allí sus efectos, y era preciso ponerse al abrigo de toda dificultad.

Así, poco á poco iba sacando sus cosas y llevándolas al cuarto, cuando doña Emilia salia á sus paseos y lo dejaba encargado de la casa.

Anita tambien iba mandando allí su mejor ropa, para estar prevenida á una echada brusca, y esto la tenia mas confiada y contenta.

Si Lanza no la quisiese, si no tuviese el proyecto de huir con ella, no hubiera alqui.ado aquella pieza, haciendo llevar allí sus mejores efectos.

Bien empilchados, porqué doña Emilia no escaseaba en sus regalos, no tenian mas que pensar en el negocio que se proponian establecer juntos.

Esto consoló y contuvo mucho á Anita, mirando con cierta tranquilidad las relaciones de su amante con la patrona.

Cuando ya todo estaba por concluirse, cuando Lanza todo lo tenia preparado para un buen golpe de engaño á doña Emilia, los celos de Anita viniéron á echarlo todo á perder.

Como Lanza daba su última mano de seducción á la vieja, aquellos dias se habia vuelto más atento y complaciente que nunca.

No andaba sinó adivinándole el pensamiento á la vieja y atendiéndola cariñosamente en todo, demostrándole á cada paso y de una manera exagerada todo el amor que por ella tenia.

Aunque Anita estaba previamente prevenida por Lanza, que redoblaba por ella todos sus cariños cuando doña Emilia no podia verlos, sintió estallar nuevamente sus celos y volvió á sus llantos y sus temores, sin querer oir las razóns y súplicas de Lanza.

Este, desesperado y temiendo que Anita le echara á perder todos sus afanes y trabajos de dos meses, llegó á amenazarla de la siguiente manera:

—Mira, si por una estupidez tuya la vieja se apercibe de lo que pasa, yo te juro que no me vuelves á ver mas la cara.

Esta amenaza léjos de calmar los celos de Anita, los aumentó mas todavía.

Temerosa de que Lanza fuera á cumplir su amenaza, se calló la boca y disimuló, conteniendo mal la ira que sentia estallar en su espíritu, jurando que se habia de vengar de lo que ella llamaba la traicion de Lanza.

Aquellos celos reconcentrados estalláron por fin de una manera poderosa, dando sus frutos de ruinas para el jóven, y provocando en el interior del casino una escena formidable.

Un Domingo doña Emilia habia sido invitada á pasear á Belgrano, donde se festejaba el cumpleaños de una amiga que habia convidado con igual objeto á todas la suyas.

Doña Emilia se fué temprano, despues de haberse despedido cariñosamente de Lanza hasta la tarde, encargándole el cuidado de la casa.

La pobre vieja estaba cada vez mas enamorada de Lanza y no podia ver sin extremo placer las atenciones de que este la colmaba.

Nunca se sospechó que un jóven tan buen mozo se enamorase de ella á aquel extremo.

Sin vacilacion alguna habria hecho cuanto este le hubiera mandado.

Lanza sabia que doña Emilia no volveria hasta la tarde y que tenia libre todo el dia para entretenerse de la mejor manera que le pareciera.

Como lo que mas ambicionaba era tener contenta á Anita, encontró que si la patrona se divertia, era muy justo que las muchachas se divirtieran tambien.

Se fué á la fonda de donde les servian la comida y encargó un almuerzo de primera fuerza, al que fuéron invitados los novios de las otras muchachas.

Así, á las once de la mañana y una vez cerrada la puerta del casino para no ser molestados con las majaderias del despacho, se sentaron á la mesa suculentemente servida.

Todos estaban contentos, y el almuerzo empezó en medio de una alegría creciente.

Lanza abria las botellas del mejor vino de la casa y se bebia en una abundancia creciente.

Por el momento Anita habia olvidado todos sus celos y mortificaciones, entregándose al intimo placer de almorzar con Lanza tan libremente.

Las botellas se abrian y se destripaban con un entusiasmo creciente, al extremo de que era la una de la tarde y la farra estaba cada vez mas animada y mas suntuosa.

En el momento de tomar el champagne, el entusiasmo habia llegado á su colmo.

Y Lanza empezó á notar con cierto desasosiego, que las cabezas no se hallaban muy serenas y que la misma suya empezaba á vacilar de una manera que nunca habia sentido.

Por esta razon suspendió el vino, á pesar de la general protesta, sirviéndose el café acompañado del correspondiente charreuse.

Este licor traicionero era el que debia producir los estragos que no habia podido hacer el vino bebido con aquella abundancia.

Lanza se apercibió con profundo disgusto que dos de las muchachas estaban perdidamente borrachas, y como pedian con ademan imperioso se les sirviese mas licor, tuvo que dar por terminada la farra, con gran pesar de los invitados que habian pensado pasar todo el dia de aquella manera agradable y cuyas cabezas no se hallaban tampoco muy serenas.

Pero era preciso considerar que ya era tarde, que doña Emilia podia llegar de un momento á otro, y que era imprescindible que á su vuelta no hallase nada que la hiciera sospechar lo que alli habia pasado.

Lanza llamó al mozo de la fonda que llevó toda la loza y

demas vestigios de la fiesta, quedando todo en el mayor orden, para lo cual Lanza tuvo que despedir á los diabólicos invitados de una manera terminante y haciéndoles presente que si doña Emilia los hallaba allí á su vuelta, se perderian todos y la alegre fiesta entónces no podria repetirse.

Los i vados, cediendo á aquel cuerdo razonamiento, se retiraron.

Pero Lanza vió con espanto algo con lo que no habia contado y que era un peligro imposible de evitar, porqué no tenia remedio.

Las cuatro muchachas estaban borrachas de una manera formidable, y no era esto lo peor, sinó que á Anita le habia dado la tranca por dejar estallar sus celos y hablar iniquidades de doña Emilia, iniquidades graciosísimas que las otras festejaban con alegres carcajadas.

¿Cómo evitar semejante peligro? ¿cómo convencer á las borrachas y hacerles ver la conveniencia de permanecer tranquilas?

Si Anita seguia así, en cuanto entrara doña Emilia se produciria el escándalo, y se descubriria el pastel.

Para conjurar este peligro, Lanza pensó que no tenia otro remedio que concluir de emborrachar á Anita para que se durmiera y no hablase, pero se encontró con una dificultad maldecida.

El licor habia repugnado á Anita y esta se negaba á beber mas.

Para concluir de empantanar la cosa, se presentó en el casinito uno de aquellos tercetos de arpa, violín y flauta que se ván ya perdiendo entre nosotros, y las muchachas lo hicieron entrar al patio, para completar la fiesta del dia con un poco de baile.

Lanza se agarró de los cabellos y se los sacudió con fuerza; su situacion no podia ser mas desesperante.

Sin embargo, pensando que il baile concluiria de emborracharlas haciéndolas dormir, Lanza consintió en que tocaran la música, puesto que de todos modos no tenia otro remedio, y empezó á incitarlas para que bailaran.

Las cuatro muchachas, al compás de un alegre valse, empezaron á dar en el patio formidables volteretas.

Pero la bebida consumida, si bien les habia hecho perder la chabeta, no lograba tumbarlas del todo como Lanza pretendia.

Pero algo habia ganado con aquello.

Anita parecia haber olvidado sus ideas celosas y revolucionarias, no pensando mas en doña Emilia y sus venganzas.

Ya esto era bastante para la tranquilidad del desesperado Lanza.

Al oscurecer, doña Emilia no habia vuelto todavía, y las trancas algo se habian disipado.

Anita era la mas borracha, porqué era la que mas habia bebido, pero estaba tranquila y se mostraba mas obediente á las caricias de Lanza.

El momento temido y tremendo llegó por fin.

A las ocho de la noche se presentó en el casino doña Emilia, que no venia mas serena que sus muchachas.

Era tal el dominio que ejercía sobre ellas, que al verla todas se sosegaron, tratando de disimular aquella tormenta de alcohol que tenían en la cabeza.

—Nosotros también hemos estado de fiesta, le dijo Lanza, para atajar con tiempo cualquier cargo.

Estuviéron unos jóvenes que pagaron algunas botellas de champagne y no lo hemos pasado mal, sin contar el buen negocio.

Como doña Emilia no venía en estado capaz de apreciar el estado de aquellas cabezas, todo prometía marchar bien.

Pero el diablo del amor metió la cola y lo echó todo á perder.

Olvidando toda prudencia, por la pasión que Lanza le inspiraba y turbada por el vino, doña Emilia se acercó al joven y le dió un fuerte abrazo, en medio de las más cariñosas expresiones.

Lanza devolvió el abrazo á doña Emilia, haciéndole notar su imprudencia en voz baja.

Anita, á quien la vista de doña Emilia había excitado de una manera poderosa, pensó que aquellas palabras que el joven le decía al oído eran palabras de amor, saltando sobre ellos como una leona.

No podía desencadenarse la tormenta de una manera más impetuosa.

Anita, trémula por la ira que la dominaba, con los ojos dilatados por el despecho y los celos, se prendió de doña Emilia y la arrancó del lado de Lanza con una fuerza que no se habría sospechado en ella.

Lanza quedó un momento embargado por el asombro, y sin darse exacta cuenta de lo que le pasaba.

Aquella era su ruina ineludible, porque era inevitable la escena terrible que iba á seguirse.

Doña Emilia, que no se esperaba agresión semejante y cuyas piernas no estaban más firmes que su cabeza, tomada de improviso, dió dos vueltas en el aire y fué á caer sentada en el suelo.

Las otras muchachas al ver aquello soltaron una estruendosa carcajada y una de ellas se puso á aplaudir frenéticamente, mientras doña Emilia, enredada en su sombrilla, abanico y demás accesorios de paseos, trataba de ponerse en pié sin poderlo lograr.

Lanza, aturdido aun, no sabía á quien acudir primero, si á doña Emilia para ayudarla á levantarse, ó á Anita que lo miraba alternativamente de una manera amenazadora.

Trató de disimular cuanto pudo, y poniéndose del lado de su conveniencia, se precipitó á ayudar á doña Emilia á levantarse, mientras murmuraba á su oído:

—Esa infeliz está borracha perdida, no sabe lo que hace.

Doña Emilia logró al fin ponerse de pié, pero en un estado lamentable y ridículo.

La gorra se le había venido sobre las narices y su trenza postiza á medio desprender, caía sobre su hombro en una expresión risueña.

—¡Ah! ¡borrachona infame! gritó la patrona, viniéndose sobre Anita; yo te voy á enseñar á armar barullo, ¡grandísima puerca!

Y la tomó de un brazo, tratando de llevarla adentro.

—¡La puerca y la borracha y la cochina es usted! gritó Anita livida de corage y forcejeando para arrancarse de las manos de doña Emilia.

¿Qué, se figura la sinvergüenza que á mí me vá á quitar mi amante?

Le he de romper el alma á botellazos y le he de arrancar los ojos.

Mi amante no es para que nadie lo manosee en mis narices, como si yo fuera un cajon de basura.

¿Y por quién? por una vieja borrachona y ridícula que no tiene mas atractivo que la plata!

¡Já, já, já, já!

Y soltó una carcajada nerviosa.

El bochinche estaba armado.

Las otras muchachas lo contemplaban muertas de risa y daban la razon á Anita, añadiendo otros insultos á los que esta lanzaba á doña Emilia.

Algunas personas que pasaban se habían detenido sonrientes al contemplar la grotesca escena.

Lanza, comprendiendo que el casino se iba á llenar de gente que aumentaria las proporciones del escándalo, se fué á la puerta y la cerró rápidamente, volviendo al interior para tratar de apaciguar á Anita que era la mas exaltada y que no cesaba en sus insultos.

—Es mi amante, perra vieja, le decia, y yo tengo sobre él los derechos que dán el cariño, la juventud y la hermosura.

No quiero que ninguna vieja asquerosa se limpie en él la trompa, y en mis narices, como si yo fuera una perdida capaz de soportar esto.

—¡A la cama, bribona, á la cama! gritaba doña Emilia fuera de sí; ¡á la cama, maldita! y tironeaba á Anita pretendiendo arrastrarla á su cuarto.

Y las dos forcejeaban y tambaleaban sin salir de la sala.

—¡Ayúdame Carlos, ayúdame! gritó doña Emilia, sintiendo que la jóven la vencia.

—¡Toma, Carlos! ¡toma, ayúdame! gritó á su vez Anita, y empezó á sacudir á doña Emilia un diluvio de puñetazos y arañazos, que esta por su parte empezó á devolver réciamente.

El escándalo se habia convertido en una verdadera batalla.

Aturdido y desesperado Lanza, acudió á separarlas, agarrando fuertemente á Anita para que no siguiera sacudiendo á doña Emilia.

Y esta que se vió tan eficazmente ayudada, se prendió de los cabellos de la jóven, como indio que loncotea.

—¡Estate quieta, le decia Lanza mientras la contenia, estate quieta, por Dios, que vá á venir la Policia!

—¡Déjame, que me mata! gritaba Anita, ¡déjame, que me despedaza!

Y eran realmente formidables los puñetazos que doña Emilia sacudía á la jóven.

La sangre habia empezado á correr con abundancia de la chocolata de las combatientes, cuyas caras parecian un tejido de arañazos.

Y Lanza rodaba por el suelo hecho trenza con ellas y sin poderlas separar.

Las otras muchachas que hasta entónces solo habian sido espectadoras risueñas, viniéron á tomar parte en la lucha, prendiéndose de Lanza para que este soltara á Anita y que esta pudiera sacudirle libremente á doña Emilia.

La lucha entónces tomó proporciones formidables y el escándalo creció de una manera tremenda.

Doña Emilia y Anita, aunque seguian aplicándose sendos puñetazos, ya no se hacian mal, porque estaban rendidas de fatiga y los brazos ya no tenian fuerza.

Lanza no habia salido ménos mal parado, porque doña Emilia que lo acusaba de ser el culpable de todo aquello, siempre que podia, le soltaba un arañazo de primera fuerza, diciéndole:

—¡Tóma canalla! ¡tóma, traicionero infame! ya que te has puesto en amores con otra, para que así me falten al respeto.

Sabe Dios en qué habría parado todo aquello sin la intervencion de una fuerza extraña que por medio del miedo calmase los ánimos.

De pronto se sintieron en la puerta fuertes golpes, y una voz imperiosa y breve que decia:

—Abran la puerta al comisario de la seccion.

Aquello fué como un sálvese quien pueda.

Cada una de las muchachas disparó para su cuarto, tan rápidamente como se lo permitió la tranca.

Doña Emilia enfiló al suyo, miéntras Lanza, arreglando rápidamente el desórden de sus ropas y de su cabeza, acudió á abrir la puerta.

El comisario penetró al Casino, seguido de un oficial de calle y la puerta volvió á cerrarse al mundo de curiosos que habia en la vereda.

El comisario habia penetrado bruscamente y miraba á todas partes creyendo que se trataba de un crimen, creencia en que lo confirmó el aspecto de Lanza y algunas manchas de sangre que se veían en su ropa.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí? preguntó tomando á Lanza de un brazo, persuadido que aquel era el criminal.

—No es nada, señor, respondió este en un detestable español; no ha sucedido nada.

—¿Cómo no ha sucedido nada? ¿y las personas que estaban aquí gritando y forcejando como si lucharan?

—Estan en sus cuartos, señor, pero no han hecho nada.

Las muchachas se habian enojado con la patrona, y usted sabe lo que son las mujeres! estaban algo pesadas de la cabeza y se han estado insultando.

—¿Y esa sangre? volvió á insistir el comisario, señalando la

que se veía en los vestidos de Lanza; ¿y esos arañazos y señales de lucha?

—La sangre es de las narices de las muchachas, que se han dado unos puñetazos.

Los arañones me los hicieron al querer despartarlas, pues desde el primer momento traté de hacerlo así.

—Vamos á ver á esas muchachas, dijo el comisario sin soltar á Lanza; así sabremos pronto si es cierto lo que usted dice.

Lanza guió en el acto á comisario y oficial al cuarto de la patrona, que era el primero.

Esta trataba de componer su semblante terriblemente estropeado, y sus ropas hechas girones y llenas de sangre.

La lucha y el miedo infundido por la presencia de la Policía, habían disipado su tranquilidad, de manera que pudo responder claramente á las preguntas del comisario.

Y le explicó como todo no había sido mas que una pelea entre mujeres y por cuestion de mujeres, que ya había pasado.

Presentes las demas, el comisario pudo constatar que era verdad cuanto se le había dicho, causándole profunda gracia el lastimoso y ridículo estado de las combatientes.

Como todo estaba apaciguado y concluido y no había pasado de un escándalo á puerta cerrada, el comisario les aplicó la multa correspondiente, añadiendo la siguiente prevención:

—Tengan la bondad de no empezar de nuevo, porque si se repite el escándalo, entónces me pondrán en el deber de llevarlos presos.

—No tenga cuidado, señor, que no se ha de repetir, exclamó doña Emilia, contenta de verse tan bien librada.

—Yo respondo del órden al señor comisario, añadió Lanza, pues á la que vuelva á empezar, llamo al vigilante y se la entrego.

Una vez que el comisario se hubo retirado, Lanza volvió á cerrar la puerta y todos se fuéron al interior de la casa, para que no pudiera sentirse desde la calle lo que hablaban.

Reunidos todos en una pieza interior y á puerta cerrada, se armó la verdadera discusión, pero mas tranquila y ménos contundente, porque solo se trataba de establecer los hechos y restablecer las posiciones de cada uno.

A las otras se les había pasado la tranca, pero Anita estaba tan borracha como en el primer momento.

Doña Emilia supo entónces como se había producido todo, y muerta de ira y de celos sin saber todavia el estado de la relacion de los dos jóvenes, reprendió á Lanza por su proceder.

Fué entónces que Anita le declaró que era su amante, que lo era desde hacia mucho tiempo, y que si le hacia creer á ella que la queria, era tan solo para sacarle la plata y nada mas.

Doña Emilia se puso lívida de ira al saber aquello, que tenía que ser cierto puesto que, no solo la joven lo declaraba delante de Lanza, sinó que las otras corroboraban el dicho de Anita.

—¡Es mentira! ¡son cosas de borrachas! exclamó Lanza, tratando aún de componerlo todo.

—¿Conque es mentira? gritó Anita fuera de sí; conque ¿no estabas esperando el poder sacarle la plata para que huyéramos juntos y abrir una casa en sociedad?

Lanza se quedó sin saber qué contestar.

Doña Emilia, ante revelacion tan brutal, quedó aturdida, tan aturdida como si el techo se le hubiera caído encima.

Siendo esto cierto, habia que agradecer á Anita el peligro de que la habia hecho escapar.

Se volvió furiosa contra Lanza, lo llenó de injurias y le intimó que en el acto se mandara mudar á la calle.

Lanza no se conformaba con aquel verdadero descalabro, y trataba de componerlo á toda costa.

Pero Anita daba tales detalles, que era imposible destruirlos.

—El vino no solo la ha emborrachado, sinó que la ha enloquecido, dijo Lanza, porqué solamente loca se pueden decir barbaridades de ese tamaño.

—Conque ¿yo estoy loca? preguntó Anita, conque ¿no hace mas de dos meses que te ruego que nos vayamos, y tú no quieres porqué todavía no has sacado á esta vieja loca lo que necesitamos?

Ya es inútil negar, Lanza, porqué todo está descubierto.

¡Y la perra vieja que se figuraba que por su linda cara, este la queria y le hacia el gusto en todo!

Y yo sufriendo y mordiéndome de rabia por un poco de plata mas ó ménos.

Ya eso no se podia aguantar, y alguna vez era necesario que yo estallase y me dejase de llorar en silencio.

—Pero yo no puedo creer semejante cosa, gritaba doña Emilia fuera de sí: ¿cuándo han podido entenderse que yo no los hubiese visto al momento?

—¡Miren la vieja ridícula! ¿y cuando duerme? y toda la mañana entera, desde las ocho hasta la hora de almorzar!

—Entónces sos un canalla, y me has estado engañando para robarme! gritó doña Emilia fuera de sí y dirigiéndose á Lanza.

Así pagabas el amor que te tenia y todo el bien que te he hecho, natándote el hambre y cubriéndote las carnes desnudas!

¡Fuera de mi casa, canalla, y no me vuelvas á poner los piés donde yo esté!

—Miren que figura para insultar, dijo Anita, saliendo en defensa de Lanza.

¿Y qué cree la vieja estúpida que se puede aguantar un amor semejante sin algun interés?

Demasiado bueno ha sido el pobre en no tocarle el pescuezo, ¡burra vieja local!

Y se fué nuevamente sobre doña Emilia, con ánimo de renovar la lucha.

—¡Por Dios! que vá á volver la policia y nos vá á embromar á todos! exclamó Lanza lanzándose al medio de las combatientes y logrando separarlas.

Al tenerlo cerca, doña Emilia le tiró dos arañazos formidables, lo que concluyó de irritar á Anita, que, logrando esca-

parse un momento de los brazos de Lanza, dió á doña Emilia tal trompis, que le hizo saltar la chocolata.

Como de todos modos ya estaba perdido con doña Emilia, porqué era imposible destruir lo que Anita habia dicho, Lanza no tuvo mas remedio que decidirse y afrontar la situacion.

El amor de Anita bastaba para compensarle el dinero que la tranca de esta le habia hecho perder, mas cuando ya no era posible soldar la herida inferida al amor propio de la vieja.

Tomó á Anita de un brazo y la llevó á su cuarto, diciéndole cariñosamente:

—Has sido una nécia, porqué de puro apurada y sin la menor necesidad me has hecho fracasar todos mis planes.

Ahora es preciso que estés tranquila para que la policia no intervenga y porqué ya no tienes objeto en meter nuevo escándalo.

Y cuando la vieja no pudo oirle, añadió: yo me voy, porqué al fin ella está en su casa y puede echarme á la fuerza; felizmente, como hemos previsto el caso, me voy al cuarto y allí te espero.

Mañana cuando estés mas tranquila y descansada, te vistes y te vas allá; poco te importa si no te quiere entregar esto ó aquello, pues ya has salvado lo que podia interesarte.

—Ahora no me importa nada de nada, exclamó la jóven abrazando á Lanza, porqué ya soy feliz desde que te tengo exclusivamente para mí, y te he hecho romper con esa vieja infame.

Ya nada tienes que ver con ella y viviremos juntos el uno para el otro ¿qué puede importarme lo que no me deje llevar, que al fin y al cabo son cuatro trapos locos?

Yo quiero irme ahora mismo contigo, eso es lo mejor.

—Ahora no, ahora no, porqué no estás en estado de salir á la calle y porqué la vieja armaria el escándalo del siglo.

Duerme tranquila hasta mañana, que yo te espero allí en nuestro nido, contento y feliz.

Anita se dejó convencer fácilmente y se acostó á descansar.

La tranca y la fatiga de la pelea, unidas á la agitacion del espiritu, la habian postrado de tal modo, que apenas puso la cabeza en la almohada se quedó profundamente dormida.

Lanza volvió entonces al lado de las otras muchachas y de doña Emilia, queriendo todavía disculpar la actitud de Anita, asegurando que eran cosas de borrachas lo que habia pasado, pero esto solo sirvió para exasperar mas á la vieja.

Mientras él hacia acostar á Anita, las otras muchachas habian referido á la patrona toda la historia de los amores de Lanza y la manera como evitaban ser descubiertos.

Y la pobre vieja, no pudiendo soportar el dolor del desengaño, se habia puesto á llorar amargamente.

El amor de Lanza que ella creia verdadero, en el caso de su vida amorosa, constituia para ella una felicidad tan grande, que no podia resolverse á perderla de la noche á la mañana y cuando mas segura se creia.

Así es que cuando vió volver á Lanza, toda su ira se trocó en sentimiento y empezó á reprocharle su proceder de la manera mas amarga.

—Lo que has hecho conmigo es perverso, es malvado, le dijo, y no has de tardar en lamentarlo tú mismo, porque es esa misma Anita por quien me has engañado, la que ha de castigarte.

Esa es una criatura maldita y viciosa de quien no has de ser la primera víctima, ni la última tampoco.

Dentro de poco no mas te ha de abandonar por algun otro que halague mas sus pasiones depravadas ó su amor desmedido al dinero, y si es verdad que la quieres, probarás entónces lo que vale un desengaño del corazon.

Yo no te ódio, Lanza, por lo que haces conmigo, pero yo te digo que Anita será la encargada de vengarme.

Siento no mas que me hayas engañado, porque yo te queria y por ti hubiera hecho todos los sacrificios de la vida.

Y rompió á llorar con mas amargura que nunca.

La escena cambiaba por completo, trocándose en elegiaca, despues de haber sido eminentemente guerrera.

El mismo Lanza estaba conmovido ante el dolor verdadero de la vieja.

—Si yo te echo de mi casa, añadió ella, no es por hacerte mal, ¡libreme Dios de ello! te he querido demasiado para eso.

Te pido que te vayas y que te vayas ahora mismo, primero porque tu vista me haria un mal espantoso, y segundo porque tu presencia aqui renovaria el escándalo á cada momento.

Esa muchacha es muy insolente y no la he de retener conmigo; en cuanto encuentre donde estar, saldrá tambien de mi casa, no tengas duda.

Tan profundo era el dolor de la vieja, que el mismo Lanza se sentia conmovido, á pesar de la expresion ridícula que ofrecia la cara de aquella, llorosa, tierna y surcada de arañazos y mataduras.

Era el dolor elevado á su categoria mas cómica.

Las otras muchachas hacian esfuerzos formidables para contener la risa que estallaba en sus fisonomías.

Todas tenian esa malquerencia del empleado al patron que lo trata mal, y miraban con un placer íntimo el descalabro sucedido.

Lo único que sentian era que la ida de Lanza importaba para ellas muchos dias de placer perdido.

—Por Anita no hay nada que temer, dijo Lanza, porque duerme profundamente, y de una tranca como la que ella tiene no se sale en veinte horas de sueño.

Sin embargo, si usted lo exige me iré ahora mismo; en cualquier parte se puede pasar una noche.

—Puedes quedarte hasta la madrugada, sollozó doña Emilia, que así siempre será ménos el escándalo.

Pero es preciso que cuando esa puerca se levante no te encuentre en casa.

El Casino se abrió aquella noche muy tarde, y eso para los parroquianos de mayor confianza solamente.

Doña Emilia no estaba en estado presentable y ganó su cuarto diciendo que estaba enferma y mandando se dijera igual cosa de Anita.

Como el escándalo había sido famoso y había trascendido en el barrio, todos sabían ya que en el Casino se había producido una *barufa* de primer orden, y todos exigían de la cosa los mayores detalles, detalles que las otras muchachas daban, descalabradas de risa.

Lanza creyó prudente concluir con la jarana, porque tenía que arreglar sus cosas, y cerró el Casino á la hora en que otras noches la concurrencia estaba en su apogeo.

A medida que pasaba el tiempo, lamentaba mas la lijereza de Anita.

Ocho dias mas de paciencia y él podía haberse retirado del Casino llevándose una buena suma, que doña Emilia no habría tenido inconveniente en aflojarle.

Sin embargo, este contratiempo hasta cierto punto estaba compensado con el placer que le causaba la posesion de Anita, á la que amaba cada vez mas, porque aquel mismo escándalo no era otra cosa sinó la consecuencia del amor que le tenía la jóven.

Esta, como lo había previsto Lanza, no se despertó en toda la noche.

Estaba narcotizada por la bebida y el cansancio.

Lanza estuvo arreglando sus baúles todo el resto de la noche, y acomodando entre ellos y sin que nadie lo viera, algunas prendas de Anita, que doña Emilia podía oponerse á que fueran sacadas.

Cuando amaneció, todos dormían; la misma doña Emilia había sido vencida por aquel dia de emociones para ella y dormía profundamente, á juzgar por sus ronquidos que se oían de todas las piezas.

Cuando hubo amanecido y hubo empezado el movimiento de la calle, Lanza llamó dos changadores, é hizo trasportar con ellos su equipaje á su cuarto de hombre solo, que desde aquel dia se convertiría en nido de amor.

Esto le iba á traer algunas dificultades, desde que él había alquilado *para hombre solo*, pero eran dificultades pasajeras y fáciles de remediar.

Ya Lanza iba conociendo el país lo bastante para perder ese miedo feroz que al principio había tenido á la autoridad policial.

A las ocho de la mañana ya estaba instalado en su nido, esperando la llegada de la gentil Anita y preparándolo todo para que á su llegada no tuviera la menor dificultad ni la mas simple incomodidad.

Eran las doce del dia cuando llegó esta sonriente y llena de alegría, seguida tambien de sus baúles.

Las luchas y arañazos de la noche anterior habían alterado algo la plácida belleza de su fisonomía, pero esto tambien era pasajero.

Donde las dan las toman.

• La salida de Anita no se habia producido sin inconvenientes.

Doña Emilia se hallaba ya levantada y la pelea y los arañazos se habian reproducido aunque en una forma mas leve, porqué al fin era de dia y un escándalo sério á aquellas horas no estaba en la conveniencia de ninguna de las dos.

Doña Emilia no pensó que Anita se iria en aquel dia, porqué no tenia donde ir.

Pero esta le declaró que se iba con Lanza, que la esperaba en una pieza tomada hacia mucho tiempo con aquel objeto.

Y esto fué lo que motivó las nuevas iras de la vieja y produjo los últimos moquetes que se cambiaron.

Al principio se negó á dar dinero alguno á Anita, pero como ésta la amenazara con un escándalo en que tuviera que intervenir la policia, transigió al fin y le arregló su cuenta, á su modo, por supuesto, pero se la arregló al fin.

Quiso desquitarse en la ropa ó algunos objetos cuya propiedad podia alegar, y fué entónces que pudo convencerse que todo habia sido hecho de acuerdo con Lanza, quien debia tenerle alojamiento, adonde le habia trasportado cuanto faltaba de allí.

No podia convencerse de una manera mas palpable.

Al ver que cuanto le habia dicho Anita la noche anterior era rigurosamente exacto, y que ella habia estado siendo víctima de ambos, no pudo contener su ira y le soltó un par de moquetes que le descompusieron la gorra y demas prendas de su traje.

—No importa, ¡perra vieja! le gritó Anita, no pudiendo devolverle los puñetazos, porqué doña Emilia ganó su cuarto; no importa, porqué mas te duele el hecho de que yo ahora me voy con mi Lanza, que nunca te ha querido para otra cosa que para burlarse de tí como mereces.

Y salió del Casino dirigiéndose adonde sabia que la esperaba su amante.

Este lo tenia todo preparado cuando ella llegó; todo estaba en el mayor orden, los baules, la ropa y los pocos muebles que compró en los dias anteriores.

Lanza era feliz, todo lo feliz que podia ser un hombre en su situacion un poco falsa.

Tenia dinero, un alojamiento suyo y el amor de una mujer hermosa que habia demostrado quererlo con idolatria.

No habia que dormirse sobre aquellos laureles, bien lo sabia Lanza; tenia que buscarse una nueva ocupacion, pero ¡que diablo! por el momento nada lo corria y podia hacerlo con el mayor descanso.

Por el momento no tenia que aflijirse; harto tendria en que entretenerse con el amor de Anita que, apenas entró, se precipitó á sus brazos diciendo:

—Gracias á Dios que al fin estoy en mi casa, que puedo decir mi casa, que nadie puede venir á molestarne ni á insultarme ni tratarme como á su sirvienta.

¡Libre, libre y pudiendo llamarme dueña de mi casa, dueña absoluta aunque sea de un rincon miserable! ¡así comprendo yo que pueda estimarse en algo la vida!

¡Me parece un sueño que pueda verme yo libre y dueña de una casa!

—No solo dueña de la casa sinó de un hombre que vivirá por ti y para ti.

Yo he de hacer todo lo que esté al alcance de mi mano para hacerte feliz la existencia, agregó Lanza con acento enamorado.

No tengo nada en el mundo que me preocupe mas que tu felicidad.

Por ti y para tí vivo, Anita, y no te daré motivo, yo te lo juro, sinó para bendecir el momento en que me has conocido.

Aquel primer dia se pasó entre mil caricias y proyectos de todo género, en burlarse de las tragaderas de doña Emilia que habia creído en el amor de Lanza, y en lamentar éste la precipitacion con que habia procedido Anita.

—¿Y cómo le iba á permitir á esa perra vieja que viniera á abrazarte en mis narices, decia esta, y hacerse prodigar caricias que, aunque falsas, siempre eran caricias?

Esto era mas fuerte que mi buena voluntad y todos los buenos propósitos que me animaban.

—En fin, la cosa está hecha y no hay mas que conformarse con ella; pero es una lástima que por no haber tenido un poco mas de paciencia no le hayamos sacado á la vieja una buena cantidad de dinero.

—Bueno, como no tiene remedio, pensemos en nosotros no mas, dijo Anita; pensemos en nosotros que ya tenemos ganado lo principal viéndonos libres y dueños de nosotros mismos.

Lanza curó los arañazos y golpes que tenia Anita en la cara y que la imposibilitaban para salir á la calle, y se recogieron esperando al dia siguiente para hacer lo mas urgente, que era buscar casa, porque en aquel alojamiento de hombres solos no les habian de permitir pasar mucho tiempo.

Ocho dias felices pasaron así, entregados á sus frenéticos amores, sin pensar en otra cosa.

Ya curados los moretones y arañazos, Anita podia salir á la calle sin temor de excitar la curiosidad y la risa de los que la veian, y juntos salian á comer y á almorzar á los cafés de la ciudad ó á los hoteles de los mas inmediatos pueblos de campaña.

Pero aquello no podia durar así, y era preciso pensar un momento en el porvenir y preocuparse en buscar nuevas entradas; pronto darian fin con sus recursos y volverian á encontrarse en el desamparo.

Por él poco le importaba, puesto que ya estaba habituado á los grandes apretones.

Pero ahora tenia que pensar en que no estaba solo, que te-

nia una mujer á quien atender y proporcionarle todo cuanto le hiciera falta.

Era urgente pensar en lo que habia de hacer para poder conservar aquel modo de vivir, y á esto tendieron sus cuidados.

Lanza dió un balance á lo que tenia, y se encontró con una docena de miles de pesos, que si no le servian para emprender negocio alguno, eran suficientes para ayudarse con ellos y asegurarse en cualquier mal tropiezo que pudiera sucederle.

Aquellos doce mil pesos eran lo único que le quedaba á él, despues de lo mucho que habian gastado aquella primera semana, sin contar con lo que pudiera tener Anita, que era dinero sagrado para el y en el que ni siquiera debia pensar.

Era preciso entónces renunciar á toda idea de establecerse, porqué aquel dinero no alcanzaba para tales gastos.

—Es preciso que yo piense en buscar trabajo, dijo á Anita, para que nuestra felicidad sea duradera; el dinero que actualmente tengo no nos alcanza para abrir una casa como pensábamos, pero con lo que yo pueda ganar en adelante ya es distinto, y mucho de bueno podremos hacer.

—Pero es que yo tambien tengo dinero, respondió ella, y juntando lo tuyo con lo mio tal vez haya suficiente.

Se juntó lo que Anita tenia, que eran unos seis mil pesos, pero el resultado fué negativo; aquello no les servia sinó para base de un capital mayor.

Si Anita hubiese sido una mujer de trabajo y de arreglo, aquello era un buen principio de fortuna.

Pero desgraciadamente para Lanza la jóven no era así.

Acostumbrada á llenar todos sus deseos con desahogo y á una vida desarreglada y haragana, hablarle de arreglos y de economias, de trabajo y de órden, era hablarle en un idioma completamente desconocido para ella.

El pobre Lanza se habia hecho ilusiones desgraciadas á este respecto, y su desengaño iba á ser doloroso.

Anita tambien habia creído que venia á continuar su vida habitual, que nada le faltaria y que podria pasear y divertirse á su gusto, puesto que era completamente libre.

Así es que la primer palabra de trabajo que pronunció Lanza fué para ella el primer desencanto.

Y eso que no se habia tratado sino de que Lanza trabajaria para aumentar aquel capital y poder entónces establecer el negocio.

Cuando la jóven supo que aquel dinero que ella creia destinado á paseos y diversiones debia guardarse como capital futuro, no pudo disimular una expresion de descontento que no pasó desapercibida para Lanza, pero que este no pudo atribuir á la verdadera causa.

Pensó que Anita sentia verlo dedicado al trabajo.

Así es que le dijo cariñosamente; no temas, que esto es pasajero.

Con ese dinero y el crédito que yo puedo tener, verás como salimos de apuros y nos establecemos como tú quieres.

Estas palabras consoláron á Anita y le devolvieron toda su alegría perdida un momento.

—Toma ese dinero que de todos modos es tuyo, porque para ti lo he atesorado yo, y ya verás que felices hemos de ser.

Lanza empezó á salir á la calle durante el dia para buscar trabajo en cualquier cosa.

El jóven solo estaba preocupado del porvenir de Anita y solo pensaba en la manera de tener dinero para halagarle sus gustos y sus inclinaciones.

Lo demas poco podia importarle y su persona era lo último en que pensaba.

Pero por mas que daba vuelta la ciudad y su pensamiento, por mas que se iba á la Cruz de Malta á hablar con sus antiguas relaciones, no hallaba trabajo alguno.

Y los dias pasaban y el capital fundamental para el porvenir disminuia, porque á él tenian que acudir para llenar sus gastos mas imperiosos.

Acostumbrada á gastar sin mirar para atrás ni consultar para nada su haber, Anita no se privaba de nada.

Ella queria comer en el hotel, queria pasear y queria ir al teatro.

Y Lanza le hacia el gusto en todo, mirando con terror como disminuia el dinero, á medida que crecian las aspiraciones de Anita.

¿Qué haria cuando se les acabara aquel dinero y tuviese que negar por primera vez á Anita cualquiera de sus caprichos?

¿Cómo podia decirle que no tenia mas dinero ni de dónde sacarlo?

La situacion era un poco apurada y era preciso evitar de tener que llegar á un extremo enojoso.

Era preciso para conjurar todo entorpecimiento á la felicidad que gozaban, buscar dinero, dinero que proporcionara á Anita todos sus caprichos.

Muchas veces se le ocurrió á Lanza meterse en una casa de juego y probar fortuna.

Pero para esto tendria que faltar una noche de su casa y Anita podia desconfiar, tener celos y armarle alguna escena violenta á la que viniera aparejado un rompimiento.

Esta consideracion por una parte, y por otra el miedo de perder lo que tenia, le hizo abandonar bien pronto esta idea, creciendo su desesperacion.

Como Anita poco se preocupaba de las finanzas, como ella confiaba en que Lanza las repondria una vez agotadas, seguia no privándose de sus caprichos, y entregaba á Lanza lo que este le pedia par cubrir sus gastos, sin preocuparse absolutamente de la cantidad que le quedaba.

Durante el dia y mientras el jóven andaba en sus diligencias para encontrar que hacer, ella paseaba por todas partes, eligiendo, como es natural, las calles mas concurridas.

Jóven, muy hermosa y bien puesta, Anita llamaba la atencion de cuanto calavera hallaba al paso, asi que la seguian mu-

chos de ellos hasta su casa, ávidos de saber donde vivia la bella Anita, que al fin y al cabo miraba con íntimo placer aquellos galanteos callejeros que estaban en su modo de ser; no creyendo con esto ofender el amor propio de Lanza, y mas de una vez se detuvo en la puerta á entablar con su seguidor animado diálogo.

Aunque por el momento nada le faltaba, ella veía que Lanza no tenia dinero, que cada dia se volvía mas triste y hasta llegó á sospechar que anduviera entretenido en algunos otros amores.

¿Qué tendria esto de particular en un hombre jóven y buen mozo como su amante?

Ella no habia tenido por el jóven una pasion verdadera, de aquellas que hacen arrostrar á una mujer toda clase de sinsabores por el amor del hombre que quieren.

Su cariño para el jóven habia tenido mucho de especulativo, pues á su lado pensó mejorar de posicion y pasar una vida mas cómoda y regalada.

Así es que cuando se convenció que el jóven no tenia mas dinero que aquel que estaba en su poder, que disminuía siempre sin reserva, empezó á sentir que su amor se enfriaba rápidamente.

Y así en el dia, cuando Lanza se ausentaba á lo que él llamaba sus negocios, lejos de desear verlo volvér, deseaba que tardase lo mas posible, para tener tiempo de entregarse á sus galanterias y sus paseos.

Ya tenia un buen número de pretendientes que no solo la asediaban en todas partes, sino que le regalaban con insistencia.

Eran conocedores del género, y sabian que con dádivas conseguirian mas que con amores.

Lanza, que no podia sospecharse lo que pasaba en el espíritu de Anita, y que positivamente estaba enamorado de ella, andaba cada vez mas aflijido.

El estado de su capital, disminuido hasta la miserable suma de mil pesos, lo habia sumido en la mayor desesperacion y desconsuelo.

Era imposible seguir viviendo de aquella manera y era forzoso hacer algo para conseguir dinero.

Desesperado y viendo que el momento fatal se le venia encima, Lanza acudió á los avisos de los diarios.

Y los recorrió todos con inmensa avidéz, pero no encontró nada que pudiera convenirle.

Solo habia un aviso pidiendo un cochero en una casa de familia, donde se ofrecia un buen sueldo, pero donde tambien se exigian recomendaciones.

—Peor es nada, pensó Lanza con infinito dolor, siquiera con esto aseguro la materialidad de la vida de Anita, y despues Dios dirá.

Y se soltó á la casa indicada en el aviso, que era la de la opulenta familia de Lima.

Lanza miró con agrado el aspecto de la casa, porque una familia que vivia así, debia pagar muy bien á sus servidores.

Como el aspecto de Lanza no podia ser mejor, ni mas decente, en el acto trataron de tomarlo, y mas cuando él declaraba que era un cochero de primer orden y prometia las mejores recomendaciones.

El sueldo que se le ofrecia era el de mil doscientos pesos, suma soberbia para su situacion, librea y comida.

La dificultad por el momento era la recomendacion comprometida.

¿De dónde diablo podia sacarla?

Lanza acudió á su ingenio y bien pronto salió del paso.

Aquella misma tarde se fué á la Cruz de Malta en busca de sus amigos mas conocidos y les sopló la siguiente píldora:

—Me ha venido un hombre sumamente recomendado, que ha sido cochero de mi padre y á quien conozco a fondo.

El pobre ha encontrado una colocacion de cochero en casa de una familia del país, pero le piden recomendaciones y esta es la gran dificultad.

Yo no puedo darle una eficaz, porque nadie me conoce y le seria inútil.

Si alguno de ustedes quiere dármele, le quedaré grato; yo me hago en un todo responsable de su conducta.

¿Qué dificultad podian tener en una cosa tan sencilla?

En el acto, los mas conocidos, Caporale y aquel inteligente ingeniero Miguel Bianchi, diéron la recomendacion pedida, certificando que el portador César Parodi era un hombre de entera confianza y un cochero de primer orden, pues lo habian visto servir en las mejores casas de Turin.

Lanza salió feliz de la Cruz de Malta; hacia mucho tiempo que no se sentia de tan buen humor.

Aquella recomendacion le aseguraba la posesion de Anita, puesto que le aseguraba la materialidad de la vida.

Con mil doscientos pesos se podia vivir con cierta holgura, aunque seria preciso hacer una vida mas arreglada.

Lleno de placer, Lanza anunció aquella noche á su amante que habia encontrado un buen empleo, aunque no se atrevió á decirle la clase de empleo que era.

La suerte empieza á sonreirme y pronto veremos colmadas nuestras aspiraciones.

El me retendrá mucho tiempo lejos de tu lado, pero esto no importa, puesto que nos asegura la felicidad.

Anita recibió aquella noticia con la mayor frialdad.

¿Qué podia hacer Lanza con un empleo, por bueno que este fuera?

Lo que mas le agradó de la noticia, ó mejor dicho lo único que le agradó, fué la noticia de que permaneceria mucho tiempo ausente de su lado.

Es que Anita comprendia que Lanza la amaba con pasion y le tenia miedo, un miedo tremendo porque creia que seria capaz de matarla.

Y como durante las ausencias de este, habia hecho muchas relaciones que le convenia conservar, la presencia de Lanza

Carlo Lanza.

en su casa le habria sido de un estorbo aterrador.

¿Qué sería de ella si Lanza llegaba á imponerse de su conducta?

Desde que Lanza se convirtió para ella en una dificultad peligrosa, Anita empezó á cobrarle fastidio, pero no se atrevió á dejárselo entender.

Así, le significó que aquella noticia de su nueva ocupacion la hacia feliz y que lo único que sentia era que fuese á demorarle mucho tiempo ausente de su lado.

Al dia siguiente y lleno de las mayores ilusiones, Lanza se fué á casa de la familia de Lima, donde exhibió sus cartas de recomendacion, que siendo del agrado de la familia, fueron aceptadas en el acto y tomado sin mas trámite el cochero César Parodi, cuyo aspecto señorial y agradable la habia contentado mucho.

Aquel mismo dia se le entregó la volanta con todos sus accesorios y se le pidió para la tarde.

Lanza ató, vistió una elegante librea que le daba un magnifico aspecto, y á la tarde estaba con la volanta parada á la puerta de sus nuevos patrones.

La familia paseó aquella tarde por la calle Florida y por Palermo, quedando sumamente satisfecha del nuevo cochero.

Nunca habia tenido uno tan práctico y de educacion tan esmerada.

Felizmente para Lanza, la familia no le pidió la volanta para la noche, sabiendo con verdadera alegría que sus patrones no salian de noche con frecuencia.

Solo lo hacian para ir al teatro y esto mismo no siempre.

Despues que acomodó caballos y arreos con la mayor prolijidad, se vistió el elegante traje con que se habia presentado en la casa, y despues de pedir órdenes para el dia siguiente, se fué al lado de Anita á la que no habia visto todo el dia.

Esta habia pasado todo el dia ocupada en sus paseos y aventuras galantes, pero Lanza no podia sospechar nada de esto, pues lo que mas léjos estaba de su espíritu, era que Anita pudiera serle infiel.

La acarició con toda su alma y se entretuvo en contarle las exigencias del escritorio donde habia entrado.

Ella lo escuchaba atentamente para no darle que sospechar y aplaudiendo cuanto le decia.

—Tendremos que vivir con ménos holgura un poco de tiempo, pero como esto es en beneficio del porvenir, nada debe importarte.

Yo te prometo que en dos meses de mi nuevo trabajo habremos logrado establecernos.

Lanza queria engañar así el espíritu de su bella, contando con que en dos meses su buena estrella le deparase alguna fortuna imprevista.

Contrató con el hotel donde siempre habia comido que mandaran una pension á su casa y entregado por completo al amor de Anita, se consideró completamente feliz.

Una de las relaciones que Anita habia contraído, era la de un jóven rico que la conocia desde el casino y que sabia la manera como vivia.

—Déjate de ese tipo, le habia dicho muchas veces, que sin duda te ha hecho el amor para explotarte, y vente conmigo, que á mi lado nada te ha de faltar.

Pero Anita no se atrevia porqué temia á Lanza y al fin y al cabo este no le habia dado ningun motivo para obrar de aquella manera.

El jóven le hacia muchos regalos de dinero y alhajas que ella ocultaba siempre á Lanza con sumo cuidado, porqué si este llegaba á apercibirse de la cosa, sabe Dios lo que hubiera hecho.

El pobre Lanza, por su parte, trabajaba con mas esmero que nunca.

La familia que lo tenia estaba cada vez mas contenta de él, al extremo de haberle aumentado el sueldo, lo que fué para él un nuevo motivo de felicidad.

Pero aquello no podia ser eterno, y tanto su engaño como el de Anita, mas ó ménos tarde habian de descubrirse.

Lo extraño es que no se hubiera descubierto el suyo ya, desde que andaba en el pescante de su volanta precisamente en los parajes mas concurridos y llamando la atencion con su airosa presencia.

El jóven que cortejaba á Anita y á quien no hay para que nombrar, llevábala á pasear á los pueblos cercanos de la campaña y á Palermo, donde pasaban juntos los dias.

Así creia Anita que nunca seria vista por Lanza acompañada de otro hombre.

A pesar de todas las caricias que le hacia, á pesar de todas sus demostraciones de amor, á Lanza se le habia metido una mala espina.

Habia pasado mas de un mes que era cochero en lo de Lima, y Anita no le habia hecho ningun pedido que importara dinero.

Sin embargo, Lanza suponía que aquello no era mas que una nueva manifestacion del amor de la jóven.

Ella sabia que su situacion era apurada y ocultaba todos sus deseos y caprichos por no mortificarlo.

Lanza pensó en que Anita podia serle infiel y le temblaron las carnes, desechando ese pensamiento maldito, porqué nada habia notado que pudiera autorizar una sospecha semejante.

Sin embargo, desde que la tuvo, no pudo dormir tranquilo; parecia que el corazon le anunciaba una nueva desventura.

El jóven enamorado de Anita conocia á Lanza, porqué lo habia visto muchas veces en que acechaba su salida para entrar él.

Y se habia explicado que Anita no quisiera abandonarlo, pues al fin y al cabo era aquel todo un buen mozo.

Sin embargo, no habia perdido la esperanza de desbancarlo, porqué con aquellas mujeres el dinero es el arma principal.

Una tarde de verano en que los dos jóvenes venían de Bergamo en un cupé, hallaron á la entrada de Palermo el carruaje de la familia de Lima, manejado por Lanza.

Los dos jóvenes vieron al cochero, y los dos se miraron asombrados.

Habían reconocido á Carlo Lanza y habían comprendido en el acto la verdad de lo que pasaba, porque aquel joven, por Anita, estaba al corriente de la historia de Lanza.

Y á pesar de haberlo visto tan de cerca, dudaron, mandando al joven á su cochero entrase á Palermo para poder asegurarse de la verdad de lo que habían visto.

Anita iba en el fondo del cupé y apenas podía ser vista por las personas que pasaran frente á los cristales.

Ménos podría ser vista por Lanza, que iba sobre el alto pescante de un landó.

El coche del joven volvió á encontrarse en el paseo, y ya no le cupo duda.

Aquel era Carlo Lanza vestido con su librea de cochero, pero siempre buen mozo y siempre distinguido.

—Mira á tu amante, míralo que bien le sienta la librea de cochero, dijo á Anita su joven compañero, tratando de herirla en su amor propio.

Anita apenas se inclinó para mirar.

Estaba pálida y conmovida, porque se sentía humillada ante el joven.

Ahora se explicaba muchas cosas que ántes no había sabido apreciar.

Recordaba que Lanza varias veces que se lo había pedido, se había negado á llevarla al teatro, protestando tener que hacer en el escritorio.

Es claro que era porque tenía que llevar á sus patronas, puesto que era cochero de familia rica.

Humillada con las bromas pesadas del joven, Anita se puso á llorar, no teniendo otra defensa y le pidió la llevase á su casa.

—Ahora convendrás conmigo que no es digno, ni justo, ni decoroso, que una persona como tú, bella y joven, sea la amante de un cochero, cuyos cariños tendrán siempre olor á pesebre y que solo te pertenece el tiempo que sus señores no lo necesitan.

Es preciso que no seas necia y que te vengas conmigo, para que tengas la posición que te corresponde.

Si yo no te atendiera, ¿qué sería de tí, teniendo que vivir del sueldo de un cochero?

Ya ves que apenas podías llenar las necesidades del estómago.

Anita gimió llena de vergüenza.

Ella no pensó que Lanza había descendido á aquella posición solo por su amor, no pensó en lo que hacía estimable el sacrificio de aquel.

Solo pensó en ella, se sintió herida en su amor propio, degradada en ser la amante de un cochero, y lloró amargamente.

El joven se mostraba sumamente complacido con aquel

llanto porqué él era la prueba de que habia herido á Anita en la llaga.

Y como quien dá un golpe de gracia, al dejar á Anita en la puerta de su casa, le dijo:

Como tú comprendes, yo no puedo estar ocupando un sitio inferior al de un cochero y estar espiando siempre para aprovechar sus descuidos.

Por mas que te quiero, no puedo seguir ocupando un rol que rebaja mi dignidad ante tus propios ojos, y es preciso que te resuelvas cuanto ántes sobre lo que has de hacer.

Mañana yo vendré á buscarte á la hora habitual, teniendo ya tomada una pieza en algun hotel de campaña, en Belgrado ó Flores, miéntras te arreglo un apartamento en la ciudad.

Si has de darme la preferencia y te has de venir conmigo, tienes todas las cosas arregladas que has de llevarte.

Si has de seguir siendo la amante de un señor cochero, me haces una seña y todo quedará concluido entre nosotros.

Yo te quiero mucho y demasiado te lo prueba mi conducta, pero mi cariño no puede llevarme nunca á hacerme despreciar de tí misma, por lo mismo que te quiero.

—Ahora no quiero decidir nada, respondió Anita sollozando, porqué estoy aturdida como nunca lo he estado.

Mañana cuando vengas te contestaré.

Ahora necesito llorar, necesito desahogarme, porqué lo que me pasa es demasiado duro.

Anita se quedó en su casa llena de tristeza, miéntras el jóven se retiraba contento y feliz.

Comprendia que habia triunfado de una manera definitiva en el corazon de la jóven, no solo por el lado del amor sinó por el lado de las conveniencias tambien.

A pesar del amor que Lanza podia tener sobre Anita, á pesar de su físico hermoso, ¿qué cariño podria quedar á Anita por un pobre cochero que no tenia mas que un sueldo miserable, miéntras que él era rico y lleno de ventajas para la jóven, que hacia ya como un mes que era feliz gozando de comodidades porqué él podia proporcionárselas?

Tan no tuvo duda respecto á su triunfo, que aquella misma noche compró una porcion de aquellas chucherías que son tan agradables á una mujer jóven y coqueta.

Y á la mañana siguiente se fué al hotel Watson en Belgrano, y tomó un apartamento que llenó de flores y perfumes.

Allí podria estar Anita régicamente alojada, hasta que él le arreglase en la ciudad una casita á propósito.

Entre tanto, como era natural que Lanza en los primeros momentos buscara á su amante en la ciudad, en Belgrano estarían ocultos y léjos de sus sospechas.

Porqué el jóven tenia miedo de véirse envuelto en un escándalo, provocado por un cochero en demanda de su amante robada por él.

Era preciso evitar el escándalo á toda costa y no habia otro medio de evitarlo que ocultándose donde Lanza no pudiera dar con ellos en los primeros momentos.

Pasados estos pasaria tambien la impresion y no habria que temer ya un acto de violencia.

Entre tanto Anita, con el espiritu atribulado, esperaba la vuelta de Lanza para tener con él una explicacion.

Ella deseaba ahora mas que nunca quebrar con su amante, pero no sabia como hacerlo, porqué le tenia miedo y lo creia capaz de vengarse de una manera sangrienta, cegado por los celos.

Al fin, por ella, él habia roto sus relaciones productivas con doña Emilia y no aceptaria así no mas el ser engañado.

En cuanto al oficio de cochero, Anita para nada se preocupaba de las razones que podian haber influido en Lanza para aceptarlo.

Ella no veia mas que el hecho desnudo de ser su amante un cochero, hecho que tan amargamente le habia reprochado su otro amante.

Cuando Lanza llegó á su casa, fatigado del trabajo y buscando como siempre su descanso en el amor de Anita, encontró á esta llorando amargamente.

La presencia de Lanza habia avivado y renovado su dolor, así es que su llanto arreció cuando este se acercó á hacerle sus habituales caricias.

Lanza quedó sorprendido al ver á Anita presa de aquel dolor evidente, y con ansiosa precipitacion le preguntó qué tenia.

Ageno á lo que sucedia, Lanza pensó en el primer momento que Anita habia sido victima de una venganza de doña Emilia y la apuró á que dijera qué era lo que tenia.

Pero la jóven lloraba cada vez mas, sin poder articular una palabra.

—Pero es preciso que me digas qué tienes, exclamaba él desesperado, y empezando á perder la paciencia.

Yo ya no puedo soportar esta horrible duda.

¿Ha estado aquí doña Emilia? ¿te ha mandado insultar por alguien?

Dimelo, dimelo pronto para poder vengarte inmediatamente.

Pero la jóven seguia disimulando con el llanto, porqué no se atrevia á decir.

—¡Vamos, Anita! exclamó por fin Lanza, perdiendo ya toda paciencia; es preciso que me digas pronto lo que ha pasado aquí, yo no puedo soportar mas la duda.

—No te aflijas que nada ha pasado, respondió al fin Anita enjugando su llanto.

—Y entonces ¿qué tienes, por qué lloras?

—Espera un momento, dejame tranquilizar y te lo explicaré todo; no te aflijas que nada me ha sucedido.

Lanza se sentó al lado de Anita y ella le dió sus quejas del siguiente modo y aparentando un dolor que estaba muy lejos de sentir.

Esta tarde salí á pasear un poco para distraerme de la soledad en que vivo.

No queriendo andar por parajes muy concurridos, tomé Esmeralda y me paré al desembocar la plaza del Retiro

De allí podia mirar la gente que pasaba en los carruajes en direccion á Palermo, sin ser vista de nadie.

La música de los batallones me distraeria tambien de mi tristeza, porque yo, sin saber por qué, estaba triste como si me hubiera sucedido una gran desgracia.

Parecia que una mano inmensa me hubiese agarrado del medio del pecho y me apretase el corazon con gran fuerza.

Hacia un rato que estaba allí, cuando de pronto y sin pensarlo vine á darme cuenta de mi tristeza, causada por un sentimiento.

Y Anita rompió á llorar amargamente, costando á Lanza gran trabajo el consolarla.

Este estaba pálido y conmovido, porque presentia ya adonde iba á parar la relacion de Anita.

—Pero, vamos á ver, balbuceó, ¿por qué estabas triste? ¿por qué lloras ahora?

—En uno de aquellos carruajes lujosos que se dirijian á Palermo, alcancé á verte, pero en el pescante, vestido de librea y como cualquiera de los otros cocheros que habia visto pasar.

No sé de donde saqué fuerzas para tenerme en pié y correr correr para verte mas de cerca, porque no podia dar crédito á mis propios ojos; me parecia una ilusion aquello, creia que sería un cochero que fatalmente se te parecia.

Corrí mas á la esquina y entónces pude verte mas de cerca y no tuve ya duda de que eras tú mismo, tú mismo convertido en cochero de una familia rica.

Si no hubieras ido de librea, hubiera pensado cualquier cosa. ¡Eran tantos los jóvenes ricos que pasaban manejando sus carruajes!

Peró aquella librea maldita era la explicacion de todo; ¡tú eras el cochero de aquella familia que iba en el carruaje!

No pude dominar mi dolor, me volví á casa y me puse á llorar amargamente como me has encontrado! tenia ganas de morirme!

Y Anita siguió llorando cada vez con mas desconsuelo.

Lanza estaba contrariado, pero nada mas que contrariado.

Se habia figurado una cosa mas grave, y ademas, en su conducta, léjos de haber algo de vituperable, habia para Anita una prueba de amor, que debia halagarla profundamente.

—Voy á explicártelo todo, le dijo, y no te aflijas, que en ello solo verás todo lo que yo te amo, y todo lo que soy capaz de hacer por ti.

Nosotros estábamos en una posicion difícil, mas que difícil imposible de sostener.

Estábamos gastando lo que teniamos y yo no encontraba ninguna ocupacion en que poder ganar ni siquiera lo estrictamente necesario para la subsistencia.

Iba á llegar el momento en que el fondero no habria querido enviarnos mas de comer, y en que el dueño de casa nos habria puesto en la calle.

¿Cómo querias que yo afrontara situacion semejante y te di-

jera: Anita, el hombre á quien amas es incapaz de ganar ni siquiera el pan que necesitas para no morirte de hambre?

Tuve vergüenza, tuve miedo y acepté lleno de reconocimiento el empleo de cochero que se me proporcionaba, y te aseguro que lo mismo hubiera aceptado otro mas degradante si se me hubiese proporcionado.

Por no mortificar tu amor propio, hice todo lo posible para ocultarte mi empleo, te lo oculté cuanto pude y te lo hubiera ocultado siempre.

Pero ya que la casualidad te ha hecho conocer la verdad, no me queda mas remedio que confesarla.

En ello no hay nada de vituperable para mí; lo he hecho por el amor que te tengo, y nada mas.

Ahora no hay mas que tener paciencia y sufrir un poco mas.

Tengo en la cabeza proyectos que me harán rico de un momento á otro, no lo dudes.

En mí hay la tela de un millonario y tengo mas fé en mí porvenir que en la vida eterna.

Cualquiera otra mujer se hubiera sentido conmovida ante aquella confesion de Lanza.

Pero en Anita no podia producirse esta impresion, porque ella, ántes que su amor, amor que ya no sentia por Lanza, miraba sus intereses.

Aquella confesion, para ella, importaba lo siguiente:

Por ahora y en mucho tiempo, es preciso que te resuelvas á vivir del sueldo miserable de un cochero, porque mis fuerzas no alcanzan para mas.

Tendrás que llenar tú misma las mas incómodas necesidades de la vida, porque aquel sueldo apenas alcanza para la casa y la comida, en la esperanza que algun dia podamos mejorar la situacion.

Del otro lado, librándose de Lanza, tenia dinero y todos los placeres que hacen grata la vida.

La eleccion no era pues dudosa para una mujer como Anita.

Adoptó su resolucion interiormente y siguió fingiendo un llanto amargo y una conformidad que estaba muy léjos de sentir.

—En situaciones peores que esta me 'he visto en mi vida, decia Lanza buscando de consolar á su amante, y hé llegado á la fortuna cuando ménos lo esperaba,

La vida sin luchas y sin alternativas no tiene aliciente, porque la absoluta felicidad no permite experimentar las impresiones que la embellecen,

Así, el que nunca ha pasado necesidades y pobrezas, no puede apreciar las inmensas ventajas del dinero y lo que su posesion importa.

Tú no sabes esto, Anita, porque todavía no has sentido una necesidad que no hayas podido llenar.

Ya verás como en medio de la opulencia vienes á bendecir tu miseria y á recordar con supremo placer esta misma posicion de cochero que hoy tanto te ha hecho llorar.

Anita habia secado sus lágrimas y parecía escuchar con placer la palabra de Lanza.

Es que en aquel momento pensaba en su amante, en la fortuna y placeres que esta podía proporcionarle y que comparaba en su pensamiento con el mezquino salario de un cochero.

—Ho soy cochero, dijo Lanza con inmenso aplomo y acariando la bella cabeza de Anita; y mañana tendremos cochero y carruaje.

Esta es la vida, Anita, y yo que me he visto en el pescante, experimentaré mayor emoci3n que nadie, al verme en el interior, paseando plácidamente.

Así estuviéron los jóvenes conversando largamente, hasta que llegó la hora de recogerse.

Lanza estaba mas alegre, porqué al fin con aquella confesion ganaba el no tener que andar haciendo misterio de su profesion.

Ya Anita sabia lo que pasaba y se arreglaria de manera á poder vivir con los recursos que tenian.

Y tan hábilmente, tan maestramente procedia la jóven, que Lanza jamas tuvo por que sospechar que pudiera mantener otra relacion que la suya.

Lanza no ataba nunca la volante por la mañana, así es que al otro dia pudo permanecer hasta despues de las doce al lado de su amada, buscando siempre de consolarla con sus caricias y de hacerla pensar en tiempos mejores que aquellos, que no habian de tardar en presentarse.

Anita estaba contenta y parecia sumamente feliz.

¿Y cómo no habia de estarlo, si pensaba en que aquella misma tarde concluirian para ella todas sus miserias y que saldria de aquellas pobres piecitas para ir á ocupar una casa exclusivamente suya y donde tendria toda especie de comodidades?

Lanza se despidió de la jóven mas cariñoso que nunca.

Ya no habia de volver hasta muy entrada la noche, porqué sus señores iban á Palermo despues de comer y no regresaban hasta tarde.

Y al salir dijo á Anita que saliese á pasear y á distraerse, con eso á la vuelta lo recibiria feliz y contenta.

Lo mas ageno que el pobrete tenia era lo que le iba á suceder á la vuelta.

Desde que Lanza salió, Anita empezó á hacer todos sus preparativos de marcha.

Sus ropas de uso eran lo que ménos podia preocuparla, porqué sabia que con su nuevo amante nada le habia de faltar.

Acomodó en el baúl mas chico sus alhajas y toda aquella ropa que podia importarle algo, dejando afuera para vestirse á la tarde sus mejores trapos, pues tenia interés en parecer al nuevo amante lo mas bella que le fuera posible.

Aquel dia Anita no almorzó; estaba llena de todas sus ilusiones y halagos.

De cuando en cuando una ráfaga de miedo la hacia pensar en Lanza.

Pero ¿qué podria hacerle Lanza si ni siquiera sabia donde estaba?

Con estarse un mes sin salir á la calle, todo estaba concluido. Cuando saliese, tal vez ya Lanza ni siquiera pensaria mas en ella.

Todo cuanto podia interesarle lo encerró en el baúl que habia preparado de antemano, donde tambien guardaba su dinero.

Aburrida y no teniendo ya que hacer, se vistió con la ropa que habia dejado fuera del baúl con ese objeto, y esperó tranquila que llegase la hora de la partida.

Así cuando su amante vino á la tarde, no tuvo necesidad de preguntarle nada, pues su traje compuesto era un aviso de que estaba dispuesta á irse con él.

—Pronto, le dijo ella, si nos hemos de ir, vámonos pronto, porque tengo miedo de estar mas aquí.

No sé qué presentimiento tengo en el corazon de que puede venir ese hombre y sorprenderme.

—Yo estoy á tus órdenes, cuando tú quieras vámonos no mas; ¿qué es lo que vas á llevar?

Sería mejor que no llevaras nada, porque nada necesitas á mi lado y así andariamos mas livianos.

—Voy á llevarme mi baúl, donde tengo lo que me interesa conservar, y nada mas; vamos, vamos pronto.

Anita apenas podia dominar su miedo.

Se le habia puesto que Lanza podia llegar de un momento á otro y su miedo aumentaba cada vez mas á medida que pasaba el tiempo.

Y miéntras el jóven hacia poner con el cochero el baúl en el pescante, ella escribió con lápiz y con una ortografía imposible, un papel que dejó sobre la mesa de luz.

En él prevenia á Lanza que no la buscara, porque se iba á Montevideo, convencida de que no era para él sinó una odiosa carga y porque no se sentia con fuerzas para sobrellevar la vida en las condiciones en que se habian colocado.

—Con esto no tendrá mas remedio que conformarse, dijo, y tener paciencia.

Y subió en el cupé del jóven, cuya portezuela éste tenia abierta.

Al doblar la plaza del Retiro para tomar la calle de Santa-Fé, vieron á Lanza que, guiando el landó de sus patrones, iba con estos en direccion á Palermo.

Anita, aterrada, se hizo atras en un movimiento nervioso.

—¡Por Dios! dijo, yo quiero ir por otro lado, puede vernos y echarse todo á perder.

—Pero, no seas tonta, ¿no ves que él no tiene ninguna razon para sospecharse lo que pasa?

Para estar mas seguros de lo que hace, lo mejor es precisamente no perderlo de vista.

Aunque pasáramos á su lado, él desde el pescante no puede ver el interior del capé.

Sigámoslo no mas, que ellos han de ir á Palermo y nosotros vamos mas léjos, á Belgrano donde he tomado apartamento para tí.

Y el jóven, que llevaba en el cupé una soberbia yunta, dió orden á su cochero de no pasar adelante del landó, pensando que Lanza tal vez pudiera conocer el baúl que iba en el pescante, teniendo buen cuidado de no comunicar á Anita este pensamiento para que no se asustara mas.

Así siguieron siempre el cupé detras del landó hasta que llegaron á Palermo.

El landó dobló hácia Palermo y el cupé siguió por el camino de Be'grano, imprimiendo entónces el cochero á los caballos, toda la rapidez de trote de que eran susceptibles.

—Mientras él anda haciendo dar vueltas por Palermo á sus patronos, nosotros estaremos ya plácidamente instalados en nuestro alojamiento, dijo el jóven.

Diez minutos despues, la amante pareja llegaba al hotel Watson, desde donde el jóven despachaba á su cochero con las siguientes palabras:

—Puedes irte no mas, Juan, y cuidado con que ni Cristo sepa lo que hemos hecho esta tarde.

Atraído por el título de nuestro folletin, este jóven ha de leerlo indudablemente, y grande será su maravilla al vernos poseedores del mas íntimo secreto de su aventura con Anita, echando tal vez la culpa á su cochero Juan.

Una vez instalados en las piezas que habia tomado, lo primero que hizo fué pedir de comer lo mejor que pudiera servirse á aquella hora, de lo que se encargó agradablemente el mozo, que habia tomado olor á buena propina.

Nada distrae el espíritu como la buena mesa en buena compañía, y con esto habia contado el jóven para hacer olvidar á Anita su miedo.

Un cuarto de hora despues, la jóven no pensaba en Lanza para nada.

El buen vino le habia entonado el espíritu de una manera fabulosa.

Conversaba alegremente con su jóven amante, refiriéndole con sus mas minuciosos detalles la graciosa historia de sus amores con Lanza, y la manera como habian salido del casino, creyendo ella que iria á gozar de una vida independiente sin que nada le faltara, y sin sospechar la miserable esclavitud y pobreza á que habria quedado entregada, si no hubieran sido los amores del jóven.

Cuando llegaron al champagne, Anita habia reaccionado en su miedo de tal manera, que era la primera en hacer farsa de las debilidades y pretensiones de fortuna de Lanza.

Era el justo pago á los verdaderos sacrificios que por su amor indudablemente habia hecho Carlo.

Dejemos gozar de su luna de vino á esta pareja que no volveremos á hallar mas en el curso de nuestro relato, y volvamos á Lanza, que no tenia la menor sospecha de su desventura.

El golpe de gracia.

Como si el diablo lo hubiera hecho, el paseo de las patronas de Lanza, aquella tarde, duró mas de lo que era costumbre.

Se habian entretenido en conversacion con unas amigas en Palermo, de modo que cuando regresár n á su casa eran las nueve de la noche.

Miéntas Lanza desató, acomodó los caballos echádoles de comer y se fué á su casa; eran las diez pasadas.

Al ver que las dos piezas que ocupaban estaban á oscuras, Lanza sintió una ráfaga de frio en el corazon á impulsos de un presentimiento que no pudo explicarse.

No habiendo luz á aquella hora, era seguro que Anita no estaba en la casa.

¿Adónde podia estar á semejantes horas?

Es verdad que él mismo le habia dicho que saliera á pasear para distraerse, pero ya debia haber vuelto, mucho mas cuando aquellas eran sus horas habituales de venir de su trabajo.

Pensó, tratando de engañar su angustia, que se habria dormido, porqué la noche anterior habia estado en pié hasta muy tarde, y torció el pica-porte, entrando resueltamente.

Todo estaba á oscuras, y en la habitacion no se sentia el menor rumor, el menor ruido de respiracion que indicara la presencia de una persona viva.

Tembloroso y febril, sintiendo que el frio de su corazon era cada vez mas intenso y sin poder darse cuenta de lo que por él pasaba, Carlo Lanza encendió luz y miró por todas partes tratando de dominar rápidamente la escena.

Nada habia de extraordinario que pudiera llamarle la atencion.

Sobre la cama estaba la ropa de entrecasa que se habia quitado Anita, y que probaba que habia salido, pero nada mas.

Todo estaba intacto para él, que no habia notado la falta del baúl chico.

¿Le habria sucedido algo en la calle?

Si él pudiera sospechase donde habia ido Anita, saldria á buscarla.

Pero no tenia ni idea de donde podia haber ido la jóven.

—Esperaremos un momento, pensó, tal vez no tarde en volver.

Y salió á la puerta de la calle ávido de verla volver.

Sentia tal desesperacion, que hasta ganas de llorar tenia, sin poder explicarse la causa.

La comida de Anita estaba allí intacta sobre la mesa, tal cual fué llevada del hotel, lo que probaba que Anita faltaba desde temprano.

Lanza entró nuevamente á la casa, cada vez mas desesperado.

Podia preguntar á las vecinas que ocupaban las piezas inmediatas, pero tenia miedo de la respuesta.

¿Qué podian estas decirle mas de lo que él sabia, es decir, que Anita habia salido desde temprano?

Tal vez ellas tuvieran un dato mas, pero era precisamente este dato mas el que Lanza temblaba de conocer.

Lanza temia que Anita se le hubiera ido para siempre, pero pensaba que ningun motivo tenia para proceder así.

No habian tenido el menor disgusto, ni siquiera un cambio de palabras desagradables.

¿Por qué entónces Anita habia de irsele así, abusando de su cariño y de su buena fé?

No habia pues razon de pensar en una fuga, sinó en un accidente, en alguna desgracia que le hubiese pasado en la calle.

Lanza, vencido por la angustia, se sentó sobre la cama á meditar un momento sobre lo que debia de hacer.

Y fué al reclinar la cabeza sobre la almohada, que vió el papel escrito con lápiz que le dejara Anita.

Lo tomó y leyó ávidamente, dando un gran puñetazo sobre la mesita así que hubo terminado su lectura.

Lanza reaccionaba y aquel profundo dolor se iba convirtiendo en una ira formidable, por lo mismo que no tenia contra.

¿Cómo podia haberse ido Anita á Montevideo dejando toda su ropa, todo su equipaje, sin llevar mas que lo puesto?

—¡Mentira! rugió, soltando una sentencia formidable porqué empezaba á comprender lo que sucedia.

Y empezó á abrir los baúles uno á uno, notando inmediatamente toda la ropa que de ellos faltaba.

Pero al notar la falta del baúl mas chico, donde indudablemente Anita habia puesto todo lo que faltaba en los grandes, volvió á creer en la posibilidad del viaje; tal vez se hubiera ido realmente á Montevideo.

Pero esto no podia haberlo hecho sola.

¿Qué sabia Anita dónde estaban las agencias de vapores, ni el embarcadero, ni nada de esto?

Indudablemente Anita habia sido ayudada por algun comedido, y esto era lo que mortificaba el amor de Lanza, porqué le demostraba que Anita no solo huia de él, sinó que huia con otro á quien amaba.

Y este otro debia de ser una persona rica, puesto que le hacia dejar toda su ropa para comprarle sin duda otra mejor.

En el primer momento Lanza sintió deseos de llorar, y lloró amargamente.

Se veia abandonado por una mujer á quien queria con idolatria y por la que habia hecho grandes sacrificios, tales como romper con doña Emilia á cuyo lado tenia una fortuna segura.

La rabia volvió á reemplazar el dolor, y Lanza secó los ojos con un movimiento nervioso, diciendo:

—Es preciso buscarla y tomar algun desquite, porqué si nó, creo que voy á reventar.

Y se dirigió al cuarto de las vecinas, como si nada supiera, á recoger algunos datos.

Estas vecinas eran una vieja francesa que vivia con su nuera, francesa tambien, planchadoras de oficio ambas, con quienes Anita tenia amistad de vecinos.

—Me sucede una cosa extraña, dijo Lanza, despues de saludarlas y tratando de dominar su emocion; hoy dije á Anita que saliera á pasear un poco para distraerse, y todavia no ha vuelto á casa.

Esto me tiene afligido porqué temo que le haya sucedido algo.

En vez de responder á Lanza, la vieja se dirigió á la jóven, diciéndole:

—¿No te dije que Anita no andaba pisando derecho?

Si cuando á mí se me pone una cosa, es porqué así no mas debe de ser.

Amigo mio, agregó volviéndose á Lanza, me parece que es inútil que usted espere á su amante, porqué no ha de volver.

Usted es hombre y se le puede decir todo, ¡qué diablo!

Todas las tardes venia aquí un mocito muy paquete, en un carruaje, y salia á pasear con Anita, volviendo siempre á la hora que usted debia llegar.

Adonde iban yo no sé, pero ellos paseaban juntos.

Ayer desde que usted salió, yo noté algo de extraordinario en su jóven compañera.

Vino aquí á buscar una ropa blanca que nos habia encargado, y como no estaba pronta nos ayudó á plancharla.

Cuando yo fui á llevarle un pañuelo que habia quedado, la encontré acomodando á gran prisa un baúl chico.

Me pagó una cuenta que nos debia y nos dijo que se iba á pasear por unos dias á Montevideo.

Cuando yo volví á casa dije á ésta lo que pasaba y añadí:

Yo no sé por qué se me ha puesto que la vecina quiere jugar una mala pasada á su hombre; tiene una cara que no me gusta nada, y el paseo á Montevideo se me figura que es un simple cambio de domicilio.

Como tuvimos mucho que hacer, no volvimos á pensar en la cosa.

Pero á la tarde, de hoy ya cerca de la noche, sentimos parar el mismo carruaje de siempre, y vimos bajar al mismo jóven que venia todos los dias.

Este pasó á la pieza, estuvo hablando con Anita, y poco despues entró el cochero, quien llevó al pescante el baúl mismo que yo le habia visto acomodar.

Permanecieron un momento juntos y luego salieron tomando como para el Retiro.

No era ni hora ni direccion como para ir á embarcarse á Montevideo.

Para mí, como se lo deje á ésta, Anita se ha ido con el mocito aquel, no tengo la menor duda.

No habrán llevado mas porqué los otros baúles no cabian en la volanta, pero ya vendrán á buscarlos, calculando la hora en que usted no está en casa.

¿Qué mas datos que aquellos queria Lanza para cerciorarse de la traicion de Anita?

Le agradeció á la vieja y volvió á su cuarto sin saber lo que habia de hacer.

Y se arrojó en la cama á llorar como un desesperado, pensando amargamente que aquella hora, Anita feliz, estaria entregada al culto de sus nuevos amores.

Mil ideas de venganza acudian á la imaginacion de Lanza.

Pero ¿de quien se iba á vengar si ni sabia quien era el jóven ni lo conocia siquiera?

¿Sabia él acaso dónde se habian dirigido? ¿habian acaso dejado algun rastro por el cual se les pudiera descubrir?

Toda la noche la pasó así, entregado á una desesperacion suprema.

Al otro dia muy temprano se lavó, arregló su traje que estaba todo descompuesto y salió á la calle en direccion al Retiro.

Iba mirando todas las casas atentamente, como si esperara ver asomar á las ventanas el plácido rostro de Anita.

Y dobló la calle de Juncal y siguió hasta la Recoleta sin haber adelantado nada en u pesquisa.

Y volvió por la calle de Santa-Fé haciendo la misma pesquisa y mirando todas las calles y casas sin adelantar nada.

Por esta última calle y á la altura de Montevideo, vió un cupé que venia del Oeste, al gran trote de una espléndida yunta de caballos.

Algo bailó en el corazon de Lanza al ver aquel cupé que tan de mañana regresaba á la ciudad.

Al pasar por su lado, vió que dentro iba un jóven sumamente paquete y que al mirarlo, como si lo reconociese, se puso á reir.

Este cupé y la vista del risueño jóven, se le enterró en el corazon como una puñalada.

Y sin darse cuenta de lo que hacia, echó á disparar detras del cupé dando voces.

Por el cristal trasero del cupé, veia la cara traviesa del jóven, que lo miraba correr, sonriendo siempre.

Y esto le daba fuerzas para seguir en su vertiginosa carrera.

Pero ¿qué podia avanzar tratándose de una soberbia yunta?

Antes que Lanza hubiese podido correr un par de cuadras, ya el cupé habia desaparecido de su vista.

Pero le quedaban estos dos datos: que Anita estaba fuera de la ciudad y que aquel cupé, que no se le despintaría mas de la memoria, era el del jóven que le habia robado á Anita.

Lanza tuvo que detenerse rendido de cansancio y materialmente con la lengua afuera.

Habia agotado todas sus fuerzas.

A las muchas personas que se le acercaban á preguntarle lo que tenia, les decia:

—No es nada, corrí detras del cupé, porqué dentro iba un jóven que me ha insultado y que ha sido bastante cobarde para no pararse.

Como el aspecto de Lanza era el de una persona decente y de posicion desahogada, su version era perfectamente verosímil y nadie la ponía en duda.

Lanza estuvo parado así por espacio de un cuarto de hora,

siendo el blanco de la mirada de los curiosos, hasta que, desapareciendo el cansancio, siguió en dirección á su casa, ya **mas** tranquilo aparentemente, pues en realidad su angustia y su pena eran cada vez mayores.

Es que el pobre habia concluido por enfermarse, tenia mucha fiebre y un desaliento imponderable.

Entró á su casa y sin sacarse siquiera el sombrero, se tendió en la cama vencido por el dolor y el cansancio.

Comprendia que en sus condiciones actuales, no habia lucha posible entre él y aquel jóven rico y de posicion social.

No le quedaria mas recurso que la venganza personal, pero ¿dónde podia encontrarlo, para tener **siquie** a el placer de darle un puñetazo?

A las doce fuéron á llevar el almuerzo para Anita, y esto renovó su tristeza y su desesperacion.

Y aquel almuerzo quedó tan **intac** o como la comida del dia anterior, porque Lanza no tenia **deseos**, no tenia voluntad de otra cosa que de llorar.

Y estuvo llorando y pensando todo el dia en su amante, sin tener siquiera el consuelo triste del sueño, pues aunque en la noche anterior no habia reposado un momento, no podia dormir.

Sus patrones le habian pedido la volanta para las dos de la tarde de aquel dia, pero ni siquiera pensó en ir á prepararla.

¿Perdida para él Anita, ¿qué le importaba el resto del mundo?

Nada, absolutamente nada.

Solo pensaba en Anita y en que podia ser muy bien que aquel dia viniera á buscar el resto de los baúles, averiguando por el individuo que vinieran donde estaba su amante.

Pero el dia pasó como habia pasado la mañana y la noche anterior.

Nadie apareció por allí.

Cuando fuéron á llevar la comida, Lanza dijo al mozo que no le llevara mas comida hasta que él no avisase, porque la señora habia ido á pasar unos dias al campo, porque estaba enferma.

A la tarde, el fisico sucumbió naturalmente á las emociones sufridas.

El sueño pudo mas que toda voluntad, y Lanza se durmió pesadamente.

Estaba débil por la falta de alimento y era el sueño lo único que podia hacerle recobrar las fuerzas perdidas.

Cuando despertó habia amanecido el dia siguiente.

Lanza se lavó como el anterior, se mudó camisa y salió tomando la calle de Santa-Fé; era muy temprano y tenia esperanza de ver el cupé del dia anterior.

Probablemente era aquella la hora en que el jóven regresaba de la casa donde estaba Anita, pues á la altura de la estacion Centro América, volvió á encontrar el cupé del dia anterior.

Lanza se echó al medio de la calle sin darse cuenta de lo que hacia, y con los brazos abiertos intentó detener la marcha de los briosos caballos.

Pero el cochero lo envolvió de un latigazo formidable, y desviando el carruaje para no pisarlo, pasó por su lado con una velocidad prodigiosa.

Lanza quedó aturdido por el golpe y la afrenta, mirando desde el medio de la calle como se alejaba el cupé.

Miró dolorosamente el surco de las ruedas que había quedado impreso sobre la tierra, y siguió por él, creyendo poder llegar al punto de partida del carruaje.

Cerca de Belgrano se convenció al fin de la inutilidad de la pesquisa.

Las ruedas que había seguido claramente hasta allí, se confundían con el rastro de otras diez mil ruedas, al extremo de ser imposible seguir las.

Pero aun le quedaba este nuevo consuelo: Anita debía estar en Belgrano.

Y á Belgrano se dirigió ávido de dar con ella.

Pero ¿qué haría de todos modos si la encontraba, desde que ella se negaría á seguirlo?

Esto, que no había pensado Lanza anteriormente, lo decidió á volver á su casa, abandonando toda averiguacion.

Con el sueño de la noche anterior, el buen juicio empezaba á aclarar su inteligencia.

Lanza se metió á un hotel y pidió que almorzar.

Pareció que el juicio y el apetito le volvían á un mismo tiempo, pues sentía un hambre de los demonios.

Y al notar que tenía hambre se acordó que hacía dos días que no probaba bocado de comida.

Una buena comida, con su correspondiente vino, predispone al buen humor y aleja los malos pensamientos, sobre todo los pensamientos tristes.

Así es que á medida que Lanza se iba llenando, iba sintiendo disminuir su tristeza y renacer en su espíritu su alegría habitual.

— ¡Qué me importa al fin lo que me ha sucedido! exclamó para sí.

Buenos Aires está lleno de Anitas y no es esto lo que me ha de faltar si yo quiero.

No es pues esto lo que debe preocuparme, sinó el trabajo, encontrar de una vez trabajo bueno y que me encamine á un porvenir seguro.

Si esta maldita no se me hubiera cruzado en el camino, yo tendría ya mi porvenir asegurado, y bien asegurado.

La sociedad de doña Emilia me habría asegurado una fortuna, puesto que la buena vieja se había enamorado de mí al extremo de entregarme cuanto poseía.

Yo fui un mentecato en hacer lo que hice, pero ya la cosa no tiene remedio y es inútil pensar en ella; me servirá de lección y basta.

Todos estos pensamientos de Lanza eran abundantemente rociados de copas, de modo que al poco tiempo el jóven se encontraba en un temple de gran indiferencia.

Permaneció todavía algun tiempo en el café, y á la caída de la tarde emprendió su viaje de regreso á la ciudad.

Lanza llevaba en la cabeza un tratado vínculo que le hacía bailar alegremente las piernas.

A medio camino, Lanza encontró el mismo cupé de por la mañana que iba en dirección á Belgrano, conduciendo al mismo jóven de los días anteriores.

— Parecía cosa del diablo que siempre había de encontrar el cupé.

Dentro iba el mismo jóven, que al verlo regresar de Belgrano hizo un movimiento de sorpresa, sorpresa que aumentó poderosamente cuando vió que Lanza al mirarlo soltaba una carcajada.

— Escena de celos á la fija, pensó Lanza al notar el movimiento de sorpresa del jóven.

Va á pensar que vengo de casa de su moza y se van á trenzar en una del diablo.

Y riendo como si le hicieran cosquillas, siguió su camino en dirección á la ciudad.

Cuando llegó la noche, Lanza apuró el paso, entrando á su casa como á las nueve.

Traía un buen humor como pocas veces había sentido, tanto, que á pesar de la fatiga que debía haberle producido la jornada que acababa de hacer, empezó á vestirse para salir á parandear.

Se sentía con deseos de echar una cana al aire, empezando por hacer una visita á la estimable doña Emilia.

La vieja planchadora vino á informarse de la salud de su vecino y á curiosar lo que este había conseguido averiguar de Anita.

Y quedó á su vez sorprendida al notar el buen humor con que Lanza le decía:

— Parece que ha encontrado uno que le gusta mas que yo y que con él se ha ido.

— Desearé que le haga muy buen provecho y que no tenga de que arrepentirse.

Siempre es una ventaja vernos libres de una persona que no nos quiere y que nos está engañando.

Lo único que me llama la atención es que me haya dejado la hipoteca de estos baúles que no me sirven sino de estorbo.

Será preciso que me libre de estos como me he librado de ella.

La vieja planchadora, que ignoraba que Lanza estaba en una posición tan desesperante y que lo creía empleado en una casa de comercio, desde que se alzó Anita, había concebido sus planes de unión entre Lanza y su nuera.

Así es que aquel modo de expresarse del jóven la llenó de alegría.

Los baúles aquellos estaban muy bien provistos de ropa y siempre su adquisición venía á ser una verdadera lotería.

— Si le estorban aquí, nada mas fácil que sacarlos, le dijo.

Casualmente mi nuera anda escasa de ropa y esa le vendrá muy bien; no tiene mas que avisar.

— Ahora lo que vuelva hablaremos, respondió Lanza, comprendiendo el partido que podía sacar de aquella dádiva; no he de tardar en venir.

Y mientras la vieja francesa se entregaba á los mas famosos planes de heredar á Anita, Lanza se fué al Casino de doña Emilia, donde se entró como cualquier parroquiano alegre, sentándose delante de una mesa.

Las dos muchachas compañeras de Anita, que aun estaban allí, se le acercaron alegremente á pedirle noticias de la compañera, preguntándole qué queria que le sirvieran.

Pero no habia estado cinco minutos, cuando se le acercó doña Emilia con semblante feroz y ademán descompuesto.

La presencia de Lanza le recordó los amargos momentos que por su causa habia pasado, los golpes que habia recibido y las humillaciones de que habia sido objeto.

Se sintió dominada por una ira fabulosa y acercándose á su antiguo amante le intimó que en el acto saliera de su casa.

Lanza, siempre dominado por su buen humor y algo turbado por todo lo que habia bebido aquel dia, se le rió alegremente en las narices y le dijo que él era uno de tantos parroquianos y que queria tomar una botella de oporto con el derecho que le daba su dinero.

Pero doña Emilia empezó á insultarlo con la mayor vehemencia y en alta voz, lo que provocó un escándalo formidable que hizo acudir al vigilante.

Lanza alegó sus derechos de parroquiano pacífico que venia á beber.

Pero como doña Emilia invocara los de dueña de casa y asegurase que no queria en manera alguna que Lanza permaneciera allí un momento mas, el vigilante le intimó que se retirara.

En el pleno dominio de sus facultades, Lanza nunca habria dado lugar á una cosa parecida, porqué siempre conservaba gran miedo por la policia.

Pero el exceso de la bebida lo habia aturdido aquel dia y no se daba exactamente cuenta de lo que hacia.

Sin embargo, la presencia del vigilante y su intimacion le hizo perder los brios y salió del Casino rápidamente, temiendo que todo aquello fuera á terminar en la Comisaría.

Y pensando que si bebia mas aquella noche podia hacer barbaridades que le costaran caras despues, se dirigió á su casa resuelto á acostarse á dormir.

Al pensar en su casa recordó el proyecto de aventura picante que habia dejado pendiente con su vecina la planchadora, y apuró el paso, encontrando que aquella aventura concluyera de distraerle.

Su corazon habia empezado á reaccionar á favor de Anita, por la misma influencia del vino, y él queria conservar á todo trance su indiferencia y su buen humor.

Cuando el jóven llegó á sus piezas se encontró en ellas con las dos vecinas que estaban allí instaladas.

La francesa vieja, persona positiva, queria asegurar la dádiva ántes que Lanza fuera á arrepentirse, y de ahí su prisa por terminar la cosa cuanto ántes.

—Estaba contando á esta su generosidad, le dijo al jóven apenas entró este; y esta tonta no quiere creerme.

¿No es cierto que usted me regala toda esta ropa y estos baúles con tal que los saque de aquí?

—Mas que eso, dijo Lanza con su ademán mas alegre.

Doy ropas y baúles, sin la condicion de sacarlos de aquí, porqué regalo á su bella nuera todo lo que aquí hay, ménos mi ropa, y hasta el derecho de habitar estas mismas piezas y disponer de ellas como dueña, aunque yo las siga pagando.

La vieja francesa quedó deslumbrada ante semejante generosidad.

Pero, fina como era, se apresuró á decir á Lanza:

—Aceptado, aceptado con reconocimiento.

Pero como aquella buena pieza puede venir el dia ménos pensado y cuando usted no esté, para arrear con todo, bueno será que los baúles pasen á nuestras piezas, de donde no podrá sacarlos.

—No solo consiento, sinó que quiero ayudar á la operacion, dijo Lanza.

Y poniéndose en mangas de camisa, ayudó á las mujeres á trasladar los baúles á sus piezas.

No quedaban en las suyas mas que los muebles y objetos de lavatorio que tambien habia regalado á la francesita.

Y abierta la comunicacion de las piezas, quedó de hecho sancionada entre ellos la vida de familia.

De cochero á tendero.

Despues de un sueño enorme que duró hasta las doce del dia siguiente, y disipados los humos de la tranquita, Lanza pensó en sus patrones y en su acomodo con profunda pena.

Como hacia ya tantos dias que no habia vuelto á la casa y no habia mandado el menor aviso, era seguro que no lo habian de estar esperando y que ya habrian tomado otro.

Sin embargo, era preciso ir á pedir disculpa para no perder la recomendacion que pudieran darle, y sobre todo á cobrar los dias que le debian, lo que le vendria de perilla en su situacion tirante y privada de recursos.

Se compuso lo mejor que le fué posible, y se fué á ver á sus patrones, los que, como ya le suponian, habian tomado otro cochero.

Lanza les dijo que aquella última tarde que habia salido con ellos, se habia dado un gran golpe que lo habia obligado á guardar cama, no habiendo tenido ni siquiera con quien mandar avisar.

La familia creyó la fábula que Lanza referia y como él se habia portado bien, al extremo de no haber tenido nunca que dirigirle la menor observacion, no solo le pagaron con largueza los dias que le debian, sinó que diéron al supuesto César Parodi la mas cumplida recomendacion.

Lanza volvió á encontrarse en media calle, sin empleo y sin

esperanza de tenerlo, sin dinero mas que para pasar algunos dias y con el desencanto natural de tanta desventura.

No se encontraba por lo visto en Buenos Aires el dinero con la facilidad que decian en Europa.

La vida era fácil, sumamente fácil, pero la fortuna no se hallaba así no mas á dos tirones.

Lanza acudió á los diarios como la vez anterior, y empezó á buscar una colocacion.

Pero solo halló colocacion de cochero ó mozo de hotel, colocaciones que lo halagaban muy poco.

La servidumbre tenia el peligro de hacerse conocer como tal y perderse por consiguiente para otros negocios provechosos que podian venir.

Lanza, ántes que volver á conchabarse, resolvió esperar.

Las francesas no eran para él una carga, porque eran gente de trabajo habituada á todo y que no pretendian ni el lujo ni la holganza.

Si no hubiera sido así, Lanza las hubiera echado con la música á otra parte.

Con una ó dos invitaciones por semana al teatro francés, quedaban tan reconocidas como si les hubiera dado una fortuna.

Lanza habia aprovechado aquellos dias de holganza y de libertad, en frecuentar sus antiguas relaciones, por lo que pudiera suceder en el porvenir.

Su ropa se encontraba en perfecto estado, y queria aprovechar bien esta circunstancia.

Si alguna vez llegaba á realizar sus sueños de negociante en gran escala, aquellas relaciones debian serle muy útiles y era preciso conservarlas á toda costa.

Y aunque tratando de gastar poco y conservar en lo posible su apariencia de riqueza, con ellas comia y con ellas parrandeaba noche á noche.

En la esperanza de hallar alguna otra desventurada doña Emilia, él recorria los casinos que tanto abundaban entónces en Buenos Aires y hacia á sus dueñas el amor por lo fino.

Pero para esta clase de empresas de seducccion se necesitaba un capital que Lanza no tenia y que permitiese siquiera pagar todas las noches un par de botellas de vino de champagne.

¿Qué dueña de casino se iba á dejar seducir así á dos tirones, nada mas que por las buenas apariencias y mejores intenciones?

Y Lanza se convenció que, sin cierto capital para cubrir las apariencias, no hallaria una doña Emilia como él la buscaba.

Y sus recursos se iban agotando rápidamente sin haber conseguido nada.

Fué entónces que recurrió á los avisos de los diarios, en completo estado de desesperacion.

Lanza empezó á disfrutar así del poco dinero que tenia.

Habia trabajado mucho aquel último tiempo y su espíritu necesitaba descanso.

Lanza acudió, en sus paseos y andanzas, á todos los parajes donde podia hallar á Anita, pero no la volvió á ver mas.

Varias veces alquiló un matungo y se fué á pasear á Belgrano, dando vuelta por todo el pueblo, pero inútilmente tambien.

Ni la halló en parte alguna, ni Anita mandó nunca, como podia haberlo hecho, por la ropa que él le tenia, ropa que algun valor representaba.

Agotados sus recursos por completo, tomó un diario, y apuntó dos ó tres casas donde se pedia cochero.

Con la sola recomendacion de la de Lima, estaba seguro de ser tomado en la casa mas exigente.

La colocacion no le fué difícil, entrando esta vez al servicio del doctor Benitez.

Hubiera podido obtener colocacion con un corredor de Bolsa, servicio muy descansado, porqué se reducía á las horas hábiles del dia.

Pero siempre en sus ideas de fortuna, no queria hacerse conocer como cochero por los lados de la Bolsa.

El nombre se cambia muy fácilmente, pero la cara no.

La noche la pasaba no ya en su casa como ántes, sino que recorría los cafés donde iban sus conocidos, y el Alcázar, que era su diversion favorita.

A todos sus amigos habia encargado una colocacion de dependiente en cualquier parte, para un conocido suyo que andaba sin ocupacion.

En el comercio era preciso empezar por algo para llegar á mucho.

Así, poco á poco se van haciendo relaciones, se vá tomando práctica en el comercio, y se vá haciendo conocer.

Buscando en los avisos de los diarios, y encargándoles á todos, halló por fin una colocacion de mozo de tienda, en lo de Costa, tienda que le convenia por la clase de marchantes que allí compraban.

Practicar en el comercio es cosa muy aceptable, por mejor que sea la posicion del que practica.

En una tienda como la de Costa, muchos de sus conocidos lo veian detras del mostrador vendiendo géneros.

Pero con sus relaciones estaba disculpado, diciéndoles que estando próximo ya á abrir casa, queria ponerse bien práctico en los habitos comerciales del país.

Lanza se fué á la tienda de Costa, donde lo tomaron sin vacilacion alguna.

Su aspecto fino y dulce y su exterior bien cuidado predisponian en su favor.

El quehacer no era mucho, pero las horas de trabajo apenas le dejaban tiempo para ocuparse de otra cosa.

El sueldo era muy reducido, sumamente reducido, pero le habian prometido aumentárselo con arreglo á sus aptitudes y esto ya era algo.

De todos modos siempre aquella posicion era preferible á la de un cochero y no habia que vacilar en el cambio.

Lanza se despidió de su patron con gran sentimiento de este, porqué el servicio del jóven era correctísimo; arregló con él

su cuenta y tomó su nueva colocacion de mozo de tienda, con pasion verdadera.

—He cambiado de empleo, dijo á las francesas sus amigas, con menor sueldo, pero con mejor posicion.

En la tienda de Costa donde voy, como tengo que trabajar desde muy temprano, me dan casa y comida, pues tendré que dormir allí.

Esto no perjudica nuestra relacion, pero entónces estas piezas están demas y son un gasto inútil.

Si ustedes quieren, yo no me llevaré mas que la ropa necesaria para mudarme una vez y dejaré el resto aqui.

Ustedes me cuidan la ropa y yo en cambio les daré la mayor parte de mi sueldo, que aumentaré pronto, á medida que yo vaya progresando en el arte de vender géneros.

Las francesas aceptáron en el acto la propuesta.

En cuanto á muebles, Lanza no llevaba mas que su cama; los demas los habia regalado á las francesas.

Lanza, durante un mes, se habia propuesto hacer en la tienda una vida de reclusion absoluta.

Era la manera de ganarles el lado á sus patrones y hacerse de buen crédito.

¿Quien sabe si allí mismo en la tienda, viendo sus disposiciones y su buena conducta, no le salia algo mejor y que le conviniera mas?

En casa de Costa habia inventado una nueva historia, siempre tendiente á probar que era un gran personage.

Allí dijo que habiá venido de Europa á estudiar el comercio para establecerse, pero que de llegada no mas habia sido lastimosamente estafado y dejado sin un peso.

—Como mi ambicion era el trabajo, agregaba, poco me importa la pérdida del dinero, puesto que al fin puedo practicar al mismo tiempo que me gano la vida; aquella será la primer leccion que haya recibido, cara, eso sí, pero provechosa.

Como toda su ropa estaba en relacion con una posicion pecuniaria cómoda, aquella nueva historia coló como colaban todas las suyas, sin dificultad, siéndole al mismo tiempo muy ventajosa.

Sus patrones lo trataban con marcada consideracion, y los demas dependientes lo miraban con respeto, como á un hombre superior á ellos.

Siempre esto era una gran ventaja.

Aquellos primeros dias Lanza tomó la profesion de tendero como un pasatiempo cómodo y divertido.

El trabajo verdaderamente no existia, puesto que él se reducía á acomodar la tienda y los géneros que hacian desdoblar las señoras solamente para averiguar los precios.

Pero esta misma conversacion y trato con tanta señora, era para él una distraccion sumamente agradable y útil, pues no solo le servia de práctica en el comercio sinó en el idioma.

Hombre fino y astuto, que se complacia en ser agradable, de buenos modales y mejor figura, pronto se hizo de un gran

prestigio entre las marchantas, que preferían siempre ser atendidas por él.

Porqué no solo tenía paciencia para atenderles las mayores impertinencias, sino que, sin que ellas se las pidieran les iba mostrando todas las novedades de la tienda.

De donde resultaba siempre que algunas se tentaban y compraban lo que no habían ido á buscar.

Es que esto le servía al mismo tiempo para estar de jarana y de conversacion entretenidísima.

Los patrones, que observaban á Lanza para conocer su desempeño, estaban muy contentos de aquel dependiente que les habia caído como llovido del cielo.

—Si empezando recién tiene tanto buen tino para la venta al mostrador, decían, ¿qué será cuando adquiriera práctica y entienda realmente las necesidades del negocio?

Era aquel un mozo impagable.

Ahora, entre la gente de poca monta, modistas que iban á comprar sus géneros, costureras y sirvientas enviadas por sus patrones, Lanza habia adquirido un prestigio de todos los diablos.

No compraban en otra parte por nada de este mundo, aunque allí les vendieran mas caro.

Es que Lanza les conocía á todas su lado flaco, y les tocaba, como él decia, la sonata de su preferencia.

Así es que el lado del mostrador donde despachaba Lanza, se veía siempre lleno de ramitos de flores, de otras tantas modistas y costureras que eran al mismo tiempo sus novias y marchantas.

Los otros dependientes miraban por esto á Lanza con una admiracion suprema y trataban de imitarlo en lo posible.

Pero Lanza no tenía imitacion.

El con todas tenía algo especial que conversar que no podia terminar nunca, porqué como tenía que conversar con todas sus marchantas y estas eran muchas, no podia atenderlas todas á la vez.

Apénas hacia un mes que Lanza estaba en lo de Costa, y tenía ya mas despacho que los viejos dependientes de la casa.

Solo en los precios de los géneros no tenía todavía la práctica necesaria, pero como tenía á quien preguntar, esto lo preocupaba poco, no siendo para él ningun inconveniente.

Tan contentos estaban de él los dueños de la tienda, que al pagarle su primer mes de sueldo, se lo aumentaron en una tercera parte mas para que á su vez estuviera mas contento y tomara cariño á la casa.

—Si usted sigue adelantando como hasta ahora y atendiendo los intereses de la casa, pronto tendrá en ella una buena posicion y mejor sueldo.

Lanza, mostrándose sumamente contento, y en consideracion á no haber salido durante aquel mes, pidió un dia entero de licencia, que le fué acordado sin vacilar.

Su primer visita, como era natural, fué para las dos france-

sas sus amigas, que se creían olvidadas por él y estaban hasta cierto punto resentidas.

Pero él las compuso fácilmente, demostrándoles que era la vez primera que salía á pasear desde que cambió de empleo.

—Si ántes hubiera salido, les dijo, ántes hubiera venido, porque siempre hubiera sido para ustedes mi primer visita.

Y como no quería venir á verlas de todos modos con las manos vacías, preferí esperar á que se venciera el primer mes.

Y Lanza entregó á la francesa todo el sueldo que habia retribido, con excepcion de cien pesos que reservó para pasear aquella noche.

Este último y elocuente language aplacó todo resentimiento y Lanza fué tratado á cuerpo de rey, pues harto lo merecia un jóven que se conducia de aquella manera.

—Es el mio un empleo incómodo por ahora, por la esclavitud en que estoy, pero muy conveniente por el porvenir que alli tengo y la práctica que voy adquiriendo en el comercio.

En un par de meses mas me habré establecido por mi cuenta.

Y como pienso salir lo ménos posible, es preciso que ustedes, con algun pretexto de comprar, vayan á visitarme de cuando en cuando.

Todo el dia y toda la noche son míos hoy, pero no quiero abusar por ahora, y trataré de salir lo ménos posible.

Lanza pasó todo aquel dia entregado al culto agradable de aquella amistad.

Se mudó todo perfectamente, y á la noche llevó á sus amigas al teatro, las dejó allí y empleó todo el resto de la noche en visitar á algunas de las modistas con quienes habia hecho relacion en la tienda.

A unas porqué le gustaban de alma y á otras porqué le convenia tener relacion con ellas, á todas visitó y á todas presentó sus cumplimientos, haciéndoles todo género de ofrecimientos.

Concluidas estas visitas que podemos llamar diplomáticas, Lanza regresó al teatro y desde aquel momento se entregó por completo á complacer á sus amigas.

Terminada la funcion regresáron á casa y las francesas, que tenian el hábito de cenar, obsequiáron á Lanza como mejor pudieron, recogiéndose á dormir á una hora bastante avanzada.

A la mañana, bien de madrugada, ya Carlo Lanza estaba en pié, y listo para salir.

La vieja, que sabia que el jóven saldria temprano, lo esperaba con una buena taza de café que tomó con avidez y con gusto.

Y despues de recomendarles nuevamente que lo visitaran si él no venia, marchó á su conchabo, llegando á horas en que sus compañeros aun no habian abierto la tienda.

Lanza siguió trabajando cada vez con mas ahinco y mas entusiasmo, aunque ya aquella vida de encierro y de mostrador empezaba á fatigarlo.

Ya tenía bastante práctica para manejarse en la tienda por sí solo.

• Sus patrones solian salir con frecuencia, y aunque era él el dependiente mas nuevo, á él dejaban cónfiada la tienda, y era él quien la cerraba si aquellos no habian vuelto á la hora habitual de hacerlo.

Esta confianza vino á dar algun resuello á Lanza en su modo de ser.

Cuando podia hacerlo sin que nadie se apercibiera de ello, obsequiaba á sus amigas con tres ó cuatro varas mas en el género que compraban, ó tres ó cuatro varas ménos en el precio que les debía hacer pagar.

Por eso es que todas querian ser servidas por Lanza aunque tuvieran que esperar un buen rato, y sus patrones atribuian aquella preferencia á la habilidad que para el despacho tenia el nuevo dependiente.

Con las demas sucedia otro tanto, pues Lanza las trataba con un primor esquisito y una complaciencia ejemplar.

• A la noche, cuando los patrones no estaban, sus obsequios solian asumir mayor proporcion, pues solian ascender á un corte de vestido que no entraba en cuenta, ó alguna pieza de cinta rica, ó un tapadito de poca monta.

Así no hubo jamas tienda alguna que tuviera un dependiente tan solicitado.

Los patrones de Lanza le notificáron que podia salir todos los quince dias, eligiendo siempre domingos, y este fué un nuevo desahogo que tuvo Lanza.

Para un hombre como él, salir á paseo sin un centavo en el bolsillo era poco agradable.

Así es que cargando la mano una vez á alguna marchanta rica que no se fijaba en los precios, y otra vez al cajon del mostrador, él se preparaba durante la quincena los elementos necesarios para su dia de paseo.

De modo que cuando este dia llegaba, siempre tenia para llevar al teatro á las francesas, invitándolas á cenar, y obsequiar de cualquier modo á sus amigas.

Y el cariño de todas ellas crecia para Lanza, á medida que crecian sus dádivas y obsequios.

Así le eran mas soportables los quince dias que pasaba detras del mostrador, consagrado á vender y acomodar géneros.

Porqué no era nada la venta y el despacho al mostrador, sinó que cuando se cerraba la tienda ésta quedaba en tal estado, que tenian que emplear por lo ménos un par de horas en acomodarla.

Cada señora que entraba queria ver todos los géneros y habia que mostrárselos danda vuelta toda la tienda.

Esta era la parte fastidiosa del negocio, pues el despacho era todo conversacion y entretenimiento.

Entre las muchas relaciones que habia hecho Lanza en la tienda, se contaba la de un señor Cánepa, persona buena y de comercio, que se mostraba muy amigo del jóven, ofreciéndose en todo aquello que pudiera serle útil.

Lanza se habia lamentado á Cánepa muchas veces de su **nacion embromada.**

—Aunque aquí no estoy mal y me tratan muy bien, le decía, no es esta la colocacion que me convenia.

Yo quisiera un empleo en el comercio, donde pudiera aprender y progresar, donde pudiera practicar en negocios de giros con Europa, que es como yo quiero establecerme.

Mi familia me ofrece siempre recursos con este fin, pero yo no quiero aceptar sin ántes estar bien al corriente de los negocios y emprender una cosa segura.

Cánepa le decía que tuviera paciencia, que él le buscaria una casa arreglada á su deseo, pero que era preciso esperar á que se presentara la oportunidad.

Esta esperanza hacia que Carlo estuviera mas conforme y aguantase mas las incomodidades de su empleo en el acomodo de los géneros.

Pero jamas sus patrones pudieron observarle un mal modo ni siquiera un gesto de impaciencia.

El señor Cánepa tenia familia y era en su casa donde pasaba Lanza el mayor tiempo de sus dias de salida.

Habia un inconveniente para que el jóven pudiera colocarse en un escritorio como él deseaba, y era que Lanza no conocia la contabilidad sinó medianamente, y no tenia la menor nocion de teneduria de libros, cosa indispensable.

Cánepa habia hablado á Lanza muchas veces de la casa Caprile y Picasso y la clase de buenos negocios que ésta hacia.

—Los giros y remisiones de dinero, las comisiones y correspondencias dejan utilidades pingües, le decía.

Es cosa de enriquecerse en muy poco tiempo.

—Ese es mi bello ideal, respondia Lanza, ese es el negocio que yo quisiera emprender.

—Bueno, pero para ello falta la base principal que es la clientela; esto es lo difícil de obtener, porque esa clientela no acude sinó á las casas de gran confianza.

—Pero se hace, decía Lanza, y la manera de hacerlo es estar en una casa de esas como dependiente.

—Pues para eso mismo se necesita preparacion, sobre todo en el manejo de los libros de escritorio, cosa indispensable.

—Pues como hay que empezar siempre por lo primero, empezaré por aprender algo de libros, y así ya podré entrar al escritorio.

Una vez en un escritorio yo me iré haciendo de relaciones y clientela poco á poco, y así cuando abra mi casa, tendré una base segura con que contar.

—Lo que es por ese lado, como yo sé bien todo lo que es necesario, yo mismo lo pondré al corriente de lo que necesite, y así cuando encontremos el empleo, tal vez en la misma casa de Caprile y Picasso, podrá tomarlo sin peligro de no poderse desempeñar.

Desde aquel dia Cánepa empezó á enseñar á Lanza el manejo de los libros que necesitaba para entrar á lo de Caprile. Y no contento con lo que Cánepa le enseñaba, en la tienda de Costa y bajo el pretexto de poder ser mas útil, se hacia

dar algunas lecciones por el mismo tenedor de libros de la casa.

Sus días de salida los dedicaba expresamente en visitar á Cánepa, no solo por el agrado que tenia en la sociedad de su familia y el interés de aprender y aumentar aquella buena relacion, sinó por el de estar siempre presente en su pensamiento para que lo recordara el día del empleo.

Ya iba abandonando su relacion con las francesas, limitándola á ligeras visitas.

Un día Cánepa le dió la estupenda y esperada noticia que fué para él un colmo de felicidad.

En la casa de Caprile y Picasso se habia producido la suspirada vacante, y Cánepa le prometió hacerle ocupar el empleo.

Todos sus martirios iban á concluir, gracias á aquel amigo.

Lanza casi se volvió loco de alegría.

Entrar de dependiente en la casa de Caprile y Picasso era el colmo de su fortuna, pues hácia ella se encaminaba.

Era necesario esperar unos días, porque Caprile no estaba aquí y Picasso no se ocupaba de eso.

Lanza abrazó efusivamente á su amigo Cánepa y le agradeció todo cuanto por él habia hecho.

—Si yo consigo emplearme en esa casa, aunque fuera de portero, le decia, despues de mi padre será usted el hombre á quien mas deba; usted es mi verdadero protector y amigo.

—No es difícil, no es difícil, respondia Cánepa; soy amigo de la casa; algo puedo, y estoy convencido de que si hago á usted un servicio, tambien se lo hago á ellos, porque un dependiente como usted, de su conducta y condiciones, es un beneficio para una casa de comercio.

Aplicarse á los libros y nada mas, aplicarse á los libros que es lo que mas en la casa se necesita, y yo me encargo del resto, no hay cuidado.

Un pichon de banquero.

El señor Cánepa habia tragado bien la historia que le habia contado Lanza.

Lo creia un jóven de familia rica que no queria comprometer un capital sin conocer bien el negocio en que se metia, y tenia verdadero gusto en servirlo.

La casa de Caprile y Picasso estaba entónces en el apogeo de sus negocios.

Los bancos no habian establecido los descuentos de la manera que están en el dia, el comercio con la Italia habia tomado ya un gran incremento, y por su casa se hacian valiosos giros y operaciones de todo género.

La misma gente de trabajo depositaba allí su dinero, porque tenia mas confianza en la casa de Caprile y Picasso que en el mismo Banco de la Provincia.

El comercio italiano remitía por su intermedio los giros y la correspondencia, y entre los mismos hombres de trabajo no se conocía mas correo ni mas nada que la casa de Caprile y Picasso.

En los días de salida de paquete, la casa de Caprile y Picasso era una verdadera administracion de correos, por la gran cantidad de correspondencia que recibía para todos los puntos de la Italia.

La mayoría de aquella gente de trabajo se hacía hasta escribir sus cartas allí y leer las contestaciones que recibía, de modo que era preciso tener tres ó cuatro dependientes dedicados exclusivamente á la correspondencia.

Uno solo no mas era el encargado de remitirla al correo, siendo esta precisamente la vacante que debía ocupar Carlo Lanza por intermedio de su amigo Cánepa.

La correspondencia se echaba en una enorme bolsa que se llevaba al correo y que este recibía al peso en conjunto, y como en el escritorio se cobraba el porte por separado de cada carta, esta sola diferencia en el porte venía á constituir un buen negocio.

Hombres inteligentes y de una probidad especial, los señores Caprile y Picasso habían sabido dar á su casa un incremento poderoso.

Cánepa había hecho á Lanza esta explicacion minuciosa y era por esto que el jóven estaba tan empeñado en entrar á ella.

Porqué á pesar de no tener un centavo en el bolsillo, Lanza estaba persuadido que había de llegar á ser banquero, y banquero capaz de hacer la competencia á los mismos Caprile y Picasso.

Con un afan inmenso, se entregó al aprendizaje del manejo de los libros que le enseñaba Cánepa, sin descuidar por esto las atenciones de su empleo en la tienda de Costa.

Los días fuéron pasando hasta que Lanza, sin ser por esto un gran tenedor de libros, supo lo bastante, á juicio de su protector, para ocupar el puesto que le había prometido.

Y como Cánepa había hablado ya de Lanza al señor Caprile en los mejores términos, su admision no ofreció la menor dificultad.

Lanza, loco de alegría cuando supo esto, se despidió de sus patrones bajo el pretexto de que iba á establecerse con dinero que le había enviado su familia, saliendo de la casa en la mayor armonía y mejor amistad.

Como él gastaba mas de lo que ganaba, de la manera que hemos indicado, su situacion financiera no era de las mas consoladoras.

Pero esto ¿qué podía importarle en el momento en que precisamente creía haber agarrado el cielo con la mano?

Aun en una situacion peor no se hubiera afligido, pues si quiera ahora tenía casa donde dormir, buenas relaciones como Cánepa y algunos pesos en el bolsillo, del arreglo de cuentas con sus patrones.

Estos habian hecho á Lanza proposiciones muy ventajosas para que quedase en la casa, porque aquel dependiente representaba una buena clientela.

Pero Lanza las rehusó todas con el mejor modo posible, haciendo esta promesa:

—Yo les aseguro que si me fuera mal en los negocios y tuviera que volver al trabajo, siempre serian ustedes los preferidos por mi, porque en ninguna parte he de estar mejor que con ustedes.

Lanza fué á ocupar su nueva colocacion como un vencedor que vá á posesionarse de país conquistado.

Y con su aspecto de gran persona y su exterior simpático atrayente, engañó á sus nuevos patrones como habia engañado á todo el mundo.

Explicadas claramente sus obligaciones, se hizo cargo de su puesto con la mayor confianza de servirlo bien, pues siempre tenia á su lado la poderosa ayuda del amigo Cánepa.

Por otra parte era bien fácil lo que tenia que hacer.

Atender la clientela de la correspondencia, recibir los pequeños giros y cuidar que todo fuera remitido al correo á su debido tiempo.

Su conveniencia, bajo todo punto de vista, era portarse bien, para prosperar en la casa y para hacerse querer de toda aquella clientela de obreros á quienes miraba ya como á la suya propia.

Estos estaban locos con el nuevo dependiente de la casa, por la paciencia que este les tenia, el cariño con que los servia y la soberbia redaccion de las cartas que les escribia.

Las explicaciones que le pedian, se las daba con un minucioso detalle, y les leia la correspondencia cuantas veces querian.

El señor Caprile pensaba que hubiera dado con el dependiente que necesitaba, agradeciendo á Cánepa la buena ocurrencia de haberselo traído.

Lanza tenia mucho tiempo libre para pasear y divertirse, pero lo empleaba por el momento, de la manera que mas convenia á sus intereses.

Siempre frecuentaba la casa de Cánepa, por que era una relacion que le convenia de todas maneras, al extremo de que en ella era mirado como un miembro de la familia.

Tenia sus pretensiones amorosas con una bella hija de su amigo, pero estas pretensiones las ocultaba profundamente, esperando el momento oportuno para revelarlas.

Sin haber roto con las francesas sus amigas, habia dejado enfriar la relacion que con ellas lo ligaba.

Así se libraba de un estorbo que podia ser sério en cierto modo.

Tambien cultivaba sus relaciones con las modistas y costureras marchantas de la tienda de Costa, que habian lamentado su salida de aquel negocio y que no podian olvidar los muchos servicios que les habia hecho.

No queria frecuentar las diversiones públicas, porque esto

podia traerle algun perjuicio en la confianza del señor Caprile, y se dedicaba á estas buenas relaciones privadas que no podian serle perjudiciales en manera alguna.

En un mes Lanza estaba perfectamente al corriente en el manejo no solo de su empleo sinó de toda la marcha general de la casa, al extremo de que sin la menor dificultad se hubiera podido poner á su frente.

Entendia á las mil maravillas á toda aquella runfla de napolitanos que en solo un mes se habian habituado de tal manera á su modo de ser, que solo con él querian entenderse.

Porqué él les entendia todas sus mañas y sus dobleces y los complacia en todo.

En cuanto á sus especulaciones particulares, poco podia hacer Lanza, porqué en la casa todo estaba debidamente controlado, al extremo de que no se movia una paja sin que quedara constancia en los libros.

Para un hombre de la inventiva de Lanza no habia nada imposible.

El no se contentaba con su sueldo limpio, pero era preciso maniobrar con mucha cautela. si queria hacer las cosas de manera que no las sintiera la tierra.

En el manejo de todo, pronto encontró la fuente de recursos extraordinarios, de manera que el mas buzo no lo pudiera descubrir.

Despues de hecha la correspondencia para Europa y perfectamente franqueada, le sacaba las estampillas á una buena cantidad de cartas, quedándose con ellas para venderlas en el próximo franqueo.

Siendo él el que embolsaba la correspondencia, en la casa no podian notar la falta, y como en el correo tomaban la bolsa al peso bruto, y cerrada, tampoco notaban la falta.

De este modo se abria una fuente de recursos pequeña, pero en la esperanza de que despues podria ser mas vasta.

Como él abria el escritorio, podia pasar la mañana sin ningun género de fiscalizacion de otros dependientes y estudiar entónces la manera de dar rienda suelta á sus pequeñas especulaciones.

Caprile tenia tal confianza en su dependiente, que ni siquiera se le ocurrió jamas la menor duda sobre su integridad.

Es que él cuidaba de ser exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Siempre demostraba para todo la mejor voluntad posible, y por excesivo que fuera el trabajo, siempre se mostraba alegre para desempeñarlo.

En las vísperas de salida de paquete, el trabajo aumentaba al extremo de tenerlos ocupados la mayor parte de la noche.

Y Lanza, siempre alegre, siempre contento de poder ser útil, era el primero en entrar y el último en salir, sin que jamas se le hubiera visto ni siquiera un gesto de impaciencia ó de mala voluntad.

Por la mañana conversaba largamente con los napolitanos

que acudían al escritorio, conviniendo con ellos que las comisiones que allí se les cobraban eran demasiado fuertes y que era muy conveniente para ellos que se estableciera otra casa del mismo género, que tal vez él fundaría si encontraba apoyo.

Los napolitanos lo escuchaban convencidos plenamente de sus razones, é instándolo muchos de ellos para que se decidiera pronto.

Como al fin y al cabo era él quien les manejaba su dinero y su correspondencia, le tenían una confianza ilimitada y lo creían el brazo derecho de la casa.

De este modo Lanza preparaba lo que él llamaba su clientela del porvenir.

Y les recomendaba la mayor reserva sobre lo que habían hablado, diciéndoles:

—No hay que decir nada de esto á nadie, porque como si yo me establezco esta casa se viene al suelo, si saben que yo tengo ese propósito, me ván á hacer una guerra bárbara.

Y los napolitanos le guardaban fiel reserva por la cuenta que les tenía, instándolo para que se fuese cuanto ántes y se estableciera en el mismo negocio, porque no querían pagar mas aquella enormidad de comisiones.

Ni Caprile, ni los demas dependientes de la casa podían sospecharse de lo que pasaba, pues los napolitanos guardaban un silencio profundo por la cuenta que les tenía.

¿Quién los había de servir mejor que aquel jóven, que ya les conocía todos sus asuntos y hasta su modo de ser?

Como se vé, Lanza procedía con la mayor astucia.

Si él hubiera tenido capital, se habría establecido en el acto, seguro de llevarse gran parte de la clientela.

Pero la cuestion era establecerse sin capital y conseguir lo mismo.

Esto era lo que él quería y tras de lo que andaba.

No teniendo el trabajo de atraer clientela haciendo grandes aparatos de escritorios y dinero, no necesitaria mas capital, para empezar, que el mismo que le llevaran sus primeros clientes.

Luego los napolitanos son naturalmente desconfiados respecto al dinero.

Les cuesta muchas privaciones y trabajos poderlo agarrar, y no lo exponen así no mas en negocios ó malos depósitos.

Es muy difícil conquistarse la confianza de los trabajadores napolitanos, pero una vez que se ha conseguido, se tiene sin limitacion de ninguna especie.

Así es que la única manera de formar clientela entre aquella gente, era la que Lanza había puesto en práctica.

Y un cliente hoy, y otro en la siguiente semana, iba comprometiendo para la nueva casa á los clientes de sus patrones.

Lanza tenía que proceder con aquella lentitud, porque no hablaba del asunto á ninguno, sin estar ántes bien seguro del secreto.

La menor indiscrecion de aquellos podía costarle la salida de la casa ántes de haber podido realizar su propósito.

Era un asunto en el que habia de obrar con astucia y piés de plomo.

Otra cosa hacia Lanza para ir prestigiando su casa al mismo tiempo que desacreditaba la de Caprile, para que los clientes estuvieran descontentos.

Y esto tenia que hacerlo con una cautela infinita para no ser descubierto en ningun caso.

Aquellas contestaciones de gran interés para ciertos clientes, porqué eran acuses de dinero recibido ó de noticias de gran interés de familia, las sustraia de la correspondencia al recogerla del correo.

De modo que cuando el cliente iba por ella, era natural responderle que para él no habia nada.

Lanza les decia entónces confidencialmente que aquello sucedia porqué la casa era un bochinche, que no cuidaba á sus clientes de la manera que debia.

--Yo me encargo de hacerte venir la contestacion, le decia, porqué tengo muy buenos corresponsales particulares, y escribiré que vean á tu familia y le encarezcan la respuesta.

Pero es preciso que guardes silencio, porqué si sospechan que yo ando en estas cosas, pueden echarme á la calle y ustedes entónces se perjudicarian á la par mia.

Lanza hacia el aparato de escribir á su corresponsal y mientras Caprile no podia decirles por qué razon no habian contestado, Lanza les entregaba la carta deseada, que extraia de un sobre con su nombre, para hacerles creer que la carta venia bajo su cubierta.

Y siempre los que se entendian con Lanza y tenian con él amistad, eran los mejor atendidos y los que mas pronto recibian contestacion, gracias á sus supuestos corresponsales.

Esto le daba gran prestigio entre aquella su futura clientela, con perjuicio de la casa de Caprile, que no se sospechaba la clase de enemigo que tenia con aquel dependiente de tanta confianza.

Esta confianza la aumentaba diariamente el jóven con una conducta ejemplar y una rara dedicacion al trabajo.

Sus libros estaban mas que al dia, al momento, puede decirse, pues no hacia operacion sin asentarla inmediatamente.

En la apariencia, era un hombre exclusivamente dedicado al trabajo.

Nunca se le veia en los teatros ni en sitio alguno de pública diversion.

La primera parte de la noche la pasaba en la casa de su amigo Cánepa, conversando con la familia y sosteniendo aquella intimidad cariñosa que tenia con ella.

Se retiraba á una hora conveniente bajo el pretexto de que tenia que levantarse temprano al siguiente dia.

Pero en vez de recogerse, como se creia, iba á visitar á sus otras amigas las modistas, pues sus ocupaciones del escritorio y lo de formarse una clientela futura, no le impedirian hacer la cama á alguna modista rica, aunque vieja, con el cristiano intento de soplarle el capital.

En el cultivo de esta otra clase de relaciones que podían darle un buen provecho, pasaba la segunda parte de la noche

A casa de las más accesibles, llevaba fiambres y vino, improvisando alegres y memorables cenas que le daban un prestigio de gran señor.

Los timbres postales sustraídos á la correspondencia eran los que cubrían los gastos extraordinarios.

Su sueldo se dividía religiosamente entre las francesas que le daban de comer y el sastre que lo vestía.

Porqué Lanza por nada de este mundo abandonaba el cuidado de su persona exterior.

Siempre andaba correctamente vestido y hasta con lujo.

—Estas son las ventajas de la vida arreglada, decía á sus compañeros de escritorio de manera que lo oyera Caprile.

Lo que ustedes gastan en teatro y farras de todo género, yo lo gasto en ropa, porqué me gusta andar bien vestido.

Ya tendré tiempo de divertirme, non hay cuidado, ahora solo debo pensar en trabajar y tener contentos á mis patrones.

Es que su famoso exterior era con lo que Lanza contaba para todos sus propósitos amorosos.

La casa de Cánepa le servía para aparentar una vida arreglada y juiciosa, que le daría un triunfo seguro en sus planes amorosos matrimoniales.

Con las modistas, aquel exterior paquete le daba un aspecto de hombre de posición desahogada, que podía atender cómodamente hasta las frivolidades de la vida de soltero.

Había una modista vieja en la calle de las Artes, á quien Lanza había puesto sus puntos de explotación.

Sabiendo que Lanza estaba en una casa de giros, la vieja le había encargado varias veces la remisión de dinero, que Lanza tuvo cuidado de hacer religiosamente, trayéndole la contestación tan pronto como había llegado.

Era esta una cliente segura para el porvenir, y cliente importante, porqué podía recomendarlo á otras modistas y amigas que remitieran dinero.

Pero esto no era bastante; Lanza quería asegurarla amorosamente y hacer suyo la mayor parte del capital de la vieja.

—Si yo llego á pescarla, decía, no me ha de suceder lo que con doña Emilia, ¡no hay cuidado! no me he de meter en enredos que me hagan perder la masa de trabajo que me hizo perder aquella mentecata con quien me metí en mala hora.

Pero la vieja era más despierta que un zorro, y aunque le halagaba profundamente el cariño que el joven le demostraba, este halago no era suficiente para hacerle perder el juicio y la bolsa.

Tenia en Lanza la confianza suficiente para encargarle la remisión de cualquiera suma de dinero, sin exigirle el menor recibo ni constancia.

Pero una cosa era darle dinero como banquero, para remitir á Europa, y otra cosa era dárselo como amante y para que le diera el giro que quisiese.

Lanza tenía que ser rigurosamente íntegro en toda remision de dinero que se le confiase, porqué esto estaba en sus intereses y en el crédito personal que debía hacerle á su futura casa, así es que sin peligro de ningun género podia confiarsele toda clase de intereses.

Pero él queria disponer del capital de la vieja, no con intencion de quedarse con él por el momento, sinó porqué aquel capital le habria servido para establecerse de una manera segura y rápida.

Pero la vieja no queria entender sus indirectas y hábiles insinuaciones.

—Su capital bien girado, le decia Lanza, puede darle mayores utilidades que la casa de modas; para hacer producir el dinero, no hay como el dinero mismo.

Pero la vieja sonreia astutamente, diciéndole aquello de «mas vale pájaro en mano que buitre volando.»

Es que aquel capital, para formarlo, le habia costado veinte años de trabajo ímprobo y asídulo y no queria arriesgarlo en una especulacion, no porqué no tuviera confianza en Lanza, sinó porqué no la tenía en ningun género de especulaciones.

La buena vieja habia tenido por marido á tal lámina, que la habia curado de especulaciones y negocios.

Escuchaba con sumo agrado los amores del jóven, se dejaba querer en todos los tonos, y correspondia á aquel amor con todo género de atenciones cariñosas, pero nada mas.

Eso de especular con el dinero ganado á fuerza de tanto trabajo, no estaba en sus libros.

Lanza se desesperaba y trataba de estudiar el lado flaco de la vieja para entrarle por allí, pero todo era inútil.

Una vieja que no la vence el amor de un jóven interesante como Lanza, no la vence nada en esta vida.

Pero Lanza no era hombre de abandonar su presa á dos tirones, ni de renunciar á un proyecto cuya realizacion podia ser la realizacion de sus sueños, si la vieja consentia solamente en que le manejara su capital.

Entretanto iba aumentando dia á dia el capital de estimacion y aprecio que le tenían en casa de Caprile, y el cariñoso interés con que lo trataban en casa de Cánepa, donde estaban los verdaderos intereses de su corazon.

Por supuesto que no por eso se descuidaba en la formacion de la clientela segura para lo que él llamaba su futuro banco.

La mayor parte de la mañana estaba solo en el escritorio, pues él lo abria bien temprano so pretexto de trabajar en los libros.

A esa hora de la mañana caian los clientes que tenían ocupado su dia en el trabajo.

Y este era el tiempo que aprovechaba para todas sus maquinaciones diabólicas, cuyo fin era el de prepararse una clientela.

En tres meses de escritorio, Lanza habia adquirido una práctica fabulosa en el manejo de los negocios, conocia todas las

especulaciones á que estos se prestaban, y hasta tenia pensados mil otros negocios en los que la casa no especulaba, porque le sobraba trabajo.

Ascendiendo poco á poco, Lanza habia llegado hasta recibir el dinero para los giros, siendo sus apuntes y operaciones tan claras, que podian verse al primer golpe de vista, con solo mirar su libro que estaba siempre al día.

En el negocio de las letras, él hacia sus pequeñas especulaciones por su cuenta, que le daban buenos resultados para sus entradas extraordinarias.

Daba por ejemplo dinero de ménos en cantidades gruesas que devolvía.

Si el cliente se apercibia y reclamaba, Lanza decia:

—Tenga paciencia, que cuando balancee la caja á la tarde, ha de aparecer de mas el dinero que le he dado de ménos.

Y como en el balance aparecia la suma, la restituía íntegramente.

Si el cliente no se apercibia, era una utilidad que ingresaba á sus fondos particulares.

Estos golpes no los repetía con demasiada frecuencia, pues la frecuencia era muy bien una delacion ó un alerta sospechoso dado á clientes y patron.

Solo lo hacia en las letras muy valiosas, en cuyo vuelto una falta de dinero podia muy bien disculparse, mas en los días de mucho despacho.

Así, cuando alguno se presentaba al escritorio diciendo que el jóven le habia dado dinero de ménos, ni el reclamante ni nadie sospechaba que aquello pudiera ser intencional, ménos oyendo á Lanza que respondía muy tranquilamente:

—No digo que no, puede ser muy bien, porque ni el Papa mismo es infalible, aunque pretenda serlo.

Tenga paciencia hasta la tarde en que balancee mi libro, él me dirá si me he equivocado en mi cuenta.

Y al practicar aquella operacion con la mayor tranquilidad, se le sentía exclamar:

—Decididamente soy un animal, un gran animal y merezco que me lo digan á cada momento.

Aquí está el dinero que he dado de ménos.

Y cuando volvía el cliente se lo devolvía propinándose los mas duros calificativos.

—No se trate así, amigo, le decia el cliente mortificado con aquella aparente afliccion, cualquiera se equivoca en una cuenta.

—Pero ese cualquiera es siempre un bruto, decia Lanza, y dá lugar á que se crea otra cosa.

Caprile tenia tal confianza en el jóven, que nunca revisaba su libro; era preciso que él se lo mostrase y lo obligara á verlo.

Por el lado del escritorio Lanza estaba asegurado y por el lado de los clientes mas aun, porque estos le tenian una confianza ilimitada y creian como un evangelio lo que él les decia.

Habia entre ellos un napolitano muy desconfiado y tacaño, que en cuestiones de dinero no se tenía fé ni á sí mismo.

Era este un jorobado que tenia cincuenta oficios y vivia en la mayor miseria para hacer economías y juntar dinero, que remitia á Europa por la casa de Caprile, pues no tenia confianza ni en el mismo Banco de la Provincia.

Antes de entregar á Lanza el dinero, lo contaba cincuenta veces y de cincuenta modos distintos y asimismo nunca estaba conforme, siempre temia haberse equivocado.

Lanza se propuso vencer la desconfianza del jorobado, y muy pronto llegó á ello, con general asombro, pues muchos habian ya renunciado á entenderse con él por su avaricia desmedida.

Entregaba su dinero y lo seguia en las manos del dependiente hasta el cajon, obligándolo á sacarlo muchas veces, para hacer un recuento.

Lanza se reia mucho del jorobado, y le decia que era necesario que tuviera confianza en él que era mas práctico y ménos susceptible de equivocarse, porque no solo tenia mas práctica sinó ademas el control de sus libros, que le rectificaban cualquier error al interrogarlos en su balance.

Pero el jorobado se desentendia de estos argumentos y seguia siempre en sus febriles recuentos.

Una tarde de mucho apuro, el jorobado le dió cuatrocientos patacones para remitir, suma que habia contado tantas veces que sabia de memoria la clase de billetes que la componian.

Lanza tomó la suma, la contó rápidamente y la echó al cajon.

Pero como si tratara de rectificar algo, la sacó en seguida y se puso á contarla nuevamente.

Vispera de paquete, habia ese dia mucha gente delante del mostrador.

Viendo el jorobado que el jóven recontaba el dinero con cierta atencion, le dijo sonriendo:

—No te aflijas, que lo he contado yo, y mas fácil es que haya dinero de mas que de ménos.

—Precisamente por esto recuento, dijo Lanza, porque si dices que me das cuatrocientos patacones, hay dinero de mas.

Al oir esto el jorobado abrió enormemente sus ojos y los fijó en los billetes, diciendo:

—No puede ser, seria la primera vez de mi vida que me sucede semejante cosa.

Lanza estrujó entónces dos billetes como si tratase de despegarlos y una vez logrado esto, apartó un billete de doscientos pesos.

Concluido el recuento dijo al jorobado: pues ahí tienes, mi amigo, ese billete está de mas.

El jorobado tomó entónces el dinero con ademan tembloroso y lo contó á su vez, hallando el mismo resultado, doseientos pesos de mas.

Entónces miró á Lanza, expresando en aquella mirada toda la suprema admiracion que sentia, y le dijo:

—Pues amigo, es usted el hombre mas honrado que he conocido en mi vida.

Y como quien dá un pedazo de cielo, sacó del bolsillo del

chaleco veinte y cinco pesos que dió á Lanza, diciéndole: partamos la diferencia, estas acciones no deben quedar sin recompensa.

Como Lanza rehusara la dádiva alegando que no habia por que hacer semejante cosa, el jorobado pensó que seria por poco y dobló la suma.

Pero su admiracion no conoció limites cuando sintió que el jóven le decia:

—Mi integridad está ya pagada con mi sueldo por el señor Caprile, y yo no admito dádivas por cumplir con mi deber.

El jorobado guardó su dinero y desde aquel dia miró á Lanza con un respeto fabuloso.

Un mes despues de esto, el jorobado llevó cinco mil pesos para ser remitido á Europa.

Lanza tomó el dinero y lo echó sin contar al cajon.

Sabia que el jorobado era muy avaro, pero muy íntegro.

—Disculpa que no cuento, le dijo, porqué estoy muy ocupado; ya lo habrás tú contado.

El jorobado sonrió y dijo: no hay cuidado, no has de volver á hallar dinero de mas.

Dos días despues, cuando el jorobado fué por el recibo que Lanza no habia podido darle aquel dia, casi se cayó de espaldas al oír que el jóven le decia:

—Aquí tienes el recibo y estos cien pesos que venian de mas, como la vez pasada, en dos billetes pegados.

¿Con qué diablos aprietas el dinero que así está pegado?

Aquel era el colmo de la honradez.

Devolverie dinero cuando Lanza podia haberse quedado con él sin que nadie lo sospechara siquiera, era para el jorobado una accion incomparable.

Y tal fué su asombro, que á pesar de su proverbial miseria, quiso regalar á Lanza aquellos cien pesos, diciéndole: guárdelos, porqué me enoja.

—Aunque te enojos no los tomo, he cumplido con mi deber y ya te he dicho que para eso me paga mi patron.

No habiendo en el escritorio mas que el jorobado, aquella negativa de Lanza no podia ser por temor de que lo vieran, sino por pura honradez, y el jorobado desde aquel dia tuvo en Lanza mas confianza que en sí mismo.

Si Lanza le hubiera dicho «faltan mil pesos en tu dinero,» los hubiera pagado sin vacilar.

—Tu confianza me cuesta trescientos pesos, decia Lanza para sí, pero los doy por bien empleados, pues los que vean que tú me tienes tal confianza, ni en sueños podrán dudar de mi integridad.

Porqué aquellos dos errores del jorobado habian sido una especulacion de Lanza para granjearse su confianza.

Y habia puesto de su bolsillo aquellos dos billetes que aparecieron de mas en las dos cantidades.

Para que el jorobado se equivocara en su contra hubiera sido necesario que hubiese perdido el juicio, y no presentaba ningun síntoma de locura.

Y nadie podía sospechar que aquello había sido hecho expresamente, porqué al mas perspicaz hubiera escapado el interés que en hacerlo tenía Lanza.

Su fama de honradez fabulosa cundió por toda aquella gente obrera a quien el jorobado referia el cuento lleno de admiracion, y aquellos fuéron otros tantos clientes del futuro con quienes, sin decirles una palabra, podia contar Lanza cuando abriera su famoso banco en competencia con Caprile, á quien no pensaba dejar un cliente ni para remedio.

El gran escollo donde se estrellaba el ingénio de Lanza era en el bolsillo de la vieja modista.

Todos sus proyectos y combinaciones le salian admirablemente bien hasta entónces.

Solo sus planes sobre los fondos de la modista no le daban un resultado satisfactorio.

Habia llegado á hacerse amar sin otro interés que el de su cariño.

La vieja le consultaba todos sus planes y negocios, siguiendo ciegamente sus consejos.

Cada vez que tenia que enviar dinero, á él se lo entregaba sin el menor recelo, pero tratándose de entrar en especulaciones ó dar dinero al j ven, ya era otro cantar.

La mujer se mostraba mas agarrada que garrapata en la oreja de un perro.

—Basta con las especulaciones en que me metió mi marido, le decia, y sin las cuales hoy yo seria riquisima.

—No hay mejor especulacion que el banco, créeme, y si dispones de dinero propio sigue mi consejo.

Debia ser muy agarrada la vieja ó muy escamada, cuando á pesar de su situacion respecto á Lanza, á pesar de estar perdida de orgullo por el amor del jöven, le hacia hasta resistencia en sus intereses.

No por esto se acobardó Lanza ni renunció á sus planes.

Por el contrario, hizo con la vieja todo el aparato posible para convencerla de su amor profundo, y especulativamente no le habló jamas una palabra de intereses.

—No hay nada que venza a la constancia mia, pensaba, ella caerá cuando menos lo piense y caerá en toda regla.

La tengo amarrada por el lado del corazon, que era lo mas dificil, lo demas vendrá por sí solo.

La vieja es astuta y desconfiada, pero si he vencido la desconfianza del jorobado, con mas razon he de vencer la de la vieja cuando apele á mis grandes recursos que aun no me conviene poner en juego.

Y siguió visitando asiduamente á la vieja y regalándole flores y perfumes, mientras ella le regalaba algo mas sólido.

Tenia su encanto y su orgullo en la paqueteria de Lanza, le gustaba enormemente verlo vestido con aquella correccion y le habia regalado un riquisimo reloj y un anillo con brillante, que Lanza tenia muy buen cuidado de no usar sinó cuando iba á visitarla.

Todos sabian que él no podia gastar en esas prendas y trató siempre de ocultarlas.

El amor de la vieja fué el golpe de gracia para las planchadoras de fino, que no lo veian sino muy de tarde en tarde, porqué todo su tiempo lo dedicaba al amor de la vieja modista.

Sin embargo las planchadoras de fino no por esto se mostraban mayormente irritadas.

Cuando se presentaba Lanza en la casa, era siempre el bienvenido, todo para él eran buenos modales y atenciones.

Es que Lanza, si faltaba en persona, no faltaba en dinero al fin del mes, pues aquellas mujeres le cuidaban la ropa y era siempre un refugio que tenia para huir á cualquier calamidad que pudiera sucederle.

Por esto no queria dejar de llenar con ellas sus modestos compromisos y tener seguro aquel refugio contra cualquier contratiempo.

Lanza se habia hecho de muchos amigos en el escritorio de Caprile, pero aunque á todos atendia cariñosamente, no tenia mucho tiempo que dedicarles, porqué el dia lo ocupaba en absoluto en sus ocupaciones y la noche la repartia en aquellas visitas que le conocemos.

Amigo íntimo de algunos cronistas de diarios, nunca le faltaban un par de entradas á los teatros con su correspondiente asiento, que distribuia por turnos entre la modista y las planchadoras, haciéndoles creer que las habia comprado expresamente para ellas, porqué la funcion era buena.

Siempre en su manía de ocultar las diversiones á que asistia, él no iba al teatro sino á la hora de salida para acompañar á las invitadas hasta su casa, haciéndoles creer que habia estado sumamente ocupado en el escritorio, lo que realizaba el mérito de la invitacion.

Con muchos clientes de la casa de Caprile, colocados en el comercio, mantenia amistad estrecha, pero tenia buen cuidado de mostrarse con ellos lo mas sério que le era posible y hombre absolutamente de trabajo.

No habia una sola persona que lo conociera, que no se asombrara de su dedicacion al trabajo y de su conducta ejemplar, porqué jóven, paquete y buen mozo como era, tenia todos los elementos necesarios por haber llevado una existencia felizmente galante.

Esto era la disculpa á muchas cosas, del dinero que gastaba y al lujo relativo con que andaba, porqué entónces podia decir que cuanto ganaba se lo echaba encima.

El señor Caprile seguia cada vez mas contento de su dependiente, por sus excelentes disposiciones y por su conducta invariable é intachable.

Sus clientes se entendian con él en preferencia á ningun otro, y sus obligaciones eran siempre correctamente cumplidas.

Es que Lanza tenia un doble motivo, una doble razon para portarse bien.

Primero, la conveniencia del momento, de conservar el em-

pleo en el escritorio é ir prosperando en él, y segundo que su conducta presente sería su crédito para el futuro y la base en que reposarian los grandes negocios que proyectaba.

Aquel negocio era soberbio; con solo una buena conducta tendria cuanto quisiera, y podria disponer de sumas incalculables, pues era el crédito que tuviese y la confianza que inspirara, los que habian de llevar á su escritorio el dinero.

Por esto es que ya la cuestion del capital no lo preocupaba tanto como al principio.

El verdadero capital estaba en sus clientes, y estos no se atraian con dinero sinó inspirándoles una confianza absoluta.

Al mismo tiempo que preparaba sus clientes aquí, era necesario que preparara los corresponsales con quienes habia de entenderse en Europa, y esto tambien lo hacia con cierta habilidad.

Ciertas cartas que le encargaba escribir su patron, las escribia dobles, para firmar él una é irse haciendo conocer de esta manera, como dependiente de toda confianza en una casa de tan vasto crédito.

Otras cartas las escribia por cuenta propia, y mandaba bajo su firma y directamente las sumas que le entregaba la vieja modista y otras que le eran encargadas por intermedio de esta.

Asi se iba haciendo conocer poco á poco, de manera á poder entenderse directamente con las relaciones comerciales del señor Caprile, las cuales su firma y sus órdenes no las tomarian como nuevas.

A su familia le habia escrito ya, exagerando su posicion comercial y social.

—Soy un comerciante de importancia, le decia, y la fortuna me sonrie de todos modos.

En cuanto pueda desenvolverme un poco de mis negocios iré á hacerles una larga visita al mismo tiempo que visite las personas con quienes mantengo relacion comercial.

Era imposible prepararlo todo con mayor habilidad que lo que hacia Lanza.

La cuestion era ahora, cuando lo tuviera todo preparado, poder salir honradamente del escritorio y en buena armonia con el señor Caprile, para que este no pudiera enrostrarle nada y no tuviera motivo para desacreditarlo en su negocio.

Mas práctico que todos los otros dependientes en el manejo de la casa, no tendria la menor dificultad en la suya, pudiéndola hacer trabajar como una casa vieja desde el primer momento que la estableciera.

Las cosas que de mas necesidad podian serle en los primeros momentos, como sellos postales y letras en blanco, las iba tomando lentamente del escritorio y copiándolas en su casa.

Y como su salida de la casa podia tener lugar de un momento á otro, habia alquilado dos piezas en la calle de Tacuarí 81, piezas que habia ido amueblando lentamente, para darles el aspecto de escritorio á una y de habitacion á otra.

Cuando algun cliente tenia alguna dificultad pequeña que él trataba de hacer muy grande, le decia:

—Vaya esta noche á mi escritorio, Tacuari 81, y allí le allanaré toda dificultad.

El cliente iba y Lanza le arreglaba su dificultad, con tanta complacencia y tino, que lo dejaba prendado.

Muchos preferían ir directamente á su escritorio á arreglar sus negocios, porque lo hacían con mas comodidad y sin imponer de ello á tanta gente como se reunía siempre en el escritorio de Caprile, quien jamás pudo sospechase del juego de entretelones que le hacia Carlo Lanza.

¿Cómo iba á sospecharlo si la primer condicion que imponía á la gente que servía era la de que guardasen la mayor reserva?

Y con ellos desacreditaba hábilmente la casa de su patron para recomendar la suya.

—Allí les cobran una comision enorme por cada giro, les decia, y esto es casi una explotacion.

Estoy deseando abrir mi casa para que puedan palpar con hechos lo enorme de los precios que les cobra Caprile.

Muchas veces á mi mismo me dá pena hacerles los descuentos que cobran allí, pero no me es posible conducirme de otro modo.

Como yo no soy el dueño de la casa, no puedo hacer rebajas por mas deseos que tenga, porque tengo que ceñirme á las órdenes recibidas, si no quiero que me echan á la calle, lo que me perjudicaria en mi crédito de negociante.

De todos modos, cuando Caprile sepa que yo he abierto casa y que no cobro la barbaridad de sus comisiones, me vá á hacer la guerra.

Pero esto poco me importará, porque ya ustedes conocen el motivo y me conocen á mí lo bastante para tenerme confianza á pesar de todo lo que se diga.

De este modo Lanza paraba con anticipacion todos los golpes que pudieran dirigirle, desde que ellos nunca podrian dirigirse contra su crédito ni conducta.

Era en los clientes nuevos, sobre todo, entre los que Lanza tenia mayor influencia, conquistada con su mas hábil procedimiento.

Cuando aparecia algun cliente nuevo á tomar informaciones sobre remision de dinero ó encargos á Europa, Lanza lo mandaba á su escritorio, donde le daria, decia, toda clase de informaciones, haciéndole presente la manera mas cómoda y económica de mandar su dinero.

—Si usted no tiene mucho apuro, le decia, dentro de algunos meses se lo podré enviar yo mismo, porque estoy arreglando un servicio de corresponsales.

Ahora, si usted está apurado, yo le haré la primer remesa por el escritorio donde estoy empleado.

Le costará un poco mas, pero el dinero irá pronto y seguro.

Y previo discurso de no decir nada á nadie, pues no queria aun enemistarse con la casa en que estaba hasta que abriera la suya, despedía al nuevo cliente que salía prendado de los modos atentos y agradables de Carlo Lanza.

Algunos hacian su remesa por la casa de Caprile y por intermedio del mismo Lanza, y otros se resolvian, no estando apurados, á esperar que éste abriera su casa bancaria.

Entre los vueltos que podia morder, algo de mas que cobraba á los poco prácticos y su negocio de las estampillas, se juntaba una buena mensualidad, que á veces le alcanzaba para gastar y aun guardar un poco.

Y como todo aquello era hecho con suma habilidad, no podia ser pillado en manera alguna.

En las cartas que escribia á Europa valiéndose de su posicion de empleado de Caprile, tenia buen cuidado de indicar su domicilio de la calle Tacuarí, para evitar así que una carta abierta por error ó por intencion fuera á descubrir el vasto plan de sus operaciones extra legales.

Cánepa, que cada vez tenia mas motivos de aprecio por Lanza, lo recomendaba continuamente á sus patrones, haciéndole entrever un buen porvenir en la casa de Caprile, porqué á él mas que á nadie ocultaba el jóven su proceder poco correcto.

¿Cómo iba á sospechase Cánepa los enredos de Lanza, si éste aparentaba pasar en su casa el tiempo que le dejaba libre el escritorio?

Así, Lanza era para ellos el colmo del juicio y de la conducta tranquila; lo que los asombraba enormemente dada la edad del jóven y su modo de ser eminentemente alegre.

Era realmente un fenómeno que un jóven de aquellas condiciones no fuese al teatro, ni á bailes, ni á centro alguno de diversion.

¿Cómo se habrian quedado si hubieran visto á Lanza en un diálogo amoroso con su vieja modista, tratando de seducirle el bolsillo!

Lanza habia comprometido en esa aventura, no solo el amor al dinero de la modista, sinó su mismo amor propio, por lo mismo que la mujer se resistia de aquella manera.

Ella estaba enamorada de él al extremo de regalarle alhajas de valor; tenia en él una confianza absoluta, puesto que sin recibo alguno le confiaba sumas de dinero para remitir á Europa, ¿por qué no le aflojaba tambien la jareta de la bolsa?

Y Lanza se hacia esta pregunta y no podia conformarse con su impotencia á este respecto.

Y por mas que le estudiaba á la modista sus lados vulnerables, no podia dar con el que debia abrirla la bolsa.

El no necesitaba dinero para el hecho material de abrir su casa, porqué ya hemos visto que habia preparado los clientes y las cosas de tal manera, que sin un centavo en el bolsillo hubiera ganado dinero desde el primer dia, sin contar que las primeras sumas que se le confiaran, las podia haber girado á su gusto y conveniencia, demorándolas un poco de tiempo, lo suficiente para servirse de ellas sin perjudicar su crédito.

El hubiera deseado un capital de cierta importancia para remitirlo como adelanto á las casas de crédito en Italia contra las que pensaba hacer sus giros.

De este modo su casa habria podido funcionar desde el primer momento como una casa vieja, sin entorpecimiento de ningun género y con tanta rapidez como la mejor montada.

Por esto hacia el amor á la bolsa de la modista, pues este dinero le hubiera servido para ese provechoso fin.

Al fin se convenció que toda gestion en este sentido era perfectamente inútil y se dedicó solo á la pequeña explotacion de los regalos que aquella le hacia y á lo que podia chuparle en la remision de los fondos que le daba.

Tocante á capital, no habia que tener esperanzas.

La última esperanza.

Así Lanza se habia concretado á seguir haciendo méritos en la casa Caprile, por lo que convenia á sus intereses del momento y los del futuro, convencido de que un capital era cosa imposible de conseguir para él.

Su única esperanza habia sido la modista, pero esta esperanza se habia desvanecido al fin.

Era la modista, tocante á intereses, el sér mas raro y mas práctico con que habia tropezado Lanza en su vida.

Lanza, convencido íntimamente de que sus negocios tenian que darle un resultado brillante, no habia pensado en estafar á la modista en su dinero; hagámosle justicia.

El se proponia emplear ese dinero en establecerse de una manera sólida y tenerlo en su poder haciéndolo ganar intereses bárbaros.

¿Para qué cometer una estafa que podia perjudicar enormemente su crédito, cuando por el buen camino podia llegar al mismo fin, la fortuna?

Resuelto á tantear todos los medios á su alcance ántes que darse por vencido, una vez que se convenció que la modista no le aflojaria la mosca por nada de este mundo, se resolvió á herirla en la parte que creyó vulnerable á todas luces, el único medio posible y seguro de agarrar la plata de la modista: el matrimonio.

¿Qué vieja de este mundo resiste á una proposicion de matrimonio hecha por un hombre jóven y buen mozo?

El medio era caro, pero en cambio, de una seguridad indudable.

Si la vieja lo queria al extremo de haber sido su amante, arrojando hasta la crítica silenciosa pero dolorosa de sus oficialas, ¿cómo no habia de quererlo como marido?

Lanza estaba seguro que con la sola proposicion la vieja se volveria loca de alegría.

Una noche en que habian cenado opíparamente despues del teatro, Lanza, en seguida de haber hecho á la vieja una poética manifestacion de su cariño, que aquella escuchó en un verdadero éxtasis, le dijo que habia resuelto casarse. porqué

aquella vida no convenia en manera alguna á un hombre sério como él, que tenia entre mano negocios de cierta magnitud, y que pensaba establecerse como banquero.

La pobre vieja, que estaba lo mas agena de este mundo á los proyectos del jóven, rompió á llorar de una manera conmovedora.

Una noticia como esa, dada asi á quema ropa, tenia que producirle un efecto desastroso.

Porqué, como era natural, se figuró que Lanza le daba parte de su casamiento con alguna otra mujer cuya edad armonizaba con la de él y por eso habia tratado de endulzarle la pildora con aquella manifestacion de cariño que acababa de hacerle.

—Pero, ¿por qué lloras? preguntó Lanza afligido, sin comprender en el primer momento la causa de aquel dolor.

¿Por qué lloras, mi alma, cuando mi noticia debia haberte producido un placer inmenso?

¿O acaso no me quieres, y todos tus cariños habian sido fingidos?

¿Amas acaso á otro que vale para tí mas que yo?

Y le echó una mano al cuello abrazándola tiernamente.

—¡Ingrato, ingrato y bárbaro! exclamó la vieja soltando toda la fuerza de su llanto.

¡Me vienes á dar la noticia de que te casas, y no quieres que llore!

¿Me crees acaso una persona sin corazon, ó crees que mi edad madura me impide tener sentimientos y amor propio?

¿Quieres acaso que de puro placer me comprometa á hacer el ajuar de tu novia?

—¡Tonta! ¡tonta celosa! exclamó Lanza al fin, comprendiendo la causa de aquella desesperacion y aquel llanto.

¿Cómo te figuras, despues de lo que te he dicho, que habia de venir á darte la noticia de que me cao con otra?

Es contigo, tonta, contigo con quien he resuelto casarme, porque he comprendido que nadie ha de tener por mí el cariño que me profesas, y de que todas las cosas deben tener su compensacion en esta vida.

Es á tí, querida mia, á quien pienso hacer mi esposa, la compañera tierna y apasionada de mi existencia.

Al oír aquella manifestacion que no esperaba y que venia á ser un contraste tan poderoso con el dolor sentido un momento ántes, la pobre muger quedó aturdida, al extremo de no saber lo que le pasaba.

Su mirada se dilató como la de un loco en la contemplacion del jóven, se pasó la mano por la cabeza en ademan violento y como si dudara de su juicio, no supo que responder.

—¡Tú casarte conmigo, tú mi marido! exclamó al fin con voz entrecortada por la emocion; y se echó en los brazos del jóven, dominada completamente por la emocion que sentia.

—¿Y qué tiene de asombroso? preguntaba Lanza emocionado á su vez al ver que su tiro habia dado en el blanco.

Estoy persuadido de la fuerza de tu cariño, que vengo ob-

servando desde el dia en que me lo demostraste por vez primera; veo que nadie ha de quererme como tú y de que yo no puedo querer á nadie como á tí y me caso contigo.

¿Qué cosa mas natural y mas lógica?

Es la compensacion á tu cariño y á tus bondades, y si algo siento es no poder elevarte á una posicion mas elevada.

La pobre mujer estaba como idiotizada, no podia darse cuenta de lo que pasaba por su espíritu y miraba á Lanza de una manera suprema, preguntándose si el vino podia haber influido algo en aquella extraña é inesperada resolucion.

—No me engañes, le dijo, no me engañes, te lo pido por lo que mas quieras en el mundo, porque no sé hasta donde me llevaria el desencanto de una desilusion tamaña.

--¿Y con qué objeto habia de engañarte? ¿con qué interés habia de decirte semejante cosa si ella no fuera una resolucion inmutable?

¿No te he dado ya las razones que me impulsan á hacerlo?

Me casó contigo porque debo hacerlo, porque te quiero con toda mi alma y porque no me conviene la clase de vida que llevo así, vida que puede perjudicarme en mis negocios.

La modista quedó como abismada en sus pensamientos.

La impresion del momento empezó á ceder el campo á su buen juicio y pensó que aquello no era ni natural ni lógico.

Un hombre jóven y hermoso como Lanza, de talento y en visperas de tener una posicion importante, no podia casarse con una mujer vieja relativamente para él, y sin ningun atractivo que sirviese de disculpa á una resolucion de aquella magnitud en la vida de un hombre.

Solo el deseo de poseerla en absoluto, el temor de verse pospuesto y hecho á un lado por otro, podia hacerle tomar una resolucion semejante.

Pero el jóven, que reinaba en su espíritu de una manera absoluta, que sabia que ella lo amaba de una manera suprema y que no podia temer una competencia ventajosa, no estaba en aquellas condiciones.

No tenia necesidad de sacrificar su libertad y su porvenir para obtener una cosa que sin necesidad de aquel sacrificio poseia incuestionablemente.

Ninguna ventaja podia reportar de aquel desigual matrimonio, y era esto lo que la obligaba á pensar de aquella manera y buscar la causa de un proceder tan extraño é inesperado.

Y pensando con cierto criterio, no encontró mas explicacion á aquel matrimonio que su dinero, su fortuna, que era lo único de que Lanza no disponia y de lo que solo sería dueño casándose con ella.

Desde que encontró aquella explicacion perfectamente lógica, la modista se puso en guardia, y sin disminuir la manifestacion del agrado que le causaba aquella noticia, dijo á Lanza que era feliz, feliz como nunca habia creído serlo, pero sin darle una contestacion precisa.

Esto lo atribuyó Lanza al aturdimiento de la noticia misma

y no quiso exigir una contestacion perentoria que creia no necesitar, pues esto podia dar á sospechar su apuro.

Y siguió hablando en el mismo sentido y haciendo planes de felicidad inmensa, hasta que se fuéron á recoger y se durmieron, él mecido por la satisfaccion de haber logrado al fin su objeto, ella abrumada por sus cálculos y sus deducciones mortificantes.

La modista era una mujer de un criterio sumamente claro, sumamente razonable, é interesada como una judia.

Escarmentada en su propio pasado, tal vez por aventuras análogas, desde que sospechó el objeto positivo de aquel matrimonio, decidió no consentir en él.

Sin romper con Lanza ni darle á entender que habia penetrado en la causa de su proceder, podia muy bien renunciar al matrimonio, haciéndole creer que la misma pureza del amor que le tenia le hacia rechazar lo que era un verdadero sacrificio para él.

Así, cuando Lanza insistió al otro dia en su matrimonio, empezó ella á hacerle reflexiones en este sentido, concluyendo de esta manera:

—Para poseerme por completo no tienes necesidad de casarte, porqué es imposible quererte mas.

Necesitaria tener un corazon doble.

Por mi, para asegurar mi cariño, pora compensarlo, no tienes necesidad de casarte con una mujer que dentro de diez años pod:ia ser tu abuela.

Esto es lo que me aterra, Lanza, haciéndome tener un miedo justo y razonable por mi porvenir.

Si ahora puedes quererme como lo dices y no lo dudo, no sucederá lo mismo en adelante, porqué no es natural, y es esto precisamente lo que me aterra.

Jóven y lleno de vida, dentro de diez años, te fastidiarias al lado de una vieja.

Otras mujeres jóvenes y bellas me disputarian tú amor, que tú les darías sin vacilar.

Yo entónces me convertiria para tí en un obstáculo insuperable y llegarías á odiarme y á desearme la muerte.

Esto es lo que me aterra, Lanza, de una manera invencible.

Así, en la situacion en que nos hallamos, yo nunca seré para tí un obstáculo insuperable y no podrás alimentar ódio para mí ni deseo de muerte.

De lástima tratarías de engañarme, y en último caso yo tendria un desencanto doloroso aunque previsto, pero como no sería nunca una carga odiosa para tí, no trocarías para mí tu amor en ódio.

No me caso pues, Lanza, en la seguridad de que así soy mas feliz.

Ese matrimonio que me rejuvenece de placer y de satisfaccion, sería el precio de mi felicidad futura.

Lanza quedó helado ante esta manera de raciocinar, convencido de que aquello no era mas que el disfraz de sus pensamientos verdaderos.

Indudablemente la mujer habia penetrado su intencion, comprendia todo el alcance de sus cálculos y se ponía en guardia hábilmente, velando su pensamiento con razones de conveniencia para él, cosa que no habria pensado ninguna otra mujer que hubiese pensado en situacion igual.

No podia quedarle pues la menor duda de que la modista era invulnerable por el lado del dinero y que era preciso renunciar á tal esperanza al respecto.

En vano quiso convencerla de la pureza de sus intenciones, en vano intentó darle todo género de seguridades, la vieja lo dejaba helado con esta pregunta:

—¿Qué será de mí dentro de diez años, cuando tú estés en la plenitud de la vida?

No quiero padecer yo por cualquier mocosnela que te revuelva los sesos y hasta se burle de mí.

Así, siempre seremos amigos, el desenlace vendrá naturalmente y siempre podré ser tu amiga sin menoscabo de mi amor propio, propio, nadie se podrá reir de mí y de tí mismo.

Lanza no volvió mas á hablar de amor a la vieja, ni de casamiento.

Y si no hubiese sido porqué algo le sacaba, hubiera roto con ella para siempre.

No podia conformarse con haber sido derrotado en todos los terrenos por la prevision de aquella mujer empeñada en guardar su dinero.

Resuelto á no contar mas con aquella esperanza, se abrió una fuente de recursos nueva en el escritorio.

Los clientes nuevos de facha mas infeliz que caian al escritorio con algun apuro, despues de seductores discursos, pagaban una comision de cinco por ciento, comprendida la remesa de dinero y la carta que les escribía para la familia ó sus apoderados.

La comision que cobraba la casa era de tres por ciento, que era la cantidad que Lanza apuntaba en los libros, ganándose un dos por ciento sobre sumas que, reunidas, hacian una cantidad respetable.

Este dos por ciento de diferencia proporcionaba á Lanza una buena suma.

Para que nadie pudiera apercibirse de la cosa y asegurar de paso al cliente, dentro de la carta que se hacia escribir, Lanza ponía un sobre ya preparado para que remitieran la contestacion.

Y este sobre decia: Señor Carlo Lanza, calle Tacuarí 81, para entregar á don Fulamo de tal, el nombre del nuevo cliente.

Así todas las contestaciones tendrian que venir á su poder, quedando así el cliente arraigado con él, que era con quien se entendia.

Lanza prevenia que tal vez él tuviera que salir de la casa ántes que las contestaciones vinieran, y como estas llegarían rotuladas á él, no podia perjudicarse en nada.

Y ya lo sabian los clientes mismos, porqué él se lo habia dicho:

—Si no me encuentras aquí, me encontrarás en mi otro escritorio, calle de Tacuarí 81.

Así se había preparado Lanza su retirada, porque su último modo de proporcionarse recursos era sumamente peligroso.

La menor indiscrecion de un cliente, una pregunta casual podia muy bien hacer descubrir aquella diferencia de comisiones y echarse todo á perder, á pesar de la prevision inmensa con que procedia.

Así, si por cualquier indiscrecion salia de la casa, aquella clientela quedaba amarrada á él por las contestaciones.

Su exterior era cada vez mas rumboso y mas importante, lo que ayudaba mas á sus planes, porque un infeliz de aquellos no podia sospechase nunca que una persona tan espléndidamente vestida los explotase en un miserable dos por ciento de comision.

Concretado á una vida juiciosa, habia dejado de ir á casa de sus planchadoras, aunque sin dejar de atenderlas en sus necesidades, por lo que pudiera acontecer.

Y su noche la dividia en partes iguales entre la familia de Cánepa, donde lo arrastraban inclinaciones de corazon, y su vieja modista donde algo mordía.

Semejante á esos leones que estan encerrados en la jaula y por mas años que pasen siempre andan dando vueltas alrededor de las rejas en la esperanza de poderse evadir, así Lanza giraba siempre alrededor de los bolsillos de la vieja, buscando el modo de entrarles.

Pero como los leones de la jaula, era para convencerse mas de su impotencia.

La vieja, siempre en su deseo de verlo vestido con elegancia y riqueza, le hacia regalos de ropas y joyas, lo que para él era una gran economía, pues no tenia nada que gastar en el exterior de sus persona.

Su sueldo era mas que suficiente para sus gastos, de modo que el producto de sus especuaciones podia guardarlo íntegramente.

Ya no comia en casa de sus planchadoras, sinó en la Cruz de Malta ó en casa de la modista, donde era recibido con el mayor agrado.

Así sus amigos de la Cruz de Malta, juzgando por el exterior de sus traje, tenian que creerlo un hombre de grandes negocios y de magnífica posicion financiera, puesto que por antiguas referencias sabian que Lanza era hijo de una familia rica y él un futuro banquero.

Comia bien y bebia mejor, invitando siempre á sus amigos con notable rumbo.

¿Quién se hubiera figurado que aquel hombre no era mas que un pelagatos, que lo único que tenia era su sueldo y lo que podia adquirir con sus malos manejos?

Aun diciéndolo, nadie lo hubiera creído.

Lanza buscaba con preferencia la amistad de los corredores de Bolsa, previendo que con ellos tendria mucho que hacer en adelante, y que le convenia estar bien acreditado.

Y ya instándolos á unos, ya aceptando invitaciones que ellos

Carlo Lanza.

le hacian siempre, estaba en contacto con ellos, hablándoles de negocios y de transacciones por crecidas sumas.

Ya Lanza tenia toda la confianza en la casa de Caprile; ocupaba en ella una buena posicion y muchos habia que hasta lo creian interesado en ella.

Así es que esto mismo venia á favorecer sus planes ulteriores, porqué Caprile no podía tener en aquel puesto sinó á una persona de conducta y honradez intachables.

Su posicion en la casa de Caprile, puede decirse que era una carta de crédito en blanco fuera de ella.

Lanza se creia pues completamente á cubierto de cualquier fracaso y perfectamente seguro de su porvenir, en el caso que tuviera que salir del escritorio.

Una bolada imprevista.

Un día Lanza se hacia lustrar los botines en uno de los «salonés» de lustrador que hay en la calle San Martin.

Estaba en la mitad de la operacion, cuando vió pasar por la calle dos mujeres, una de las cuales le parecia de una belleza estupenda.

Desde el primer golpe de vista se comprendia que aquella no era una señora, aunque su facha era muy entonada y vestia con cierto lujo.

Parecia italiana, y su aire, sinó distinguido, era bastante completo y aceptable.

Yendo sola, tal vez hubiera podido confundírsele con una señora, pero la compañera que llevaba al lado tenia una facha tal, que le hacia perder un cincuenta por ciento de su compostura.

Lanza quedó maravillado de la hermosura de esta mujer.

Era sumamente jóven, y sus dos ojos castaños y expresivos, iluminaban su fisonomía de una manera rara.

Lanza se bajó precipitadamente del sillón donde estaba sentado y salió á la puerta.

Las mñjeres siguiéron por la calle San Martin hasta la de Corrientes y dobláron por esta última en direccion al campo.

Entusiasmado por la belleza de aquella mujer y comprendiendo que eran damas de aventura, Lanza decidió seguirlas y averiguar así donde vivian.

No se habia lustrado mas que un solo botin, pero no era posible perder mas tiempo haciéndose lustrar el otro, porqué entónces no las podria alcanzar.

Tiró el peso de la lustrada al profesor de charol, y con un botin lustrado y otro sin lustrar, enfiló la calle precipitadamente y dobló por Corrientes hácia donde habian doblado las jóvenes.

Estas no habian llegado á Florida cuando él dió vuelta la calle, así es que ponto le fué fácil alcanzarlas.

Y se puso reposadamente en su seguimiento, tratando de no ser notado.

Mientras mas miraba á la mujer, mayor era su entusiasmo y mayor el deseo de hacer relacion con ella.

Al atravesar la esquina de Maipú, la mujer dió vuelta la cara, y notando que era seguida, sonrió dejando ver una dentadura espléndida é hizo un movimiento de suprema coqueteria que estremeció á Carlo Lanza en lo íntimo de su corazón.

Aquella mujer era de lo mas bello que habia visto hasta entonces en el género á que él podia aspirar.

No podia equivocarse: tanto el semblante como el aire, tenian una expresion de líneas italianas de lo mas soberbio.

Aquella mujer debia ser italiana, y de lo mas bello de aquella nacionalidad.

La mujer que la acompañaba no era una sirvienta sinó una amiga, por el traje que vestia y por la confianza con que con ella hablaba.

Por consiguiente tanto una como la otra debian de ser mujeres de aventura fácil.

Pasada la calle de Esmeralda y como á la mitad de la cuadra, las dos mujeres se detuvieron delante de uno de aquellos casinos que entonces tanto abundaban.

La mujer bella volvió la cara como para observar si aún eran seguidas, y despues de sonreir con placidez infinita que acusaba la satisfaccion que aquel seguimiento le causaba, entraron ambas al casino, despues de detenerse un momento en la puerta como quien quiere dar á entender que entra á su casa.

Lanza se metió rápidamente como para no ser notado, porque siendo aquellas horas de trabajo, su entrada al casino no podia hacer buen efecto entre las personas que lo vieran.

Desde que salió de lo de la inolvidable doña Emilia, era la primera vez que Lanza entraba á un casino, de modo que la vista de aquel sitio le produjo una extraña emocion.

El recuerdo de doña Emilia y de su ingrata amante le hizo estremecer de una manera poderosa y quedar pensativo un momento.

Aquellos recuerdos le hacian pensar en las situaciones angustiosas porqué habia pasado y en las que iba á crear para él aquella mujer tan bella que lo habia enamorado al primer golpe de vista.

Allí, detrás del mostrador, semejante á un canóncigo, estaba la dueña del casino, contemplándolo con su mirada judaica, como extrañando su presencia.

Es que un hombre de su aspecto en un casino á aquellas horas del dia, era cosa poco comun.

Pues Lanza tenia realmente el aspecto de un banquero, por el aire que habia logrado imprimir á su persona y por su traje correcto y rico.

La atencion á un cliente tan delicado era cosa obligatoria, porqué son clientes que dejan siempre una buena entrada.

Así es que la patrona salió del mostrador donde estaba en-

cajada y se acercó á la mesa donde se habia sentado Lanza preguntándole con amistosa sonrisa qué queria que le sirviese

Para inspirar confianza y recomendarse á la consideracion de la patrona, Lanza pidió dos botellas de cerveza.

Como no era regular que pidiera aquella cantidad de cerveza para los dos, era natural pensar que aquel cliente queria solamente gastar dinero, y un cliente que se anuncia en un casino de aquella manera, se hace acreedor á la mas marcada consideracion.

Mientras la patrona traia la cerveza y repasaba los vasos con su mayor prolijidad, se presentáron en la sala y ya en traje de entrecasa, las dos mujeres que habia seguido hasta allí.

El encanto de Lanza creció de una manera poderosa.

Si aquella mujer le habia parecido exuberantemente bella en su rico traje de calle, en su traje de entrecasa le pareció mas bella todavia.

Ella miró á Lanza con la cariñosa expresion que podia demostrarle una persona amiga, y se le acercó sonriendo y mostrándole siempre su espléndida dentadura.

Y se sentó á su lado saludándolo en el mas correcto y puro italiano.

—Detesto el frio, le dijo Lanza con la misma dulzura del lenguaje; detesto el frio, y como he visto que el sol se ponía detras de esta puerta, me he entrado yo tambien para gozar el tibio calor de sus últimos rayos.

Eres tan bella, que si no pareces un astro pareces una cosa mejor todavia: una mujer linda.

Te hubiera seguido hasta el fin del mundo sin mas objeto que decirte esto mismo, si hasta el fin del mundo hubieras marchado.

Si el exterior de Lanza habia interesado á la jóven, aquel bello lenguaje y la expresion de sus ojos celestes la interesáron mucho mas, siendo visible la impresion de agrado que le causaba.

Tutear á una mujer á quien se ha visto por vez primera, es prueba de una gran confianza, que viene á establecer la posicion de cada cual.

Y un hombre de la significacion que Lanza queria aparentar, no podia tratar de otro modo á una belleza de casino.

Si no, no hubiera parecido un calavera de gran tono, habituado á aquella clase de aventuras.

Encantada por el lenguaje y la persona, la jóven no trató de disimular el placer que sentia, diciendo á Lanza, algo turbada, que agradecia profundamente aquellos cumplimientos que no merecia.

No debia ser aquella una mujer de sentimientos pervertidos, cuando en su espiritu producian tan bello efecto las frases cariñosas y galantes que acababa de oír.

Luego podia seguir su conquista por aquel mismo camino, seguro de pisar en terreno firme.

Para meterse á averiguar vidas, no solamente era demasiado pronto en una visita, sinó que presente estaba la patrona á

quien la cosa hubiera hecho poquisima gracia, y se hubiera puesto en su contra.

Y como Lanza conocia prácticamente la vida interior de los casinos, se guardó muy bien de cometer semejante chambonada, que hubiera puesto en su contra á la patrona.

La cuestion primera era ganarse la benevolencia de esta, lo que no debia ser dificil visto su cara de suprema avaricia.

—El placer que he tenido en encontrarme con un semblante tan bello, dijo Lanza jovialmente, es justo que lo demuestre de alguna manera, haciendo partícipes á quienes me lo han proporcionado.

La señora me vá á hacer el favor de desalojar la mesa de estas dos botellas y traer en su lugar dos de vino champagne.

Un hombre que de buenas á primeras y con toda frialdad pedia dos botellas de champagne, debia ser una persona rica y generosa.

Así es que la patrona abrió desmesuradamente los ojos y pasó al mostrador á buscar lo que le habian pedido.

—Nada quiero decirte ahora por la clase de testigos que tenemos encima, murmuró Lanza al oido de su bella conquista.

Ya buscaré la oportunidad de decirte todo lo que por tí siento y todo el bien que me causa tu vista y tu compañía.

Ya volveré con mas tiempo y mas comodidad.

La patrona, aunque los vió hablar, nada malo pensó, encontrando muy natural que el jóven diera salida á su entusiasmo en algunas frases amorosas.

—Venga usted á la noche, le dijo la jóven rápidamente, que hay mayor facilidad de hablar, porque ella está mas entreténida; ahora no se nos vá á apartar del lado.

La patrona acudió entónces con el champagne pedido, que destapó alegremente, y la conversacion se hizo general.

Conocer de los hábitos de casino, Lanza comprendió desde el primer momento que aquella jóven no estaba en la condicion de las demas.

Parecia una mera empleada de la casa, tenida para atraer á los marchantes y sin las obligaciones degradantes de la generalidad de las empleadas en los casinos.

Esto se conocia en la especie de respeto con que era tratada por la patrona y la inferioridad demostrada por la otra mujer que la acompañaba.

Un conocedor del género no se equivocaba fácilmente y Lanza estaba encantado con aquel descubrimiento.

El solo hecho de salir á pasear, aunque acompañada, demostraba la indipendencia con que vivia allí.

La conversacion se hizo general é indiferente, aunque Lanza no apartaba de la jóven sus ojos asombrados.

No era hora ni número para consumir dos botellas de champagne, pero como por el momento el objeto de Lanza era ganarse á la patrona, aunque las botellas contenian mas de la mitad de aquella cidra infame que se vendia bajo el elegante nombre de champagne y á un precio de champagne verdadero, Lanza pidió otras dos botellas.

Con esto quería demostrar á la patrona que no era necesario beberlas ni volcar las copas con disimulo, porque su propósito era gastar dinero.

Así es que la patrona estaba maravillada con el nuevo cliente que se proponia explotar á su satisfaccion.

Si aquello lo hacia á las primeras de cambio, ¡qué sería despues cuando su entusiasmo hubiera aumentado!

—Alégrate no mas, pensaba Lanza, adivinando lo que pasaba en el espíritu explotador de la patrona.

Alégrate no mas, que puede ser muy bien que el champagne te cueste mucho mas caro de lo que parece!

Media hora despues de estar allí y sin que se hubieran aún tomado las segundas botellas, Lanza sacó su rico reloj, miró la hora y declaró que se retiraba á atender los que es hacer de su escritorio, que la belleza de la jóven le habia hecho olvidar.

Pagó rumbosamente el gasto sin mirar siquiera el vuelto, y se despidió hasta muy pronto.

La patrona le hizo mil agasajos y cuando salió se apresuró á tapar las botellas llenas, mientras la jóven salia á la puerta y miraba al jóven con cierta expresion de pesar.

Lanza con sus modales correctos y la forma con que la habia tratado, habia hecho en su espíritu una impresion profunda y cariñosa.

Aquello era natural.

Habituada al lenguaje brusco y los malos tratos de los calaveras que al casino concurrían, la suavidad con que Lanza la habia tratado, tenia que hacerle una grata impresion por la diferencia establecida.

Además, el aspecto de aquel jóven era tan dulce, su trato tan cariñoso, que á la jóven aquello le parecia un sueño.

Lanza, que iba dando vuelta el semblante, encantado ante la marcada distincion que importaba la salida de la jóven á la puerta, al doblar la esquina le hizo un expresivo ademan de cariño en señal de despedida, que ella no se atrevió á devolver por la gente que pasaba, y apuró el paso en direccion al escritorio de donde por primera vez faltaba una hora á las de trabajo.

Llevaba la cabeza llena de la bella conquista que indudablemente acababa de hacer.

Porqué él no dudaba que la bella jóven se habia enamorado de él al extremo de seguirlo hasta la puerta.

—Famosa conquista, se decia Lanza mientras marchaba al escritorio, ¡famosa y espléndida conquista! si yo llego á enamorar á esa mujer y á traérmela conmigo, puedo decir que tengo la mujer mas linda de Buenos Aires.

Y no me ha de suceder con esta como con la otra, porqué he de tomar mis medidas y porqué mi situacion, gracias á Dios, ha cambiado.

Ahora tengo dinero y estoy en visperas de tener mas.

Lanza estuvo en el escritorio hasta la hora de comer, porqué no queria retirarse sin dejar, como siempre, sus libros en perfecto orden.

Ese día, en vez de irse á la Cruz de Malta, se fué á comer á otro hotel.

Quería estar solo para pensar en su bella conquista, que le llenaba la cabeza al extremo de no pensar en otra cosa.

Y el pobre Lanza se hacia las ilusiones mas extrañas respecto á aquella mujer cuya belleza lo habia dominado por completo.

—Si yo logro sacarla de allí y traerla conmigo, pensaba, vamos á ser felices.

Ella parece ser una muchacha buena, á pesar de la posicion equivocada en que está colocada, y no ha de vacilar en abandonar el casino para venirse conmigo.

Es preciso engañar á la patrona ante todo, para que no me haga oposicion, aunque un poco de oposicion siempre es buena, porqué una mujer cuando ve resistencia á sus deseos, se irrita y trata de vencerla por amor propio y por capricho.

Cuando Lanza concluyó de comer, con todo reposo para perder tiempo, se metió á una peluquería donde se acicaló y perfumó lo mejor que le fué posible.

Quería estar buen mozo y hacer el mejor efecto posible.

Aquella noche, por primera vez desde que lo conocia, faltó de lo de Cánepa á su visita diaria y se dirigió al casino, ávido de hablar con su bella, de imponerse de la vida que llevaba y hacerle sus honestas proposiciones.

La jóven lo esperaba, y esto pudo conocerlo Lanza desde el primer momento.

En cuanto entró en el casino, patrona y muchachas lo rodearon, dándole el mas cariñoso tratamiento.

Es claro, un hombre que de buenas á primeras pagaba cuatro botellas de champagne por el solo placer de pagarlas y sin la menor necesidad, no podia ser recibido sinó con entusiasmo y muestras del mayor cariño.

Despues de estar un momento allí, el jóven vió que aquello no le convenia en manera alguna, porqué allí no podria lograr el objeto que lo habia llevado: hablar á solas con la jóven; ni le convenia comercialmente el ser visto por cuantos entraban, cuya atencion debia llamar su exterior sumamente paquete.

En el casino habia tres ó cuatro muchachas mas que no vió de día, y la concurrencia era bastante numerosa, estando casi todas las mesas llenas.

Así es que llamando á la patrona le hizo una manifestacion de sus temores, tratándola de ganar para el lado del interés.

—Yo quisiera, le dijo, destripar unas cuantas botellas de champagne con esta jóven que tanto me interesa, pero no me conviene permanecer aquí porqué todo el mundo me vé, lo que puede perjudicarme en mis asuntos.

Si me permite pasar á alguna pieza interior donde pueda estar solo, se lo agradaceré.

—¿Y cómo no? respondió la patrona deslumbrada ante la frase del champagne; tiene usted mucha razon; llévalo, llévalo Luisa á tu pieza.

Lanza vió el cielo abierto delante de sí, y siguió á Luisa á su pieza despues de decir á la patrona:

—Mándenos cuatro botellas de champagne, y espero que la clientela no le impedirá venir á beber unas copas.

La oportunidad no podia ser mas soberbia.

Como en el casino habia mucha clientela, la patrona no podia abandonar el despacho y ellos podrian estar tranquilos y conversar en absoluta libertad, que era lo que él queria.

Pero Lanza no contaba con la avaricia de la patrona, que debia ser la causa de su tormento aquella noche.

Lanza se encontró en la pieza de Luisa, y el aspecto de esta le corroboró su modo de pensar respecto á la jóven.

Todo estaba allí en el mayor orden y arreglo, todo era correcto y decente.

—Me asombra, le dijo Lanza sentándola á su lado, me asombra encontrarte aquí, donde todo lo que te rodea hace contigo un poderoso contraste.

Tú no eres lo que pareces indudablemente, y si yo no me equivoco, este sitio no es para tí.

—Gracias por haberme comprendido, respondió tristemente la jóven.

Yo estoy aquí en completo goce de mi libertad y sirviendo únicamente de atraccion á la gente, porqué han dado en decir que soy hermosa, nada mas.

Hago lo que quiero y no estoy obligada á complacencia de ningun género con los clientes.

¡Qué hemos de hacer! es preciso buscarse la vida de algun modo y el sueldo que por esto me pagan llena mis necesidades.

Lanza vió con placer infinito que no se habia equivocado y que Luisa no estaba allí en la condicion de las demas mujeres del casino.

Iba á contestar, pero en aquel momento se presentó la misma patrona trayendo las cuatro botellas de champagne y Lanza tuvo que tragarse la frase amorosa próxima á salir de sus lábios.

La patrona abrió las botellas, se sirvió una copa llena y se retiró despues de apurarla plácidamente, diciendo á Lanza que la disculpara, pues tenia que atender á los demas clientes.

—Andá y no vuelvas en tu vida, pensó Lanza, feliz de volver á quedar solo con su Luisa.

—Desearia saber tu historia, le dijo, porqué debe ser triste é interesante.

—Mi historia es larga y penosa; muy larga y muy penosa.

Yo vine á América á vivir con parientes cercanos y respetables, pero nuestro génio era distinto, bien pronto rompimos y en un momento de rábia me fui de su casa.

Me encontré en media calle, sola y desamparada.

¿Qué podia hacer en situacion semejante?

Tomé el primer empleo que se me presentó en esta casa, y no me arrepiento, puesto que él me proporciona al fin conocer á un hombre que se apiada de mí.

La conversacion estaba en su periodo mas interesante, pero fué interrumpida de pronto y ya para no poderse reanudar mas.

La patrona, en el interés de que el champagne se concluyese para que pidieran mas, á cada momento mandaba las muchachas á beber ó iba ella misma, de modo que era imposible seguir en la corriente de la conversacion.

Para la patrona, Lanza no era mas que uno de tantos imbéciles ricos á quien se le podia sacar dinero con facilidad, y trataba de explotar la veta desde el primer momento.

Lanza comprendió el juego desde el primer momento, pero se encontró en una situacion sumamente difícil.

Si dejaba concluir el champagne y no pedia mas, para verse libre de visitas importunas y poder conversar á gusto, en el interés de hacerle pedir mas, la patrona le enviaria las muchachas á cada momento á hacerle sus insinuaciones de sed.

Y si pedia mas se las mandaria con mas frecuencia para que lo consumieran pronto y lo obligaran á lo mismo.

Indignada Luisa, que habia comprendido el juego ántes que Lanza mismo, le dijo que no queria que pagara mas vino, porqué aquello era un explotacion indigna é irritante.

Este nuevo rasgo concluyó de enamorar al jóven que replicó:

—Pero si es la única manera de poder estar á tu lado! deja que pida.

—Es que de todos modos no vamos á poder hablar, esta gente no se basta nunca y mientras mas pague, mas se meterán aquí y ménos podremos hablar.

—¿Y qué remedio nos queda? si no pido no salen de aquí y la patrona me puede tomar entre ojo.

Al fin y al cabo por unas cuantas botellas de vino estamos solos aunque á cortos intervalos, y aunque mas no sea que mirándote encuentro bien retribuido mi dinero.

Luisa sonrió tristemente y miró á Lanza con expresion cariñosa.

—Yo no puedo consentir en esta explotacion hecha á mi nombre y por el afecto que usted me demuestra.

De todos modos así jamas podríamos hablar.

Mire usted, vo pasado mañana salgo, podremos encontrarnos donde usted diga y así hablaremos libremente tanto como gustemos.

La proposicion no podia ser mas magna y Lanza la aceptó en el acto.

Felizmente aquel pasado mañana era domingo y podia atender á su entrevista amorosa sin faltar de ningun modo á los quehaceres comerciales.

Lanza, ébrio de alegría, pagó sus seis botellas consumidas, despues de haber convenido con Luisa que el domingo, á la una en punto de la tarde la esperaria en la plaza del Retiro con un carruaje tomado, donde podrian irse á pasear y conversar á su gusto.

Eran las doce de la noche cuando Lanza salió del casino y se fué á lo de su vieja modista.

Era preciso seguir engañando á esta en lo posible, porque alguna esperanzá tenia de poderla explotar por el bolsillo.

Por ejemplo en un apuro y con una suma pequeña que le pidiera prestada con cualquier pretexto, podria muy bien salvarlo de una mala situacion.

Así es que Lanza queria conservar la como un socorro de último extremo y como una fuente de pequeños regalos que de algo le servian.

Y como si temiera que algo pudiera sospechar, aquella noche fué mas cariñoso que nunca.

Al dia siguiente y poco despues de haber abierto su escritorio, se le presentó Cánepa.

El hecho de haber faltado de su casa la noche anterior era tan extraordinario, que solo podia haber sucedido por hallarse enfermo.

Lanza le dijo que efectivamente la noche anterior habia estado enfermo, al extremo que, despues de comer se habia visto obligado á acostarse.

—Hoy mismo yo no debia haberme levantado, pero me pareció mal faltar por una indisposicion que no revestia el menor peligro.

—Eso es una locura, respondió Cánepa, pues la levantada puede costar cara.

—Gracias á que yo tengo una salud de fierro, que si nó, sabe Dios como me iria.

Lanza trabajó aquel dia con el mismo anhelo de los otros dias, á pesar de tener la cabeza medio revuelta por el recuerdo de su bella Luisa.

Nunca un dia le pareció tan largo como áquel.

Cánepa lo fué á ver entre el dia para preguntarle como se hallaba, y lo encontró, segun le dijo, radicalmente bueno.

Como Lanza queria disponer de alguna parte de la noche, despues de comer se fué á lo de Cánepa, de donde se retiró temprano.

Temia que si aquella noche tambien faltaba, éste fuera á su casa á averiguar el estado de su salud y lo hallara ausente.

A las nueve de la noche estaba ya instalado en el café de la calle de Corrientes.

Luisa lo recibió manifestándole la mayor alegría.

—Como convinimos en vernos mañana, le dijo, yo no lo esperaba esta noche, y confieso que ya empezaba á arrepentirme de haberle dicho que no viniese.

—¿Cómo crees que hubiese podido pasar la noche sin verte? preguntó Lanza; por mas que hubiera querido no me habria sido posible; sin saber explicarme como, me hubiera encontrado á tu puerta.

La patrona, como era natural, recibió á Lanza con muestras de la mayor alegría, haciéndolo pasar desde el primer momento á la pieza de Luisa.

Dos minutos despues, y sin que nadie se las hubiera pedido, se presentaba la patrona llevándole dos botellas de vino champagne.

Ya lo declaraba marchante oficial.

Lanza sonrió á aquella judía espantable, diciéndole amablemente: pues señor, me ha adivinado usted el pensamiento.

Pero aquello hizo á Luisa una impresion de todos los diablos.

Palideció intensamente y cuando la patrona se hubo retirado, dijo al jóven:

—Esto es inicuo y yo no quiero servir de pretexto á tan infame explotacion, no quiero que usted pague mas champagne.

—¡Pero, tonta, si pago el placer de verte y estar contigo!

—Ya nos veremos cuando no tengas que pagar tan caro ese placer.

De todos modos, mientras haya vino en las botellas, para beberlo pronto no nos van á dejar solos, y cuando se acabe, no nos dejarán tampoco, para que pidas mas, eso si como ahora, no te lo traen sin haberlo pedido.

—Deja, tonta, una noche mas no vale la pena; será la última.

—No quiero, y si pides mas ó consientes en que te lo traigán, me enojo y lo devuelvo.

—No hagas eso, por Dios, nos echaríamos encima el ódio de esa judía por el valor miserable de una botella de champagne mas ó ménos.

Consiente siquiera por esta noche, te prometo no hacerlo mas en adelante.

Luisa consintió con visible disgusto, y como ella lo habia dicho sucedió lo mismo que la noche anterior, no pudieron hablar sinó muy pocas palabras.

Cebada y ávida de dinero, la patrona enviaba á cada momento á las muchachas para que se bebieran el vino, con el encargo de pedir mas.

Y Lanza, aunque con profundo disgusto de Luisa, se vió obligado á aceptar dos nuevas botellas que, como las primeras, viniéron sin que las hubiera pedido.

La misma patrona contribuyó eficazmente al consumo de estas últimas.

Y ya se preparaba á completar la media docena, cuando á una indicacion de Luisa, Lanza pagó las cuatro consumidas y se preparó á irse contra toda su voluntad.

—No tendria usted dinero bastante á saciar la voracidad de esta gente, le dijo cuando se halláron solos, y es preciso que esto se acabe, porqué yo soy el pretexto de la explotacion y esto me dá náuseas.

Mañana nos veremos con toda libertad; no quiero que usted vuelva aquí.

Lanza, despues de convenir otra vez en la hora, se retiró considerándose completamente feliz.

La conducta de Luisa no solo le demostraba cariño verdadero hácia su persona, sinó que corroboraba su modo de pensar respecto á la bella jóven.

—No puede ser un espiritu pervertido, pensaba, cuando obra de esta manera.

Hay en su fondo mucha pureza y en su conducta una decencia que está reñida de muerte con el sitio donde se halla.

¿Cómo estará aquí esta mujer? pronto saldré de la duda que tanto me intriga.

Lanza se fué á lo de su modista, como siempre, y para no darle á sospechar nada, trató de ser lo mas cariñoso que le fué posible, al extremo que la pobre mujer empezaba á arrepentirse de las sospechas que habia tenido.

Al otro dia muy temprano ya Lanza se hallaba en pié, pretextando una salida de paquete.

Y como esto sucedia siempre, la modista no lo extrañó, despidiendo á Lanza cariñosamente y conviniendo en que aquella noche la llevaria al teatro.

Lanza se fué á su casa de la calle Tacuarí, donde se hizo la toilette mas esmerada de su vida, perfumándose todo como una dama, y conviniendo al mirarse al espejo, que nunca se habia hallado tan buen mozo.

Su peluquero fué puesto á contribucion en el arte de hermocear, hasta que Lanza se encontró positivamente interesante.

Pero desde aquella hora hasta la una, faltaba mucho tiempo que el jóven no sabia como distraer, pues no acertaba á pensar en otra cosa que en su bella conquista y en contar el tiempo que de ella le separaba.

Se metió en un hotel y almorzó, no porqué tuviese apetito, sinó porqué era una manera como cualquiera otra de matar el tiempo.

Cualquiera que lo viera con su traje irreprochable, su gran cadena del reloj y su anillo de brillantes, lo hubiera tomado por un fuerte capitalista que vivia de sus rentas.

Concluido aquel almuerzo en que no pudo comer cuatro bocados, Lanza salió á la calle, y empezó á pasear sin rumbo y sin direccion, hasta que, aburrido y mal humorado, regresó á su casa, donde se dió el último golpe de peine, no dejandó de mirarse al espejo un solo minuto.

A las doce y media salió de su casa y tomó en una cochería una volanta de primera clase, cuidando que cerraran bien las cortinillas; y á la una ménos diez minutos se paraba en la esquina del Retiro por la calle de la Esmeralda.

Una historia tragi-cómica.

Lanza no queria bajarse de la volante por temor de ser notadò.

Harto debia llamar la atencion aquella volante alli parada, para que él la aumentase con paseos por la vereda ó bajadas y subidas.

—En cuanto venga una persona que espero, dijo al cochero que habia olido ya una aventura amorosa, siga no mas por la calle de Santa Fé hasta el Robinson, donde se pára.

El Robinson era un café que existe todavia, especie de hotel campestre á propósito para una aventura amorosa.

Allí caian con frecuencia parejas de novios que iban á ocultarse de miradas indiscretas, ó calaveras que echaban una cana al aire en la mas grata y alegre compañía.

En el Robinson no solo se hallaban todas las comodidades imaginables para huir á todo ojo indiscreto, sinó que habia allí glorietas perfumadas y poéticas, especie de pequeños paraísos á la francesa que incitaban por sí solos al amor mas profundo.

Unos dueños de casa complacientes y reservados, eran la garantía con que novios y calaveras de buen tono, contaban para el misterio que debia envolver toda aventura.

Lanza conocia ya este paraje á donde habia acudido con sus modistas algunas veces y con amigos calaveras otras.

Ningun paraje mas á propósito para conversar plácida y apaciblemente con su bella.

Allí no habia de irlo á molestar la patrona con sus botellas de champagne, ni aquel coro de bebedoras infames, que no tenían mas objeto al vaciar una copa, que llenarla de nuevo.

Poco tuvo que esperar Lanza con su volante, pues si impaciente habia estado él, mas impaciente lo estaba su bella.

No era la una todavia, cuando Lanza, que miraba por el postigo de la volante, vió venir á su ídolo por la calle de la Esmeralda.

Luisa caminaba rápidamente; habia visto la volanta y como no podia ser otra que aquella donde el jóven la esperaba, habia apretado el paso.

Lanza, con el corazon estremecido de emocion, abrió la portezuela y esperó.

Minutos despues llegaba Luisa, entraba en la volanta rápidamente y esta enfilaba por la calle de Santa-Fé.

Lanza no pudo contener una exclamacion de asombro al ver á Luisa en su soberbio traje de paseo.

Se conocia que ella habia puesto todo su esmero en embelesarse.

Y en aquella sonrisa plácida y jovial que mostraba sus dientes blancos y brillantes por un esmalte purísimo, se comprendia que la jóven estaba satisfecha de sí misma.

Su traje elegante y de colores frescos, armonizaba artisticamente con el leve y sonrosado color de su piel, de una tersura infantil.

—Bella, exclamó Lanza, bella hasta el asombro; te miro, Luisa, y tengo que mirarte mucho para convencerme que no eres una criatura de otra vida mejor.

Me parece que no eres una mujer de la tierra.

Luisa se desentendió de este cumplimiento que llenaba su alma de mujer, abandonó su mano á Lanza, que la llevó á los lábios, y dijo:

—Me he tardado un poco porqué tuve mis dificultades para salir.

Aquel demonio, sospechando que yo queria salir con alguna otra intencion que la de pasear, queria que una de las muchachas me acompañara.

Y como precisamente mi salida tenia por objeto el vernos libres de testigos, tuve que dar una batalla para salir sola, y apresurar el paso para que no me hiciera seguir.

—Pero ¿no eres perfectamente libre? ¿por qué soportas esa vida de prision?

—Porqué al fin y al cabo allí tengo un refugio y un sueldo, y gozo de absoluta libertad respecto á mi persona.

Pienso que tal vez en otra parte no podria estar tan bien.

Lanza recordó los modales que habia visto usar á los señores de Génova en situaciones parecidas y trató de asimilarse á ellos en todo lo que le fuera posible.

—Bella, exclamó otra vez con su expresion mas fina y enamorada, besándole de nuevo la mano.

Eres digna de habitar un astro y te conformas con aquel bodegon infame donde explotan, volviéndola dinero, la luz que irradia tu semblante magnífico!

No es posible que sigas en esa vida, Luisa; no es posible que sigas sirviendo á la explotación de la avaricia; desde hoy en adelante es preciso que yo me haga cargo de tu porvenir y te arranque de allí, como se saca una planta delicada de entre los yuyos que le devoran la vida!

—¿Y qué sería de mí entónces? sola y disgustada con mi familia que no me quiere, ¿adónde iria á golpear la puerta?

—¡Qué! ¿tienes familia aquí y te deja en ese miserable abandono! Eso es imperdonable, Luisa, y debe tener su castigo en este mundo.

—¡Es muy triste mi historia, amigo mío! exclamó entonces la joven con una expresión de infinita amargura, y mostrando sobre el magnífico párpado una gruesa lágrima.

Yo estaba destinada á una vida mejor, al lujo y la abundancia, y aquí me tiene usted reducida á una situación desesperante, por ma'dades y caprichos de mi familia, que ignora hasta que existo sobre la tierra:

—Incomprensible, incomprensible, exclamó Lanza con indignación.

Cuando debieran estar orgullosos de tí, por todos motivos, te abandonan así á la miseria y los peligros!

—¡Qué quiere usted! yo no digo que no haya algo de culpa mía; ¿quién es aquel que no tenga algo de que acusarse?

Pero indudablemente no merecía yo el abandono absoluto en que me tienen: se portan mal conmigo.

Iba Luisa á continuar, cuando llegaron al Robinson.

—Aquí, dijo él, aquí podemos almorzar y hablar con libertad.

Tú no debes haber almorzado, y yo, lleno del placer de esta cita, no he almorzado tampoco.

Ella secó las lágrimas que sus palabras y sus recuerdos habían hecho brotar de sus ojos, y ayudada galantemente por él, descendió de la volanta.

En el acto acudió la fondera y llevó á la pareja al interior del hotel.

El traje de Lanza ya hemos dicho que lo hacía parecer un señor riquísimo, y la hotelera no vaciló en ofrecerle la mejor habitación del establecimiento.

Allí estaban con todas las comodidades deseables, sin testigos de ninguna clase ni temor de que alguno viniese á importunarlos.

Lanza pidió á la hotelera les trajese de almorzar, de lo mejor que tuviera en la casa, con una botella de vino generoso y una de champagne, para que pudiera dejarlos solos y no tener que ser interrumpidos á cada momento.

Sumamente práctica, como que no hacía otra cosa, la dueña del Robinson les arregló una mesa con cuanto podían desear, con todo género de fiambres y demas pertrechos necesarios para sostener una batida con el hambre.

Y se retiró á confeccionar los platos calientes, diciendo á Lanza que llamara cuando quisiese que lo sirviera.

Este despachó el carruaje ordenándole volviera á buscarlo á la tarde y se encerró á almorzar con toda comodidad y á escuchar la historia que Luisa debía contarle.

Esta se había quitado el sombrero y el tapado, quedando en perfecta comodidad, y se sentó al lado del joven, que la sirvió con cariñosa delicadeza.

—Confieso que no había probado un solo bocado de comida desde que me levanté, le dijo.

La emocion de esta entrevista que ya sabia yo me iba á hacer recordar cosas dolorosas, por un lado, y la lucha con aquella mujer diabólica que queria hacerme acompañar á todo trance por un testigo inaceptable por otro, no me dejaron tranquila toda la mañana.

Cuando me llamaron á almorzar ya me estaba vistiendo, y no quise ir.

—No importa, tenemos todo el dia libre para hablar de todo lo que nos interesa, respondió Lanza, ó mejor dicho tenemospor delante toda la vida, porque yo no me separo mas de tí.

Cuéntame tu historia, pero ante todo te voy á pedir un servicio.

Es preciso que no me vuelvas á tratar mas con ese usted frio y alejador.

Trátame de tú, como si fuera un viejo amigo á quien se ha conocido toda la vida.

—En el casino se trata de tú á todo el mundo, es la práctica, ya lo sabes; pero no sé qué sentimiento extraño me habia impedido darte á tí igual tratamiento.

Pero, puesto que así lo exiges, lo hago sin ninguna violencia; no sé por qué me parece que te he conocido toda mi vida.

—Me haces feliz con ese modo de hablar, dijo Lanza besando la mano de su bella.

Y como mientras hablaban comian con buen apetito, Lanza sirvió dos buenas copas de oporto, que ambos apuraron de un solo trago.

No hay nada que desate la lengua como el buen vino, y Luisa, obedeciendo á este principio invariable, desató la suya en la narracion de una historia que dejó asombrado á Lanza, porque este no se esperaba cosa semejante.

Para que no interrumpieran aquella narracion, habia pedido los platos calientes y todo cuanto podia necesitar, y habia cerrado la puerta despues de asegurarse que de las piezas vecinas nada podian oír.

Luisa bebió su segunda copa de vino como quien desea fortalecerse, y empezó así la narracion de su curiosísima historia:

— Yo soy hija del banquero Luis Maggi de Génova, dijo, cuya gran fortuna no puedo en este momento avaluar.

Lanza se estremeció de una manera poderosa, pues en ningun caso contaba con revelacion semejante.

—Y son precisamente las rarezas de mi padre y su gran fortuna, continuó ella lo que me ha reducido á situacion semejante.

Voy á tomar mi historia desde el punto mas remoto que me permitan mis recuerdos, y así podrás apreciar mejor las peripecias amargas por que ha pasado mi existencia.

—Habla con entera libertad, que yo juro no interrumpirte en un relato, respondió Lanza; y sirvió la tercer copa de vino, que debia que establecer la suficiente franqueza en el relato empezaba.

Cuando se tiene medio litro de oporto en el estómago, se habla siempre la verdad, porque desaparece generalmente todo cálculo y toda idea de engaño.

Carlo Lanza.

Y esto era lo que Lanza queria, mas, despues de saber la estupenda noticia de que Luisa era hija del banquero Luis Maggi, á quien conocia de nombre y de crédito, por transacciones que con él habia tenido la casa de Caprile.

El interes del corazon que la jóven habia despertado en Lanza desde el primer momento, se mezcló al interés de la fortuna, y el jóven, tomando una mano de Luisa se preparó á estrecharla, con el propósito de no interrumpirla sinó para hacerla beber y desatar así mejor su lengua, en caso que se anudase y quisiera reservarle algo.

—Mi padre, remontándome á la época que mi memoria me permite, era un simple negociante judío por inclinacion, que ocultaba su profesion verdadera de prestamista y su capital que no sé cual seria, bajo el humilde oficio de vendedor de jaulas y trampas de ratones, que vendia por la calle al conocido grito de: *¡Gaggie, Rattaiou!*

Era entónces un hombre sumamente hermoso.

Alto, grueso y bien repartido, con su fisonomia varonil y hermosa, con dos ojos ardientes y expresivos, era un hombre capaz de inspirar una pasion á cualquier mujer.

Yo recuerdo como si lo estuviera viendo, y te aseguro que era un hombre hermoso en toda la estension de la palabra.

Mi padre era un hombre de educacion fina y útil; recuerdo que entre otras cosas embalsamaba aves al extremo de parecer vivas y teñia plumas de sombreros con colores preciosos.

Recuerdo que habia plumas teñidas por mi padre, que se pagaban á precios fabulosos, relativamente.

Yo me educaba entónces en un buen colegio de Génova, lo que era una prueba del gran amor que mi padre me tenia, cuando pagaba por mí una educacion tan cara, él, que no se desprendia de un sueldo sinó despues de hacer un violento esfuerzo y meditar un dia entero sobre este gasto.

Habia entónces en Génova una dama de posicion muy distinguida y de notable fortuna, conocida de todo el mundo por su conducta extravagante y liviana.

Esta dama era ya algo entrada en años, pero conservaba restos de una hermosura imponderable.

Se referian de esta dama mil aventuras amorosas y pican-tes, en que habia sido victima de la explotacion de jóvenes calaveras que habian soportado el amor de la mujer por el amor de la bolsa, que habia sido siempre el objetivo de aquellos amores.

Esta dama habia cobrado por mi padre una pasion violentísima, de aquellas pasiones que subyugan completamente á una mujer haciéndola cometer todo género de locuras.

No era preciso ni satisfactorio para una mujer de su posicion, tener un amante vendedor de *gaggie* y *rattaiou* é impuso á mi padre la única condicion de que habia de abandonar su oficio, lo que este aceptó de mil amores.

Siempre era mucho mejor que el suyo, el oficio de amar á una vieja rica y hermosa todavia, capaz de hacer por su amante cualquier locura.

Mi padre abandonó entónces sus *gaggie* y se estableció como embalsamador de pájaros y comerciante en plumas teñidas, abriendo una casa de esta especialidad, que no era mas que el disfraz de otro negocio mucho mas positivo.

Sin abandonar sus tendencias de judío, mi padre se dedicaba á descontar letras de buenas firmas, con intereses bárbaros, y prestar dinero á aquellos que sabia se lo podrian devolver, aunque mas tarde, pero casi doblado por los intereses y comisiones que se iban acumulando.

La fortuna de su amante le permitia hacer ese negocio en grande escala, con gran contento de esta, que habia logrado por fin un enamorado de juicio que en vez de destrozárselo, aumentaba su capital.

Fué entónces que mi padre me retiró del colegio y me llevó con él á su casa de comercio para que desempeñara el doble cargo de secretario íntimo y tenedor de sus libros cuyas anotaciones misteriosas solo yo podia entender.

Desconfiado, terriblemente desconfiado por naturaleza, solo en mí podia tener la confianza necesaria para hacerme depositaria de sus secretos y apuntes.

Otra hermanita mucho mas pequeña, que yo tenia, quedaba en el colegio educándose.

La poca edad la hubiera hecho servir de estorbo á nuestro padre y á mí, que hubiera tenido que dedicarme á su cuidado.

Aburrida en aquella especie de encierro comercial y fastidiada con aquella especial teneduría de libros, me dediqué á la tintura de plumas y embalsamamiento de pajaritos, en lo que me perfeccioné rápidamente enseñada por mi padre.

Y miéntras este andaba en la calle en sus negocios ó enamorando á su gran dama para hacerle soltar dinero, yo atendia con mi solo esfuerzo al negocio aparente de la casa: teñir plumas y embalsamar aves.

Pareció que esta tal dama habia firmado letras por grandes sumas á otros amantes calaveras que habian disfrutado el amor de su bolsa antes que mi padre, y cuyos vencimientos serian un golpe tremendo para su fortuna.

Sola, sin parientes y única responsable de sus actos, aquellas letras que habia firmado tenian la fuerza ejecutiva de todo documento de ese género, y á su vencimiento no habria mas remedio que pagarlas ó ser ejecutada en sus propiedades mas valiosas.

Mi padre estaba en el secreto de estas letras, sabiendo solo que ellas eran firmadas á un largo plazo, porqué la dama, como era presumible, no habia dejado apunte de ningun género.

Mi padre encontró el único remedio que habia para evitar un fracaso y que se ejecutara á su amante por el gran valor de las letras, cuyo monto ella misma ignoraba.

No habia mas remedio que vender á mi padre todas sus propiedades, asegurándolas así bajo su nombre.

De esta manera, la ejecucion de las letras, que podia venir de un momento á otro, los tomaba perfectamente resguardados.

La falsedad de aquellas ventas no podría nunca probarse á mi padre, puesto que su fortuna, que nadie conocía á punto fijo, le permitía aquellas compras.

La dama aquella, que estaba enamorada de mi padre hasta la locura, firmó sin vacilar todo aquello que este quiso y rechazando toda especie de explicacion que quisiera darle.

Le hubiera firmado de la misma manera un pagaré sobre la vida.

Lo queria con el amor violento que inspira á una mujer de edad su pasion última y no habia sacrificio que no hubiese hecho por él.

Si en vez de proponerle una venta falsa le hubiera propuesto francamente la verdadera cesion de todos sus bienes, los hubiera soldado de la misma manera sin la menor vacilacion.

Sucedió al fin lo que era natural que sucediera con aquellas medidas tan hábilmente tomadas.

Las letras se vencieron, vino la ejecucion en seguida del protesto y los acreedores quedáron burlados.

No podian llevar á cabo su explotacion, porqué la dama no tenia en qué ser ejecutada.

Todas las propiedades que denunciáron y sobre las cuales creyeron poderse cobrar, estaban á nombre de mi padre.

Este no varió por esto en nada su conducta respecto á su amante.

Al contrario, cada dia parecia amarla mas y estaba mas dedicado á ella.

Y yo creo que el amor de mi padre para su amante era sincero.

Al fin él, aunque hermoso todavía, era un hombre entrado en años y no podia aspirar á nada mejor.

Así siguiéron las cosas por mas de dos años en los que la fortuna de mi padre aumentó de una manera considerable.

Yo iba á casa de la amante, quien me demostraba gran cariño y me colmaba de regalos.

Y mi padre habia arreglado las cosas tan bien y de tal manera, que muchos, al ver el lujo con que vivia la dama, pensaban que mi padre se estaba arruinando manteniéndola, porque sus amores con ella no podian ser mas públicos.

Ella seguia enloquecida con mi padre, quien satisfacía sus menores caprichos.

Teatro, carruajes, joyas, trajes, cuanto deseaba, mi padre se lo proporcionaba al momento, puesto que era como quien dice su apoderado y administra for general.

El tiempo que los negocios dejaban libre á mi padre, él se lo pasaba al lado de su dama, demostrándole su cariño por todos los medios á su alcance.

Y á mí misma me decia siempre:

—Es preciso, Luisa, que quieras mucho á esa señora, mira que á sus bondades debo yo la mayor parte de la fortuna que tenemos.

Quiérela mucho, mi hija, y demuéstrole todo lo que la quieres.

Yo, sin necesidad de esta recomendacion queria mucho á la dama, porqué ella me obsequiaba siempre y me prodigaba sus cariños.

Conocida la tacañeria de mi padre, todos se admiraban de verlo gastar de aquella manera; pues como la dama aquella pasaba por fundida, atribuian á él todos sus gastos.

Solo á mí me decia, y esto sin duda para que no le tuviera mala voluntad, que él administraba los bienes de aquella señora, en secreto, para que sus acreedores no la ejecutaran, y yo sabia por los apuntes de los libros que aquello era cierto y que mi padre al decírmelo no me engañaba.

Sucedió lo que era natural que sucediera, visto la edad de la señora.

Un dia vino muy apurada la sirvienta de su confianza y dijo á mi padre que fuera inmediatamente, que á su señora le habia dado un ataque terrible y que le rogaba fuera lo mas pronto posible.

Mi padre cerró la casa en seguida y se trasladó conmigo á lo de su amante.

Esta se hallaba en cama, gravemente enferma, muy pálida y desencajada.

Apénas nos vió entrar, estiró á mi padre sus brazos aristocráticos y le dijo:

—Yo estoy muy mala, Luis de mi alma, y me voy á morir.

—No tengas cuidado, que no ha de ser nada, respondió mi padre conmovido como nunca lo habia visto.

He cerrado mi casa y te traigo á Luisa para que te cuide, porqué nadie lo ha de hacer con mas cariño.

Entretanto yo me voy á buscar médicos para que te vean y te curen pronto.

—Muchas gracias, Luis, respondió la dama, mas tranquila y con acento de profundo cariño; cada dia que pasa tengo un nuevo motivo de bendecir aquel en que el destino te deparó á mi paso.

—Déjate de estas cosas y ahí te queda Luisa, respondió mi padre; yo me voy ya para no perder tiempo.

Yo me quedé allí efectivamente, compadecida del estado alarmante de la señora y tratando de distraerla como me era posible.

Mi padre salió apresuradamente y al poco tiempo volvió con dos médicos, los médicos mas notables de Génova.

Estos la examináron detenidamente, diciendo que no era nada de gravedad; recetáron y se fuéron.

Pero como volvieran á la tarde y mi padre andara como aturdido y pálido, yo me sospeché al momento que habia algo muy grave.

Toda aquella noche la pasamos con mi padre al lado de su cama, velándola y atendiéndola con cariñosa solicitud, que la pobre no se cansaba de agradecernos de todos modos.

Al otro dia estaba notablemente peor.

Tenia una fatiga inmensa y en sus ojos habia una expresion de profundo desaliento.

No era necesario ser médico para comprender que aquella era una enfermedad de la mayor gravedad.

Y á pesar de los prolijos cuidados de la ciencia y del cariño, la enferma se fué empeorando visiblemente.

Al dia siguiente la enfermedad se habia agravado tomándo proporciones amenazadoras, y los médicos dijéron á mi padre delante de mí que aquel era un caso perdido y que debia apresurarse á tomar todas aquellas medidas del caso.

Mi padre no se atrevió á decir esto á su bella, limitándose á rodearla de sus mas cariñosos cuidados.

La cosa era tan grave que esa misma noche ella lo comprendió así, y llamandonos á su lado dijo á mi padre:

—Aunque nada me dicen, Luis, por no afligirme ó no asustarme, yo veo que estoy muy grave y siento que me voy á morir.

No me desespero, pero me duele profundamente este golpe que viene á arrancarme de entre mi mayor felicidad.

Confieso que ántes nada me hubiera importado morir, hoy lo siento profundamente.

Y la dama rompió á llorar de una manera desconsoladora.

En su palidez mortal estaba mas bella y mas simpática que nunca.

—Pero ¿por qué te afliges de esa manera? le preguntó mi padre bondadosamente.

Estás grave, sí, pero nada indica que puedas morir; los médicos que te asisten son muy buenos y nada de alarmante dicen aún.

—Pero yo siento que me muero y es inútil tratar de engañarme ya.

Yo tenia que hacer violentos esfuerzos para contener el llanto que se me saltaba á los ojos.

Mi padre me hizo entónces una seña para que me retirase de la habitacion, y yo me alejé apresuradamente para dar rienda suelta á mi llanto.

Mi padre quedó solo con la dama y permaneció con ella mucho tiempo.

Yo no sé qué hablaron; estaba demasiado conmovida para pensar en cosa alguna.

Cuando mi padre volvió adonde yo estaba, me mandó volver al cuarto de la enferma.

—Consuélala, me dijo, me parece que le queda muy poco tiempo de vida.

Cuando yo volví á la pieza, la dama era presa de una inmensa fatiga.

Poco tiempo despues se calmó, pareció tranquilizarse mas, y tomándome una mano, me dijo:

—Ya lo ves, hija mia, yo me muero sin remedio, en vano me lo quiere ocultar tu padre, yo veo demasiado claro.

Es muy triste caso cuando la muerte nos sorprende en medio de la mayor felicidad.

Quiere mucho á tu padre, hija mia, quiérela mucho, que él

bien lo merece, y trata de mantener fijo en su memoria mi pobre recuerdo y que nadie ni nada pueda borrarlo.

Yo lloraba sin consuelo, nunca me habia encontrado en un momento tan terrible.

Y Luisa, retirando el plato que tenia por delante, bebió de un trago otra copa de oporto que le habia servido Lanza.

—No te aflijas, hija mia, continuó, me dijo la dama, no te aflijas, esto es natural, porque yo he vivido ya demasiado.

En seguida le acometió una nueva fatiga, mas violenta que la primera y no pudo seguir hablando.

Sus ojos se revolvián entre las órbitas de una manera aterradorá y su boca estaba entreabierta con una expresion de inmensa agonía.

Yo tenia un miedo tremendo, pero no me atrevia á separarme de aquel lecho de muerte.

Al cabo de un gran rato, regresó mi padre acompañado de los dos médicos que habian venido los dias anteriores y dos mas, que sin duda traian para la consulta.

Examináron á la enferma y sentí que uno de ellos decia á mi padre:

—Bueno, amigo, ya la ciencia no tiene nada que hacer aqui, es preciso tener valor, y endulzarle en lo posible sus últimos momentos.

Mi padre estaba envuelto en una expresion de espanto doloroso.

Se veia claramente que tenia por aquella mujer un cariño inmenso.

Me dijo que me quedase allí otro poco y salió con los médicos inmediatamente.

Yo me quedé allí mas aterrada que nunca.

El cuerpo de aquella mujer se iba enfriando rápidamente y ya la mano que tenia entre las mias parecia una mano de mármol.

Iba á disparar de allí aterrada, cuando entró mi padre, esta vez acompañado de un sacerdote.

Habia llegado el momento tremendo.

Yo salí de la pieza llorando amargamente, y poco despues salió tambien mi padre.

La señora quedaba sola con el sacerdote. pero sin uso de razon ni de palabra.

Pocos, muy pocos momentos despues, se sintió en la habitacion donde estábamos el murmullo del sacerdote que oraba.

Era pues indudable que la enferma habia muerto.

Yo no pude contenerme ya, y vencida por el espanto, caí de rodillas y oré tambien.

No me habia equivocado, pues momentos despues apareció el sacerdote y dijo reposadamente á mi padre.

—Ya no hay nada que hacer con ella; está descansando las fatigas de la vida.

Queriendo arrancarme á aquel triste cuadro, mi padre volvió á casa acompañándome.

—Puedes descansar, hija mia, me dijo, yo me voy porque tengo que cumplir allí mis tristes deberes de enterrarla.

No te preocupes por mí, aunque no vuelva hasta mañana, pues ya comprendes todo lo que allí tengo que hacer.

Mi padre se retiró y yo quedé dominada por el espanto de todo lo que en aquellas horas habia pasado por mi espíritu.

En todas partes creia ver el semblante de la moribunda, y mi terror fué tal, que desperté á toda la servidumbre para que viniera á acompañarme

Me parecia que la muerta venia á llevarme con ella y no podia disimular mi miedo.

Nada quise decir á los sirvientes de lo que pasaba, pues yo no sabia si esto podia disgustar á mi padre.

Este no volvió á casa hasta el otro día, sin duda despues de haber cumplido con todos los deberes del entierro.

Cuando vino, me entregó un anillo con un grueso brillante, diciéndome que era un recuerdo que la dama habia dejado para mí y que no debia sacar nunca de mi mano.

Desde entónces mi padre quedó con una expresion sombría en el semblante, que no debia disiparse mas; se conocia que habia querido profundamente á aquella mujer.

Y quedó así dueño de todas aquellas propiedades que, para salvarlas de una ejecucion, habian sido puestas á su nombre.

Aquella mujer no tenia pariente alguno cercano.

Uno muy lejano se presentó á reclamar la herencia, pero solo pudo apoderarse de los muebles y objetos que adornaban la casa que ella habitaba y que mi padre no quiso ó no pudo retener.

Desde entónces solo se dedicó á atender los negocios de la casa, que prosperaban notablemente.

Todas las aves curiosas que para el museo llegaban de América y de otras partes, eran confiadas á él para que las imbalsamara, en la persuasion de que nadie habia de hacerlo mejor.

Ocupado de otros asuntos que le daban una utilidad mayor, el embalsamamiento de las aves estaba absolutamente confiado á mí, que concluí por hacerme tan hábil como él para su preparacion.

Mi otra hermana, aunque mucho menor, fué sacada tambien dél colegio y traída al almacen, donde yo debia enseñarle todas las preparaciones que conocia, tanto para las aves como para las plumas.

Hombre eminentemente desconfiado, solo se fiaba de nosotros, y sus libros no permitia que fueran tocados sinó por mí.

A pesar de todo lo que trabajábamos en su beneficio, vivíamos con terrible miseria.

Recuerdo con espanto aun, que los dias mas crueles de invierno los pasábamos con la misma ropa que habíamos usado en el verano.

Jamas nos dió un centavo para poder gastar en un chiche, ni se pasó en su casa de la miserable comida de siempre.

Habia sin embargo en el negocio ciertas cosas que nosotras no podíamos hacer, porque no teníamos el tiempo suficiente.

Se necesitaba un empleado para que estuviese de firme en la casa, y otro para que hiciera en la calle aquellas diligencias que nosotras no podíamos hacer, como ir á entregar al museo las aves embalsamadas, cobrar las cuentas y otras cosas imprescindibles.

Mi padre se vió forzado á tomar dos dependientes, con muy escaso sueldo, pero con la promesa de irselos aumentando á medida que se pusieran mas prácticos.

Uno de estos era un jóven de muy buena familia, bien acomodado y sumamente simpático.

Desde que este jóven entró en la casa, se vió su deseo de ser agradable y necesario á mi padre, que le tomó cariño desde el principio, viendo sus buenas disposiciones y su deseo de trabajar.

Arturo que así lo llamaré, era muy fino y atento conmigo.

Me hablaba con mucho cariño y me ayudaba en mis quehaceres todo el tiempo que lo dejaban libre los suyos.

Yo hallaba cierto encanto en su conversacion y recibia con placer todas sus demostraciones de cariño.

Un dia, mientras embalsamaba un bello pájaro, se acercó á mí y me dijo cariñosamente:

—Yo no tengo necesidad de este empleo, Luisa, ni de un sueldo tan miserable.

Sin embargo, por este he despreciado empleos mucho mas ventajosos como carrera y con un sueldo diez veces mayor.

Y hubiera tomado este aun sin sueldo; ¿sabe usted por qué, Luisa?

Yo no sé por qué me turbé, miré á Arturo poniéndome colorada y no atiné á contestarle.

—Pues lo he preferido, siguió el jóven, porque este empleo me proporciona el placer de estar siempre á su lado, porque desde el primer dia que la ví á usted, la amé con locura.

Yo la amo, Luisa, con delirio, como solo se ama una vez en la vida, y creo que no habria sacrificio en la vida que no abordara por no salir de esta casa que me proporciona el placer de estar á su lado.

Francamente yo recibí aquella manifestacion con el mayor agrado.

Sentia por aquel jóven un cariño dulce y tranquilo que yo misma no acertaba á explicarme.

No le contesté nada, me limité á mirarlo, pero lo miré con tal expresion, que él me dió las gracias diciéndome:

—Dios bendiga esos ojos cuya mirada me hacen tan feliz en este momento.

Desde aquel dia empezáron con el jóven unos amores vehementes como era natural en jóvenes de nuestra edad.

Eran las primeras palabras de amor que yo sentia pronunciar á mi oído, y eran dichas con tanto cariño, con tanta dulzura, que me senti fuertemente emocionada.

Desde entónces todos los momentos libres que tuvimos, fué para conversar de nuestro amor, y para hacer mil proyectos del porvenir.

—Cuando yo me haya ganado mas la confianza de su padre, me decia, y vea él bien claro que yo soy un hombre digno y honrado, yo la pediré en matrimonio, Luisa, y entónces aseguremos nuestra felicidad eterna.

Y con estas conversaciones yo sentia diariamente que mi cariño aumentaba por él, al extremo de andar yo misma buscando la oportunidad de hablarlo, cosas bien fácil, porqué mi padre pasaba fuera del almacen una buena parte del dia.

Arturo me obsequiaba siempre con ramos de flores, bombones delicados y masitas.

Y yo, habituada á la miseria espantosa en que vivia, recibia cariñosamente aquellos obsequios.

—Yo desearia regalarle otras cosas que usted necesita, me decia, pero la veria su padre y entónces todo se echaria á perder y seria capaz de despedirme de su casa, lo que seria mi muerte.

Asi, nuestros amores iban creciendo, medidos por la esperanza de un porvenir mejor.

El aprecio de mi padre por Arturo aumentaba tambien, al extremo de llegar á subirle el sueldo voluntariamente.

Con este motivo habiamos llegado á considerarnos felices, pues dados estos antecedentes, mi padre no se negaria á dejarnos casar.

—El secreto está en no pedirle nada, me habia dicho Arturo, sinó en hacerle creer que se le dá.

Siendo yo su hijo político, él pensará que gana un dependiente á quien no pagará sueldo en adelante y todo queda así perfectamente arreglado.

Yo creia en el amor de Arturo, como se cree en las verdades de la religion.

No pasábamos separados un solo momento del dia, pues cuando él no estaba en nuestro gabinete de trabajo, estaba yo en el despacho.

Y cada dia sus palabras eran mas ardientes y mas entusiastas.

Fuera del cariño de mi padre yo no habia conocido mas cariño que el de Arturo.

El habia despertado mi corazon á las sensaciones del amor, y mi cariño por él era completamente ciego.

Si él me hubiera dicho cualquier enormidad yo la habria creido sin vacilar.

Cuando le pagaban su sueldo mezquino, siempre lo empleaba en obsequios para mí, obsequios que yo recibia llena de placer, pues fuera del anillo que me dejó aquella dama de mi padre, yo no habia jamas recibido obsequios de ninguna clase.

Arturo me traia pequeñas joyas que yo guardaba para que mi padre no las viera y me traia flores y demostraciones de su recuerdo en pañuelitos, perfumes y todas aquellas cosas que una mujer tanto agradece.

Yo concluí por amar á Arturo de tal manera, que lo apresuré á que diera el paso deseado respecto á mi padre.

—¿Y si tu padre se niega? me preguntó pálido y tembloroso. Mira que si él no quiere me vá á despedir de su casa, y vamos á perder la felicidad íntima de estar juntos.

—Si se niega ahora, es porqué se ha de negar siempre, lo contesté.

Yo lo rogaré, yo lloraré, yo haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo ceder.

—¿Y si á pesar de todo esto no cede?

—Poco importa, no por eso ha de disminuir el amor que te tengo y podremos poner en juego otros recursos.

—Si tú me juras que una negativa de tu padre en nada puede disminuir nuestro amor, me dijo, hoy mismo mando á mi padre que hable á don Luis.

Yo juré á Arturo que nada en la tierra era capaz de disminuir el cariño inmenso que yo le profesaba, y él se resolvió entonces á dar el paso que tanto miedo le imponía.

Habló con su padre y en la noche del día siguiente éste vino á hablar con el mio.

—Yo no tengo valor para quedarme aquí, me dijo Arturo, porqué tengo miedo que tu padre me llame y me eche una peluca espantosa despidiéndome de su casa.

Mañana ya es distinto, porqué se habrá enfriado, se le habrá pasado la rabia y será mas fácil ablandarlo.

Si la contestacion es favorable, yo te lo avisaré mañana en cuanto abran el almacén; si es fatal no necesitas que yo te lo avise, porqué el mismo don Luis te lo dirá esta noche, recomendándote, probablemente, que no vuelvas á mirarme á la cara.

Confieso que al oír hablar así á Arturo tuve miedo, pero un miedo que pronto se disipó por un pensamiento razonable.

¿Qué razon podía tener mi padre para oponerse á mi felicidad?

No existía ni aun la misma de su miseria, puesto que nada se le pedia y puesto que se trataba de un jóven tan honrado y trabajador que él mismo le dispensaba toda su confianza.

Cuando vino el padre de Arturo y se encerró con el mio en el escritorio, sentí despertarse en mi el sentimiento de la curiosidad, que nunca habia conocido, y me puse á escuchar lo que hablaban, al lado de la puerta.

¡Qué momento de amarga angustia! no recuerdo otro tan desagradable y tan triste.

Desde las primeras palabras del padre de Arturo en que pudo comprenderse el objeto de su visita, el mio se puso de un humor espantoso.

—Es inútil que usted siga adelante, le dijo, porqué lo que usted viene á pedirme es un desatino digno de un loco.

—Pero, amigo mio, decia aquel hombre razonable, no puede haber nada mas justo ni natural que lo que yo le digo á usted, salvo que usted tenga otros proyectos para su bella hija.

Arturo es un muchacho bueno, digno y trabajador; nadie mas aparente que usted para conocerlo, puesto que lo tiene á su lado.

¿Qué cosa mas natural que querer casarse con una niña igualmente digna y bella?

—Muy natural, muy digno y sobre todo muy cómodo, contestó mi padre.

Pero yo no he trabajado medio siglo rompiéndome el alma y haciendo una fortuna, para que el primer tonto que llegue y quiera apoderarse de ella, no tenga mas trabajo que el de enamorar á mi hija y pedírmela en matrimonio.

Su hijo es muy muchacho, aun tiene tiempo de trabajar para formarse una fortuna y casarse despues que la tenga.

Creo, pues, que hemos hablado lo bastante y que no tengo nada mas que responder.

—Piense, amigo, que cuando dos jóvenes se aman apasionadamente, es peligroso negarles así toda esperanza, porque entónces suelen hacerse justicia por su mano.

—Amigo mio, yo gobierno mi casa y mi fortuna y estoy acostumbrado á que se haga lo que yo mando.

Lo que es mi hija corre de mi cuenta, cuide usted de que el suyo, no se meta á lo que no debe, y todo habrá pasado en paz.

Yo me retiré rápidamente de la puerta, y me fui á mi cuarto donde me puse á llorar amargamente.

Arturo seguramente iba á ser despedido por mi padre, y ya no podríamos vernos como ántes ni conversar con él de sus plácidos amores.

¿Qué habia querido decir el padre de Arturo con aquello de hacerse justicia por su mano?

Esto era lo que mas me intrigaba y lo que yo queria saber á toda costa.

Esperé á que mi padre me llamara para decirme algo, pero esperé inútilmente, pues poco despues lo sentí dirigirse á su cuarto donde se recojió como lo hacia siempre, despues de haber revisado los libros de la casa.

Yo no pude dormir en toda la noche, llegando en mi desesperacion hasta maldecir la fortuna de mi padre, puesto que esta fortuna era la causa única de que mi padre no consintiera mi casamiento.

Toda la noche me la pasé llorando y pensando lo que sería de mí, separada de aquel hombre á quien tanto amaba.

Yo conocia la firmeza de voluntad de mi padre y sabia por esperiencia que cuando él habia dicho que nó una vez, era inútil insistir.

A la mañana siguiente, pálido y desencajado se presentó Arturo á la hora de siempre.

No podimos vernos sinó de léjos, porque mi padre lo esperaba y apenas entró lo llamó á su escritorio.

Tuve vehementes deseos de ir á escuchar como la noche anterior, pero confieso que no me atreví.

Temí ser sorprendida, y me quedé donde estaba trabajando, sofocando los sollozos que me ahogaban.

La conferencia aquella duró muy pocos minutos, al cabo de los cuales ví que Arturo salia del escritorio, tomaba su sombrero y se alejaba del almacén despues de haberme hecho con la mano una rápida señal de espera.

Poco despues salió del escritorio mi padre y viniendo á donde yo estaba me dijo bruscamente:

—Acabo de despedir á ese imbécil, porqué al casarse contigo pretendia casarse con mi fortuna.

Cuidado con lo que se hace en adelante, Luisa, porqué yo no he trabajado para alimentar haraganes.

No me atrevi á contestar una palabra.

Dí vuelta el semblante para ocultar mis lágrimas y seguí bajando.

Mi padre se retiró sin decirme una palabra.

Aquel dia fué para mí de insoportable tormento.

A la tarde, cuando mi padre salió como de costumbre, entró rápidamente Arturo y me entregó una carta, diciéndome:

—Toma y trata de tenerme la contestacion para mañana á esta hora; es el solo medio que tenemos de entendernos por ahora y es necesario no perderlo, por eso no me demoro mas.

Y salió tan rápidamente como habia entrado.

Mi padre demoró unos pocos minutos; sin duda temia que Arturo viniera en su ausencia y solo habia salido á algo muy urgente.

Miró por todas partes y no hallando nada que pudiera hacerlo sospechar, se metió á su escritorio.

Recien á la noche pude leer la carta de Arturo.

El pobre me contaba con frases llenas de amargura y de dolor lo que yo sabia tan bien como él.

No hay que tener la menor esperanza en que tu padre ceda, y es necesario que me digas si estás dispuesta á hacer lo que yo te indiqué, si no, no podremos vernos mas, y ante tamaña desventura yo me mataré, Luisa mia, porqué la vida sin tí no la quiero para nada.

Esta carta me produjo una impresion tremenda.

Ya se me figuraba ver á Arturo muerto por mi amor y acusándome de su muerte; aquello era horrible para una niña impresionable como yo lo era entónces.

Se me figuró que ya no lo volveria á ver mas en la vida, que yo seria un ser desventurado, y le contesté con toda la vehemencia de mi cariño así amenazado.

Te amo siempre, Arturo, pero ahora te amo mas que nunca.

Todo cuanto me indiques lo haré sin vacilar y aunque me hubiera de costar la vida; no te desesperes, que mi amor no ha de faltarte un solo momento.

Gnardé aquella carta que debia entregarle al otro dia, y como la noche anterior no habia dormido, me dormí profundamente.

Al siguiente dia me levanté tan temprano como siempre y me puse á trabajar sin saber lo que hacia, pues todo mi pensamiento estaba en Arturo y en el momento que le debia entregar mi carta.

Largo fué para mí aquel dia, inmensamente largo.

Mi padre salió como el anterior, tarde y apénas un momento.

Pero aquel momento fué lo suficiente para que entrase Ar-

tuó y recibiera de mí aquella carta que saqué de mi seno para dársela.

¡Con qué expresion de suprema ansiedad recibió mi carta! parecía un hambriento que se lanza sobre un plato de comida!

Estrechó mis manos hasta hacerme mal, y salió rápidamente despues de decirme:

—Hasta mañana, hasta luego, hasta siempre y cada vez que salga tu padre vendré á contemplarte aunque sea un solo segundo.

Mi padre, como el dia anterior, no demoró mas que un momento en la calle, regresando en seguida y mirando siempre á todas partes como si buscara algo.

Al dia siguiente, y apenas salió, recibí la segunda carta de Arturo.

El pobre estaba allí de centinela perpétuo hasta que mi padre salia para poder entrar él.

En aquella carta que creo leí en una sola mirada, me decia que no podria jamas habituarse á vivir separado de mí, que aquella situacion era horrible.

Es preciso que hagamos algo por nuestra felicidad y solo de ti depende, mi ángel, agregaba.

No nos queda sinó un solo recurso, el recurso de la fuga.

Huyendo juntos un poco de tiempo, tu padre, para cubrir la falta, no tendrá mas remedio que consentir en nuestro casamiento, casamiento que le impondrá nuestra situacion y la suya misma.

De otro modo nuestra eterna desgracia es inevitable, pues ya sabes que tu padre no ha de consentir nunca en este casamiento.

Mañana te obligaria á casarte con algun viejo rico y tu pobre Arturo se haria saltar los sesos léjos de ti.

Nuestra felicidad está, pues, en tus manos, Luisa mia.

Medita y contéstame, que solo espero tu contestacion para prepararlo todo.

Yo estaba loca.

No pensaba en otra cosa que en Arturo y no tenia mas voluntad que la suya.

Eso de que podía hacerse saltar los sesos me hacia un efecto de terror imposible de pintar, porque yo sería la única culpable de semejante desventura.

No pensé, no reflexioné en la enormidad que Arturo me proponia, y le contesté que haria cuanto me dijese.

Para mí aquello era muy simple, puesto que mi padre para evitar el consiguiente ridiculo, tendria que consentir en un matrimonio del que dependia la felicidad de toda mi vida.

Esta carta no se la pude dar á Arturo hasta el dia siguiente, porque mi padre no volvió á salir.

Al llevar la mia, Arturo me dejó otra carta, en la que me manifestaba que era preciso apurar la huída, porque ya habia sido notada en el barrio su eterna presencia.

Pueden contárselo á tu dadre de un momento á otro, me

decía, y si este llega á saberlo, perderemos este único medio de comunicacion.

Yo quedé aterrada con esta carta; no poder ver mas á Arturo ni escribirme con él, era una desgracia irresistible para mí.

Felizmente yo habia consentido en sus planes, y de él solo dependia su mas rápida ejecucion.

¡Ah! si yo hubiera meditado un momento, si yo hubiera tenido quien me diera un consejo amigo, ¡cuántas desgracias no me habria evitado!

Luisa se interrumpió un momento para tomar una copa de champagne que le sirvió Lanza.

El relato y los recuerdos que éste despertaba, la habian fatigado de una manera dolorosa.

Despues de una corta pausa siguió diciendo:

—Al otro dia cuando salió mi padre, se me presentó Arturo radiante de felicidad.

Sonreia con una placidez infinita y agitaba en su mano la carta que me traia.

—Querida de mi alma, me dijo, veo que me amas inmensamente, Dios te bendiga y te compense todo el mundo que abres á mi pobre alma.

Por estas cartas verás que no nos veremos ya mas hasta pasado mañana, pero que entónces nos veremos para no separarnos mas en la vida.

Pasado mañana, desde el amanecer, yo te esperaré con una volanta al dar vuelta la calle.

Cuando tu padre salga, sales tú tambien; no te preocupes de traer nada, que tendrás todo cuanto te haga falta.

De aqui saldremos al nido que te he preparado, que será nuestro cielo, y verás que pronto cede tu padre y nos dá permiso para que nos casemos!

Yo no podia modificar aquel plan, puesto que no tendria ocasion de hablar ni de escribir á Arturo.

No habia de dejarlo plantado con todos sus preparativos, y me resigné á seguirlo, lo confieso, con un placer íntimo y verdadero.

Nada tenia que aprontar para llevar conmigo.

¿Qué habia de aprontar, si yo no poseia mas que ropa vieja y remendada?

Junté todos los obsequios que habia recibido de Arturo y que constituia toda mi fortuna, toda mi verdadera fortuna, y estuve lista para la partida.

¡Qué largo me pareció el tiempo desde entónces!

El dia lo pasaba algo distraida con mis quehaceres, pero la noche me parecia horriblemente larga é interminable.

Aqui Luisa se interrumpió de nuevo.

Lanza le habia servido una copa de licor y café, instándola á que siguiera sin omitir detalles.

—No sé como seguir, dijo; ahora tengo vergüenza.

Y sus ojos brillantes por el alcohol que habia ya tomado, esquiváron la mirada apasionada de Lanza.

—Sigue adelante, le dijo éste, tu relato me interesa de tal modo, que siento crecer de una manera inponderable la inmensa simpatía que hasta tí me ha arrastrado.

Luisa estrechó la mano que amorosamente le tendía el jóven y siguió así su interrumpido relato:

—No omitiré un solo detalle, por duro que me sea.

Mientras mas lentamente pasaba el tiempo, era mayor mi deseo de ver llegar el momento de la partida.

Me parecia que alguna desgracia se iba á cruzar por el medio, desgracia que no íbamos á poder evitar.

Aunque mi padre no podia sospecharse lo que pasaba, y su conducta en nada se habia modificado, yo pensaba que todo lo sabia y que en el momento de mi salida se me iba á poner por delante deteniéndome.

La mañana de la partida llegó por fin; yo me levanté mas temprano que nunca, y por primera vez de mi vida sentí la necesidad de parecer mas bella.

Me vestí con la mejor ropita que poseia, y me perfumé con los perfumes que Arturo mismo me regalara.

Como si Dios quisiera proteger mi huida, mi padre me dijo que él tenia que salir temprano y que si á hora del almuerzo no estaba en casa, podíamos almorzar no mas, pues él se demoraría algo.

Yo me eché á temblar.

¿Sospecharia mi padre lo que pasaba y aquel no sería mas que un lazo para confiarme mas?

Casi me hizo renunciar á mi propósito el miedo de ser tomada en el delito.

Pero pensé en la desesperacion de Arturo, que podia llevarlo á un extremo fatal y me resolví.

Eché una mirada última á aquella casa donde tanta miseria habia pasado y donde tan feliz habia sido en mis amores y salí precipitadamente á la calle, tomando la direccion que me habia dado Arturo.

Yo iba temblando de miedo.

Me parecia que todos cuantos me miraban conocian mi delito y que mi padre iba á aparecérseme de pronto.

No es posible imaginarse todo lo que yo sufrí en aquellos pocos minutos!

Al volver la calle y á pocos pasos de la esquina, ví la volanta parada.

Por la portezuela asomaba la bella y jovial cabeza de Arturo.

Fué tal la impresion que experimenté, que tuve que agarrarme de la pared para no caer, porque las piernas me temblaron fuertemente.

Al ver que me detenía, Arturo vino hasta mí y me ayudó á llegar á la volanta donde subimos rápidamente.

El cochero, que sin duda ya sabia lo que tenia que hacer, castigó los caballos y partió á escape.

Recien pude respirar con libertad relativa, pues siempre tenia miedo que en el momento ménos pensado nos detuvieran la volanta.

—¡Juntos, juntos para toda la vida! exclamó Arturo acariciándome de todas maneras—¡Oh! gracias, mi bella, gracias, ¡me has hecho el mas feliz de todos los hombres! ya no nos separaremos mas en la vida, pues tu padre tendrá ahora que darnos su consentimiento.

Y yo al escucharlo y recibir sus caricias, me sentia inmensamente feliz.

¡Quién me hubiera dicho en lo que todo esto vendria á parar! La volanta siguió rodando hasta la estacion del tren, donde Arturo tenia pasaje, y subimos.

Ya no era posible tener miedo de ser sorprendidos, porque cuando mi padre llegara á casa, estaríamos tal vez ai fin de nuestro viaje.

El carácter de la avaricia.

Aun no habia tenido tiempo de darme cuenta exacta de mi situacion, cuando el tren se detenia y Arturo me hacia descender en un pueblito que me dijo se llamaba Albisola.

Es un bello pueblito cerca de Génova, que tal vez tú conozcas.

Mi traje ligero y Arturo sin equipaje de ningun género, nos hacia parecer todo, ménos fugitivos.

En aquel bello pueblito, nos dirigimos á la casita que Arturo habia arreglado él mismo para nosotros.

Como era poco el tiempo que allí íbamos á permanecer y un sitio á donde no volveriamos mas, no habia allí en muebles mas que lo estrictamente necesario.

Cama, una mesa, sillas y una buena provision de ropa para mí.

Eso sí, Arturo que conocia la miseria en que viviamos en casa, me habia llevado la ropa que mas necesaria debia serme y en cantidad bastante para que no me faltase.

Todo me lo mostraba entre mil caricias, pero yo no tenia la cabeza para pensar en ropa ni en aquellas simplezas.

Estaba con el pensamiento lleno del paso que habia dado.

Pensaba en la aficcion de mi padre al no hallarme en casa, y en que á aquellas horas me andarian buscando por todas partes.

—Por Dios, Arturo, le decia, si llegan á encontrarnos, ¡qué vergüenza! ¡yo quiero morirme ántes que volver á casa!

—No tengas cuidado, que eso es imposible.

Yo he tomado mis medidas para no dejar rastro alguno.

Mi mismo padre me crée en el Piamonte, porque yo le he dicho que para allá me voy, ya vés que si á él le toman datos, ni siquiera se imaginará donde estamos.

Yo aquí he pasado por un recien casado que vengo á pasar los primeros dias con mi mujer, me conocen por otro nombre y mi presencia contigo no puede llamarles la atencion.

Poco á poco los cariños y las razones de Arturo me fuéron

haciendo perder el miedo, hasta que quedé completamente tranquila.

Era Albisola un pueblito bello y de pocos habitantes.

La gente era sencilla y buena, aunque un poco curiosa como en todo pueblo pequeño.

La primera vez que salí á la calle á pasear el pueblo, la gente me miraba como si quisieran comerme.

—Me mortifica tanta curiosidad, decia á Arturo, pero este me contestaba sonriendo:

—No creas, tonta, no es curiosidad, es que los deslumbras con tu belleza magnífica; es natural que te miren; los astros del cielo se miran tambien y ya ves que á ellos no nos lleva ninguna curiosidad criticable.

Quince dias pasamos en Albisola, en medio de la mayor felicidad.

Yo lo habia olvidado todo y no vivia mas que de aquel hombre y para aquel hombre.

—No tenia en el mundo mas que su cariño, y como es natural, trataba de aumentarlo en lo posible.

Arturo no me daba motivos sinó para felicitar me de haberlo seguido.

Parecia vivir en mí al extremo de adivinar en mi mirada la menor impresion del espíritu.

—Bueno, basta de Albisola, me dijo un dia; es preciso que nos vayamos á pasear ya que estamos en completa libertad y podemos hacerlo; á la vida es preciso explotarla miéntras uno es jóven y si no se aprovecha el primer tiempo del matrimonio, despues vienen inconvenientes que no se pueden vencer.

De Albisola nos dirijimos á Turin, desde donde Arturo escribió á su padre indicando el punto donde debia contestarle.

El padre de Arturo conocia el paso que habíamos dado, pues él se lo dijo por carta antes de salir de Génova.

Arturo tenia bastante dinero, lo suficiente segun él pensaba, para la gira que pensábamós dar, así es que de nada carecíamos.

En Turin me habia comprado una buena ropa, que aunque no era lujosa, para mí, habituada á mis trapos, me pareció una cosa soberbia.

De Turin pasamos á Florencia, á Roma y á Nápoles.

Asistíamos á todos los paseos y á los teatros, de modo que entre el cariño y las diversiones no tenia yo tiempo de pensar en otra cosa.

Yo, pobre de mí, creia que aquella vida debia ser eterna, y nunca se me ocurrió pensar en el porvenir, en el porvenir que debia ser tan miserable para mí.

A los seis meses de aquella vida yo me enfermé de cierta gravedad; fué necesario hacer cama y llamar médicos, lo que vino á alterar de una manera notable el presupuesto de Arturo, que vió con terror que su dinero concluia, felizmente junto con mi enfermedad, pero teniendo en el hotel una cuenta que era preciso pagar.

Aflijido Arturo, habia escrito á su padre pidiéndole dinero, pero la respuesta no venia quien sabe por qué inconvenientes.

Esperar mas era agravar la situacion, porqué la cuenta del hotel crecia y no habia con que pagarla.

Una mañana me contó Arturo lo terrible de la situacion porqué atravesábamos.

— Es preciso que nos váyamos á casa y tratemos el arreglo con tu padre, me dijo; ya hemos provocado la situacion que queríamos, y él ya no tendrá mas remedio que conformarse.

Pero necesitamos recursos, tu situacion es delicada y yo no los tengo.

Yo me hallaba embarazada, y los médicos me habian recomendado el mayor cuidado en los viajes.

Esta declaracion de Arturo me dejó helada.

—Figúrate, me dijo, que ni aun para los pasajes tengo!

¡Yo no sé como voy á hacer! mi padre no ha respondido á mis cartas, y esto no puede ser sino un extravio del correo, ó alguna cosa que ahora no me acierto á explicar.

La suma que yo le pedia era muy poca cosa, y mi padre no es hombre de dejarme en una situacion afligente ni por poco ni por mucho.

El no está enojado conmigo; entónces no hay mas remedio que la carta se ha perdido, ó al sentirla con dinero, alguno se ha tentado á declararse su dueño.

—Pero así no podemos seguir, dije yo aterrada, porqué si nos descubren que estamos haciendo un gasto que no podemos pagar, sabe Dios lo que nos sucede.

—Bueno, no te aflijas; yo voy á ver si vendo mi reloj y alguna otra cosa; teniendo para pagar la cuenta deeste maldito hotel, y para los pasajes, no hay por qué aflijirse.

Al oír hablar de vender alhajas me acordé de mi anillo con un brillante, que algun dinero valia, y se lo entregué á Arturo diciéndole:

— Ahí tienes eso tambien, véndelo de manera que podamos recuperarlo algun dia, que de algo te ha de servir.

—¡Nunca te lo hubiera pedido! me dijo, aunque hubiese estado en una situacion mas dura, pero como me lo dás de tan buena voluntad, yo te lo acepto contento, porqué él solo bastará para todos nuestros apuros.

Yo lo colocaré de modo que el dia que tengamos dinero podamos retirarlo de donde está, no te aflijas.

Unica alhaja de valor que habia tenido en mi vida, me costó mucho trabajo separarme de ella, pero ¿qué iba á hacer en una situacion tan terrible, cuando temiamos que fueran á echarnos á la calle?

Con tal de haber salido de semejantes apuros, si mas hubiera tenido, mas habria dado.

Arturo regresó contento, con una buena suma de dinero.

Mi solo anillo dió para pagar la cuenta del hotel, tomar los pasajes, y aun sobró.

Mi embarazo estaba muy avanzado y yo me sentia pesada

y triste, necesitando un millon de cuidados para moverme de un punto á otro.

Aquel hijo que llevaba en las entrañas era lo que me hacia esperar en mi mayor felicidad.

Por él me perdonaria mi padre, siendo ademas la fuerte cadena que habia de ligar á Arturo á mi lado toda la vida.

Por conservarlo, no habia sacrificio que yo no afrontara, pues él era la garantia que yo tenia de una vida mejor.

Ese mismo dia Arturo arregló la cuenta del hotel, tomó pasajes hasta Génova y nos pusimos en camino.

Aquel viaje fue incómodo de una manera imponderable, porque yo iba llena de dolores y llena de cuidados.

Una vez en Génova, nos fuimos á casa del padre de Arturo, donde el buen viejo nos recibió con los brazos abiertos y lleno de felicidad.

Yo tuve que hacer cama; el viaje me habia hecho daño, sufría horriblemente y estaba amenazada de un desembarazo desgraciado.

Allí supe lo que habia sucedido en mi casa despues de nuestra partida.

Mi padre habia estado á buscarme en casa del padre de Arturo, y sabiendo que ni yo ni él estábamos allí, habia dado por term nadas sus diligencias.

—No pienso gastar dinero, en buscarlos ni tiempo que vale mas que el dinero, dijo, ya volverán cuando quieran y cuando se cansen de andar vagando, convencidos de que así no se puede vivir.

Desde entónces el padre de Arturo no lo habia visto mas; ni siquiera habia enviado un recado para preguntar por mi salud.

—Me parece que ese hombre quiere mas á su dinero que á su hija, dijo su padre á Arturo, y tu asunto se hace mas difícil, contra todo cálculo.

Puede ser que el nieto pueda mas en su espíritu que lo que puede su hija; veremos á ver, aunque ya te digo que ese hombre no tiene cariño sinó para su dinero.

Este modo de pensar me affigió de una manera inmensa.

¿Qué sería de mí si mi padre no consentia en nuestro casamiento á pesar de todo?

No me quedaba otro recurso que seguir viviendo así, hasta que el tiempo y la muerte vinieran á resolver la cuestion.

Pero esto mismo de estar pensando en la muerte de mi padre era algo que me causaba una angustia suprema y que no estaba en mi modo de ser ni de pensar.

Me parecia que Dios podia castigarme y hacer morir á Arturo ántes que á él.

Mi estado delicado y esta eterna mortificacion de mi espíritu hizo que mi hijo naciera enfermizo y amenazando morirse á cada momento.

Esto vino á aumentar de una manera poderosa la amargura de mi espíritu y traté á todo trance de reconciliarme con mi padre.

Cuando yo llegué, se lo habia hecho saber, pero mi padre no había dado señales de vida.

Con un dolor inexplicable yo creí notar desde entónces que el cariño de Arturo se habia enfriado mucho.

Con diversos pretextos de buscar trabajo y de compromisos con amigos, no solo estaba ausente de casa la mayor parte del dia, sino que de noche regresaba muy tarde.

Ya no me hacia sus habituales y ardientes cariños y si se acercaba á nuestro hijo era con marcada expresion de disgusto.

Yo llo é en silencio los primeros dias, pero al fin no pude sufrir mas y me quejé á Arturo de su frialdad.

Aquella queja, léjos de hacer un buen efecto en el espíritu de Arturo y obligarlo á reaccionar, pareció por el contrario irritarlo, aunque nada malo me dijo.

—Es necesario que tengas paciencia, me dijo, yo no puedo vivir siempre á costillas de mi padre.

De dia tengo que buscar en qué ocuparme, y de noche es preciso que atienda á los deberes de mis muchas amistades que no puedo echar al diablo.

Aquel modo de responder me dejó helada.

¿Sería aquel hombre un miserable que solo me habia querido por el interés del dinero de mi padre y que dejaba de quererme cuando veía que la gestion de dinero seria inútil?

Esta sospecha aumentó mi desesperacion y no sé de donde saqué fuerzas para conservar el juicio.

Disimulé cuanto me fué posible mi desesperacion, y me entregué por completa al amor de mi hijo, resignándome á sufrir lo que viniera y aceptándolo como justo castigo á mi accion.

Viendo que mi padre nada hacia para acercarse á mí, Arturo resolvió que su padre se acercara á él para gestionar nuestra reconciliacion, con el casamiento impuesto por el estado á que habian llegado las cosas.

Tanto Arturo como su padre, segun pude convencerme despues, habian tomado mi cariño como una especulacion que podia tener para ellos opíparos resultados y era en ese carácter que la seguian con empeño.

Por eso, únicamente por eso estaban empeñados en la reconciliacion con mi padre y se prestaban á tenerme en su casa hasta que ese asunto se resolviera.

Yo entónces estaba inocente de este manejo espantoso, porque jamás creí que Arturo fuera capaz de semejante cosa.

—¡Qué miserable! exclamó Lanza fingiendo un arranque de indignacion, ¡es la infamia mayor á qué puede descender un hombre! pobre mi vida, ¡ya supongo lo que sufririas con esto!

Luisa enjugó sus lágrimas y bebió á instancias de Lanza otra copa de licor.

Ya estaba en ese estado alcohólico en que se habla con toda ingenuidad sin tratar de ocultar nada ni valerse de subterfugios calculados.

Era este precisamente el estado en que queria verla Lanza,

no solo para hacerla mas accesible á sus palabras amorosas, sinó para que no sintiera el tiempo que pasaba rápidamente y que podia hacerle pensar en volver al casino.

—Una noche, despues de haber conferenciado mucho entre los dos, agregó Luisa tomando de nuevo su interrumpido relato, el viejo fué á ver á mi padre para hablar con él de una manera definitiva.

Mi padre, segun el de Arturo, lo recibió bruscamente, aunque le dejó ezponer la causa de su inesperada visita.

—Es preciso, don Luis, que usted consienta en el matrimonio de los muchachos, le habia dicho.

Ya tienen un hijo y es preciso cubrir las apariencias y perdonar la calaverada tan natural en los jóvenes.

La gente murmura y al fin y al cabo Luisa es su hija y usted ha de caer envuelto en la crítica.

—Si yo supiera que á su hijo lo habia impulsado una pasion verdadera, dijo mi padre, yo podia perdonar el pecado y consentir en su casamiento, pero estoy profundamente convencido de lo contrario y de que con ello no lograria sinó amarrar á mi hija á una desventura eterna.

Su hijo no se ha enamorado de Luisa sinó de su fortuna, y como yo me negué á su casamiento, hizo lo que ha hecho, no impulsado por un amor violento, sinó por un cálculo frio.

Creian que con eso y con el cuento de cubrir las apariencias me arrancarían el consentimiento negado.

Estoy convencido que una vez casados, Arturo destrozaria cuanto dinero pudiera agarrar, en calaveradas naturales en su edad y su corazon frio, abandonando á mi hija y haciéndola completamente desgraciada.

Yo no quiero contribuir á la desgracia de mi hija y hoy le repito lo que le dije entónces.

Yo no he trabajado como trabajé para que un haragan se divierta y triunfe.

Para mi hija mi corazon siempre está abierto y mi fortuna tambien.

A pesar de todo lo sucedido, á pesar de su falta, aunque tuviera ochenta hijos, yo la recibiré con el cariño de siempre y volverá á ser para mí lo que siempre ha sido.

Pero dejarlos casar para que un cualquiera venga á abandonarla para gastar en fiestas lo que yo junté á fuerza de fatigas, nó, y mil veces nó.

Esta es mi respuesta última y definitiva.

No me importune mas ni me venga con esas cosas, que ya sabe mi modo de pensar.

Cuando ustedes se aburran de tenerla y gastar con ella, ya saben que yo la vuelvo á recibir como siempre.

Es probable que esta misma gestion suya sea hecha porqué está aburrido ya de sostenerlos; yo soy muy franco.

No se aflija entónces por esto y mándemela aquí.

La prefiero mil veces como está á verla acompañada de un hombre que no la quiere.

Mi pretendido suegro se desentendió de lo hiriente de las palabras de mi padre y las pasó por alto, concretándose á convencerlo que debía prestarse á sus planes matrimoniales.

Pero mi padre le declaró terminantemente que si quería que lo siguiera escuchando, no le habia de hablar una palabra en aquel sentido.

—Lo que le dije hace un año, se lo digo ahora, como se lo diria dentro de diez.

Era pues inútil insistir mas y el padre de Arturo se retiró completamente desencantado.

—No debemos pensar mas en eso, dijo á Arturo despues de darle cuenta de lo que acabo de referir.

Es mejor que Luisa vuelva á su lado, que tal vez ella pueda ablandarlo con la vista de su inocente hijo.

Si no lo ablanda ella, no lo ablanda ni Jesucristo padre.

Habia en las palabras de aquel hombre una frialdad que me llenó de espanto.

Aquella vuelta al lado de mi padre tenia todo el amargo sabor á un abandono, y yo, sin poderme explicar bien la causa, sentia una inmensa necesidad de llorar.

—Mi padre tiene razon, me dijo Arturo; toda gestion que se hiciera por mi parte, no serviria sinó para irritar á don Luis.

Tú eres la única que puedes convencerlo á fuerza de ruegos y con la orfandad de tu hijo.

Es preciso que vayas á su lado y le hagas todo género de reflexiones, puede ser que el llanto tuyo pueda en su espíritu mas que todas nuestras razones.

Como ya gozas de cierta libertad, porqué lo que has hecho te da un carácter de independendencia, vendrás tú á verme.

Yo no podré hacer mas que escribirte, puesto que él no me ha de permitir ni acercarme á su casa.

Aquello tenia el carácter de una despedida, pero disimulada.

Yo comprendí demasiado tarde que aquel hombre no me queria, que mi padre tenia toda la razon posible y me resigné á sufrir todas las consecuencias de la ligereza de mi proceder.

—Estoy pronta á hacer todo lo que quieras, dije á Arturo; iré á casa de mi padre y le rogaré con toda la desesperacion que puede tener una madre que pide un padre para su hijo.

¿Y si mi padre á pesar de todo no consiente en dejarme casar?

—Si ha de consentir, contestó Arturo esquivando una respuesta franca, y si no consintiese ya buscaremos el medio.

Por inocente, por infeliz que yo fuera, debia comprender que lo que aquel hombre queria era verse libre de mí.

Yo, sin la fortuna de mi padre era para él una inmensa carga; estaba hastiado de mí, no me queria ni me habia querido nunca, de otro modo su conducta hubiera sido bien diversa.

Resignada á todo, me preparé á irme á casa de mi padre.

Y aquella misma noche, sin que mi amante tuviera para mí una sola palabra de esperanza y de consuelo, me trasladé á casa de mi padre con mi hijo, que era mi única esperanza de consuelo en este mundo.

Nada me dijo mi padre que pudiera ofenderme ó causarme el menor dolor.

Me recibió con cariño y despues de darme un beso, me dijo:

—No creas que soy tan duro como te parece, hija mia, te salvo del mayor descalabro que pueda caerte encima y pronto me darás la razon, no lo dudes.

Estas fueron las únicas palabras alusivas á lo que habia pasado, que oi de sus lábios.

Allí estaban mis cosas y mi pieza tal cual yo las habia dejado. Nada se habia tocado, nada se habia cambiado.

Desde el siguiente dia me hice cargo de mis antiguos quehaceres en todo lo que mi hijo me lo permitia.

Mi padre tenia otro dependiente que habia tomado, pero yo volvi á los geroglificos de mis apuntes que yo sola entendia en los libros, y la casa toda reposó sobre mi cuidado.

Dos dias se pasaron sin tener yo noticia de Arturo, á pesar de la libertad que tenia para escribirme.

Aquello era horrible para mí; no podia habituarme á la idea de que tan pronto me hubiera olvidado.

Aquel hombre debia ser un rematado miserable desde que en su espiritu no habia ni siquiera el sentimiento de la paternidad.

Ahogado todo sentimiento de orgullo, resolví ir á verlo.

Tal vez esto era lo que queria y yo no estaba en situacion de imponer.

Dije francamente á mi padre donde iba, y este me contestó que fuese.

—Es preciso que te convenzas por tus propios ojos de que yo te he hecho un servicio no dejándote casar con ese hombre.

Palpa la realidad, hija mia, que algun dia me estarás agradecida.

Yo tomé mi hijo en los brazos y me fui á casa de Arturo.

El no estaba y su padre me recibió con frialdad y hasta con expresion de estar contrariado.

Esperé y esperé en vano hasta que me cansé.

Viendo que toda espera era inútil, me retiré al fin, pero dejándole dicho que al otro dia volveria y que me esperase.

Volvi al otro dia, pero tampoco lo encontré, diciéndome su padre que habia salido con unos amigos, y que generalmente no volvia hasta la hora de acostarse.

Por mas que yo estaba pr parada á aquel desencanto, no pude evitar la sofocacion del llanto que me causó aquel desengaño completo, pues Arturo no solo queria significarme que no me queria ya, sino que hasta se reia de mí haciendo alarde de indiferencia.

¿Quería acaso obligarme de esta manera á que apurase la gestion con mi padre?

Me sentí sin embargo dueña de una energía que no habia sospechado en mí, y me alejé exclamando:

—Está bueno, ya no vuelvo mas aquí, porque no quiero añadir al abandono la burla.

Digale á Arturo que puede escribirme ó buscar de hablar conmigo si lo desea.

Yo siempre soy la misma, aunque un poco mas despierta ya; hasta cuando ustedes quieran, entónces.

Me volví á casa, resuelta ya á no pensar mas en aquel miserable, pues ya no podía caberme duda que Arturo era un miserable.

Mi padre adivinó sin duda en mi semblante lo que sucedia, y sonriendo se limitó á decirme:

—Ya lo vés, ese bergante solo quera tu fortuna; cuando ha visto que no la tendria, te ha abandonado como se tira un billete de loteria que no ha salido premiado.

No volverá á pensar en tí, no tengas duda, como no habria pensado cuando hubiera derrochado hasta el último centésimo de tu patrimonio.

Desde entónces me dediqué exclusivamente al amor de mi hijo enfermizo y cuya vida no era para mí mas que la amenaza de un nuevo dolor.

Los disgustos y las desventuras habian sin duda empobrecido mi leche y él, pobre de fisico naturalmente, no tenia en el alimento que yo le daba, una nutricion completa.

Un mes pasó desde la última vez que estuve en casa de Arturo y no recibí de él la menor noticia.

Si alguna duda me hubiera quedado de su miserable abandono, aquel mes transcurrido habria sido mas que bastante para disiparla.

No tuve entónces mas remedio que convenir conmigo misma en que mi padre me habia hecho un servicio.

Aquel infame se habria apoderado de mi fortuna y me hubiera abandonado de la misma manera, despues de haberla disipado, ó ántes mismo, para gastarla en completa libertad y yo habria pasado una existencia miserable.

Recien empecé á apercibirme de la sonrisa insolente con que me miraban las personas que ántes me habian tratado y conocido; era una humillacion nueva con la que yo no habia contado, pero que sufrí con paciencia, concluyendo por habituarme á ella.

Muchos en la calle, hasta se permitian dirijirme ciertas galanterias insolentes que al principio me avergonzaban y que despues me fuéron habituando á ellas poco á poco, al extremo de que yo las escuchaba con suprema indiferencia.

La enfermedad de mi hijo fué agravándose poco á poco y debilitándose cada vez mas, hasta que perdí las esperanzas de poder conservarlo.

Llamé médicos que lo vieran, pero estos me dijéron que era demasiado tarde, que aquello no tenia remedio y que debia consolarme porqué si hubiese vivido, habria sido aquella una existencia miserable, llena de sufrimientos y amargas.

Yo soporté en silencio aquel nuevo dolor y me preparé al nuevo golpe.

La existencia de mi hijo fué consumiéndose poco á poco hasta que llegó el momento supremo.

Yo, cediendo no sé á que sentimiento, mandé avisar á Arturo lo que sucedia.

Quería proceder con la mayor altura á este respecto, hasta el último momento.

Pero ni siquiera me hizo el honor de responder á mi carta.

Aquel hombre no era pues mas que un abyecto miserable.

Mi pobre hijo se murió al fin sumiéndome en el dolor mas desesperante, á pesar de ser un golpe que yo esperaba de tanto tiempo atras.

Aquel nuevo dolor lo devoré en silencio y como todos lo otros, sin tener quien pronunciara á mi oído una sola palabra de consuelo.

Así habia pasado todas mis desventuras, sin tener quien hubiera enjugado mis lágrimas con un solo cariño.

Mi padre se preocupaba solo de sus negocios, vivia por sus negocios y para sus negocios; nosotros no significábamos para él mas que lo que podian significar sus dependientes.

Así es que cuando me veia llorar, se limitaba á decirme:

Ya te consolará el trabajo, nada distrae tanto como el trabajo.

Y yo trabajaba con pasion, porque realmente el trabajo era lo único que me distraia, lo único que engañaba mis horas desamparadas.

Para hacerme tomar mas cariño al trabajo, mi padre solia darme dos ó tres liras los domingos, con las cuales yo salia á pasear.

Desde que volví á casa de mi padre, volví con cierta independencia que me fué muy útil entónces.

Los domingos, por ejemplo, que no se trabajaba en la casa, yo salia á pasear adonde queria, sin llenar otra formalidad que decirlo á mi padre.

Segun como andaba mi bolsillo, me iba á pasear á todas partes, á los hoteles de los alrededores de la ciudad, donde comia, y á los cafecitos donde se cantaba ó se tocaba música.

Mi viaje con Arturo me habia dado esta libertad de accion, y me habia habituado á este modo de proceder.

Me manejaba como un hombre jóven, sin recato de ninguna especie.

¿Y qué recato iba á tener una viuda como yo? pues al fin y al cabo yo no era mas que una viuda.

Muchos se me acercaban al verme sola; decian que yo era bella y venian á buscar mi sociedad.

Yo los admitia en mi compañía y conversaba con ellos, mientras su conversacion no contenia ninguna falta de respeto.

Pero cuando las palabras pasaban de cierto límite, me levantaba, pagaba todo lo que habia tomado y me retiraba sin decir nada.

Los dueños de los cafés me conocian ya, de modo que cuando algun enamorado se me acercaba, se ponía á sonreír, porque ya esperaban el fin de la aventura cuando ésta llegase á cierto límite.

Muchas veces mi paseo se prolongaba hasta horas avanza.

das de la noche, porqué me iba al teatro ó á algun concierto público.

Esto no le gustaba á mi padre, al extremo de que varias veces me habia reprendido diciéndome que era necesario variar de conducta.

Yo no lo contradecía, porqué no me gustaba tener con él cuestion de ningun género, pero no le hacia caso, y seguia llevando la misma vida libre é independiente.

Estas aventuras me diéron al fin un novio.

La fortuna de mi padre era un atractivo poderoso para muchos galápagos aspirantes, que me aceptaban no solo en el estado triste en que estaba, sinó que me hubieran aceptado aun en otro mas lastimoso.

Pero mi primera aventura amorosa me habia puesto mas desconfiada que un tuerto y no hubiera habido un galan capaz de engañarme, mas cuando yo sabia que pedir á mi padre licencia para casarme, era pedir peras al olmo.

Esta nueva faz á que habia entrado la historia de Luisa, disipó la nube de tristeza que la envolvía y se puso mas alegre.

Pidió á Lanza otra taza de café y empezó á tomarla á pequeños sorbos.

Lanza le sirvió cariñosamente, sin interrumpirla.

—Avida de un cariño que no encontraba en mi padre, continuó yo me dejaba quérer con cuantos decian quererme, con cierto agrado.

Incapaz de querer á nadie porqué las fuentes de mi cariño estaban secas, dejaba que los demas me quisieran, miéntras este cariño no pudiera revestir ninguna faz grave.

Con quererme no se ofendia á nadie y yo lo hallaba perfectamente lícito.

Una tarde que me hallaba en un café comiendo con uno de estos enamorados sin esperanza y la hermana del dueño de casa, se me acercó Arturo, que comia tambien allí con otros jóvenes.

Era la primera vez que lo veia desde nuestra vuelta á Génova.

La vista de este miserable me hizo una impresion terrible.

Me parecia increíble que yo bubiera amado á aquel hombre, cuya vista me habia causado una impresion tan repulsiva.

—¿Cómo estás, mi Luisa? me dijo con el mayor cariño.

En el acto acudió á mi recuerdo la muerte de mi hijo abandonado y el silencio que le habian merecido mis cartas.

Lo miré con una expresion de profundo desprecio y le respondí secamente:

—Poco debe importarle á usted como esté yo, señor, y como ignoro con qué derecho me dirige usted la palabra en ese tono, le suplico no lo haga mas.

El exceso de vino no autoriza á ser irrespetuoso.

Arturo quedó helado ante mi respuesta y miró con expresion de reconcentrada ira al hombre que estaba conmigo.

—Te felicito por el cambio, me dijo sonriendo, pero que haya un preferido no es motivo para romper con las viejas relaciones.

—Ha pedido á usted esta dama que no le falte al respeto, dijo entónces severamente el hombre que estaba con nosotros sin darme tiempo á con estar.

Espero que no habrá necesidad de pedirlo de otro modo.

Arturo le preguntó quien lo autorizaba para hablar así, lo que provocó una respuesta mas dura, y de palabra en palabra se fuéron á las manos.

Los amigos de Arturo viniéron en su defensa, y en la defensa del otro jóven otros amigos que comian en el mismo café en otras mesas.

El escándalo fué entónces tremendo, porqué aquello tomó todo el aspecto de una batalla.

Toda la gente que habia en el café acudió al estrépito del combate, separándolos á todos.

Arturo habia llevado felizmente la peor parte, porqué le habian sacudido de firme.

Para compensar de algun modo á mi defensor triunfante, sali con él del café y por primera vez me hice acompañar con él hasta mi casa.

La noticia de aquel escándalo llegó á oídos de mi padre, con mayores proporciones de las que en realidad habia tenido y esto provocó una raspa que me echó aquel, seguida de una prohibicion que no podía aceptar yo.

—Estos escándalos no pueden repetirse, de modo alguno, me dijo, porqué son una vergüenza inaguantable, y para que cesen del todo no quiero que vuelvas á ningun café.

—Pero esto es ridículo, respondi yo, que haya de privarme de mis diversiones porqué á ese canalla le dé la gana.

Tendria que no salir á ninguna parte, porqué lo que ayer hizo en el café lo haria en plena calle.

Yo no podría estar libre de los escándalos de ese canalla sinó encerrándome en mi casa, y no estoy dispuesta á llevar la vida de monja.

—Pues yo no quiero que por tus paseos ande nuestro nombre de boca en boca y unido á ruidosos escándalos.

Yo no respondi nada viendo que nada habia de ganar con discutir, pero resuelta á seguir no mas en mis paseos á pesar de la prohibicion de mi padre.

Así, el domingo siguiente, sin decirle nada sali á pasear y me fui al mismo café del escándalo.

Por ese dia no estuvo Arturo; no tenia aun tiempo de haberse repuesto de los golpes que se chupó.

Se comentó alegremente la aventura del domingo anterior y yo tuve que decir que aquel no era mas que uno de tantos amantes desesperados á quien el vino habia puesto en un estado mas violento y amoroso, lo que no pasó sin ciertas observaciones, porqué la historia de la fuga de mi casa era demasiado conocida en Génova.

Por esos amigos vejetes que nunca faltan, mi padre supo que yo habia vuelto al café á pesar de su prohibicion, lo que motivó un nuevo disgusto mas violento que el primero.

Mi vida no iba á poder seguir de aquella manera, porque ni mi padre habia de ceder en sus prohibiciones ni yo podia conformarme con llevar la vida de reclusion que él queria.

Ibamos á pasar una vida imposible, discutiendo siempre y provocando cada vez escenas mas violentas.

Una familia amiga anunció por aquella época su viaje á América y fué entónces que me entró tambien una gran ambicion de venir.

Yo poseia entónces, en poder de mi padre, la suma de mil doscientos francos que me dejó mi madre.

Esta suma, en tanto tiempo, habia sido doblada en los negocios, segun me lo dijo mi mismo padre.

Con aquella suma podia yo muy bien venir á América y así se lo manifesté.

En Buenos Aires vivía un hermano de mi padre, con quien yo podria venir á vivir, y la ocasion no podia ser mejor.

—Para vivir aquí como vives, me dijo mi padre, es mejor que te vayas á Buenos Aires, donde por lo ménos no conozerán tu falta.

Si tienes juicio y eres buena, todavía puedes ser feliz en este mundo.

Allí tienes á tu tio que ha de ayudarte en todo y aconsejarte lo que necesites.

Aquí estas perdida sin remedio, porque á tu falta irreparable se han agregado los últimos escándalos que has dado y que, sobre lo que ya habias perdido, te han hecho perder un cincuenta por ciento mas.

Aquí no hallarás un marido nunca, aunque cambies de conducta.

Solo hallarás otro Arturo, que te lo perdonaria todo con tal de casarse con tu fortuna y poder pasar una buena vida mano sobre mano, y deseándote la muerte para heredarte.

En América es distinto, nadie te conoce, y portándote bien, puedes bien hallar un marido que te haga respetable.

Yo estaba entusiasmada con mi viaje, al extremo de no atinar á nada.

Deseaba con vehemencia que llegara el dia de la partida para salir una vez de allí y no volver mas.

Porqué yo habia concluido por tomar ódio á Génova y á todos sus habitantes.

Con mi oficio de embalsamadora, que bien podia llamarse un arte, yo ganaria mi vida en Buenos Aires y no seria gravosa á mi tio.

Mi padre me entregó los tres mil francos que me tenia y me regaló el pasage, prueba estupenda de cariño, dada su habitual miseria; de modo que con mi dinero yo pude hacerme una provista de buena ropa, de que tanto necesitaba, guardando el resto para mis primeros tiempos de América, mientras me estableciera y empezara á hacerme de clientela.

Yo era ademas muy hábil en el arte de hacer gorras y teñir plumas, lo que podia muy bien serme igualmente útil para ganarme la vida.

Hecha mi provision de ropa y convenido mi viage, no tenia mas que esperar la partida del vapor donde habiamos de embarcarnos.

Ya sabes tú, que eres italiano tambien todo el encanto que despierta en nosotros la palabra América, el país de las grandes fortunas y de los placeres virgenes.

La idea, la certitud de que me venia, habia despertado en mí un mundo de ilusiones y de encantos que me tenian embriagada por completo.

Mi padre era el que mas lamentaba mi viage, porqué perdia en mí su sistema secreto de teneduría de libros.

Pero no habia mas que conformarse y tener paciencia, puesto que no habia otro remedio.

El dia de la partida llegó por fin y nos embarcamos, acompañándonos mi padre hasta á bordo.

Todo mi pasado doloroso habia desaparecido de mi memoria, llenándose mi fantasía de los encantos de América á donde nos dirigiamos.

Mi padre me habia dado una carta para su hermano, donde me dijo que me recomendaba á él y le pedia me atendiese y ayudase en todo para que llegase á ser una mujer de provecho y de porvenir.

Despues supe que en aquella carta mi padre hacia á su hermano toda mi historia, sin omitir el menor detalle ni las verdaderas razones de mi viage.

Si yo hubiera sabido esto, no le hubiera dado la carta á mi tio; pero ¿cómo me iba á imaginar que mi padre tenia interés en publicar mis miserias?

Nos embarcamos para Buenos Aires y desde aquel momento Génova murió para mí; salia de allí con la firme resolucion de no volver mas en mi vida.

El viaje fué sumamente alegre y feliz.

Veniamos tantas amigas juntas, que no habia tiempo de fastidiarse.

Todo á bordo era motivo de alegría y de distraccion.

Desde la hora de comer los pasajeros nos rodeaban; estos y los empleados del buque en conversacion y jarana, muchas veces hasta altas horas de la noche.

Puede decirse que yo vivia una vida nueva, completamente nueva, desde que mi pasado ya no existia para mí.

Todo nuestro deseo era llegar cuanto ántes á la deseada América, para ver de cerca todas sus maravillas y sus riquezas.

Y preguntábamos inocentemente si era verdad que los indios andaban en las calles de la ciudad y se comian á las criaturas crudas.

Estas preguntas hechas con toda ingenuidad, provocaban las risas de los pasajeros y del capitán del buque, que se entretenian en contarnos historias maravillosas que nosotras creíamos á puño cerrado.

Por fin llegamos al deseado término del viaje, desembarcando en Buenos Aires sin inconveniente de ningún género.

ecien entónces comprendi que se habian divertido con nosotras, refiriéndonos aquellos cuentos fabulosos, pues me encontré en una ciudad como cualquiera de las que habia visto en Europa.

Como traia la direccion en el sobre de la carta que me dió mi padre, me hice conducir en el acto, con mi equipage, á casa de mi tio, á quien puede decirse que yo no conocia, porque era muy pequenita cuando él se vino de Europa.

Mi tio, cuando supo quien era yo, me recibió con la mas agradable sorpresa.

Como mi viaje habia sido improvisado, no habiamos tenido tiempo de anunciárselo, así es que su sorpresa no pudo ser mayor ni mas grata.

Mi tio con mi padre se querian mucho, y una hija suya era para este un verdadero regalo, demostrándome toda su familia el cariño que me profesaban.

Todo aquel dia lo pasamos entretenidos en hablar de Génova y de las rarezas de mi padre, y mi tio no abrió la carta que yo le traia, diciendo que reservaba su lectura para la noche.

A mí me habian arreglado una cama en el aposento de mis primas, de quienes debia ser como hermana.

Estas me acomodaron mi ropa en sus propios roperos, obsequiándome con una porcion de cosas necesarias en las que yo no habia pensado, porque habituada á la miseria de mi padre, ni siquiera sabia que existiesen.

Al otro dia mi tio me llamó á su cuarto, á una conferencia privada.

Habia leído la carta de mi padre, é impuesto de mi historia se habia alarmado un tanto cuanto, con cierta razon, puesto que él tenia la responsabilidad de toda su familia.

—Tu padre me cuenta aquí, Luisa, toda tu desgraciada historia, me dijo, y veo que necesitas de todos mis consejos y de todo mi cuidado, puesto que ahora puede decirse que yo soy el responsable de tu porvenir.

Vas á vivir con mis hijas, puras é inocentes, y es preciso que ni siquiera sospechen los motivos que te han obligado á venir á América.

Yo no quise ocultar nada á mi tio, lo que hubiera sido inútil desde que mi padre se lo contaba, y le manifesté que precisamente habia salido de Génova para olvidar mi pasado y criarme un porvenir nuevo y debido á mi trabajo, aquí donde nadie me conocia.

—Me es tan odioso ese pasado, le dije, que ni siquiera deseo recordarlo; es como un sueño horrible del que felizmente he salido ya.

Yo quiero trabajar y hacerme un porvenir con mi trabajo, porque no quiero ser gravosa á nadie, y usted no tendrá de qué quejarse respecto á mí.

Mi tio se mostró muy alegre al oír la manera con que yo me expresaba y las ideas que me animaban, asegurándome que él estaba dispuesto á ayudarme en todo.

Hablando en este sentido, convinimos en que por el momento

no me convenia establecer una casa de modas, por los gastos que me ocasionaria.

Mi tio me proporcionaria las relaciones de su familia, para que yo les hiciese las gorras, y cuando yo me hubiera hecho de una clientela mediana, entónces si podia establecer un tallerito que iria prosperando poco á poco.

Aquellos primeros dias se empleáron en pasear la ciudad, para que yo saliera de la natrnal curiosidad que sentia.

Mi tio nos llevó tambien al teatro, cuyo espectáculo y concurrencia me dejáron maravillada.

Tomando mis modelos en el teatro, yo hice un par de gorras que fuéron vendidas en el acto á amigas de la familia, que quedáron sumamente complacidas, elogiando mi habilidad y mi buen gusto.

Y acto continuo tuve el encargo de cuatro gorras mas.

A mí me gustaba mucho pasear y conocer la ciudad en todos sus recovecos.

Pero á mi tio no le gustaba que yo saliera con frecuencia en compañía de sus hijas.

Hasta entónces nada me habia dicho, pero yo era bastante viva para comprender que mis salidas con sus hijas lo disgustaban.

Con pretexto de comprar géneros y armazones de gorras, empecé á salir sola, á pasear y conocer toda la ciudad.

Al mismo tiempo iba haciendo relacion con las modistas á donde compraba, y con quienes conversaba largamente, tomando informes que necesitaba.

Ya estaba yo demasiado habituada á la independendencia absoluta, para volver á una vida de reclusion como la que pasab en mis primas.

Así es que siempre con pretexto de comprar y de ver á una nueva marchanta, empecé tambien á salir de noche.

Como efectivamente yo traia trabajo que me encargaba alguna modista amiga, ó lo pedia yo no mas gratuitamente para que me sirviera de pretexto, mis salidas, aunque frecuentes, eran perfectamente disculpables y bien salvadas todas las apariencias y conveniencias de la casa.

La cuestion es que algunas noches yo me demoraba mas de lo natural, volvia tarde y esto hacia á mi tio muy poca gracia.

Un domingo falté á comer, porqué me habia ido á pasear á Palermo con amigas que estaban de fiesta.

Vine tarde á casa, y mi tio por primera vez me reprendió con aspereza.

—Esto no es natural ni admisible, me dijo, y es preciso que te reformes.

Mi casa es una casa de familia, donde hay que guardar mas recato.

Yo nada quise replicar, aguanté la ronca y me propuse salir con ménos frecuencia.

Pero no pude; la vida de reclusion estaba en pugna con mis hábitos de independendencia.

Al poco tiempo de esto me entretuve en otra comida y vine tarde, relativamente á una casa de familia, pues vine á las diez de la noche.

En casa de la amiga donde habíamos comido, se bailó un poco despues de comer y yo no pude negarme, como era natural, pues todos se empeñaban para que yo me quedara.

Yo me quedé, puesto que en ello no cometia delito alguno, hasta las diez de la noche, hora bastante razonable.

Como era tambien muy natural, mi amiga no quiso que me viniera sola á casa á aquellas horas y pidió á uno de los concurrentes de toda su confianza, que me acompañara.

Yo me rehusé asegurando que no tenia miedo de irme sola, pero como aquello no era prudente, acepté al fin.

Conversando amigablemente de la agradable reunion donde habíamos estado, llegamos á casa, en cuya puerta me despedí de mi acompañante.

—No lo invito á entrar porqué ya sabe que no es mi casa, le dije, vivo con un tio que tiene su familia y sus rarezas y no sé si le gustaria.

El jóven aquel habia sido uno de tantos adoradores míos, y se quedó en la puerta unos cinco minutos conversando conmigo y preguntándome cuando volveria á lo de mi amiga.

Tuve que hacerle notar que ya era tarde, para que se fuera y me dejara entrar.

Mi tio estaba en el balcon esperando mi vuelta, sin que yo lo hubiera visto, de modo que me vió llegar acompañada de un jóven y estuvo allí oyendo lo que conversábamos, hasta que quedé sola y entré á la casa.

Mi tio no quiso esperar esta vez hasta el dia siguiente.

Me llamó á la salita independiente que habia en la casa, donde nadie podia oirnos, y allí me reprendió con mas dureza que la vez primera.

—Veo que tú no tienes compostura, me dijo, y esto así no puede continuar.

La reputacion de mis hijas sufriria mucho con tu conducta libertina, y ya comprendes que esto no puede ser.

—Mi tio, respondí yo entónces con cierta serenidad, respecto á mi conducta no tengo nada que reprocharme, se lo juro á usted de la manera mas seria.

Yo estoy habituada á cierta vida de libertad y de independencia.

Para vivir con usted, mi tio, yo tendria que hacer una vida de prisionera, que no está con mi modo de ser; me enfermaria.

Usted tiene razon en lo que dice, pero no dejará de convenir conmigo de que yo tambien tengo razon en lo que digo.

Para evitar todo enojo y toda cuestion entre nosotros, conservando la armonia en que debemos vivir, es mejor que yo me mude.

Tomaré un par de piezas en cualquier casa, donde podré establecer mi taller de trabajo y asi estaré independiente, sin que mi vida libre pueda perjudicar á nadie y sin que desaparezca la buena relacion que debe reinar entre nosotros.

—Encuentro este temperamento mucho mas razonable, dijo mi tio, ya que quieres llevar una vida de tan absoluta independencia.

Yo siento esto enormemente porqué no hubiera deseado que te separaras de mí, desde que á mi te ha recomendado Luis, á quien tú sabes que yo quiero inmensamente.

Si yo no tuviera hijas, no te diria nada, agregó; poco me importaria que volvieras á esta ó aquella hora, pero teniendo hijas ya es distinto.

No todos las conocen; al verte entrar á deshoras, muchos pueden creer que eres una de ellas.

En realidad, mi tio tenia razon, y era mucho mejor separarnos así amigablemente que separarnos enojados.

Con aquella franca conversacion, yo habia definido perfectamente mis posiciones y conquistado el claro derecho de hacer lo que me diera la gana.

No era muy fácil encontrar, así á dos tirones, un par de piezas como yo queria, sin contar con que yo no tenia aun suficiente trabajo para sostener mi vida de absoluta independencia.

Cuando conté mi resolucion de vivir sola á las amigas con quienes me daba, todas aplaudiéron mi determinacion, prometiéndome buscarme una ocupacion que me diese lo bastante para sostenerme.

Fué entónces que me proporcionáron el casino donde me has conocido, pero á mí no me gustó, despues que supe lo que era un casino.

Pero me presentáron á la dueña y esta empezó á seducirme con diez mil promesas doblemente halagadoras dada mi situacion.

Por último me dijo que yo iria á su casa sin mas que hacer que atraer la clientela y entretenerla, que no tendria ninguna de las obligaciones de las otras muchachas, que seria absolutamente libre y que me daria un buen sueldo.

Yo no quise cerrar trato, porqué aquello no me gustaba mucho, aunque mi independencia era completa, y dejé así sin resolverme, miéntras buscaba algo mejor.

Era cuestion de tener paciencia y nada mas, y yo hubiera encontrado una ocupacion mejor si mi tio no me hubiera precipitado.

Quince dias despues de aquel convenio que habiamos hecho, volvió á suceder un nuevo contratiempo, mas grave que los demas por la severidad de mi tio.

Era el dia del santo de una de aquellas amigas con quien mas relacion tenia yo.

Me habian invitado á comer, y aquella tarde yo hice presente á mi tio el objeto de mi salida.

Habíamos comido muy bien y ya se sabe que cuando se come así, el tiempo pasa insensiblemente, contribuyendo á hacerlo pasar mas rápidamente el buen vino que habíamos bebido.

Después de comer se bailó un poco y cuando yo acordé eran las dos de la mañana.

Al saber la hora tuve un grandísimo disgusto, porque ya calculé lo que iría á pasar entre mi tío y yo, pero ya la cosa no tenía remedio y el tiempo pasado no había de volverse atrás.

Por precaución me hice acompañar con mi nueva amiga y uno de sus visitantes, porque de ese modo mi tío no podría enojarse tanto.

Cuando llegamos la puerta estaba cerrada.

Sin embargo, yo hice coraje y llamé varias veces, hasta que vino á abrirme mi mismo tío.

¡Nunca le había visto tan enojado!

En vano fueron mis disculpas y las explicaciones que dió mi amiga.

Mi tío me echó en el zaguán una raspa terrible y despidió á mis acompañantes con sus palabras mas duras.

—Tú no estás en mi casa un momento mas, me dijo, ó te resuelves á no pisar mas la calle.

Quise dar nuevas explicaciones que mi tío se negó terminantemente á escuchar, notificándome que me mudase al día siguiente mismo, si no quería hacer la vida de encierro que pretendía.

—Si usted se ha figurado, señorita, que mi casa es como la de sus famosas amigas, está muy equivocada, y por mas hija de mi hermano que usted sea, no ha de empañar mis buenas costumbres familiares.

—¿Quiere decir que usted me echa de su casa?

—Sí no quieres someterte á lo que yo te digo, sí, te pido que no vuelvas mas aquí.

Tal fué el disgusto que tuve, que ni siquiera me acosté aquella noche.

Al día siguiente salí muy temprano y me fuí á casa de mi amiga, contándole lo que me había pasado con mi tío.

—Por la manera con que nos echó anoche, me respondió aquella, ya suponía yo que no habías de poderte quedar allí; tienes un tío mas bravo que un cáustico.

—Es así, medio ridículo, dije yo á mi amiga, en lo que no deja de tener razon, puesto que tiene hijas que cuidar.

Pero no es ese el caso; como yo no puedo vivir mas con él, sinó estando encerrada en su casa, he resuelto irme hoy mismo.

He venido entónces á rogarte que me acompañes á casa de la judía aquella del casino, para cerrar trato con ella.

Allí no he de poder estar mucho tiempo, porque no me gusta la cara de esa mujer.

Pero como no he de quedar en media calle, estaré con ella hasta que encuentre otra casa mejor.

Mi amiga se vistió, fuimos á la calle Corrientes y cerré trato con la dueña del casino, bajo la terminante condicion de que en ningún caso me había de forzar á hacer lo que yo no quisiera.

Contenta volví á lo de mi tío, le conté que ya habia encontrado acomodo en casa de unas modistas, y aquel mismo dia me mudé, en medio de una armonía convencional y prometiendo á la familia venir á visitarla de cuando en cuando, siempre que quisieran recibirme.

Y sin mas trámite me trasladé á dicho casino, donde me has encontrado.

Al principio su dueña quiso explotarme como le pareció mejor, pensando aprovechar lo triste de mi situacion, pero cuando se convenció que eso era imposible porqué yo no me prestaba á mas de lo que habiamos convenido, me dejó en completa libertad de accion.

Si ahora la has visto alarmada al extremo de no querer dejarnos solos un momento, es porqué es la primera vez que me vé demostrar preferencias por una persona; y siendo esta persona una de tu posicion, ha tenido miedo que vayas á sonsacarme y llevarme á otra parte, nada mas; le ha llamado la atencion vernos en relacion tan intima, aunque yo le dije que era la primera vez que nos veíamos.

Luego, ella pretendia hacerte pagar botella tras botella, y como yo no me presto á estas explotaciones, mandaba quien consumiera el vino y te hiciera pagar otra botella.

Asi terminó la historia que Luisa Maggi contó á Lanza, y que este escuchó con un raro recogimiento y demostrando un interés siempre creciente.

Una veta magnífica.

Mientras Luisa narraba, Lanza habia tenido su pensamiento en una actividad pasmosa.

Estar en contacto con la hija de un banquero, tan accesible al amor, era una bolada que no podia desperdiciar.

Y Lanza hacia todo género de cálculos sobre aquella fortuna que no habia podido atrapar el imbécil de Arturo.

Luisa lo contemplaba extasiada, como dominada por la simpatia que se desprendia de su persona.

Aquel hombre que, á pesar de la situacion excepcional en que se encontraba, la habia tratado con el mayor respeto y recogimiento, se hacia justamente acreedor á todo su cariño.

Estaban solos, encerrados en una pieza de un café de aventuras amorosas; y sin embargo, á pesar de todo el entusiasmo que un hombre joven debia despertar su belleza, este no habia pasado los límites del respeto.

Puede decirse que Luisa se habia enamorado de Lanza, sintiendo hácia él una confianza ilimitada.

La cantidad de alcohol que habia tomado, la tenia en una situacion amorosa sumamente grata, al extremo de desear que ella se prolongara lo mas posible.

Deseaba ademas poder apreciar con certeza la impresion que su relato habia hecho en el espíritu de Lanza, y la conducta que este tendria en seguida para con ella.

El tiempo habia pasado de una manera tan insensible para ellos, que ni siquiera notáron que habia anochecido.

La luz de la luna entraba magnífica por las ventanas iluminando la pieza, y Lanza, que era el que solo habia notado esto, se guardaba muy bien de decirlo.

Aunque excitada por el alcohol, Luisa habia tenido el suficiente tino para ocultar algun pecado amoroso que calculó no hubiera producido buena impresion.

Es que Lanza habia llegado á interesarle mas de lo que ella misma pensó, y temia impresionarlo de una manera desfavorable.

—Sentiria en el alma, dijo sollozando, que la narracion de mi historia, hecha con tanta franqueza, me hubiera hecho perder en tu opinion.

Nada me dices y temo te hayas enojado conmigo.

—Al contrario, Luisa mia, tu historia me ha corroborado mas en la opinion que ya me habia formado de tí.

Pensaba en este momento que la vida que llevas no te conviene y que es preciso cambiarla á toda costa.

Tú eres digna de una suerte mejor, alma mia, y allí nunca podrás lograrla, mi vida, porqué las apariencias te son fatales y aun la propia narracion de tu historia no sería apreciada por muchos en lo que vale.

Si yo no buscase en tí mas que la conquista de una mujer bella, ya te hablaria de otro modo y te habria hecho proposiciones en ese sentido, aprovechando la situacion en que nos hallamos colocados y el estado desesperante de tu vida.

Pero no es eso lo que yo busco, yo quiero tu felicidad estable y tal cual tú la mereces.

El afecto íntimo que siento por tí, quiero encaminarlo de un modo decoroso y digno y esta es la forma que busco actualmente.

A mí me ha sucedido contigo una cosa extraña, Luisa.

Desencantado con las cosas del mundo, he llegado á no creer en nada, á no esperar nada de nadie sinó de mí mismo.

He mirado á las mujeres con el encanto que haya podido despertar en mí su belleza, ó el hastio que me haya causado su vulgaridad, y nada mas.

Contigo me ha sucedido una cosa extraña.

Apénas te ví, sentí por tí una impresion de simpatía desconocida para mí hasta entónces.

Estuve contigo con un agrado infinito y sintiendo que aquella simpatía se habia trocado en cariño.

Cuando me separé de tí aquella primer noche, no te apartaste un segundo de mi pensamiento.

Y al otro dia sentí que me habia enamorado de tí.

Esto, te lo confieso, produjo en mi espíritu una sensacion dolorosa.

Yo tenia que guiarme por las apariencias, y las apariencias te eran fatales: estabas en un casino, y en estos establecimientos no hay sinó malas mujeres.

Estuve por alejarme y no volver mas, sofocando la pena que esto me causaba, pero como habia observado cierta superioridad y el respeto con que eras tratada, me dejé arrastrar de mi amor y volví otra vez, y provoqué la entrevista de hoy.

Ahora no me pesa: el franco relato de tu vida te ha hecho crecer en mi opinion, y al ver que te amo y que hasta cierto punto soy correspondido, porqué si no, no estarias aquí conmigo, experimento un gran consuelo que me hace sentir dias mejores.

Tú eres digna que te amen, Luisa, y yo te amo inmensamente.

Creo que puedo esperar ser correspondido de la misma manera, y pienso en una solución digna que asegure para tí el porvenir que mereces.

Luisa tomó las manos de Lanza y las acarició besándolas.

—No en vano me sospeché que eras un espíritu generoso y grande, le dijo, Dios bendiga el momento en que te conocí.

Por entretenida que estuviera Luisa, al fin notó que la noche había cerrado completamente y dijo alarmada:

—Debe ser tardísimo, Carlos, y aquella mujer ha de estar furiosa conmigo.

—Poco debe importarte hoy de sus furias, Luisa, porqué yo pienso en tu porvenir de una manera seria y estable.

Sufre un par de días más, mientras yo medito, que siempre lo que se hace con calma es lo mejor.

Yo no me separaría más de tí, te llevaría á donde pudieras estar sin depender de nadie, pero no quiero proponerte nada que no sea correcto.

Vuelve allí, Luisa, que un día más de penas nada puede perjudicarte cuando se trata de tu futuro, y espéralo todo de mí.

Ahora, si quieres que nos váyamos á otra parte, habla con franqueza, yo te buscaré un cuarto en un hotel, donde estarás mientras yo piense en algo que no quiero decidir hasta mañana, para madurarlo mejor.

—No, gracias, respondió Luisa conmovida; me entrego por completo á tu voluntad.

No sé qué poder extraño me empuja á tí, mostrándome que no puedo esperar nada malo.

Mira, Carlos, con poca cosa yo podría ser feliz: con un simple tallerito donde poder trabajar con mis gorras y mis aves embalsamadas, yo sería completamente feliz.

—No te preocupes de nada ahora, respondió Lanza con profundo aire de protección, que yo pensaré en todo con la mayor solicitud; pronto concluirán todas tus penurias, yo te lo aseguro.

Ahora yo te voy á acompañar hasta el casino, y allí haré un poco de gasto para calmar la rabia que pueda tener aquella mujer por tu tardanza, retirándome solo, si veo que no hay peligro de que te hagan alguna escena desagradable.

Mañana, á la misma hora de hoy, te espero en el mismo parage: yo te aseguro que he de llevarte una noticia que te ha de hacer feliz.

De tal manera habían dejado pasar el tiempo, que cuando salieron del Robinson eran las doce de la noche.

Lanza, para no llamar la atención, hizo detener el carruaje en la calle de Cuyo, y allí lo despachó siguiendo á pié hasta el casino, donde entraron por la puerta escusada, calculando que en el casino había mucha gente.

Como ya se lo habían sospechado, la patrona estaba furiosa, aunque nada dijo.

Pero cuando vió que Lanza entraba al cuarto de Luisa y pedia champagne, se calmó por completo y hasta se puso amable.

Luisa podia haber echado un gancho, pero lo habia echado con provecho de la casa, que era lo principal.

No habia pues nada que temer para la tranquilidad de la hermosa jóven.

Lanza estuvo allí el tiempo necesario para dejar consumir tres botellas de champagne y dejar á Luisa mas enamorada que nunca.

Cuando él se retiró, la jóven lo acompañó hasta la puerta de calle, estrechándole expresivamente la mano, y la dueña de casa quedó firmemente convencida que Luisa habia hecho una conquista que le dejaria muchos miles de pesos.

Apénas dió vuelta la esquina, Lanza se estrechó una mano con otra, diciéndose interiormente y en alta voz:

—¡Eres un gran hombre, Carlo Lanza! eres un gran hombre digno de todo lo bueno que te espera.

Escuchando á Luisa, Lanza habia estado haciendo sus cálculos.

Si Luisa se casaba en América, su padre no tenia mas remedio que aceptar el heredero, fuera ó no de su agrado.

—¿Qué inconveniente puede tener, desde que se trata de una persona honesta y trabajadora?

—¿Qué mas quiere que uno cargue con la hipoteca de su hija, dada la vida que ha llevado?

Luego, con este inesperado golpe de fortuna, ¿qué necesidad tengo yo de proceder mal, cuando mi negocio está en proceder bien?

Casado con su hija, podré entrar en negocios con el viejo Maggi, pedirle mercaderías á consignacion y girar contra él mas tarde, cuando esté convencido que soy una persona cumplidora, un banquero.

Mi ciencia está ahora en no dejar conocer mis intenciones y en apoderarme de Luisa, de modo que ella en mi cariño, vea siempre un beneficio del cielo.

No hay mas remedio, me caso, me caso como quien hace una obra de caridad y sin dar á sospechar que el verdadero beneficiado soy yo.

Toda mi ciencia está ahora en fomentar su amor, pues es indudable que se ha enamorado, con un poco de cálculo, porque jamas se soñó ella hacer casamiento con una persona de mi aspecto.

Esto, en cuanto se trasluzca, me vá á traer un rompimiento con el amigo Cánepa y con mi vieja modista, pero ¿qué diablos me importa desde que realizo el mejor de mis negocios?

¡Qué buen servicio me ha hecho la pobre vieja al no quererse casar conmigo! no solamente aquí hay mas plata y mas facilidad, sinó que mi mujer es jóven y es bella.

Ha tenido su faltita, pero esto se olvida fácilmente; lo ha olvidado ella y aquí nadie lo sabe.

Mas faltas ha de tener la vieja, y yo iba á caer inocentemente en sus garras.

Nada; está visto que esta vez el cielo me protege, y no hay que perder la ocasion.

Una sola sospecha habia entrado en el espíritu finísimo de Lanza.

El sabia positivamente que Luis Maggi era un rico prestamista de Génova, casi un banquero puede decirse, porqué algun negocio habia tenido con él la casa de Caprile.

Pero, ¿quién le garantia que Luisa era realmente su hija?

¿Quién le aseguraba que no fuera una hija natural, sin ningun derecho á herencia?

Desde que Maggi tenia un hermano aquí, la cosa era bien fácil de averiguarse, sin que nadie pudiera sospecharse con que idea lo hacia.

¿Para qué diablo tenia talento si no era capaz de averiguar una cosa tan sencilla?

Y lo mas gracioso es que él pensaba que fuera el mismo Maggi quien viniera á darle los informes en vez de ser él quien se los viniera á pedir.

Carlo Lanza, absorbido por todos estos pensamientos, se metió en su casa, no á dormir, puesto que no pudo pegar sus ojos en toda la noche, sinó á seguir meditando sobre los medios mas seguros de llevar su aventura adelante.

Por el momento todo se reducía á enamorar á Luisa, de modo que ésta consintiera en el matrimonio sin sospechar la verdadera causa.

Consentido este, todo marcharia por sí solo.

Con todo lo que habia pasado ella tendria ya alguna práctica en las cosas de la vida y podia muy bien desconfiar de que todo no fuera mas que una explotacion sobre su fortuna.

La situacion de la jóven, por otra parte, le era sumamente propicia, pues estaba desesperada de la vida que estaba obligada á llevar, y mortificada de depender de un tipo como la patrona del casino.

Todo esto venia á favorecer sus planes, asegurándole un triunfo rápido.

La cuestion por el momento era simplemente esta.

¿Convenia ya descubrir á Luisa sus planes, ó convenia esperar mas tiempo?

Esto lo decidiria mejor que nada la situacion de espíritu en que encontrara á la jóven.

Decidido á obrar segun se lo indicara el momento, ya no pensó mas en esto.

Se levantó mas temprano que nunca, puesto que de todos modos no podia dormir, y se fué al escritorio de Caprile.

Siempre eran las primeras horas de la mañana cuando podia hacer sus travesuras y sus negocitos, porqué nadie lo veia.

Era entónces que podia meter los sobres con su direccion en las cartas que escribia, para que la contestacion viniese á él y cobrar la comision del cinco por ciento sin asentar en los libros mas que el tres.

Todos estos negocios reunidos á su sueldo, puesto que su vieja modista era quien atendia á sus gastos, le habian permitido reunir unos mil patacones que tan poderosa ayuda debian prestarle en la cuestion de su casamiento.

Esto y la clientela que ya podia reunir en un momento dado, era todo lo que necesitaba para establecerse como banquero.

Una vez logrado esto y procediendo honestamente, tenia su negocio y su porvenir asegurado; lo demas vendria por sí solo.

Lanza trabajó aquella mañana con mas ardor que nunca, para ganarse todo el dia.

Cuando vino Caprile al escritorio, Lanza le pidió permiso para faltar el otro medio, á pretexto de tener algunas diligencias particulares que hacer.

—Tal vez pueda volver mas temprano de lo que yo creo, dijo, pero en caso que me fuera imposible le ruego me disculpe, que si acaso hubiera mucho que hacer, mañana á la noche recuperaré el tiempo perdido.

No era posible negar el permiso pedido en aquellos términos al mas activo y cumplidor de sus dependientes, así es que Caprile, no solo lo concedió sin vacilar, sino que le dijo que si necesitaba mas tiempo se lo avisara con toda franqueza.

—Despues se lo diré, respondió Lanza sonriendo, cuando le cuente en los asuntos que ando.

Por hoy no necesito mas que este medio dia.

A las doce, Lanza se fué á su casa, donde dió una manito á su toilette, poniéndose el brillante que le dió la modista, sobre el cual habia hecho ya un famoso cálculo.

Si Luisa aceptaba el matrimonio con el alborozo que él esperaba, se lo regalaria como anillo de compromiso, y ¡vive el diablo! que nadie se habria comprometido de una manera mas rumbosa.

A la una ménos cuarto se hallaba Lanza con su volanta, en el mismo sitio del dia anterior, esperando á Luisa.

Esta no tardó en llegar, produciéndose entónces un incidente que vino á favorecer sus planes.

Luisa, llorosa y profundamente triste, venia acompañada de otra muchacha del casino, la misma con quien la habia visto la vez primera.

—¿Y qué tienes que lloras? le preguntó Lanza con cariñoso interés; ¿qué puede haber sucedido que te aflija de esta manera?

—Lo que yo me esperaba, respondió Luisa, lo que yo me esperaba.

Anoche, despues que tú te fuiste, la mujer aquella me armó una pelea porque habia vuelto tarde y abandonado su negocio todo el dia, diciéndome que ella no me pagaba para que anduviera en la calle en aventuras que nada le producian.

Como nada me aterra á mí tanto como el escándalo, todo lo soporté y guardé silencio.

Hoy, cuando le dije que iba á salir, se me puso como una leona, diciéndome que no saldria.

Pero como vió que yo estaba decidida y que seria inútil

cuanto dijera, me impuso de que habia de salir acompañada por esta.

Era preciso soportarlo todo ó producir el escándalo, y como ya te he dicho cuanto temo el escándalo, me sometí y aqui me tienes con un centinela.

—Pero esto es inúcuo y no puede tolerarse, respondió Lanza.

Yo creo que esta jóven nos hará el obsequio de retirarse, pues no la queremos con nosotros.

—Yo tengo que obedecer lo que me han mandado, dijo esta subiendo la voz, y no me retiro por nada de este mundo.

Si Luisa temia el escándalo, mas lo temia Lanza, y viendo que la jóven estaba dispuesta á provocarlo, Lanza no tuvo mas remedio que apelar á la astucia.

—Está bueno, dijo, si no hay otro remedio nos someteremos, vamos á pasear y volveremos; será un paseo de tres.

Con una calma insospechable, hizo subir á Luisa á la volanta, haciendo al mismo tiempo una seña al cochero, que sonreía picarescamente ante lo que acababa de oír y el que comprendió al vuelo la seña de Lanza.

En la inmensa travesura que caracteriza á los cocheros criollos, cuando se trata de un patron que dá buena propina, este habia comprendido al momento toda la picaresca intencion de Carlo Lanza.

En cuanto Luisa se hubo sentado, éste que la habia ayudado á subir desde el estribo, saltó dentro de la volanta.

Era lo único que el cochero esperaba para partir rápidamente.

De modo que, ántes que la jóven parada en la vereda pudiera darse cuenta de la tirada de que habia sido víctima, ya el landó habia doblado la plaza del Retiro.

Cuando ella se apercibió de lo que habian hecho, ni siquiera tuvo el consuelo de prorumpir en denuestos y palabradas que no tenian objeto.

Y enfiló hácia el casino, pensando en el chubasco que por imbécil le iba á llover allí.

Luisa, reavivada ante la travesura de Lanza, reía como una loca.

Pero pasada la primera impresion de la risa, preguntó llena de afliccion:

—¿Y ahora qué vá á ser de mí? aquella mujer es capaz de sacarme los ojos si vuelvo al casino.

¡Ay, Lanza! no sé qué vá á ser de mí!

—Pero, con no volver todo está concluido, respondió Lanza, que se felicitó de aquel incidente, comprendiendo con rapidez todas las ventajas que de él podría sacar.

Pensemos ahora en nosotros, que yo estoy lleno por la inmensa felicidad de verte.

En cuanto á la bruja aquella no hay que preocuparse, que todo se evita no volviendo mas.

—Pero ¿dónde voy yo, pobre de mí? ¿dónde voy sin perderme mas de lo que estoy?

—Pero ¿dónde has de ir sinó á la misma casa de tu tío?

—Es que no me admite sinó en las condiciones que te he dicho, y ahora, sabiendo como ha de saberlo que he estado en un casino, no me admitirá en manera alguna.

—Ya discutiremos esto con mayor tranquilidad cuando yo te explique todo lo que tengo en la cabeza; ahora vamos á almorzar donde almorzamos ayer, que estaremos tranquilos y sin que nadie nos interrumpa; despues verás, querida mia, todo el plan de felicidad que te traigo si, como no lo dudo, correspondes al amor que por tí abrigo.

Conversando así y prodigándose mil caricias llegaron al Robinson.

La patrona, recordando el morrudo pago del dia anterior, acudió en el acto á servirlos, llena de solicitud complaciente.

Los llevó á una especie de salita mas paqueta que la del dia anterior y procedió á arreglar la mesa sin preguntar nada, pues ya se suponía que vendrian á almorzar.

Lanza contemplaba á la jóven con verdadero arrobamiento, pues la jóven era realmente bella, y mas que bella, magnífica.

Y ella tenia para Lanza una expresion mucho mas cariñosa y hasta apasionada.

Este que veía en todos sus sintomas la realizacion de su negocio, estaba radiante de alegría.

Deseaba que la hotelera concluyera de una vez sus arreglos para entrar en materia, pues por el mismo incidente de la calle, le parecia que ninguna situacion podria ser tan á propósito como aquella.

Luisa se despojó de su sombrero y de todo aquéllo que podia serle incómodo y se sentó á almorzar una vez que todo estuvo arreglado y cerrada la pieza.

Fué entónces que Lanza con una habilidad de que él mismo quedó maravillado, desarrolló su plan.

—Al escuchar tu historia, Luisa mia, sentí ayer una impresion muy difícil de detallar, dijo, porque ella era el resúmen de sentimientos múltiples.

Al amor ciego que te tenia, se habia agregado un sentimiento de admiracion profunda.

Cualquier mujer que se hubiera hallado en tus circunstancias, abandonada de todos los que debian ampararte, se hubiera perdido en el cáos inmenso de la vida.

Y Lanza buscaba con afan las palabras mas sonoras para deslumbrar el espíritu poco cultivado de Luisa.

—Esa historia me mostró que eres fuerte, continuó, que habias sabido conservarte digna contra todas las tentaciones del mundo y todas las consecuencias del despecho.

Y pensaba que el hombre que hubiera sabido elegirte como compañera, habria sido un hombre feliz en toda la acepcion de la palabra.

Solo y privado de los encantos de la familia, muchas veces pensé en esto, Luisa, y recorrí tu vida tramo á tramo, buscando una deducccion exacta del porvenir.

Muchas veces yo habia pensado casarme para engañar la

soledad de mi vida, pero me habia detenido la dificultad de hallar una mujer que estuviera en relacion con mis aspiraciones.

Desde que te conocí, puedo decirte que te amé, pero desde que te vi al través de tu propia historia, mi amor por tí fué mas íntimo y mas profundo.

Por eso ayer no habia querido decirte nada, pues queria obrar con entera conciencia de lo que hacia, con la meditacion necesaria á un acto tan sério de la vida.

Despues de pensarlo toda la noche, despues de consultármelo bajo todas las fases de la vida, hoy vengo á decirte lo que no quise decirte ayer, para que no creyeras que mis palabras eran hijas del entusiasmo del momento.

Yo quiero proteger tu destino, Luisa, poniendo al mismo tiempo mi suerte al amparo de tu amor, quiero ser el compañero de tu vida.

En una palabra, Luisa, yo quiero casarme contigo en la seguridad de que he hallado al fin una mujer digna y capaz de hacer la felicidad de un hombre.

Tú no tienes en tu vida faltas, sinó desgracias y para combatir las desgracias y hacerlas olvidar, no hay mas que la felicidad estable.

Luisa quedó como atontada ante las palabras de Lanza, pues este le hacia una proposicion en lo que ni siquiera se habia atrevido á pensar, y ménos despues que le narró su historia.

—Pero yo no puedo aceptar ese honor, dijo, porqué no lo merezco; tú te burlas de mí, Lanza, y eso no es noble

—¡Libreme Dios de semejante cobardía! yo te ofrezco mi nombre y mi amor, y no creas que no hay su egoísmo en la oferta, pues ya te he dicho que tengo la conciencia de que á tu lado he de ser un hombre completamente feliz.

Consiente, Luisa, y desde hoy mismo me pongo á hacer todas las diligencias necesarias.

—Pero yo al consentir hago una mala accion y me expongo á que, arrepentido, mañana me detestes.

—¡Niña! lo he meditado toda la noche, es un paso que doy con toda la conciencia de lo que hago!

—¿Y qué quieres que te diga? yo consiento con toda mi alma porqué á pesar del poco tiempo que nos hemos tratado, te amo de una manera inmensa.

Lanza abrazó á Luisa estrechamente y sacándose del dedo el hermoso brillante, lo colocó en la mano de Luisa como símbolo del compromiso que acababa de contraer.

—Ahora sí no tienes necesidad de volver al casino, agregó, y por eso pensé hoy que el incidente con tu compañera venia á favorecer mis planes.

Es preciso que de aquí te vayas á casa de tu tío, y le digas que te casas conmigo y que es preciso te permita vivir con él hasta que el matrimonio se realice, para hacerlo con la decencia necesaria.

Y para halagar su amor propio y hacerlo consentir mas fácilmente, le dices que vas á consultarle este acto trascendental de tu vida y á pedirle consejo.

El, como es natural, ha de ampararte en tu pedido, te recibe en su casa donde yo iré á visitarte y nos casamos decentemente y con arreglo á todas las conveniencias.

—Esto es algo que me parece un sueño, decia Luisa riendo y llorando al mismo tiempo; nunca esperé tanta felicidad.

Pero no yendo yo, la mujer aquella tal vez se niegue á entregar mis cosas.

—Se las hacemos soltar con la autoridad, ó se las dejamos, que al fin y al cabo no valdrán la pena de armar un escándalo, por buenas que sean.

Yo en el presente no tengo fortuna, pero trabajo con mucha suerte y espero que dentro de poco tendremos una fortuna espléndida.

Luisa estaba positivamente deslumbrada por el proceder de Lanza.

Un jóven que podia haberse aprovechado de la triste situacion en que ella se encontraba y usando de las ventajas que le daba su cariño, no solo la amparaba en sus desdichas, sino que le proponia un casamiento al que jamas se habria atrevido á aspirar.

Y allí no cabia engaño ni mala fé, desde que el mismo Lanza en vez de llevarla á un hotel como hubiera podido hacerlo, le proponia que volviese á casa de su tio donde él la visitaria hasta que se casara.

Era imposible proceder mas rectamente.

Así su mismo tio veria que se trataba de una cosa seria y se mostraria satisfecho.

—Entretanto, decia Lanza, yo tomaré un par de piezas con las que por ahora tendremos bastante, y las iré arreglando con todo lo necesario.

Yo voy á acompañarte ahora hasta la casa de tu tio, le dijo Lanza, y en seguida me voy al escritorio de Caprile, donde me puedes avisar el resultado hasta las seis de la tarde; á esa hora me voy á la calle de Tacuarí 81, donde yo vivo, y allí espero la respuesta toda la noche.

Si tu tio consiente en todo, esta misma noche te haré la primer visita.

Si se niega, lo que no es creible, te llevaré á un hotel donde permanecerás hasta que hagamos las diligencias necesarias á nuestro casamiento.

—Yo haré que mi tio consienta, dijo Luisa resueltamente, puesto que no tiene motivo alguno para negarse, así es que esta misma noche espero poderte dar una respuesta satisfactoria.

Mientras concluian de almorzar, Lanza se entretuvo en pintar á Luisa el porvenir mas risueño, de modo que al salir del Robinson, la jóven aseguraba á su Carlo que era la primera vez de su vida que amaba con aquella vehemencia. -

El casamiento soñado.

Los dos jóvenes se dirigieron á casa de Maggi, donde descendió Luisa radiante de alegría.

—Es la hora de comer y llego en buen momento, ella dijo, porque así todos estan reunidos y la cosa se hace mas fácil.

—Bueno, mi vida, convence al viejo, dijo Lanza dando á Luisa su primer beso; hasta las seis en el escritorio de Caprile; despues de esa hora, en mi casa.

—No tengas cuidado, respondió la jóven, es mi felicidad eterna lo que se juega, y yo he de saberla defender, ya verás.

La jóven penetró á casa de su tío, radiante de alegría y de belleza.

Lanza despachó la volanta y se dirigió al escritorio de Caprile, considerando aquel dia el mas feliz de su existencia.

—Si el viejo no quiere será una broma, pensaba, porque un casamiento hecho contra su voluntad me pone en malas condiciones de relacion con el padre, mientras que si este consiente, aquel me recibirá cariñosamente.

Es preciso á todo trance ganarse la buena voluntad del tío, y si ella no puede, lo convenceré yo, usando de todos mis recursos, pues no es posible que una empresa que he podido llevar á tan buen término, fracase por el capricho de un viejo zongo y pillo, porque si no quiere será porque ha olido la cosa.

¿Qué mas quiere una mujer en las condiciones desgraciadas de Luisa, que un marido como yo, que la dignifica con el solo hecho de casarse con ella?

Si el viejo quiere realmente á su sobrina y no penetra mi verdadero obieto, que es bastante difícil de penetrar, asegurará el casamiento por temor que fracase y pensará que yo soy un pobre imbécil digno de la mayor compasion.

Y pensando que álguien pueda abrirme los ojos lo apresurará en lo posible.

Tan alegre llegó Lanza al escritorio, que sus compañeros y hasta el mismo señor Caprile lo notáron en el acto, preguntándole qué podia motivar una alegría tan inusitada.

—Esto quiere decir, exclamó Lanza cada vez mas contento que me he enamorado como un *mascalzon* de la italiana mas linda que haya pisado tierra argentina, y que probablemente me caso con ella.

Esta espontánea declaración de Lanza provocó una serie de bromas graciosas y picantes.

Lanza las recibía todas con el mejor humor de este mundo y decía sonriendo:

—Ustedes embórenme todo cuanto quieran, pero yo me caso con la mujer mas linda que haya conocido.

Y voy á armar una fiesta que el mundo se vá á caer encima.

No todo han de ser números y cartas escritas por cuenta ajena; alguna vez las habia de escribir en mi propio provecho.

A las seis de la tarde Lanza se puso en camino para su casa, esperando que allí recibiría la contestacion ansiada.

De allí dependería la regla de conducta que habia de seguir en adelante.

Serian las siete de la noche cuando Lanza recibió por medio de una sirvienta, la esperada carta.

No era de Luisa sino del mismo Maggi, lo que venia á simplificar enormemente su situacion.

Maggi le manifestaba que Luisa le habia referido la historia de su proyectado casamiento, y que siendo esto cierto como lo creia, lo esperaba aquella noche en su casa para que hablaran mas detalladamente.

Era precisamente lo que Lanza deseaba, una conferencia con el tío, que abreviase el procedimiento.

Así aquella misma noche podria saber con certeza á que atenerse y lo que deberia de hacer.

Carlo Lanza se vistió con su ropa de gran etiqueta, estudió al espejo su mas importante apostura y se trasladó á casa de Maggi.

No llevaba en el dedo su famoso brillante que le daba un aspecto de millonario, pero en cambio lo tenia Luisa regalado por él como señal de compromiso, lo que recomendaba su gran desprendimiento.

Maggi recibió á Lanza con el mayor agasajo, pareciendo sumamente complacido de su aspecto.

Maggi se habia imaginado que el tal nóvio sería una especie de atorrante haragan que se casaba con Luisa para explotarla, así es que esta misma creencia contribuyó á hacerlo aún mas agradable.

Como era natural que hablaran de aquel asunto privadamente, Maggi llevó á Lanza á su escritorio donde se efectuó a conferencia.

Lanza, fingiendo una ingenuidad asombrosa, manifestó á Maggi sus aspiraciones amorosas.

—Tengo el firme convencimiento que Luisa me hará feliz, decía, porque tiene grandes condiciones de corazon; me he enamorado de su simpática belleza, y deseo casarme con ella, usted nos da su permiso, como es natural, puesto que es usted quien aquí representa al padre de ella.

Carlo Lanza.

Por el momento yo no tengo mas que mi empleo en la respetable casa de Caprile, pero soy rico en aspiraciones, conozco bien el comercio y espero que dentro de poco he de tener una posicion mas que desahogada, pues mi familia debe remitirme fondos dentro de poco para establecerme por mi cuenta.

—No dudo lo que usted dice, respondió Maggi, pero antes de entrar en mayores explicaciones necesito conocer un detalle Luisa ha tenido una desgracia de juventud en Europa, que es preciso que usted conozca para evitar mas tarde recriminaciones dolorosas.

Ella dice que se la ha contado á usted francamente, pero como las mujeres nunca son francas á este respecto, yo deseo saber si es cierto que usted conoce esta falta.

—La franqueza con que me lo dijo, respondió Lanza, previniéndome un peligro, fué que me hizo comprender que aquella falta era digna de toda indulgencia, pues su relato mostraba la mayor pureza de sentimientos.

—Luisa ha tenido un hijo, insistió Maggi.

—Lo sé y esta misma insistencia de usted en hacerme notar la falta, me muestra mas los sentimientos hidalgos suyos.

Ha sido despues de conocer todo esto que decidí casarme.

—Decididamente este es un infeliz rematado, pensó Maggi que no podia imaginarse que Lanza era un especulador, al mismo tiempo que este pensaba:

—Decididamente el tio me cree un imbécil de nacimiento y así vá á ser el chasco que se vá á llevar.

—Bien, amigo mio, dijo Maggi, si esto es así, por mi parte no veo el menor inconveniente.

Solo, como es natural, desde que se trata de un paso tan decisivo para el porvenir de Luisa, usted me permitirá una cosa muy razonable.

—Está permitida, pues ya veo yo que es usted una persona seria y razonable.

—Bueno, si usted me lo permite, yo desearia tomar informes de su persona y su conducta.

Usted no puede extrañar esto, puesto que yo no lo conozco y deseo ser exacto en los informes que remita á mi hermano, para que este no pueda reprocharme el consentimiento que doy.

—Queda usted facultado para tomar todos los informes que crea necesario; es muy lógico.

—¿Y podré visitar á Luisa en su casa mientras se fija la época del casamiento?

—Depende de los informes que yo tome, lo que haré mañana mismo, para que usted tenga desde mañana mi contestacion definitiva.

Entónces Maggi llamó á Luisa y delante de Lanza le dió cuenta exacta de todo cuanto allí se habia tratado.

—El señor me parece un cumplido caballero, me es muy simpático, ¿para qué he de decirte otra cosa? observó Maggi á Luisa, pero yo necesito exactos informes que poder transmitir á tu padre.

Ya sabes lo minucioso que es, y no quiero que tenga el menor reproche que hacerme á este respecto.

Yo veré al señor Caprile mañana, pues es persona que me merece el mayor respeto, y mañana mismo el señor Lanza tendrá mi contestacion definitiva.

—Su tio, Luisa, tiene razon, dijo Lanza usando cierta etiqueta, porque su responsabilidad es mucha; yo he aprobado todo cuanto me ha dicho y me he sometido al informe tan necesario para él en este caso.

Puede interrogar tambien al señor Cánepa, al señor...

—Es inútil, el informe de la casa Caprile me satisface en un todo.

Sé que él debe ser bueno, puesto que es usted empleado all: lo tomo únicamente por un deber de conciencia.

Entretanto Luisa se queda á vivir conmigo, y usted puede visitarla aquí con entera franqueza é independencia.

Despues de conversar un momento de cosas indiferentes y haberse retirado Maggi prudentemente algunos instantes para dejarlos en libertad de decirse algo, Lanza tomó su sombrero y se retiró despues de decir:

—Yo espero entónces su respuesta mañana á la tarde, y como tengo conciencia de lo que soy, no trepido en decir á Luisa «hasta mañana» y retirarme sumamente complacido despues de haber conocido en usted una persona tan fina y razonable.

Lanza se retiró mas contento que nunca; Caprile no tenia motivo sinó para dar excelentes informes de su persona, y entónces el consentimiento de Maggi era una cosa hecha.

Fijáron la época de su casamiento tratando de ganar el mayor tiempo posible, pues una vez casado ya podria aguantar cualquier contratiempo.

El mismo, despues de los informes que mandase su hermano, se pondria en correspondencia con su suegro, y su porvenir quedaba admirablemente asegurado.

Maggi por su parte quedó gratamente impresionado del futuro marido de Luisa, no pudiendo explicarse como habia logrado Luisa atraparle tan completamente despues de haberle narrado su vida.

Y segun lo habia calculado Lanza, Maggi pensó que á pesar de todo el talento y viveza que demostraba, aquel jóven era zonzo de remate.

Y felicitó á Luisa de corazon, por la verdadera suerte que habia alcanzado.

Lanza se dirijió á casa de su vieja modista para preparar hábilmente el terreno por aquel lado, y evitar una escena que, si nó perjudicial, podia ser mortificante para su futura.

Lanza se presentó mas amante que nunca, y despues de sus habituales cariños, dijo á la vieja:

—Mi querida, vengo á darte un disgusto aunque pasajero, y á pedirte un servicio para el caso en que me lo puedas prestar.

—Desde que el disgusto solo es pasajero, contestó la vieja, siempre podrá sobrellevarse.

En cuanto al servicio, ya sabes que no tengo mayor placer que complacerte.

—El caso es este, mi querida: mañana tengo que irme á Montevideo á establecer una sucursal de la casa, y por poco que demore, siempre he de tardar algun tiempo, por lo ménos un mes, un mes en que no podré disfrutar de tus cariñosas noches.

Yo no hubiera aceptado la propuesta, pero esto me dá cierta importancia en la casa y facilita mis negocios para el porvenir.

He pensado que un mes pasa pronto y que el sacrificio será ménos duro desde que él contribuye á asegurar mi independencia para el futuro.

La vieja se puso triste despues de escuchar la noticia, pero pronto se repuso y contestó:

—Un mes pasa pronto, Cárlos, y desde que esta corta ausencia reporta ventajas para ti, no hay mas remedio que aceptarla y conformarse; lo único que te pido es que no me olvides.

—Yo no puedo olvidarte y mis cartas te lo han de demostrar de sobra.

Has sido conmigo demasiado buena y complaciente para que yo pueda olvidarte un solo dia.

—Pasemos ahora al servicio que esperas de mí.

—El servicio es este: yo llevo bastantes recursos de dinero y autorizacion para girar contra la casa aquí.

Pero tú sabes, léjos uno de sus relaciones y sus recursos, nunca está satisfecho y plenamente seguro.

Desearia llevar una reserva de quinientos patacones, y si tú puedes y quieres facilitármelos, me harias un servicio.

—Tendré en ello un verdadero placer, Cárlos querido, y si mas necesitas, dímelo con franqueza.

—No necesito mas, gracias, y esto mismo te lo pido en prevision, porque si puedo obtenerlos de la casa no recurriré á ti.

—No, señor, yo quiero prestártelos y te garanto que si acudes á otra parte, me darás un verdadero disgusto.

Lanza no creia necesitar dinero y lo hacia solamente para estar á cubierto de cualquier gasto imprevisto á que lo obligara su casamiento.

Así es que lo aceptó, prometiendo no acudir á otra parte.

Aquella noche la pasarian de conversacion y jarana, puesto que por lo ménos durante un mes no iban á poder hacer otra cosa sinó pensar el uno en el otro.

Y Lanza con sus quinientos pesos fuertes en el bolsillo y prometiendo volver ántes de embarcarse, se despidió de su vieja modista, diciéndole:

—En mi primera carta yo te haré saber la direccion á donde debes remitir la tuyas.

De la casa de la modista y aunque era muy temprano y se nallaba tranochado, Lanza se dirigió al escritorio, porque su licencia del dia anterior lo habia atrasado en el trabajo y era aquel dia el fijado por Maggi para ir á tomar aquel diablo de informe que habia de decidir de su porvenir.

Y para que Caprile no fuera á pensar que aquel informe pudiera referirse á algun otro empleo que pensaba tomar, en cuanto apareció en el escritorio lo impuso discretamente de lo que pasaba, avisándole que aquel mismo dia iria un señor Maggi á informarse de su conducta y modo de ser.

El no me conoce y como tiene toda la responsabilidad de la jóven, no consiente en el casamiento sinó despues de haber tomado informes á mi respecto, por lo que bien puede decirse que estoy y no estoy de novio.

Lanza tenia tal cara de alegre, de regocijo íntimo, que Caprile no pudo ménos de sonreír al ver su entusiasmo.

—Es de desear que esto se arregle de una vez, le dijo en tono de cariñosa broma, porqué su entusiasta estado de cabeza no es el mejor cuando se manejan libros de comercio.

—No tenga cuidado, señor Caprile, en cuanto me digan que sí, me quedo tan tranquilo como toda la vida.

A medio dia Maggi se presentó en el escritorio de Caprile, recibiendo una grata impresion al ver á Lanza ocupado en ese momento en hacer un pago fuerte.

Era claro que quien manejaba así el dinero, debia ser persona de entera confianza.

Su informe se reducía á una simple fórmula, pues la ocupacion de Lanza por sí sola era una recomendacion.

Introducido por el mismo Lanza á presencia de Caprile, una vez que quedó solo con él, explicó en breves y comedidas palabras el objeto de su visita.

—Por asuntos de familia, yo desearia tener algunos informes sobre el jóven Lanza, dependiente suyo.

Usted disculpe lo inusitado de la pregunta, pero siendo la mejor fuente de informes á que puedo acudir y deseando Lanza casarse con una sobrina mia, creo que usted no tendrá inconveniente en darme los informes que le pido.

Los informes que Maggi recibió no pudieron ser mas satisfactorios.

En todo el tiempo que Lanza estaba allí empleado, no habia dado motivo para que se le hiciera la menor observacion.

Era un jóven exageradamente honrado, cumplidor de sus obligaciones y amante del trabajo como pocos.

No se sabia en la casa que anduviera en parrandas de mal género, ni se le conocía el menor acto reprochable, aun en su vida privada.

¿Qué mejores informes podia desear el señor Maggi?

El tio de Luisa agradeció los informes que se le daban, y se retiró completamente satisfecho.

Lanza lo acompañó cortesmente hasta la puerta del escritorio y allí tuvo con él el siguiente breve diálogo:

—Si usted desea aun mas informes, puedo indicarle desde ya á...

—Es inútil, me basta con los recibidos, y estos mismos los he tomado simplemente por fórmula, por absoluta tranquilidad de conciencia.

Puede usted visitar á Luisa en mi casa cuando quiera; allí conversaremos sobre los demas detalles necesarios.

Lanza tocaba el cielo con la mano; su casamiento era una cosa hecha que nada podria desbaratarlo.

A las cuatro de la tarde y en una salida que tuvo necesidad de hacer, se fué hasta lo de la modista, para dar su último toque á su fingido viaje á Montevideo.

Quería estar absolutamente tranquilo á este respecto y para ello no necesitaba mas que ir á despedirse de la mujer.

Dió á su fisonomía toda la expresion de tristeza que le fué posible y entró hasta el taller donde ésta trabajaba.

La despedida no podia ser larga, porque el vapor salia dentro de media hora, y aun tenia algunas otras cosas que hacer.

Mil cariños, mil recomendaciones de no olvidarse por nada de este mundo y todo quedó concluido.

—Espero que mi ausencia no durará mas de un mes, le dijo Lanza, pero en todo caso nunca será mas de mes y medio.

Lanza quedó libre de aquella hipoteca, pues en hipoteca se habia convertido ya para él su modista.

Solo le faltaba la retirada de la casa de Cánepa, que no sabia como emprender.

—¡Que diablo! pensó, nos retiraremos poco a poco y sin decir una palabra.

Quando me haya casado veremos como se sale de esto.

Lanza no habia contraido ningun compromiso de palabra con la familia de su amigo, nada podia este reprocharle, y sin embargo y sin explicarse el por qué, Lanza temia que ellos tuvieran noticia de su casamiento.

Regresó al escritorio como siempre, y pensando en esto se demoró allí hasta su hora habitual.

Su felicidad era tanta, que no le dejaba mucho tiempo para pensar en otras cosas.

Solo deseaba que llegara cierta hora de la noche para irse á lo de Maggi á hacer su visita.

Ya Lanza se veia convertido en un banquero mas fuerte que el mismo señor Caprile y dueño de una fortuna de un millon de patacones.

Nunca comió con mas apetito como en aquella noche.

Se bebió tranquilamente una botella del mejor vino que encontró en el hotel.

¡Quién le hubiera predicho aquel estupendo casamiento poco tiempo ántes, cuando era un miserable mozo de casino ó el pobre y esclavo cochero de la familia de Lima!

Lanza se estremeció poderosamente al recordar esa época dolorosa de su vida, y apartó rápidamente este recuerdo de su pensamiento como se aparta un testigo peligroso que puede ser un obstáculo insuperable á la felicidad que se persigue.

Si Maggi llegaba á conocer esa época de su vida, si la misma Luisa llegaba á penetrar sus intenciones, era seguramente un hombre perdido; su negocio se le haria humo entre las manos.

Era preciso apresurar rápidamente su casamiento para impedir todo descalabro, y esto era lo primero que Lanza debía tratar á toda costa.

No le faltarian medios de seducir á Maggi en caso que este quisiera esperar el consentimiento del padre de Luisa.

Lanza se empaquetó como la noche anterior y se fué de visita á casa de Maggi.

Luisa le esperaba radiante de belleza; se habia vestido con toda la coqueteria de una mujer que quiere agradar, y dejaba asomar á sus bellos ojos, en poderosos relámpagos, toda la felicidad de que estaba impregnado su espíritu.

Maggi le habia transmitido los excelentes informes que recibiera aquel día y no solo habia consentido en su enlace, sino que la habia felicitado por él, aconsejándole hiciera todo lo posible para compensar con creces todo el cariño de aquel jóven.

Así, cuando ménos lo esperaba, Lanza iba á encontrar un protector en el tío de su Luisa que, por su parte, y temiendo que pudiera echarse atras, habia de apresurar el matrimonio.

Lanza iba de sorpresa en sorpresa, parecia que un buen espíritu lo habia tomado bajo su proteccion.

Luisa le contó como su tío habia vu lto contentísimo de los informes recibidos, diciéndole que su futuro era digno de toda consideracion y que él consentia gustoso en aquel casamiento que era su felicidad.

—Ya lo he autorizado para que venga á visitarte aquí, le habia dicho, de modo que son ustedes los que han de fijar el dia del casamiento.

Lanza escuchaba lleno de alegría lo que le contaba Luisa, prodigándole sus mas expresivos cariños, de modo que cuando Maggi entró á la salita, Lanza lo abrazó cariñosamente diciéndole:

—Con nada podré pagarle, amigo mio, todo lo que le debo.

Crea que la felicidad de mi Luisa será el único anhelo de mi vida y que no olvidaré nunca que á usted debo gran parte de mi felicidad.

—Usted no me debe nada, amigo mio, absolutamente nada, pues es natural que yo haga todo lo posible por la felicidad de Luisa, que es cosa mia y por cuya suerte temia siempre.

Yo mañana mismo voy á escribir á mi hermano, dándole las razones que he tenido para consentir en el casamiento, así que si usted quiere fijar la época, la carta irá completa.

Lanza quedó sorprendido ante estas últimas palabras; cuando preparaba su mas famoso discurso para convencer á Maggi que debia consentir en el enlace á nombre del padre de Luisa, para ganar tiempo, se encontraba con que era el mismo Maggi quien le proponia hacerlo, indicándole desde ya que la fecha del enlace podria fijarla para cuando quisiese.

El asunto no podia estar en mejores términos.

Luisa lo miraba pendiente de su palabra y Maggi sonreia ante su perplejidad natural.

—Yo no sé si el tiempo que yo fijara sería el conveniente para ustedes; me gustaría mas que ustedes lo fijaran, porque no quisiera parecer demasiado apresurado, ni quisiera retardarme mucho inútilmente.

—Por mi parte, dijo Maggi, todas las fechas me son lo mismo, es usted quien debe fijarla, calculando todo lo que tiene que hacer.

—Por mi parte, dijo Luisa poniéndose colorada, nada tengo que decir, lo que él disponga será lo mejor.

—Yo desearia que fuera ahora mismo, dijo Lanza, pero no quisiera hacerlo ántes de tener todo arreglado.

Mis cosas me animo á terminarlás en un par de días, pero no sé cuantos días necesitará la Cúria para los trámites naturales de estas funciones.

Yo mañana iniciaré allí mis diligencias, viendo el tiempo que se pueda ganar y así á la noche cuando vuelva, ya que usted me permite visitar á Luisa aquí, podré decir con exactitud cual es el dia en que pueda realizarse nuestro matrimonio.

Maggi encontró aquello muy puesto en razon y Luisa dijo que estaba conforme.

En seguida la conversacion se hizo general, rodando sobre cosas indiferentes y conversando Lanza con aquella familia como si fuera un viejo amigo de la casa; parecia que se hubieran conocido toda la vida.

Era natural que dos novios tuvieran algo reservado que decirse, y Maggi procediendo discretamente se retiró con la familia, dejándolos en entera libertad por mas de media hora.

Lanza aprovechando aquel tiempo que comprendió se le dejaba libre intencionalmente, se sentó al lado de Luisa y empezó á conversarle cariñosamente sobre el risueño porvenir que les esperaba.

—Ya debemos considerarnos como marido y mujer, le dijo, y es necesario que desaparezcan ciertas etiquetas para ser reemplazadas por la confianza mas absoluta.

Una mujer que se casa necesita comprar mil pequeñeces que un hombre no puede calcular porque no está en ellas.

Todo lo que yo tengo, Luisa mia, es tuyo, absolutamente tuyo; entónces no debes ni extrañar ni tomar á mal que desde ya empiece á considerarte como mi mujer.

Como yo no calculaba que todo quedaria arreglado esta misma noche, no he venido preparado á ello.

Y voy á apurar las diligencias lo mas que pueda, y es preciso que tú, desde mañana mismo, te vayas preparando tambien.

Así, mi querida, como no tienes de donde sacarlo, yo te pido como primera demostracion de tu cariño, aceptes ese poco de dinero que traigo sobre mí felizmente, para que con él puedas ir comprando lo que te haga falta.

Y sacando del bolsillo cinco mil pesos, los pasó á su futura. Luisa lo miró á través de sus lágrimas, se puso colorada y vaciló.

—Te lo pido como una prueba de cariño, replicó Carlo, es

preciso que me vayas ya mirando como á tu marido; ¿quién mas que yo puede darte dinero?

La jóven lo miró entónces con la expresion de un cariño infinito y venciendo sus escrúpulos con un esfuerzo visible, tomó de manos de Lanza el dinero que este le ofrecia.

Como si no hubieran esperado mas que aquello, se presentaron en la salita Maggi y la familia, volviendo la conversacion á hacerse general y animada.

A las once de la noche Lanza se puso de pié y se preparó á irse.

—Yo me quedaria toda la noche, les dijo, no solo por estar al lado de Luisa, sinó por lo agradablemente que se está entre ustedes.

Pero yo comprendo que una casa de familia no puede interrumpir sus hábitos ni salir de su modo de ser, porqué á un señor se le antoje estar de novio.

No quiero, por otra parte, hacerme pesado y fastidioso para ustedes, quiero al contrario, que cuando venga me reciban con natural agrado.

Así me retiro á horas convenientes, pidiéndoles de paso perdon por las molestias que puedo haberles causado.

Esta despedida vino á concluir de acentuar la simpatía que Carlo Lanza habia sabido inspirar desde un principio.

—Decidamente ese muchacho me gusta de alma, dijo Maggi; me gusta enormemente y no me cansaré de felicitar á Luisa.

Esta se sentia feliz como nunca pensó serlo, pues Lanza halagaba de todos modos su amor propio de mujer, y dándose vuelta á su tio le decia:

—Esto es para que usted vea que si yo era un poco callejera, no era porqué fuese una perdida, sinó porqué me gusta la vida independiente.

Si yo hubiera sido una perdida, ese hombre no hubiera tenido necesidad de casarse conmigo.

—Yo nunca dije que fueras una perdida, lo que yo decia era que la vida de absoluta independencía que querías llevar, no convenia á una familia donde hay niñas, porqué la gente es muy mal pensada.

Lanza dejó así una impresion gratisima en casa de Maggi, que aquella misma noche escribió á su hermano una larga y detallada carta.

Despues de hacer en ella toda clase de elogios de Lanza, particular y comercialmente, pasaba a fundar los motivos que habia tenido para consentir en el casamiento y precipitarlo.

Luisa necesitaba un marido á toda costa, le decia, no solo por su pasado, sinó por su porvenir mismo.

Sin marido, Luisa se iba á perder completamente, no solo por su modo de ser, sinó por la independencía de hombre que queria dar á su vida.

Solo un perdido, atraido por el olor del dinero, se hubiera casado con ella.

Este jóven se ha enamorado de la belleza de Luisa y en su rara inocencia; en lo primero que ha pensado ha sido en casarse con ella, á pesar de su pecado, que la misma Luisa le contó.

Es una persona digna y honrada, que trabaja en una de las casas de mas crédito aquí, y que establece actualmente una casa suya.

Como persona no se puede pedir nada mejor.

Es tan ventajoso para Luisa este casamiento, que yo tengo miedo que el jóven vaya á arrepentirse, que álguien vaya á aconsejarle mal y desista de su casamiento.

Y es por esto que he dado la licencia en tu nombre y soy el mas empeñado en que se casen pronto, así es que cuando recibas esta, probablemente ya estarán casados.

Con una carta semejante de su hermano, en quien tenia plena confianza, es indudable que el padre de Luisa quedaria plenamente conforme.

Lanza por su parte se habia retirado completamente feliz aquella noche, pues habia obtenido mucho mas de lo que él queria, y sin esfuerzo ninguno, puesto que todo aquello habia sido espontáneo en Maggi.

Y aquella misma noche escribió para su suegro una carta llena de embrollas y mentiras, tratando de engañarlo respecto á su posicion y mandándole tomar informes de aquellas casas con quienes él estaba en correspondencia.

Cuando su suegro le contestara, ya pensaba él tener casa abierta y entrar con él en negocios de banquero á banquero.

Desde el dia siguiente empezó á hacer sus preparativos y averiguaciones necesarias.

Las diligencias de la Cúria solamente, sobre identificacion de su persona, amonestaciones, etc., necesitaban mas de un mes.

Pero un cura amigo que veremos figurar mas adelante, se encargó de tramitarlas en quince dias, pues las amonestaciones y demas ceremonias engorrosas, se arreglarian por medio de dispensas, un poco caras tal vez, pero que impedian se perdiera un tiempo precioso.

Y era ganar tiempo lo que anhelaba Lanza.

Aquel casamiento era para él una felicidad tan grande, una suerte tan inesperada, que temia verla desvanecerse entre sus manos de un momento á otro.

Hubiera dado sin el menor inconveniente todo el dinero que poseia para poderse casar inmediatamente.

Pero no hubo mas remedio que conformarse con aquellos fatales quince dias de espera.

Era lo mas que tendria que perder, y que, por otra parte, le hacian falta para el arreglo de todas sus cosas.

De la casa de Caprile no podia faltar tan solo un dia, porque se exponia á ser descubierto por cualquier casualidad, en sus provechosas tramoyas.

Y una sola que se descubriera sería lo bastante para dar en tierra con todos sus proyectos.

Como primer diligencia, al dia siguiente tomó en la calle Tacuarí 81, donde vivia, otras dos piezas al lado de la suya, que era cuanto por el momento necesitaba.

Así tendria un escritorio, un cuarto de trabajo para su mujer y un aposento para ambos, que empaquetaria lo mas que pudiera.

De allí no podia mudarse, pues era la direccion que habia mandado en muchísimas cartas de aquellos clientes que iba formando para él y á muchas casas banqueras con las que necesitaba y queria estar en correspondencia.

Su cambio de domicilio era cosa que importaba para él unos tres meses de preparacion por lo ménos, para que ello no le trajera ningun perjuicio sério.

No pudiendo faltar al escritorio un dia entero, porqué no le convenia, tendria que hacer sus diligencias á ratos perdidos ó de noche, y entónces aquellos quince dias serian lo que ménos necesitaba para el arreglo de sus piezas y demas detalles de aquel apurado casamiento.

A la noche, cuando volvió á lo de Maggi, despues de dar cuenta de todo el cúmulo de formalidades y dispensas que necesitaba la Cúria, fijó su casamiento para de allí quince dias, noticia que fué recibida por Luisa con verdadero alborozo, pues si Lanza estaba apurado en casarse, ella tambien lo estaba, aunque por diversos motivos.

Luisa se habia enamorado realmente de aquel hombre, y su casamiento con él le parecia un sueño que no habia de realizarse, sin embargo de estar convencida de la fé con que este procedia, y hasta por el dinero que le habia dado para comprar lo que pudiera necesitar.

Casándose tan pronto como lo habian proyectado, era natural que Lanza gozara de cierta libertad, y así Maggi habia autorizado á Luisa para recibirlo solo, pues algo de íntimo habian de necesitar decirse.

Lanza aprovechaba aquel tiempo en hacer mil caricias á su futura consorte y revelarle mil planes de felicidad que tenia para el futuro.

—Dentro de quince dias estaremos establecidos en nuestra casita y no tendremos que esperar nada de nadie, bastándonos nosotros solos á todas nuestras necesidades.

Allí viviremos de nuestro trabajo sin que nadie nos moleste, hasta que haya establecido mi casa como yo quiero.

Y hacian sus proyectos hasta el de ir á dar una vuelta por Europa, visitar la familia y arreglar de paso sus correspondencias y sus negocios.

—Si tu padre quiere, decia Lanza, él será nuestro banquero en Génova y podria ganar buenas sumas, porqué yo giro mucho dinero.

Luisa se habia habituado tanto á oirlo hablar de bancos, de giros y de grandes negocios, que creia firmemente que Carlo era un banquero al que solo le faltaba abrir la casa.

A las once, á mas tardar, él se retiraba de su visita; para no

ser molesto y no fastidiar á la familia de Maggi, que con tanta benevolencia lo recibia y lo obsequiaba.

— Es una broma, decia á Luisa, pero es preciso hacer este sacrificio en obsequio de esta gente que nos trata tan bien: yo me quedaria toda la noche, pero entónces nos echarian cada sacramento como para hacernos reventar.

Paciencia, Luisa, que pocos dias nos faltan ya, dentro de poco no nos separaremos ni un minuto.

En los primeros ocho dias, Lanza arregló perfectamente sus tres piccitas de la calle Tacuarí, sin riqueza, pero con mucho gusto.

Podia haberlas puesto mucho mejor, pero entónces se hacia sospechoso, que era precisamente lo que queria evitar.

Aun necesitaba permanecer en el escritorio de Caprile algun tiempo mas, para redondear su mejor clientela y enviar bastantes direcciones de su nueva casa bajo el sobre de los clientes nuevos á quienes cobraba un cinco por ciento, no solo para agarrar ese dinero, como para hacerles mas sensible la diferencia del precio que él les cobraba en la nueva casa.

Aquellos infelices que solo se entendian con Lanza y que á Caprile no lo conocian ni de vista, lo creian jefe de la casa, y muchas veces rehusaban entenderse con otro dependiente porqué aquel los entendia bien y sabia hacerles el gusto en los menores detalles.

Su amigo el cura habia llevado adelante las diligencias del casamiento, consiguiendo todo por medio de dispensas, para ganar tiempo y para no prestarse á ciertas zonceras.

Lanza no era religioso, era un liberalazo de tomo y lomo, pero para pescar ciertos negocios famosos de la Cúria y de los conventos, se fingia un católico con mas tragaderas que un cretino.

Asistia á misa á San Francisco, cuyos frailes tenian negocios de giros con Europa, y se colocaba siempre en sitios donde lo vieran los superiores del convento.

Cuando se hacia alguna fiesta religiosa, era él quien dejaba la limosina mas famosa, valiéndose de un espediente que en el porvenir debia darle famosos resultados,

El tenia depositados en el Banco de la Provincia unos doce mil pesos en cuenta corriente, con el único fin de hacer limosnas á las iglesias.

Así, en vez de dejar un billete de banco, dejaba un cheque contra el de la Provincia, logrando dos objetos:

Primero pasar por un hombre sumamente rico, y segundo mostrar á los frailes que era él el de la limosna.

Esto le costaba caro, porqué lo obligaba á hacer limosnas de quinientos pesos arriba, pero con ellos él se proponia sacar en lo futuro utilidades pasmosas.

Ya veremos mas adelante los resultados de esta famosa especulacion.

En la mayor parte de los templos se conocia así á Lanza no solamente como un filántropo desprendido, sinó como un hombre sumamente rico.

Al principio, como no tenia mucho dinero que malgastar, habia limitado sus limosnas á la Catedral, para hacerse conocer del Arzobispo y de la gente copetuda.

Fué despues que dispuso de mas dinero, cuando empezó, como se verá, á hacerlas extensivas hasta los curatos de campaña, donde mas provecho habia de sacar.

La única cosa que lo molestaba en el asunto de su casamiento, era el negocio de la confesion, que no habia medio de evitar.

Para casarse era indispensable el boleto de confesion, y para obtenerlo no habia mas remedio que confesarse.

El doble aliciente del precio del boleto y la diversion que una confesion representa para los curas, hacen muy dificil obtener el boleto sin pasar por el acto.

A Lanza le hubiera sido muy fácil obtenerlo, pero como él queria pasar por un santulon en toda regla, no le convenia mostrar que queria sacar el bulto á la confesion, pues esto habria dado lugar á malas sospechas.

Solo una travesura podia salvarlo de estas dificultades y á ella apeló Carlo Lanza.

Entre la infinidad de italianos con quienes tenia trato diario en el escritorio, los habia de todo pelaje y de toda creencia.

Sabido es que entre los italianos y en materia de religion, no hay término medio posible.

O son católicos creyentes hasta comerse los santos ó son ateos al extremo de insultar á los santos, y al mismo Dios, por un hábito de lenguaje.

Entre estos últimos buscó Lanza el hombre que necesitaba, y lo abordò francamente, refiriéndole el caso con toda franqueza.

—Me voy á casar, amigo mio, le dijo, y necesito de usted un servicio de la mayor importancia.

Para que á uno lo casen, no hay mas remedio que presentar un boleto de confesion, y para obtener este boleto no hay mas remedio que confesarse.

Francamente yo detesto estas farsas de la religion al extremo de preferir romper con mi casamiento ántes que ir á arrodillarme á los piés de uno de esos roñosos y contarle lo que he hecho ó lo que no he hecho en el mundo.

Para salvar esta dificultad, es decir, para que yo me pueda casar sin confesarme, no hay mas que un remedio, y este es precisamente el servicio que yo necesito de usted.

—Yo detesto cordialmente á los frailes, respondió el jóven, y por jugarles una farsa soy capaz de pagar, no digo servir á un amigo como usted.

¿Quiere que me vista de cura y los case? pues no tiene mas que hablar.

—Eso tiene su peligro, respondió Lanza, y yo por nada de este mundo comprometeria á un amigo.

El servicio que yo necesito es mas sencillo y no compromete en manera alguna al que lo presta.

—Pues diga usted en qué consiste, amigo mio, y délo por hecho.

—El asunto es este: se trata de que usted se meta en la iglesia que mas rábia le dé y se confiese allí de lo que mas le dé la gana, con tal que no importe un delito.

Una vez confesado dice que se llama Carlo Lanza, y saca su boleto.

Con un boleto que acredite que Carlo Lanza se ha confesado, yo no necesito mas para casarme y así lo habré logrado sin hacerle el gusto á esos farsantes.

—Pero este no es un servicio que yo hago á usted, exclamó el italiano soltando una gran carcajada, sinó un enorme placer que me proporciono! cuente usted con la mas completa y santa boleta que pueda conseguirse!

Me confesaré de tal manera, que el cura quedará asombrado de mi santidad; nunca habrá escuchado una confesion mas pura y santa.

Seré Carlo Lanza para este agradable acto de mi vida, y si alguna vez tropieza con algun amigo que quisiera hacer lo mismo, no piense en otro que en mi.

¡Jugar un pasada á los frailes! sería capaz de cualquier sacrificio por hacerlo!

Lanza estaba en el colmo de la alegría, pues acababa de vencer la última dificultad que se le ofrecia.

Aquella misma tarde, el italiano amigo, bajo el nombre de Carlo Lanza, se confesó en la iglesia del Socorro.

Nunca se habia escuchado una confesion mas santa! aquel hombre no tenia de que acusarse, pues su vida habia sido dedicada á hacer bien á los demas, y si en aquellos momentos se encontraba pobre, era porqué su fortuna la habia empleado en socorrer á la iglesia y á los menesterosos.

El cura, maravillado ante esta confesion, lo exhortó á seguir en aquella santa vida que le haria conquistar el cielo, y lo citó para el dia siguiente para darle la comunión y el boleto correspondiente.

—Es el boleto que he dado con mas gusto, dijo, porqué él vá á ser causa de que se forme una familia santa y educada en la caridad y el temor de Dios.

El confesado salió de allí mas contento que quien se ha sacado una loteria grande, de pues de haber besado apasionadamente el hábito del sacerdote, que le dijo al salir:

—Ya sabes, hijo mio, que para comulgar es preciso venir en ayunas, así es que debes venir temprano.

Aquella misma tarde el amigo refirió á Lanza lo que le habia pasado, quedando en almorzar juntos al dia siguiente para entregarle el boleto de confesion.

Y al dia siguiente, despues de haberse engullido una enorme taza de chocolate con tostadas, el falso Lanza se presentó en el Socorro á misa de nueve, y dándose formidables golpes de pecho, se tragó la divina hostia con una verdadera devoción de santo.

De allí pasó á la oficina del cura, donde le extendió éste su boleta de confesion, mediante cien pesos que Lanza en-

cargó le diera y que entregó con la peor gana de este mundo, murmurando:

—En la primera confesion sería que haga, me confesaré de estos cien pesos que pago, aunque, bien visto, es un delito que cometo por cuenta ajena.

Dos horas despues almorzaba plácidamente con Lanza, y le entregaba el boleto narrándole entre alegres carcajadas la cara de asombro que ponía el cura, cuando él le contaba que si alguna fortuna habia tenido, habia sido para emplearla y repartirla entre la iglesia y los necesitados.

Y cuando llegaba al fin de su relacion, exclamaba:

—¡Con cuánta gana me hubiera reido de aquel imbécil, despues de recibir el boleto!

Solo el temor de perjudicarlo ha podido contenerme.

No importa, ahora que he hecho este descubrimiento, todos los meses necesito confesarme con el nombre de diferentes amigos, pero para tener el placer infinito de echar al diablo al cura una vez que me dé el boleto.

Así no solo lograré una diversion estimable sinó que podré negociar boletas de confesion.

¡Oh! yo le aseguro que si no hubiera sido por temor de perjudicarlo, hubiera hecho á ese mulato gordo una broma de lo mas gracioso que pueda imaginarse.

Lanza agradeció al amigo las diligencias, y mas todavía, el que las hubiera hecho con la compostura debida.

Y por si acaso éste se habia desmandado en algo, prometió arreglarlo todo por medio de un cheque que lo dejara en un buen punto de vista.

Tomó su boleto de confesion y lo entregó á su amigo el cura que se habia encargado de todo lo referente al matrimonio.

No podia quejarse, desde que habia emprendido aquel asunto todo le salía á medida de su deseo.

Las piezas las habia arreglado de una manera calculada, siendo la peor de todas la destinada á su escritorio, no por miseria sinó por cálculo, pues á sus marchantes no habia de parecerles bien el lujo.

En la pieza destinada á cuarto de trabajo de Luisa, no habia tampoco gran aparato; unos mueblecitos, cualquiera no mas, como para llenar la fórmula.

Donde habia gastado Lanza era en el aposento.

Allí no entraria sinó gente de confianza y no tenia por qué hacer aparato.

Para padrino de su casamiento habia pensado en Cánepa, pero despues habia tenido miedo de decirle la menor palabra.

Cánepa sabia que Lanza andaba en noviascos, que se casaba tal vez; pero no sabia con quien ni cuando.

Lanza temia que éste le desbaratara todo su plan, por lo que resolvió no decirle nada hasta despues de casarse.

Así es que cuando Cánepa trataba de explorarlo con alguna broma, él se mantenía en absoluta reserva sin dejarle traslucir nada.

Era el único hombre á quien Lanza temia, porqué sospechaba que conociera algo de su pasado.

Concluido todo lo de la Cúria, fuéron á tomar los dichos á Luisa y á hacerle firmar el contrato.

Todo quedó consentido y arreglado, fijándose ese sábado para que tuviera lugar el casamiento.

Este debia tener lugar en casa del tio de Luisa, porqué el mismo don Estéban lo habia pedido así.

Hombre rico y desprendido, habia querido hacer el último gasto que habia de causa le su sobrina, con cierto rumbo que llamara la atencion de sus paisanos.

Desde que el muchacho era tan rumboso, justo era tambien que él lo fuera por una sola vez.

Tanto Lanza como su sobrina habian elegido padrino á don Estéban y madrina á su consorte.

Padrinos por partida doble, no tenia don Estéban mas remedio que hacerse ver y asfojar la mano.

De todos modos era bastante rico para que la ausencia de diez ó quince mil pesos pudiera hacer mella en sus bolsillos.

—El sábado se casan en casa, habia dicho don Estéban á Lanza desde que se fijó el dia del casamiento; puede usted invitar á los amigos que guste sin cumplimiento de ningun género, puesto que usted pertenece ya á la familia.

Yo tambien invitaré á algunos amigos de confianza, y despues del casamiento haremos un poco de música en familia no mas, para festejarlo alegremente.

Aquellas demostraciones de cariño por parte de don Estéban habian seducido á Lanza inspirándole un verdadero cariño por el tio de su mujer.

El único rencor que podia haber abrigado por él era el de haber abandonado á Luisa, pero esto mismo contribuia á su cariño por don Estéban, pues si este no hubiera abandonado á su sobrina, é no la habria conocido en su desamparo y no habria podido realizar aquel gran negocio.

Luisa parecia mas hermosa que nunca.

La felicidad la habia rejuvenecido, y vestida con sumo gusto y elegancia habia tomado un aspecto verdaderamente espléndido.

El mismo amor intenso que sentia por Lanza contribuia á embellecerla y á aumentar la simpatia de su expresion juvenil y feliz.

Lanza la miraba extasiado; él mismo habia concluido por enamorarse locamente de la hermosura de Luisa que llenaba por completo su vanidad al mismo tiempo que todas sus aspiraciones.

El, que por pescar el dinero no habia vacilado en proponer casamiento á su vieja modista; él, que se hubiera casado con una escoba, siempre que esta escoba fuera rica, ¿cómo no habia de envanecerse con aquella mujer rica, jóven y poderosamente bella?

Tan soberbio consideraba el negocio, que deseaba llegara cuanto ántes aquel sábado, porqué temia que un aconteci-

miento imprevisto viniera á echarlo todo á perder y deshacer su enlace.

No se creía del todo seguro hasta que el casamiento no se hubiera efectuado.

Una vez casado, ya se sentía con fuerza suficiente para sobrellevar y vencer cualquier contratiempo.

Por fin amaneció el ansiado sábado.

Lanza se levantó muy temprano y se fué al escritorio, pues quería asistir á las operaciones de la mañana que eran las que le interesaban, porqué en ellas tenía sus enjuagues.

Estando en el escritorio por la mañana, ya sin temor de ningun género podia faltar el resto del día.

La gente con quien él andaba en enredos era gente de trabajo que venia solo por la mañana temprano.

Los clientes que venian en el resto del día eran clientes con los que él poco que hacer tenía, viejos clientes de la casa que en nada podia explotar, porqué conocian todas sus costumbres y llevaban sus operaciones perfectamente arregladas de antemano.

Con ellos no habia mas que llenar las letras y hacérselas firmar á Caprile para remitirlas á su destino.

Los clientes del picholeo á quienes explotaba fácilmente y sonsaaba para su nueva casa, esos iban desde temprano hasta las diez ó las once.

Lanza, una vez concluido su trabajo de por la mañana, fué á ver á Caprile y le pidió licencia para faltar por el resto del día.

--Me caso esta noche, le dijo, y aun me quedan algunas pequeñeces que arreglar.

No me arove á invitarlo al casamiento, pero si quiere ir á tomar una copa de vino, nos hará un honor.

Los otros dos dependientes principales de la casa fuéron invitados á comer con él los tallarines de boda, recomendándoles Lanza que si veian á Cánepa no le fueran á decir nada, porqué él tenía sus razones especiales para no decirle nada de su casamiento hasta despues que se hubiera celebrado.

—Hoy no invito mas que á ustedes, que son mis compañeros de trabajo, agregó, porqué en casa de la familia de mi mujer siempre habrá que estar con etiquetas.

Pero mañana va es distinto, yo invito á comer en mi casa con toda la confianza y toda la franqueza posible que es natural tengan conmigo mis amigos.

Como me caso en casa de ella, no hay mas remedio por hoy, mañana va será otra cosa.

Los dos dependientes sus compañeros y el cura que habia corrido con todas las diligencias del casamiento y que lo habia de bendecir, eran los únicos invitados de Lanza.

Don Estéban, que quería hacer una fiesta agradable y animada, habia invitado algunas familia amigas suyas á comer, las de mayor intimidad, y á tomar una taza de té á aquellas de menor confianza.

Si á todos los hubiera invitado á comer no habrían cabido en la mesa.

A las cuatro de la tarde ya la casa de don Estéban tenia todo el aspecto de la fiesta que en ella debia celebrarse.

Los amigos iuvitados habian empezado á caer y ya la mesa estaba adornada con pavos, ramilletes y todo cuanto don Estéban habia encargado á la confiteria.

Luisa se habia hecho un traje bellissimo de colores frescos y vivos que decian divinamente con el sonrosado espléndido de su semblante juvenil y alegre.

Se veia que aquella jóven, que andaba de un lado á otro arreglándolo todo, era completamente feliz.

Lanza, arrobado en la contemplacion de su futura, andaba aturrido sin darse cuenta de lo que pasaba y recibiendo con expresion idiota las felicitaciones y bromas que le dirigian sus amigos.

Ya no temia que ningun contratiempo viniéra á turbar la paz de su espiritu.

Cambiaba de cuando en cuando apasionadas miradas con su amada, obsequiándola de todos modos.

Por fin llegó la hora de comer y todos rodeáron aquella mesa que parecia ser opípara, y cuya cabecera ocupó naturalmente el cura que los habia de casar.

Seguian á la izquierda los tios de Luisa, á la derecha esta y despues los invitados que apénas cabian en la mesa.

La comida no podia ser mas cordial y alegre.

Los cuerpos y las almas, las bocas y los corazones, todo lo dirijo yo hoy, decia el curita, mas alegre que gato chico ante la opípara mesa.

Durante los primeros platos solo fué mantenida por él la conversacion.

Los invitados miraban complacidos la belleza de Luisa y Lanza les decia alegremente:

—Caballeros, no me miren tanto á mi mujer que me van á hacer poner celoso ántes de tiempo.

Luisa se ponía colorada como una granada y sonreía á Lanza con un cariño infinito.

A medida que fuéron pasando los platos y el calor del vino empezó á derretir el hielo de los etiqueteros, las bromas fuéron cruzando de un lado á otro, hasta que la mesa tomó el verdadero aspecto de alegría que debía tener una mesa presidida por un cura con motivo de un casamiento.

Lanza estaba contento como puede figurarse, ante situacion semejante.

Todos querian brindar con él, pero él bebia con cierta cautela como si temiera hacer algun descalabro.

Don Estéban estaba contento y satisfecho.

Una sobrina se casaba en su casa y se casaba bien, con un muchacho de mérito seguía le hacia decir el Burdeos, y su satisfaccion tenia que ser profunda.

—Lo único que siento, decia Lanza; es que mis buenos

viejos no estén aquí á mi lado, para hacerlos partícipes de mi felicidad.

Esta es tanta, que me hace echarlos de ménos, puesto que solo con ellos podré compartirla.

—Nunca la felicidad es mas de la que puede contenerse: decia el curita empinando sendos y morrudos vasos de sangre de Cristo, y la felicidad que reporta el matrimonio, no debe compartirse con nadie.

Estos gracejos eran estruendosamente festejados por los invitados, que veian en aquel curita un hombre liberal y franco.

La comida fué así sumamente alegre, pues se habia establecido entre todos la mayor confianza, confianza que el curita sabia mantener con sus bromas perfectamente correctas y aceptables.

Terminada la comida, y miéntras los hombres echaban un cigarro y las mujeres pasaban á la sala, Luisa, acompañada de su tia, se fué á poner el traje que debia servirle para el casamiento.

La tia era la encargada de arreglarla, porqué se habia suscitado un cambio de ideas á propósito de las flores que debia llevar.

Luisa no queria ponerse azahares, puesto que ella era una viuda, decia.

Pero la tia le observaba que el ponerse otra clase de flores seria hacer un mal papel ante los demas que no estaban en autos.

—Prefiero hacer un mal papel ante los demas, de quienes nada me importa, habia dicho Luisa, que hacerlo ante mi marido que está al corriente de todo.

La situacion se salvó arreglando entre ambas que Luisa no llevaria flores de ninguna clase, ni mas alhaja que el brillante de compromiso que le regaló su novio.

Su vestido era un espléndido vestido color violeta claro con adornos blancos, que realizaba su hermosura de una manera poderosa.

Luisa en aquel traje era una mujer poderosamente espléndida.

No podia estar mas sencilla ni mas elegantemente vestida.

Los invitados al casamiento habian ido llegando y la casa llenándose poco á poco de amigos de ambos sexos que no querian faltar á la ceremonia.

Como el cura estaba allí y allí estaban novios y padrinos, solo se esperó que Luisa estuviera pronta para dar principio á la ceremonia.

Don Estéban fué adentro á anunciar que era preciso apurarse, y Luisa se presentó por fin en la sala, acompañada de su tia y madrina.

Fué el curita el primero que vino á recibirla, lleno de cortesías y cumplimientos.

—Pues, caro Lanza, le dijo, se lanza usted en la vida del matrimonio, de una manera capaz de dar envidia al mas indiferente.

Es la moza la mujer mas hermosa que he conocido y casado.
Es que Luisa estaba verdaderamente bella.

—Bueno, amigo mio, dijo Lanza con aire zumbon, cásenos de una vez que es lo que nos hace falta por ahora; para los elogios hay tiempo.

Luisa estaba positivamente avergonzada de tanto elogio y tanta mirada, pues en aquel momento era el blanco de todos los ojos.

El curita, que estaba algo gineteado por la sangre de Cristo que habia inoculado á la suya, se puso los avíos de casar, es decir, el corbaton, su libraco y un cinturon, sin cuyos requisitos no hay casamiento posible.

Todos se pusieron de pié y el cura empezó á rezar unas oraciones que nadie entendió y cuya virtud está en esto precisamente, pues si álguien las entendiera, perderian su eficacia.

La ceremonia fué corta, todo lo corta que se pudo, pues así lo habia recomendado Lanza á su amigo, quedando así constituido aquel nuevo matrimonio, cuna de un sin fin de graciosas aventuras que mas adelante verán nuestros lectores.

Con la última cruz en el aire hecha por el amigo cura, resonó el piano en un alegre wals.

No faltó quien viniera á invitar á la graciosa desposada, pero Lanza reclamó para sí ese honor.

—Me corresponde de derecho esta primer pieza, dijo Carlo, es demasiado bella mi mujer para que yo pierda un momento de estar con ella.

Y se lanzaron al torbellino del wals, que Carlo bailaba de una manera maravillosa.

Concluido aquel wals, los recién casados pasaron al comedor como á tomar una copa de vino, llamando allí Lanza á don Estéban que miraba encantado la pareja, recordando la noche de sus propias bodas.

—La reunion, amigo mio, está muy bella, muy entretenida, y me quedaria aquí toda la noche entera bailando y entretenido, pero ahora me confieso un poco egoista.

Preñero retirarme con mi mujer á mi casa, porqué la noche está muy húmeda y mas tarde puede hacerle mal á Luisa.

Si usted me lo permite, yo me voy á retirar sin despedirme de ninguno, pues si me despido de uno tendré que despedirme de todos y van á empezar á embromarme porqué me quede.

—Puedes irte no mas, por mi parte, respondió don Estéban sonriendo picarescamente; puedes irte no mas, que es muy natural tu deseo.

—Bueno, tio, discúlpeme, dijo Luisa, con los que pregunten por mí, y hasta luego.

—Anda no mas, buena pieza, anda no mas, que quedas disculpada sin necesidad que yo te disculpe.

Y se puso á reir como si le hubieran hecho cosquillas.

Es que la alegría por un lado, y por otro las bromas de los amigos Chianti y Barbera lo habian puesto fuera de juicio.

Luisa se fué á las habitaciones de su tia, donde se tapó y

tomó ropa con que levantarse al siguiente día, encargando á esta le remitiera temprano el resto de la ropa para poder salir á la calle, pues consigo no llevaba sinó ropa de casa.

Cuando Luisa y Lanza salieron sin que nadie los notara, la fiesta quedaba en su mayor apogeo.

Se seguía bailando alegremente sin que ninguno notara la ausencia de los recién casados, pues creían que anduvieran en el interior de la casa atendiendo á las necesidades de la reunion, según decia don Estéban.

Una vez metido este en jarana de baile, etc., queria llevar la diversion hasta el fin.

Así es que al té y café se habia seguido el chocolate y al chocolate una cena familiar entre sus amigos mas íntimos y que no habian comido con él.

Era la primera y tal vez la última fiesta que don Estéban daba en su vida, y deseaba sacarle el jugo aprovechándola por completo.

El gasto estaba hecho y la concurrencia presente, pues no habia mas que divertirse mientras lo permitiera la noche.

Cuando se notó la ausencia de los novios era ya tardísimo de la noche y no se pensaba sinó en rodear de nuevo la mesa del comedor para restaurar las fuerzas perdidas en el baile y la chacota.

Toda tentativa de cumplimiento ó etiqueta habia desaparecido con el ejemplo de aquel travieso curita, incansable en la chacota y la broma.

A cada momento exhortaba á su fieles para seguir el ejemplo de Lanza, recomendándose siempre él como candidato para verificar la union.

Y esto daba lugar á un sinnúmero de bromas chistosísimas y epigramáticas.

La reunion, reducida ya á las amistades de mayor confianza de la casa, era compuesta de paisanos de don Estéban, gente inocente, sin malicia de ninguna especie y que se encontraba allí tan bien, que la cena se prolongó hasta la madrugada.

El último en despedirse fué el curita, que hasta entónces no habia cesado de reir y de embromar un solo momento.

Don Estéban, temiendo que «el fresco» de la madrugada se le pudiera ir á la cabeza, le propuso que se quedara allí á dormir, que él le prepararia cama en el vacante aposento de Luisa.

Pero el curita habia tenido una cabeza maravillosa.

No solo se manifestó perfectamente sereno á pesar de todo lo que habia bebido, sinó que todavía podia beber á la salud de todos los matrimonios que se habian proyectado.

Y cuando don Estéban manifestaba alguna admiracion, le decia:

—Si yo en ayunas me alcanzo á decir unas veinte misas sin perder los estribos, calculen lo que seré capaz de beber teniendo buen lastre en el estómago!

Esta declaracion del curita habia dejado maravillado podo-

rosamente á don Estéban quien, á pesar de la fortaleza de su cabeza, sentia que las piernas le flaqueaban.

¡Y eso, que habia bebido mucho ménos que el curita!

Este, para corroborar todo lo que habia dicho, se retiró á pié, rechazando el carruage que se habia hecho quedar expresamente para conducirlo hasta su casa.

La despedida del curita puso así fin á aquella buena y familiar fiesta, que tan agradable recuerdo dejó en todos los que á ella habian asistido.

Viento en popa.

Carlo Lanza se había trasladado con su consorte á su morada de la calle Tacuarí.

Todo estaba allí solitario, no había ni un sirviente, ni un solo importuno que pudiera turbar la paz de aquel nido de amor.

Queriendo ser poético sobre toda exageración y concluir de impresionar agradablemente el espíritu de su Luisa, ántes de irse á casa de esta, Lanza había comprado aquel día una gran cantidad de flores que deshizo en el aposento.

De modo que cuando entraron allí, fueron envueltos por una exquisita atmósfera de delicados perfumes.

Luisa, que no estaba acostumbrada á aquellas demostraciones de alta escuela, se mostró sumamente complacida, recostándose en el hombro de Lanza, que la cubrió de cariños.

—Por fin estamos en nuestra casa, dijo este, sin que nada ni nadie venga á turbar nuestra felicidad, por cuya razón no he querido tomar ninguna sirvienta; estaremos servidos por el cariño mútuo hasta que tú dispongas otra cosa.

Luisa estaba radiante de felicidad; todo aquel aposento lo encontraba bello y poético, salpicado de flores deshojadas y bañado por la luz rosada de una bomba de aquel color puesta en el pico de gas.

—Quiere decir que es cierto que todas mis desventuras han concluido para mí, exclamó Luisa, que ahora tendré en el mundo un protector, un amparo contra todas mis desgracias.

—Sí, Luisa mía, tu vida entra desde ahora en una nueva faz de cariño y de felicidad.

En mí tendrás el cariñoso apoyo que te ha faltado siempre, no teniendo que temer nada de nadie.

Desde hoy viviremos el uno para el otro exclusivamente y ambos para el trabajo, que es el complemento de la felicidad y de la fortuna.

Ya verás, mi Luisa, ¡qué felices vamos á ser así!

Luisa escuchaba gratamente aquel programa de vida, y cada vez mas enamorada de su Carlo, se consideraba positivamente un ser venturoso sobre toda exageracion.

¿Qué podia importarle ya de sus miserias pasadas ni quién se atreveria á criticarlas?

Todo quedaba olvidado y borrado con el amor de su marido y el respeto que su nombre le prestaba.

Luisa entónces se puso á llorar ámpliamente, pero un llanto tranquilo y consolador, arrancado por la inmensa felicidad que sentia y que nunca se atrevió á soñar para ella desde el miserable abandono de Arturo.

Toda aquella noche la pasáron entregados á sus planes de felicidad futura y á la realidad de su felicidad presente.

—Yo he querido establecerme, así pobremente, porque este es el modo de trabajar con mas ventaja.

Si me vieran ricamente establecido, la clase de clientela que yo tengo se me iria, porque para ella el lujo es sinónimo de gasto y creerian que por esta sola causa yo les habia de cobrar mas comision.

Guardaremos así una apariencia pobre y humilde para la clientela que ha de venir á darnos trabajo.

Ahora, en nuestra intimidad, donde el ojo extraño no puede penetrar, viviremos con toda la comodidad que, gracias á Dios, puedo proporcionarte y sin que carezcamos ni de lo mas superfluo.

La pobreza en las apariencias de mi escritorio, la he de conservar por mas grande que sea mi fortuna y ya verás qué bien nos vá así, Luisa.

Pasemos por alto los detalles de aquella noche en que Lanza agotó todos los recursos de su dialéctica y de su astucia para concluir de apoderarse por completo del espíritu de su mujer.

Al dia siguiente se levantáron temprano; la felicidad quita el sueño como la desgracia.

Luisa envió á lo de su tia á buscar la ropa que necesitaba, y saliéron á pasear, despues de haber almorzado con don Estéban, como una prueba de cariño que Lanza le queria dar.

Aquel dia era Lanza quien invitaba á comer, en casa de sus tios políticos para mayor comodidad.

Habia invitado á sus compañeros de escritorio y á aquellas pocas amistades comerciales con quienes le convenia conservar relacion, sin exceptuar á Cánepa á quien recién aquel dia mandó dar parte de su casamiento precipitado, que por razones especiales habia sido necesario hacerlo así sobre tablas y sin pérdida de tiempo.

Realizado su casamiento ya no tenia cuidado de que cosa alguna lo hiciera fracasar, y entónces no podia tener recelo de hacerlo conocer de Cánepa, único interesado tal vez en estorbarlo para apoyar algun otro, segun él sospechaba.

Y como va no habia remedio, si Cánepa tenia sus proyectos, los olvidaria sin tratar de perjudicarlo en su reciente entace, puesto que con ello nada absolutamente podia sacar en limpio.

La única recriminacion que podia hacerle, y que era la de no haberlo invitado á la ceremonia siendo tal amigos, quedaba atajada á tiempo con la precipitacion de su enlace, precipitacion que ya habia dejado explicada.

Queriendo mostrar siempre su mayor grandeza, habia encargado una buena comida á la Cruz de Malta, llenando él mismo unos cuantos cajones de legitimo vino italiano, completamente ineludible de toda buena y alegre comida.

Por supuesto que el invitado número uno era su amigo el curita que tanto lo habia ayudado en las diligencias de su casamiento.

Con aquella comida Lanza habia gastado cuanto tenia, incluso los quinientos patacones de su vieja modista.

No le quedaba ni un centavo mas aparte, pero no lo necesitaba tampoco, puesto que habia realizado ya el negocio que le interesaba.

Si acaso hubiera necesitado dinero para cualquier otra cosa, ahí estaba Cap i.e que no se lo negaria y á quien hasta entonces no habia tenido necesidad de recurrir por dinero.

Aquella comida que era natural que él diera en festejo de su casamiento, tenia que ser por lo ménos tan buena como la del dia anterior dada por su tio.

Pero Lanza habia querido dar una comida á lo grande, y habia echado no la casa, sinó los bolsillos por la ventana.

Sobre todo en el vino, Lanza habia echado el resto, porque sabia que con buen vino todo es buena alegría.

Los amigos de Lanza admiraban la belleza de su mujer, no pudiendo explicarse como diablos ellos no la habian visto ántes.

Es que Luisa habia estado poco en el casino, y este casino era frecuentado por jóvenes del país y calaveras ricos.

Por esto es que felizmente ninguno de sus amigos conocia á su Luisa, ni podia tener idea de que hubiera salido de un casino.

Y como era sobrina de don Estéban, nadie podia pensar mal de Luisa, ni imaginarse tampoco la pieza que habia sido.

Así es que todos la trataban con la mayor consideracion y respeto.

El diablo de curita aquel no dejaba decaer la alegría y la jarana ni un solo momento, pues este era el medio de prolongar la comida.

Luisa era por todos agasajada y obsequiada por todos, incluso el mismo Cánepa que habia concluido por tomarle simpatía, aunque aquel diablo de casamiento habia echado al infierno ciertos planes que tuvo con respecto á Lanza.

Este, que no perdía el menor detalle de todo lo que pasaba á su lado, estaba contento con la actitud que habia visto tomar á Cánepa, porque la enemistad de este no le convenia en manera alguna.

Cánepa lo habia conocido en sus malos tiempos, y aunque no en sus peores, y Lanza no sabia hasta donde su amigo conocia su historia.

Ya no podia hacerle ningun daño en el hecho material de su casamiento, puesto que ya se habia realizado.

Pero podia hacerle mucho daño en las relaciones comerciales con su suegro, que era la base sobre la que fundaba.

Asi es que á Lanza no le convenia tener ningun enemigo, aunque era sumamente dificil que nadie pudiera penetrar sus vastisimos planes.

Nada mas cordial y alegre que aquella comida íntima, donde todos los presentes estaban vinculados por lazos de estrecha y leal amistad.

¿Cómo no habia de encontrarse feliz Luisa, ante todas las demostraciones de aprecio de que era objeto su marido?

La comida se prolongó hasta la tarde, sin que decayera un momento solo la alegría con que empezó.

¿Cómo debia de decaer tambien, cuando aquel diablo de cura era un tratado de anécdotas de todo género?

No era posible estar sério un solo minuto.

De lo que todos estaban positivamente asombrados, era de la cabeza de aquel diablo de cura.

Habia bebido tanto como los demas invitados juntos, y sin embargo, ni siquiera en el brillo de sus ojos podia sospecharse la cantidad de vino que habia en aquel vientre formidable.

El mismo Lanza, que era una cabeza privilegiada para beber, estaba asombrado de lo que chupaba su amigo el curita.

Lanza quiso abandonar la reunion temprano, en cuanto se hubo tomado el café, so pretexto de que al dia siguiente era lunes y no podia faltar al escritorio.

Pero su amigo el cura encabezó una silbatina tan furiosa á semejante retirada, que no tuvo mas remedio que quedarse y declarar que estaba á la disposicion de sus amigos.

Desde que habia sido silbado su mejor pretexto, ya no le quedaba ninguno que invocar y se resignó á quedarse, resignacion aparente, pues nadie mas amigo que él de aquellas farras y beberajes.

Lo que hay es que él se encontraba coartado por su flamante consorte y no podia entregarse á la jarana con toda la libertad que hubiera deseado.

Farrista de nacimiento, se encontraba en su elemento verdadero; lo que hay es que estaba atado por la presencia estimable de su consorte.

Al fin y despues de consumir la última botella de vino, fué preciso dar por terminada aquella comida, que no podia ser eterna y que á alguna hora tenia que terminar, á pesar de los discursos recalcitrantes del cura.

Cánepa fué el primero que tocó retirada, y como aquellas reuniones no necesitan sino que uno se retire para terminar, otros siguiéron á Cánepa con piernas mas ó ménos seguras, hasta que solo quedó el cura, los de la casa y los esposos Lanza.

—Supongo que ahora me será permitido el retirarme, dijo Carlo, pues es una hora bastanté avanzada para retirarse un recién casado que tiene que trabajar mañana.

Yo soy capaz de pasarme así una semana seguida, pero mi Luisa nada tiene que hacer con lo que yo sea ó no sea capaz y no es bueno hacérmela trasnochar de esta manera.

—¡Anda, sin vergüenza! exclamó el cura riendo picarescamente; quien no te conozca que te alquile, que lo que es á mí no me la pegas.

Pero al fin y al cabo es perdonable que con semejante muercita quieras retirarte pronto, y con franqueza confieso que yo no habria aguantado tanto.

Quedas en libertad, Lanza, hasta que nos des una comida en tu propia casa; entónces no tendrás pretexto para retirarte, porqué estarás en tu casa y te haremos permanecer en la sala, de sol á sol.

—No habrá necesidad, respondió Lanza; el primer aniversario de este feliz casamiento, pienso festejarlo yo con una comida que dure una semana, sin levantarnos de la mesa.

—¡Te tomo la palabra! ¡te tomo la palabra! gritó el curita bebiendo la última copa por aquella promesa, y me comprometo á hacertela cumplir al pié de la letra.

Usted es testigo, Luisa, de lo que acaba de decir este pillo, y usted me va á ayudar á recordárselo.

—No lo necesito, es una fecha demasiado querida para mí, para que haya necesidad de que nadie me recuerde lo que he prometido.

Y miró á su jóven esposa de tal manera, con tal cariño, que esta se puso colorada hasta las orejas.

Aquel casamiento parecia haber regenerado á Luisa por completo, dotándola de una sensibilidad que esta ni siquiera se habia sospechado tener.

—Me parece que he nacido de nuevo, murmuró al oido de Lanza cuando estuviéron en la calle.

Paso por impresiones tan queridas y desconocidas para mi espíritu, que creo estar en otro mundo superior al en que hasta ahora he vivido.

¡Oh! Carlo mio; nunca me cansaré de bendecir el momento en que te conocí.

—Esto no es nada, Luisa mia, respondia el astuto Lanza; todavia el mundo guarda para nosotros felicidades inmensas que iremos gozando á medida que yo asiente mi posicion.

Los primeros tiempos serán de trabajo, de trabajo constante y rudo; pero el cariño todo lo compensa, Luisa mia, y él nos hará llegar al fin de la jornada sin la menor fatiga y sin que siquiera podamos notar la del camino recorrido.

Ahora tengo que achicarme porqué no me conviene mostrarme en todo mi valer, pero el dia que yo pueda sacar las uñas ya verás hasta donde me trepo.

Desde el dia siguiente, Lanza se multiplicó en el trabajo. Tenia que atender á sus quehaceres del escritorio de Caprile, y al trabajo de su propio escritorio que comenzaba á tener sus comisiones ocultas.

Porqué ya empezaban á venir á él dirigidas las cartas de

aquellos clientes nuevos que habia declarado suyos y manejables por su cuenta.

Y como no podia atender á las dos partes al mismo tiempo, los clientes de su casa estaban citados de once á una del dia, que era el tiempo de que él disponia para ir á almorzar.

Si acaso algun cliente inesperado caia fuera de aquella hora, Luisa estaba allí para recibirlo y señalarle la hora en que podia ver al banquero.

De esta manera quedaba bien á cubierto de cualquiera sorpresa, pues á esa hora, entre once y una, en que él no estaba en lo de Caprile, nadie habia de irlo á buscar allí, pues ya sabian que á aquella hora Lanza estaba en su casa.

Allí mismo en el escritorio sabian donde habian de irlo á buscar si algo urgente necesitaban.

Así empezó Lanza á trabajar de banquero, con los desperdicios de la casa de Caprile primero, que algo le dejaban, y con los clientes nuevos que podia sorprender y llevarlos á su escritorio, con mil ventajas imaginarias para ellos.

Su crédito era cuestion de tres meses, á lo sumo.

En cuanto empezaran á llegar cartas y acuses de recibo á las cartas y las remesas de dinero hechas por su escritorio, ya la confianza se haria absoluta entre aquellos clientes desconfiados por naturaleza y que no creen sinó en lo que palpan.

Estas cartas Lanza las habia enviado con preferencia á las del escritorio de Caprile, para que las suyas llegaran ántes.

En cuanto á las contestaciones, demoraba las de Caprile todo cuanto le era posible, para que los que se manejaban por su escritorio particular, tuvieran primero todo lo que les interesaba.

Así descontentaba á los clientes de Caprile, sin que este pudiera sospecharlo, y acreditaba su pequeño boliche.

Caprile tenia así en su escritorio un enemigo formidable, un competidor interesado en minar su crédito y arrebatarle la clientela.

Como Caprile no se metia para nada con aquella clientela de menudeo, diremos, confiada á sus dependientes, ni siquiera podia sospechar lo que pasaba.

El se entendia con la clientela gruesa, con la clientela de importancia, y con esta Lanza no se metia por nada ni habia intentado meterse, comprendiendo el peligro á que se exponia.

Cualquiera operacion intentada con esta gente que giraba gruesas sumas, podia llegar á conocimiento de Caprile y descubrirse todo el pastel.

De todos modos aquella clientela pequeña era tan numerosa, que dejaba utilidades enormes, reuniendo sus pequeñas comisiones.

Por fin empezaron á llegar las contestaciones á las cartas que él habia dirigido con el sobre preparado adentro y el recibo de las cantidades por él remitidas, quedando los clientes de Lanza plenamente satisfechos.

Como Lanza se habia demorado en entregar las cartas lle-

gadas por conducto de Capriile, los clientes de este empezaron á disgustarse.

Como todos los italianos se conocen entre sí, los clientes de Lanza empezaron á dar noticias á sus conocidos de sus familias, contando la rapidez con que obraba Lanza y la buena voluntad con que los atendia.

Y los descontentos de lo de Capriile empezaron á plegarse á su clientela espontáneamente.

A estos clientes que venian, Lanza les hacia sus observaciones y ponía sus dificultades.

—No quiero que vaya á creer Capriile que yo le estoy son-sacando á ustedes y que le hago la guerra en su propio es-critorio.

—No sabrá nada, se apresuraban á decir los italianos, que creian mejorar en todo.

No sabrá nada, porque no lo diremos é iremos allí de cuando en cuando, pero queremos cambiar de casa porque esta marcha mejor y cobra mas barato.

—Si ustedes se comprometen á guardar silencio y á no decir nada aunque se lo pregunten, bueno, si no no quiero saber nada.

Y al primero que vaya á decir que es cliente mio y que yo sirvo ó no sirvo mas barato, no lo atiendo mas en mi vida.

Los italianos, que lo que deseaban era ser mejor servidos y mas barato, prometian cuanto Lanza queria, dispuestos á cumplir religiosamente lo que habian prometido.

Y empezaron á manejarse por intermedio de Lanza, demostrándose contentísimos con el cambio.

Con esta clientela era muy poco lo que Lanza podia ganar, pero no era esto lo que mas le preocupaba.

Aquella clientela le traeria otra nueva, sin contar con los que seguian abandonando la casa de Capriile, y en el número de clientes estaria entonces su enorme ganancia.

Tal era la desercion de clientes, que se sintió en el escritorio por la disminucion en los balances.

Pero lo atribuyéron á otras causas: á la escasez de trabajo y falta consiguientemente de dinero.

Nunca se sospechó nadie que aquella fuera la obra del astuto Lanza, en quien tanta confianza tenian depositada.

Lanza siempre hablaba de mejorar en el escritorio, no diciendo una palabra de establecerse solo y por su cuenta, de modo que en él no podia tenerse la mas remota sospecha.

Antes que viniera contestacion á la carta de don Estéban, Lanza habia escrito ya dos ó tres cartas á su suegro, para ir ganando tiempo.

En ellas le hablaba de negocios magníficos, mostrándole la conveniencia de remitirle mercaderías á consignacion, indicándole que podia tomar informes de su persona en casa de los banqueros Parody, donde él hacia sus giros.

Los pocos giros que ya habia hecho Lanza, los habia hecho contra los banqueros Parody á quienes remitia fondos con anticipacion, para que sus giros pudieran ser cubiertos en el acto.

A su suegro le proponía que remitiera mercaderías á consignacion, cuyo importo cobraria él con giros contra los mismos banqueros Parody, indicándole ya la clase de mercaderías que habia de mandarle, con el último precio á que podría venderlas.

Luisa tambien, á indicacion de Lanza, habia escrito á su padre dándole cuenta de su casamiento, contándole la clase de persona que era su marido, lo feliz que era á su lado y el crédito y respeto de que este gozaba.

«Soy completamente feliz, padre mio, tan feliz, que hasta bendigo mi vida pasada, puesto que ella es causa de que yo haya venido á América.»

Con semejantes cartas, reunidas á los conceptos de don Estéban, el viejo Maggi no podia ménos de estar sumamente contento y tener en su yerno una confianza ilimitada.

Todavía Lanza no habia concluido de establecerse por completo en su negocio de giros y correspondencia, cuando ya pensaba en negocios de una magnitud asombrosa.

Estaba convencido que para seguir bien y ganar dinero y crédito, lo mejor era proceder con una hombría de bien irrepachable y cumplir exactamente sus compromisos.

Podia ganar mucho mas explotando á aquella inocente clientela, pero esto no le convenia en manera alguna, porque descubierta cualquier mal procedimiento, era sembrar la desconfianza en aquella buena gente tan desconfiada por naturaleza.

Un napolitano de aquellos, descontento, bastaba para anularlo ante toda la clientela napolitana.

Muchas veces se le proporcionó la oportunidad de hacer un buen negocio disponiendo de dinero que tenia en su poder para remitir á Europa.

Pero esto habria demorado sus pagos allá y una demora podia costarle su crédito ante los remitentes.

Por el momento era preciso proceder limpiamente; este era su verdadero negocio.

Despues, si su suegro le remitia mercaderías á consignacion, podria entónces negociar con mas desahogo.

Luisa entretanto habia establecido un pequeño taller de modas, donde confeccionaba trajes únicamente para sus relaciones, lo que le daba una buena utilidad.

Cortaba la ropa de una manera admirable, y como las señoras á quienes vestia se iban pasando la palabra, su clientela crecia al extremo de tener que rechazar trabajo por no poderlo atender, no queriendo tomar oficiales porque ya la confeccion no sería la misma, ni tenia tampoco local suficiente para colocarlas á trabajar.

Queriendo explotar sus talentos de embalsamadora, lo que era un buen negocio, se habia dedicado tambien á este bello arte, poniendo en la ventana de la calle este curioso letrero manuscrito por Lanza:

«Aquí simbalsama pacarito.»

Y de noche, aburrida de trabajar con la aguja todo el dia

en la confeccion de vestidos, se entretenia en embalsamar pajaritos, ayudada por Lanza á quien enseñaba el arte.

Así, entre trajes y aves embalsamadas, ella ganaba mucho mas de lo suficiente para atender á los gastos de la casa.

Lanza, deseando tener los ménores trastornos posibles, habia escrito á su vieja modista como si estuviera en Montevideo, y diciéndole que necesitaba permanecer un mes mas para dejar concluido el establecimiento de la sucursal.

Si me escribes remite las cartas á mi nombre y al escritorio de Caprile, le decia, así llegarán bien á mis manos.

Por este lado podia estar tranquilo, hasta que pudiera pagarle los quinientos patacones que le habia facilitado.

Entre su sueldo, lo que ganaba en su escritorio y las sumas que tomaba en lo de Caprile por los procedimientos que hemos indicado, en un mes podia reunir cómodamente con que pagar á la modista y quedar libre de este compromiso que podia muy bien traerle dificultades en sus negocios.

Despues que le pagara le diria buenamente que habia tenido que casarse por imposicion de su familia.

Así podria tambien conservar con ella una buena relacion y tenerla como cliente para sus remesas á Europa, puesto que el pago de los quinientos patacones aumentaria el crédito que con ella tenia.

Siempre seria esta una puerta abierta que tendria para ayudarse en cualquier dificultad.

No tenia mas que seguir conduciéndose como hasta entónces y esperar pacientemente las contestaciones de su suegro, pues si este consentia en el invío de las mercaderías todo marcharia bien para él.

Por el lado de Caprile poco tenia que temer porqué sus operaciones de estampillas, demora de correspondencia y diferencias de comision estaban tan hábilmente hechas, que habria sido muy dificil descubrirlas.

Y en caso que las descubrieran y saliera de la casa, siempre le quedaria como pretexto ante sus clientes, de que todo lo que se decia en el escritorio de Caprile era por venganza, porqué le habia llevado la mejor clientela.

Y como con esta procedia con la mayor honradez, no desconfiarían nada.

Lanza habia tratado de aumentar siempre su crédito y relaciones con la gente de iglesia, porqué con esta se prometia grandes negocios para el futuro.

Y seguia en su sistema de limosnas por medio de cheques, haciéndose presentar á todos los cura que llegaban de la campaña, con el curita que lo habia casado.

A todos ellos los servia gratuitamente, ofreciéndoseles en un todo y para todo lo que necesitaran en la ciudad, para lo que no tendrian mas que escribirle dos líneas directamente.

Les facilitaba dinero sin interés alguno, pues con esto se proponia abarcar por intermedio de los curas, toda la clientela que podia caer de la campaña.

El pensamiento no podia ser mas magno, y realizado tendria que darle resultados magnificos.

La contestacion del suegro era lo que esperaba con mas ansiedad, pues si esta era conforme á sus proposiciones, podria salir de lo de Caprile ántes que se descubriera nada.

Pues siempre era mejor salir amigablemente y con el crédito incommovible, que salir peleado y dando lugar á habladurias y cargos que, por mas que los destruyera, algun perjuicio podian causarle.

El estaba bien seguro que era imposible descubrir sus explotaciones, pero como de una casualidad nadie está libre, mientras mas pronto saliera de la casa, mucho mejor.

El hubiera salido cuanto ántes, pero como mientras mas se demoraba mas clientes pescaba, no queria decidirse ántes de haber recibido contestacion de su suegro.

Así se retiraba de lo de Caprile perfectamente establecido y sin temor del porvenir.

La contestacion de Maggi á la carta de don Estéban vino por fin, siendo para Lanza del mejor augurio.

El viejo se mostraba sumamente contento del casamiento de su hija y agradecia á don Estéban los trabajos que se habia tomado y los informes que de su yerno le daba, con quien decia se pondria en correspondencia directa.

Nada mejor podia esperar Lanza que la aprobacion de su casamiento hecha por su suegro.

De eso, á enviarle las mercaderías pedidas no habia la menor distancia.

Las contestaciones á sus cartas no podian tardar, siendo lo único que Lanza esperaba para despedirse de Caprile.

De todos modos el hecho de quedar allí un mes, le convenia sobremanera bajo el punto de vista de que necesitaba dinero, y en un mes reunia una buena suma de diversos modos.

Mas adelante todo andaria bien, pues una vez acreditado con los napolitanos que formaban su clientela, podia retener de cuando en cuando el dinero por quince ó veinte dias, sin que esto le reportase perjuicio alguno.

Lo difícil era acreditarse, pero una vez conseguido esto, su crédito sería inamovible, sabiéndolo conservar.

Por fin llegó la ansiada contestacion del viejo Luis Maggi, sobre la que se precipitó Lanza como sobre una verdadera presa.

El viejo Maggi contestaba en aquella, tres cartas de Lanza y la de su hija, á ésta larga y detenidamente.

No solo consentia en el envio de mercaderías, sino que ofrecia hacerlo á la mayor brevedad, pidiendo á Lanza le indicara las mercaderías que mas convinieran por su fácil salida.

A su hija la felicitaba por el casamiento hecho y le daba mil cariñosos consejos sobre la conducta honesta que habia de seguir, para conservar el cariño y respeto de su marido.

Aquella carta no podia estar mas en armonía con las aspiraciones de Lanza, de modo que éste ya pudo contar con una

base segura de operaciones, pues la primer remesa de mercaderías debía ya venir en camino y próxima á llegar.

Cuando el judío de su suegro se habia resuelto á mandarle valores, era porqué tenia en él la mayor confianza.

Era pues preciso cumplir con él religiosamente, para aumentar su crédito y por consiguiente el valor de las remesas.

Lanza contestó á su suegro con filial cariño, haciéndole una reseña de las mercaderías que podia mandarle y previniéndole que el dinero se lo remitiría en giros contra sus banqueros Parody, y que si tenia transacciones en Buenos Aires, giráse contra él aunque fuera en descubierto y á la vista.

Lanza queria deslumbrar la avaricia de su suegro y lo heria en su cuerda sensible.

Pocos dias despues y como por via de primer ensayo, recibió de su suegro una remesa de mercaderías por valor de unos cuatro mil francos.

Eran tan bien elegidas las dichas mercaderías, que Lanza las realizó en el acto, con mil quinientos francos de utilidad sobre los precios indicados por su suegro.

A aquellos mil quinientos francos de utilidad agregó mil mas de su bolsillo, y remitió á su suegro un giro por seis mil quinientos contra los banqueros Parody, á quienes remitió el dinero en el acto, de manera que el giro aquel pudieran cubrirlo á la vista.

Con aquel sacrificio de mil francos, sabia que su suegro le remitiría cuanto le pidiera.

Estaba seguro de no tener mas que hacer la lista, para recibir lo que quisiera le remitiese.

El primer contratiempo.

Ya quedaba Lanza perfectamente ligado en el comercio como fuerte consignatario.

Su clientela de napolitanos habia aumentado mucho, al extremo de que con ella sola se hubiera podido sostener.

Lanza comprendió que necesitaba todo su tiempo para atender á sus negocios y á su escritorio, siéndole urgente entonces retirarse de lo de Caprile.

La felicidad de su hogar era completa; Luisa lo amaba inmensamente y su cariño aumentaba cada dia al ver la conducta irreprochable de la jóven, que vivia completamente entregada al trabajo y al amor de su marido.

Puede decirse que Luisa habia roto con todas sus relaciones pues solo se visitaba con sus tios.

Todo su dia y gran parte de la noche la empleaba en sus trabajos de modista y á embalsamar pájaros, siendo este último trabajo el que mas le producía.

Lanza la miraba cariñosamente y le decía que pronto quedaría libre de todo trabajo, y entregada como una señora, á disfrutar del dinero que él ganara á manos llenas.

Habiendo decidido retirarse de lo Caprile, duplicó sus pequeñas operaciones de explotaciones y de sonsacamiento de clientela.

Ya á todos los que iban por la mañana á remitir dinero, les decía que la casa no se ocupaba mas de pequeñas operaciones, y los remitía á su escritorio, haciendo de él las mas exageradas ponderaciones.

Estos nuevos clientes se encontraban en lo de Lanza con los otros que iban á recibir ó remitir cartas y como éstos les referían las muchas ventajas que allí habian hallado, se quedaban sin la menor vacilacion.

La casa de Caprile no pudo ménos que notar la gran disminucion de clientela que habia tenido de tres meses á entonces y empezó á inquirir la causa sin poder atinar con ella.

La ambicion desmedida que se habia apoderado de Lanza, vino á hacerle sufrir el primer contraste.

Un dia se presentó al escritorio de Caprile una persona á hacer un giro fuerte sobre Génova.

Era la primera vez que se presentaba en el escritorio y Lanza pensó que podria impunemente hacerle una jugada que le dejara alguna utilidad.

Lanza salió á cambiar en oro el dinero que se le daba para hacer el giro pedido, regresando al escritorio inmediatamente.

Pero al dar el vuelto y hacer la liquidacion de la letra, se quedó con el valor de cuatrocientos francos.

Si el comitente contaba el dinero y notaba la falta, una equivocacion la sufre cualquiera; ¡qué diablo!

Devolveria el dinero y contra cualquier mal pensamiento estaba su crédito en el escritorio.

Y si el hombre no notaba la falta de dinero, Lanza hacia un buen negocio sin peligro de ningun género.

El cliente, confiado en el proceder de la casa, ni siquiera revisó el dinero y la cuenta.

Guardó todo en su bolsillo, y se retiró despues que le entregaron el correspondiente recibo.

Aquella tarde Lanza no cerró su libro como tenia de costumbre, intencionalmente.

Era una salida que se dejaba para el caso en que el hombre se presentara á hacer el reclamo al siguiente dia.

Pasado éste, ya no habia reclamo posible y él quedaba dueno del dinero.

Pero al dia siguiente el hombre se presentó á hacer su reclamo, diciendo que recién habia rectificado la cuenta y el vuelto, encontrando que le faltaban cuatrocientos francos.

Lanza sostuvo en términos enérgicos que habia devuelto el dinero exactamente y que bien comprendia que al dia siguiente no era posible atender un reclamo tan fuerte.

Pero el cliente se alzó con el santo y la limosna, alegando en términos descomedidos y violentos que se le habia dado dinero de ménos.

Lanza alzó la voz y la alzó el cliente tambien, acudiendo á la discusion el señor Caprile que se encontraba en su escritorio.

Dados los antecedentes de Lanza y lo tardío del reclamo, el señor Caprile observó al cliente que el error podia estar de su parte, pues con aquel dependiente nunca se habia tenido una dificultad.

Pero el hombre se mantuvo en sus trece.

Lanza vino entonces á dar un corte momentáneo á la cuestion, pero que el cliente en manera alguna podia rechazar.

—Casualmente yo no he balanceado mi libro anoche, dijo, y como ni el Papa es infalible por mas que se diga, puede ser que yo me haya equivocado.

Esta noche cerraré el libro y si aparecen los cuatrocientos francos de mas, los devolveré al señor y no tendré inconveniente en ofrecerle mis excusas.

Pero si no aparecen en mi libro, el señor habrá perdido el dinero en otra parte y yo no puedo permitirle que venga á dirigirme el menor reclamo, mucho ménos en el tono que lo hace.

Caprile encontró sumamente justo aquel procedimiento, dando á su dependiente toda la razon.

Así es que el cliente se retiró quedando en volver al siguiente dia.

Lanza pretextó una salida imprescindible ántes de la hora habitual de retirarse, y se fué sin balancear el libro, tratando así de hacer el último esfuerzo para quedarse con aquel dinero.

A la mañana siguiente el reclamante se presentó en el escritorio á ver el resultado del balance dado por Lanza.

Como todas las mañanas, Lanza estaba solo en el escritorio y nadie podia escuchar lo que dijera.

Así es que con un tono áspero dijo al cliente:

—He encontrado exacto mi balance y usted habrá perdido el dinero en otra parte.

Si yo se lo hubie a dado de ménos, apareceria en mi libro y en mi libro no está; luego usted no tiene razon.

El hombre se irritó porqué tenia conciencia de lo justo del reclamo que hacia.

Pero Lanza se irritó tambien, porqué asi convenia al papel que representaba y lo invitó á retirarse y á no importunarlo mas.

Se cambiaron entónces algunas groserías é inconveniencias y el cliente se retiró por fin asegurando que era la última vez que ponía sus piés en semejante casa.

Era precisamente lo que Lanza queria para embolsarse tranquilamente aquel dinero.

En cuanto el cliente se retiró, balanceó su libro para quedar á cubierto con Caprile y se metió al bolsillo el dinero que en prevision de todo tenia aun en el cajon, para el caso en que lo hubiera tenido que devolver.

Preocupado con las mil ocupaciones que sobre él pesaban, el señor Caprile no volvió á recordar aquel incidente del reclamo, creyéndolo ya completamente arreglado.

Lanza tuvo por su parte buen cuidado de no recordárselo.

El estaba seguro de que aquel cliente, como lo habia dicho, no pondria mas sus piés allí, y entónces su negocio quedaba en el misterio.

Los cuatrocientos francos ya ni Cristo los sacaria de su bolsillo.

En este intervalo Lanza recibió de su suegro la segunda carta y la segunda remesa de mercaderías, pequeña tambien, pues aun no habia recibido el dinero y la noticia de haber sido vendido la primera.

Lanza se sintió entónces plenamente satisfecho.

Si su suegro le remitía nuevas mercaderías sin haber tenido noticias de las primeras, era lógico esperar que al saber y recibir el resultado de las primeras, se las remitiria entónces

sin limitacion alguna, mas, viendo que giraba á la vista contra los banqueros Parody, en poder de quienes tenia buenas sumas, procedentes de giros remitidos por su clientela y que se debian pagar á diversos plazos.

Su crédito empezaba pues á tomar proporciones envidiables.

Entónces y deseando dedicar todo su tiempo á sus asuntos, decidió despedirse del escritorio del señor Caprile.

La clientela pensaba seguirsela arrebatando, con solo venir á la puerta del escritorio; todas las mañanas, á la hora en que el señor Caprile no podia estar alli.

—Así podria hablar con los clientes del escritorio á quienes nada habia dicho antes, y reducirlos con el aviso de que él habia establecido una casa mejor que aquella y que como él estaba al frente siempre, serian mejor tratados y atendidos que alli, donde vendria un dependiente nuevo que para nada los conocia ni podia habituarse como él á las costumbres de cada cual.

Esto indudablemente podia causar un gran perjuicio á Caprile, pues aquella clientela de gente infeliz y fácil de engañar, acostumbrada ya á Lanza, se iria con él sin meterse en mas averiguaciones.

Muchos de ellos no habian tratado en todos sus negocios sinó con Lanza, de modo que para ellos Lanza era el banquero y aquello no importaba sinó un cambio de domicilio.

Eran incalculables los perjuicios que para Caprile podia importar aquella conducta.

Decidido á retirarse, Lanza lo comunicó á Caprile, pero por supuesto, sin decirle que establecia un negocio igual al suyo, para que no fuera á sospechar nada referente á la clientela.

—Mi suegro me está mandando mercaderias á consignacion, le dijo, y yo no puedo atender ese negocio con mis ocupaciones del escritorio á las que debo todo mi tiempo.

Ese negocio importa mucho para mí, porque si me vá bien, en poco tiempo podré abrir una casa en grande y hacer mi fortuna.

Solo una razon como esta es capaz de hacerme abandonar una casa donde he sido tan bien tratado.

Ahora tengo sobre mí mayores obligaciones y es necesario que me haga un porvenir mas independiente.

Yo, sin embargo, me quedaré á su lado hasta que usted encuentre un dependiente que pueda reemplazarme á su satisfaccion.

Caprile encontró perfectamente razonable lo que Lanza decia.

Era muy natural que su suegro, siendo un hombre rico, lo ayudara mandándole mercaderias y era muy justo que el jóven quisiera dedicarse por completo á aquel negocio.

Así es que sin sospecharse nada de lo que habia en el fondo de todo aquello, y sintiendo la separacion del jóven, le ofreció su ayuda en todo lo que pudiera servirlo, quedando en poner un dependiente á su lado para que se hiciera práctico en las obligaciones de Lanza.

Aquel era uno de los mismos dependientes de la casa, sumamente adicto á Caprile y deseoso de hacer méritos para seguir en la casa y mejorar de sueldo y de posicion.

Lanza se encargó de instruirlo en sus obligaciones tan rápidamente como le fuera posible, suponiéndole muy poco tenerlo á su lado, porque un novaton como aquel no podia causar el menor perjuicio.

Con proceder delante de él con toda integridad, á nada se exponia, pues el secreto de sus manejos no podia ser penetrado si él mismo no lo mostraba y no lo explicaba en su detalle.

El reemplazante de Lanza empezó á concurrir al escritorio á la misma hora que este, para atender al despacho de la clientela matutina y al manejo del correo, en lo que se referia á remision de correspondencia.

En el primer dia, el jóven notó una cosa que le llamó la atencion, y es que muchas personas que venian, hablaban con Lanza en voz baja y como evitando que él las oyera.

Sin embargo, por mas en silencio que hablaran, el jóven pudo oir de uno y otro lo bastante para comprender que se trataba de clientela particular de Lanza, que se referia á la casa Tacuarí 81.

Lanza no le habia dado ninguna explicacion al respecto, pasándose la mañana sin que acudiera ningún cliente para el escritorio.

A la noche el nuevo dependiente habló con Caprile para contarle lo que habia aprendido y las dificultades que habia hallado en el nuevo puesto, quedando asombrado que en toda la mañana no hubiese ido cliente alguno para la casa.

Esto era extraño, y mucho mas extraño le pareció, el saber que habia ido mucha gente en busca de Lanza.

Sin embargo, nada dijo, prometiéndose averiguar lo que habia al respecto.

¿Qué significaban aquellas referencias á la calle Tacuarí 81, donde vivia Lanza?

Por mas confianza que tuviera en su dependiente, aquello era como para llamarle la atencion.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo.

De todas las personas que viniéron al escritorio y hablaron con Lanza, solo uno quiso remitir una carta con algun dinero para la familia, carta que Lanza encargó al nuevo dependiente que la escribiera.

Cuando Lanza se fué á almorzar, el dependiente comunicó á sus compañeros lo que sucedia, y el fenómeno de no venir ya para la casa ni un solo cliente.

Hablaban de esto, cuando llegaron dos sugetos en busca de Lanza, siendo uno de ellos un antiguo cliente.

—¿Qué es eso? le preguntáron, ya no mandas dinero ni escribes para tu familia?

—Si escribo, respondió y mando dinero, pero lo hago por otra parte que no son tan careros como ustedes.

Ustedes están cobrando el cinco y allí no pagamos sinó el tres, y mejor servidos.

—¿Y por qué casa mandas que pueda servirte mejor que nosotros?

—Por la calle Tacuarí 81.

Era preciso poner aquello en conocimiento de Caprile, puesto que el domicilio indicado importaba dos cosas graves.

Primera, que Lanza sonsacaba para sí la clientela de la casa, y segunda que la clientela de la casa era corrida por la enorme comision del cinco por ciento, cuando allí nunca se habia pagado mas que el tres.

Aquella diferencia de precio ¿era únicamente para correr la clientela, ó era con el doble objeto de buscar un perjuicio á la casa?

De todos modos era necesario que el señor Caprile supiera lo que pasaba y aquel mismo dia lo pusieron en su conocimiento.

El señor Caprile no podia creer lo que le decian.

¿Cómo era posible que un dependiente que habia sido un modelo como conducta y honradez, cometiera actos semejantes?

Antes de proceder, ántes de herirlo con una ofensa semejante, era preciso constatar los hechos denunciados, de manera que no cupiese la menor duda.

Caprile, á las horas que Lanza estaba en su casa, le hizo espiar la suya de la calle Tacuarí y allí vieron entrar y salir á toda la clientela que de allí habia desaparecido sin saberse la causa.

Y supieron fácilmente que Lanza se ocupaba del mismo negocio, de remitir giros á Europa y atender la correspondencia de aquella gente.

Averiguando de uno y otro, se supo tambien que muchos de aquellos clientes se habian retirado por la diferencia entre el cinco que les cobraban en lo de Caprile y el tres que les cobraba Lanza.

Y como en el libro de Lanza no figuraba ninguna comision á mas del tres, era indudable que allí habia un abuso de confianza á él y un robo á los clientes.

Fué entónces que Caprile se acordó de aquel reclamo de los cuatrocientos francos, y cuando volvió Lanza, ántes de decirle una palabra de lo demas, le preguntó en que habia quedado aquella cuestion del reclamo.

—Los encontré en el balance dado, respondió Lanza con increíble cinismo, y los devolví, por eso es que no ha vuelto mas.

Como efectivamente el hombre no habia vuelto mas, Caprile creyó sin dificultad la cosa, pero en seguida abordó la cuestion principal resueltamente, y tratando de sorprender á Lanza para no darle tiempo á meditar disculpas.

—Podria usted explicarme satisfactoriamente, le dijo, ¿cómo es que en el escritorio se ha cobrado á muchos clientes el cinco por ciento de comision, cuando en su libro no figura mas que el tres?

Lanza palideció intensamente ante aquella pregunta hecha

cuando ménos lo esperaba y sin que hubiera podido meditar sobre la respuesta que mas le convenia.

Vaciló un momento y no supo qué responder.

—Espero su contestacion, insistió Caprile y usted debe justificarse, porqué este hecho arroja sobre usted una sospecha muy fea.

Lanza se repuso un momento y con palabra vacilante repuso:

—Ese hecho está destruido por si mismo, pues cualquiera que me conozca sabe que yo no soy capaz de cometer una accion semejante.

—Sin embargo, el hecho existe, puesto que hay gente á quien se ha cobrado el cinco por ciento y que no vienen mas al escritorio por esta razon.

—Esa es una mentira miserable, respondió Lanza con un cinismo asombroso.

El que eso ha dicho miente como un verdadero miserable.

—Sin embargo, insistió Caprile, son muchas las personas que lo aseguran.

—Pues todas ellas mienten, contestó Lanza, todas ellas me calumnian miserablemente, repitió Lanza subiendo la voz.

Caprile empezaba á irritarse ante el cinismo inaudito de aquel hombre, pues en su turbacion, en su palidez y en su actitud misma habia comprendido que el hecho era cierto.

—Bueno, replicó, supongo por un momento que es rigurosamente exacto lo que usted dice.

¿Y cómo me explica usted que la clientela que ha desaparecido de mi casa se encuentra en el boliche de giros que usted ha establecido?

Lanza se encontró plenamente descubierto y juzgó inútil negar los hechos.

Recurriendo entónces á su máxima audacia y levantando siempre la voz, exclamó:

—¿Y qué quiere usted que yo rechace la clientela que cae á mi boliche, como usted dice? ¿pretende usted que yo lleve mi abnegacion hasta no trabajar para mi? ¡seria curioso!

—¿Entónces usted confiesa que ha abierto su boliche para explotarme en todo? ¿usted confiesa que sonsaca la clientela de mi casa?

—Yo confieso simplemente que no soy tan bruto para echar de mi casa á la gente que vá á ocuparme.

Demasiado lo he servido y lo he ayudado con mi crédito, agregó, y no estoy dispuesto á sacrificarme mas.

Iba á quedarme á instruirle un dependiente para que la casa no sufriera con mi separacion, pero desde que usted compensa tan mal mis abnegados servicios, dejo de pertenecer á su casa y le pido que me arregle mi cuenta si quiere, que si no, me es igual, el dinero que usted me debe no me ha de hacer mas rico.

La actitud de Lanza no podia ser mas insolente, y el señor Caprile habia concluido por perder la paciencia.

Y aunque así lo quisiera, no podia conservarse tranquilo, pues

sus dependientes y demas personas que escucháron á Lanza, podian figurarse que realmente él debia grandes servicios á aquel bribon, cuando así se atrevia á hablarle.

Así es que sin salir del tono exigido por la educacion correcta, enrostró á Lanza su miserable proceder.

—Nunca hubiera creido que usted fuera capaz de cometer acciones semejantes, señor Carlo Lanza.

Yo hacia á usted todos mis cargos sin creerlos yo mismo y deseando oir de sus lábios la justificacion mas completa.

Pero al ver la manera como usted me contesta, no solo estoy convencido de que todo es cierto, sinó que veo con dolor que es usted un ingrato y un gran insolente.

Usted se irá de mi casa, si señor, pero ántes devolverá todas esas diferencias de comision cobradas, y volverá á la casa la clientela que le ha arrebatado.

Lanza, tratado de esa manera, no podia retroceder.

Si él afojaba en su actitud era reconocer ante los demas la verdad de los cargos que se le habian hecho.

Tenia que sostenerse en el terreno insolente en que se habia colocado, así es que respondió á Caprile que él era el ingrato que desconocia los servicios por él prestados a su casa.

—Yo no tengo que justificarme de nada, no devolveré nada, continuó.

Es la primera persona que se permite la insolencia de dudar de mí, añadió, que soy la honestidad personificada, y á semejantes personas no tengo consideraciones que guardar.

Yo me voy inmediatamente y como veo que hay interés en no pagarme lo que se me debe, yo lo perdono, poca falta puede hacerme ese pucho de dinero.

Guárdelo, señor Caprile, y sea feliz con él.

La discusion habia traído al escritorio de Caprile á sus dependientes y á algunas personas extrañas que en la casa se encontraban.

Caprile perdió por completo los estribos y las frases de ladron y sin vergüenza se cruzáron enérgicas y violentas con las de explotador y villano.

El señor Caprile se levantó, no pudiendo contenerse mas, y el ruido característico de un bofeton puso fin al diálogo.

El incidente venia así al terreno donde Lanza queria traerlo, pues así era mas fácil su salida.

En una lucha con Caprile, hombre fuerte y bravo, él tenia que sacar forzosamente la peor parte,

Pero ¿qué le importaba todo esto si lo hacia salir del escritorio sin dar explicaciones de ningun género y quedando libre de toda responsabilidad?

Se felicitó de la actitud violenta de Caprile y se batió débilmente, tratando solo de emprender la retirada para evitar mayores golpes.

Caprile, que habia perdido toda la calma y que no reflexionaba ya, avanzó sobre él tratando solo de sacudirle los mayores golpes posibles.

Los dependientes acudieron en el acto á prestarle su contingente, pero este era un contingente innecesario, pues ya Lanza no trataba de responder á los golpes sinó de evitarlos en lo posible y tratar de ganar la calle.

—Me dará una satisfaccion completa, *¡corpo di Bacco!* gritó una vez que se vió en la calle, y prorumpió en un discurso formidable contra Caprile y su crédito.

Este intentó salir y castigar en la calle nuevamente la insolencia de aquel bribon, pero sus dependientes y sus amigos lo contuviéron.

Lanza estuvo gritando en la calle un cúmulo de insolencias de todo género, hasta que se retiró, con los golpes recibidos, pero triunfante.

La cuestion capital para él era no tener que dar explicaciones respecto á su conducta en el escritorio.

—Los golpes no dan razon á nadie, decia, y ménos al que los ha pégado, pues prueban que no ha tenido razon alguna y pierde todo el derecho que podia tener á recibir explicaciones.

De todos modos hago un buen negocio y hasta conquisto el derecho de decir que todo ha sido por no pagarme lo que me deben.

Así quedo libre de este escritorio que me ataba de una manera poco agradable.

Y esta fué la razon que empezó Lanza á dar á todos, de su salida del escritorio de Caprile.

Ya podia dedicarse por completo á los negocios suyos, atender bien á su clientela y á la venta de los artículos que á consignacion le remitiera su suegro.

Descubierto en el escritorio el negocio de la diferencia en las comisiones, empezaron á averiguar á los pocos clientes napolitanos que aun quedaban, y se supo por ellos todo lo que hemos narrado, averiguándose así todo el proceder de Lanza.

Caprile supo como habia corrido á la clientela nueva con la fuerte comision que les cobraba, y como habia reducido á la vieja levantándosela á su escritorio desde hacia mas de tres meses.

Y se siguiéron descubriendo así lentamente nuevas embrollas de Lanza y todos los negocios en que habia explotado la casa.

Caprile se encontró casualmente en la bolsa con el cliente aquel de los cuatrocientos francos de ménos que Lanza le aseguró haber devuelto y supo que no habia existido semejante devolucion.

—Por eso no he vuelto mas á su casa, le dijo aquel cliente explotado, pues estaba convencido que ahí no hubo error ninguno sinó la mas refinada mala fé: tenia la conciencia de haber sido robado.

Y si usted no despide á ese hombre vá á concluir con el crédito de su escritorio, yo se lo aseguro.

En seguida y por un reclamo del correo se descubrió el negocio de las estampillas, lo que debia haber dejado á Lanza una utilidad bárbara.

Lo peor es que todas estas eran cosas en las que Caprile no tenia el menor reclamo, porqué estaban hechas con tal habilidad que no habían dejado justificativo posible.

Solo podia intentarse el reclamo sobre reduccion de clientela y esto mismo era de una prueba laboriosa.

Lanza aseguraba entretanto, que se iba á presentar contra Caprile ante la justicia correccional por los golpes recibidos y por las inculpaciones calumniosas que habia hecho de su persona.

Esta sola amenaza perjudicaba á Caprile, pues no faltaba gente que creyera que Lanza saldria triunfante en ese juicio.

Esta era una situacion mortificante para un hombre sério como el señor Caprile, á quien en manera alguna convenia entrar en discusion con un pillo del calibre de Lanza.

Este, entretanto, no se habia llamado á la inaccion.

Por la mañana temprano y cuando calculaba que no podian verlo, se venia á la esquina y aun á la puerta misma del escritorio de Caprile, para tratar de seducir á la clientela, diciéndoles que la casa iba á quebrar, que él se habia salido porqué todo aquello era un bochinche, porqué allí no se hacia sinó explotar á los pobres, lo que él no queria autorizar con su presencia.

Aquellos infelices, desconfiados por naturaleza y que tenian confianza en el jóven con quien tanto tiempo se habian entendido, le creian cuanto les decia y se iban con él, formando entre los clientes de lo que Caprile habia llamado justamente un boliche, pero un boliche al que Lanza habia sabido dar un crédito bárbaro entre aquellos napolitanos tan desconfiados.

Es que Lanza, bruto é ignorante para la generalidad de las cosas, tenia para la embrolla y para la intriga un talento y un tino especiales.

Se habia apoderado de tal modo del espiritu de aquella gente, que habrian depositado en sus manos, sin reserva de ningun género, cuanto dinero poseian.

Este era el talento especial de Carlo Lanza, talento en el que no era posible superarlo.

Y la prueba es que sin un centavo de capital se habia hecho de un escritorio de giros, acreditado entre la gente que remitia dinero á Europa y con un regular crédito en plaza, crédito que debia aumentar seriamente con las mercaderias remitidas por su suegro y vendidas por él á precios excelentes pudiendo demorar el dinero que por ellas sacase, cuando la confianza de su suegro fuera absoluta, para emplearlo en otros negocios de resultado seguro.

Su salida del escritorio de Caprile importaba un beneficio, ojos de importarle un perjuicio, co E o su compañeros lo creyeron.

INDICE

Un aventurero	<i>Pág.</i>	3
El viaje á América	»	12
En Buenos Aires	»	27
Excursiones y estudios	»	37
Un golpe de ingenio	»	45
Jabon en el piso	»	54
El descalabro	»	77
La mala estrella	»	91
Donde las dan las toman	»	108
El golpe de gracia	»	124
De cochero á tendero	»	132
Un pichon de banquero	»	140
La última esperanza	»	156
Una bolada imprevista	»	163
Una historia tragi-cómica	»	174
El carácter de la avaricia	»	194
Una vota magnífica	»	214
El casamiento soñado	»	224
Viento en popa	»	247
El primer contratiempo	»	258

COLECCIÓN DE PAYADORES NACIONALES



GABINO EZEIZA — *Canciones del Payador Argentino.*

- » *El Cantor Argentino.*
- » *Colección de Canciones.*
- » *Cantares Criollos.*
- » *Mi Guitarra.*

FAUSTINO DÍAZ — *El Payador Porteño.*

FÉLIZ HIDALGO — *Los amores de Martín Fierro.*

- » *El Burro se fué.*
- » *Décimas amorosas para cantar con guitarra.*
- » *Historia del célebre punquista Alfredo Nelson.*
- » *Juan Cuello.*
- » *Pastor Luna.*

IGNESON — *Escándalos Clericales.*

ROMEO Y VALVERDE — *Niña Pancha, juguete cómico-lírico.*

- » *La Gran Vía, revista madrileña.*
- » *Aventuras de un Criollo, poema gauchesco.*

R. DE ITURRIAGA Y LÓPEZ — *La venganza de un gaucho.*

- » *El rescate de la Cautiva.*
- » *Historia y amores del Cura de Olavarría.*
- » *Juan Guardia, primera parte.*
- » *Id. segunda parte.*
- » *Matías el Domador.*

El gaucho Juan Valiente Tenorio del Tandil.

ERNES TOPOGGI — *Los sucesos de la Villa de la Unión,*
ó sea La abortada revolución oriental.

JUAN DE NAVA — *Colección de Canciones.*

F. CENTENO — *El General R. López Jordán.*

GAUCHO TALERITO — *Juan Moreira.*

- » *Martín Fierro.*
- » *Hermanos Barrientos.*
- » *Agapito.*
- » *Décimas amorosas.*
- » *Milongas.*
- » *Hormiga Negra.*
- » *Juan Sin Patria.*
- » *Tigre del Quequen.*
- » *El Chacho.*

BISMARCK MOSQUITO — *Abuela Carlo Lanza.*

SEBASTIAN BERÓN — *Santos Vega.*

X. DE MONTEPIN

- La Amiga del Marido.
Los Amores de un Loco.
- La Sonámbula..... } Episodio completo de
El Condenado..... } «El Hombre de las
La Agencia Rodille. } Figuras de Cera».
La Heredera..... }
- La Perla del Palais Royal.
- Su Majestad el Di- }
nero..... } Episodio completo de
La Condesa de Gor- } «Su Majestad el Di-
des..... } nero».
Las Tres Hermanas. }
- Su Alteza El Amor. }
El Principe Totor.. } Episodio completo de
El Vitriolo..... } «Su Alteza el Amor».
- La Madrastra..... }
La Cartomántica... } Episodio completo de
La Hija del Loco.. } «La Madrastra».
- Los Dramas del Adul- }
terio..... } Episodio completo de
La Condesa de Nan- } «Los dramas del Adul-
cey..... } terio».
El Amante de Alicia. }
- La Hija del Asesino. }
El Secreto del Titán. }
- El Médico de Brunoy }
El Parque de las Cier- }
vas..... }

